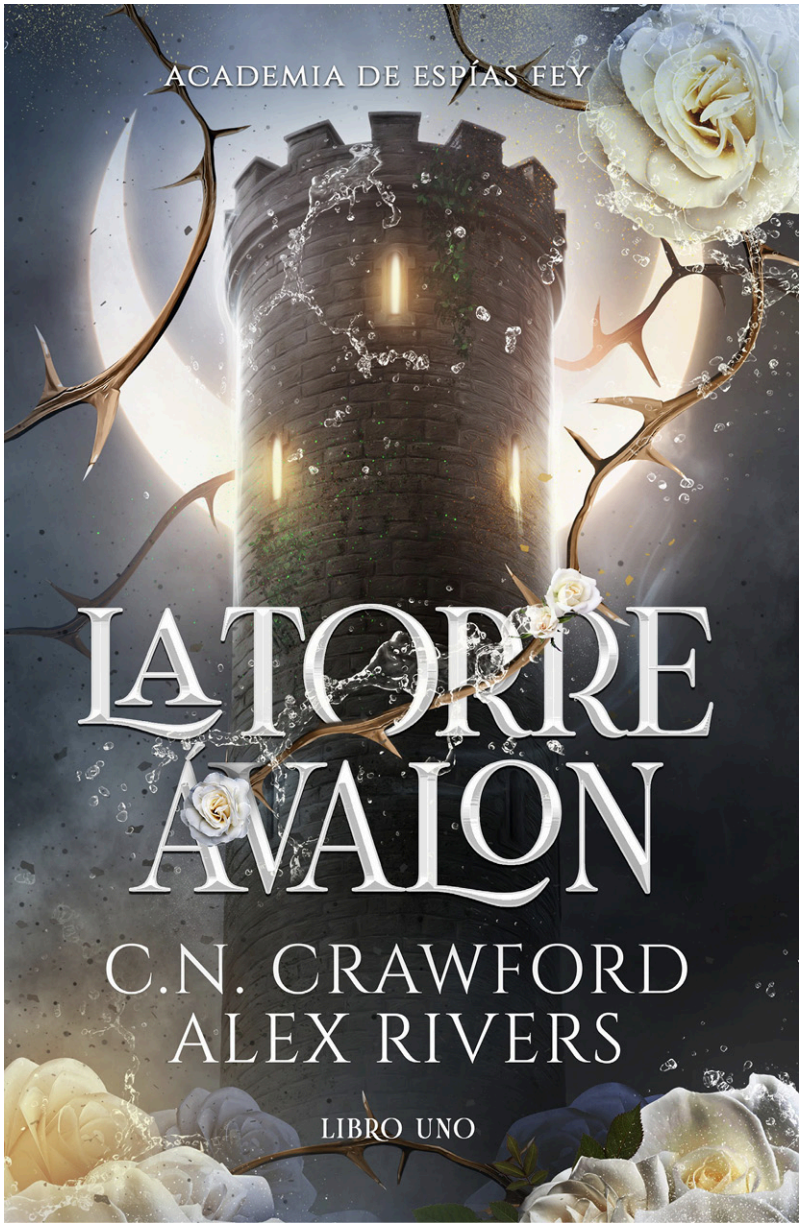
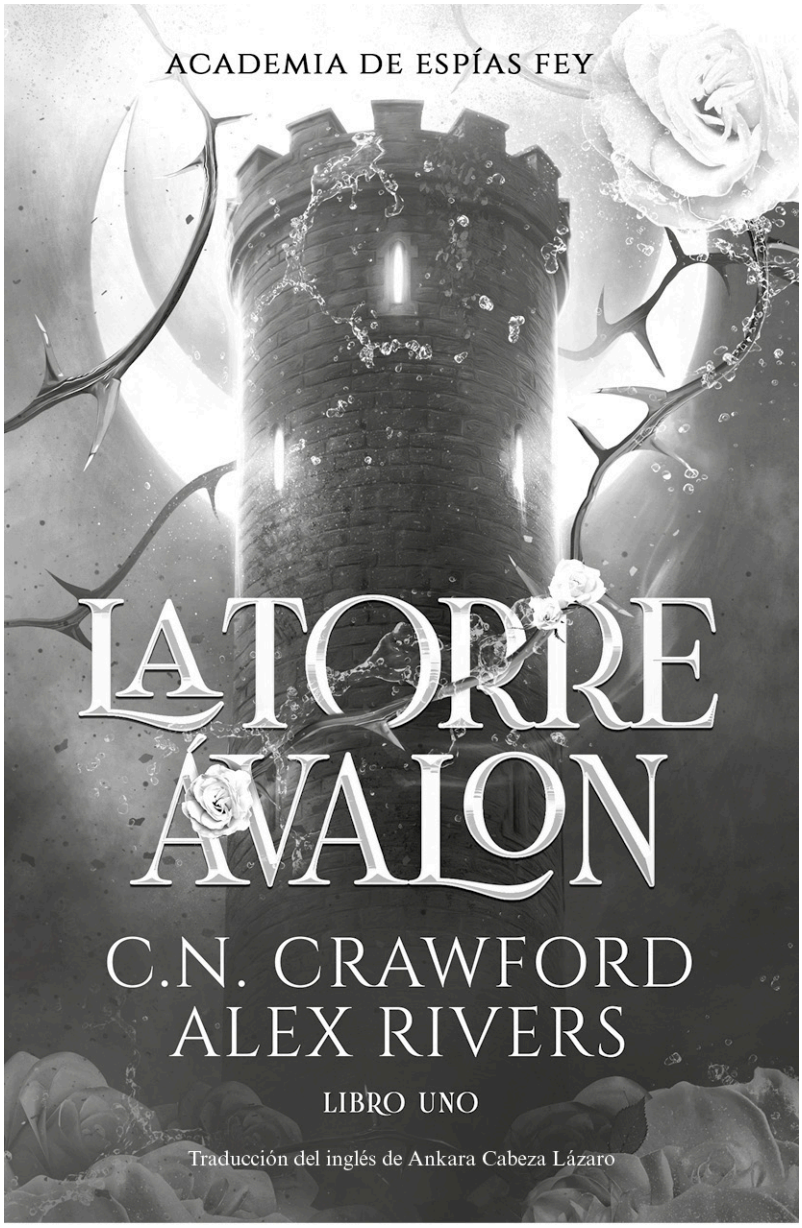

ACADEMIA DE ESPÍAS FEY
LA TORRE AVALON
C.N. CRAWFORD
ALEX RIVERS
LIBRO UNO


ACADEMIA DE ESPÍAS FEY
LA TORRE AVALON
C.N. CRAWFORD
ALEX RIVERS
LIBRO UNO


ACADEMIA DE ESPÍAS FEY
LA TORRE AVALON
C.N. CRAWFORD
ALEX RIVERS
LIBRO UNO
Traducción del inglés de Ankara Cabeza Lázaro

Dirección editorial: Berta Márquez

Coordinación editorial: Alejandra González

Dirección de arte: Lara Peces

Diseño: Mireia Rey

Diseño de cubierta: Merrybookround

Título original: *Avalon Tower*

Publicado por acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc.,

a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

© del texto: C. N. Crawdord y Alex Rivers, 2024

© de la traducción: Ankara Cabeza Lázaro, 2026

© Ediciones SM, 2026

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1011-628-3

Coordinación técnica: Equipo SM

Digitalización: ab seveis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para el padre de Christine, Paul Mancuso,
y para el suegro de Alex, Uri Sahar:
dos hombres tranquilos y brillantes
que sabían desmontar las cosas y volver
a armarlas, y que nos dejaron el mismo día...
y muchísimo antes de tiempo.

Prólogo



Alix clava la vista en el último piso del bloque de apartamentos, donde una pareja de amantes está apoyada en el cristal de una ventana. El placer en el rostro del hombre y el aliento que empaña el cristal son evidentes incluso desde el suelo.

Habría preferido mil veces pasar el día siguiendo su ejemplo que dedicándolo a la misión que tiene entre manos. Se imagina al agente Rein sujetándola de esa manera, aferrándose a ella mientras le besa el cuello.

Pero eso nunca pasará, porque las relaciones entre espías están estrictamente prohibidas en la Torre Ávalon. El problema es que prohibir el deseo no apaga la llama del amor. De hecho, lo único que consigue es avivarla. Cuando se para a pensarlo, no le cabe duda de

que los espías de Ávalon son un hatajo de personas insatisfechas y obsesivas, perdidas en sus propias fantasías. Hoy más que nunca, la propia Alix tiene la cabeza en las nubes. Y eso que seguramente haya soldados fey merodeando por la zona, a la espera de atravesar a algún agente como ella con su espada.

Si te distraes, mueres, se recuerda a sí misma.

Se da media vuelta y recorre la calle con la mirada en busca de alguna pista que revele la presencia de sus enemigos, pero no ve nada raro. De hecho, la calma que reina en el pintoresco callejón adoquinado flanqueado de balcones de hierro forjado es absoluta. Aquí, en el sur de Francia, el aroma de la lavanda se mezcla con el de la sal del mar. Las calles empedradas y laberínticas de la ciudad costera son antiquísimas. Al final del callejón en pendiente, unas volutas de niebla se alzan de la superficie del Mediterráneo. Frente al mar se encuentra el Café de la Fôret Enchantée, cuya puerta trasera marca su punto de encuentro.

Alix recorre con la mirada las mesas de la terraza, donde una atractiva mujer de cabello negro disfruta de un pedazo de tarta y flirtea con el camarero. La joven siente un pinchazo de celos. Las mujeres normales, aquellas que no se dedican al espionaje para intentar salvar el mundo, no tienen que darle la espalda al amor.

Céntrate, Alix.

La calle sigue siendo la viva imagen de la serenidad. No hay ni rastro de soldados fey. Y tampoco de Rein.

El tañido de una campana hace que le dé un vuelco el corazón. Rein debería estar aquí ya; lo normal es que llegue antes de tiempo.

Toma una lenta bocanada de aire para tranquilizarse. Se pasa las horas pensando en él, lo cual es precisamente el motivo por el que el amor está prohibido. Es una distracción para los espías como ella. Hace que tomen malas decisiones. Nunca le ha dicho a Rein cómo se siente o que siempre parece estar buscándolo. Cada vez que ve un reflejo, su primer impulso no es protegerse frente a un posible enemigo, sino comprobar si será Rein quien está detrás de ella, esperanzada por ver su sonrisa juvenil. Cada vez que entra en el comedor de la Torre Ávalon, recorre la estancia con la mirada hasta dar con su esbelta figura. Se pasa el tiempo buscando excusas para

estar cerca de él, pero nunca ha sabido decir si el sentimiento es mutuo.

Un escalofrío la recorre cuando las nubes cubren el sol. Debería quedarse en la playa, atenta a cualquier indicio de esos aterradores soldados fey vestidos de azul. Pero no piensa marcharse sin Rein. Su compañero llega tarde, y Alix ya se está imaginando un millón de escenarios horribles.

Sube a lo alto de la colina con el corazón desbocado. Le hormiguea la piel debido a la vibración que el velo, la barrera brumosa que separa este mundo del de los fey, irradia desde las calles colindantes. En teoría, su cometido es mantener a los fey a un lado y a los humanos a otro, pero la realidad no es tan sencilla. Para empezar, es imposible ubicar su localización exacta. Sí, los fey la controlan, pero a veces parece tener vida propia. La barrera mágica tiene tendencia a desplazarse, de cambiar ligeramente de posición. Es un ser hambriento y, si te engulle, mueres. En las sinuosas calles del sur de Francia, aparecen turistas muertos cada pocas semanas. Alix es una de las contadas personas capaces de controlar el velo y de evitar que este mate a quienes lo cruzan.

Aunque intenta mirar el reloj con actitud despreocupada, el miedo le trepa por la columna. Rein debería haber aparecido hace seis minutos. Él jamás llega tarde, y menos cuando la misión consiste en una exfiltración. Los fugitivos deberían estar justo al otro lado del velo. Alix siente que le falta el aire.

A los espías se les enseña a reprimir sus emociones, a mantener la calma incluso cuando el peligro acecha en las sombras de cada callejón. Pero, mientras su mente inventa todo tipo de escenarios aterradores, ella tiene la sensación de haber olvidado toda su formación. ¿Y si ya lo han asesinado? ¿Y si el velo ha cambiado de sitio y lo ha matado? Si algo le había pasado a Rein y Alix no volvía a ver sus ojos marrones o a tener la oportunidad de abrazarlo, perdería la cabeza.

Aprieta tan fuerte los dientes que por poco se muerde la lengua.

Espabila de una vez.

Esconde lo que está sintiendo tras una sonrisa triste y cruza la calle para detenerse ante las tiendecitas de tonos dorados y salmón que

hay al otro lado. Finge mirar las magdalenas, los cruasanes y los trozos de tarta que hay en un escaparate. Para el resto del mundo, no es más que una turista hambrienta, una rubia mona con un vestido veraniego.

La niebla se extiende por la calle.

Rein ya va once minutos tarde y a Alix le ruge la sangre en los oídos. Está claro que algo va mal. Regresa al Café de la Fôret Enchantée.

Cuando por fin oye el silbido que utilizan como señal, deja escapar un suspiro de alivio. Ha sonado detrás de ella. ¿Cómo es que no lo ha visto pasar?

Corre hasta la callejuela estrecha desde donde provenía el silbido.

Pero, al doblar la esquina, su mundo se pone patas arriba. Ahora se encuentra ante un imponente fey de melena plateada. Lleva el uniforme de terciopelo azul oscuro de los soldados. Está tan quieto y tiene una mirada tan penetrante que se le ponen los pelos de punta. Pero lo que más desconcertante y ajeno le resulta es el brillo metálico de sus ojos verdes. El fey retuerce la boca en una mueca que deja sus afilados colmillos a la vista.

Lo único que Alix distingue en su expresión es un profundo desprecio.

Nos han descubierto.

Alix se da la vuelta con el corazón en un puño para echar a correr, pero un segundo soldado le corta el paso. Cuando intenta desenvainar su daga, ya es demasiado tarde.

El fey la apuñala en el vientre. Pese al dolor, los años de entrenamiento se hacen con el control de su cuerpo. Aunque trata de sacar su arma de nuevo, esquivar a los fey, defenderse, huir, por alguna razón, los brazos y las piernas no le responden. Cae de rodillas.

Es raro, pero la herida tampoco le duele tanto. Apenas la nota.

Mientras se desangra sobre el suelo empedrado, piensa en Rein.

Capítulo 1



Siete minutos antes.

Respiro hondo y doy un sorbo de café mientras disfruto del aroma del mar mezclado con la fragancia de los cipreses. Para estar a principios de primavera, ya hace calor y el mar casi parece echar humo. Desde la mesa del Café de la Fôret Enchantée, se ve una nube de bruma resplandeciente dividiendo el paisaje en dos.

Hasta ahora, las vacaciones me han estado sabiendo a gloria. La brisa se levanta de la superficie del agua y me deja un ligero sabor a sal en los labios. Siento que este sitio me está viniendo de perlas para el asma.

El ambiente del sur de Francia es distinto al de California. Además, mientras que el sol en Los Ángeles no tiene clemencia, aquí irradia una luz acaramelada que ni siquiera hace daño en los ojos.

Cerca de donde me encuentro, el velo mágico se alza hacia el cielo como un muro de niebla. Es extraño e indudablemente hermoso. A veces cambia de sitio, pero me he asegurado de quedarme a una distancia prudencial. A unos pasos de la terraza de la cafetería, las olas rompen contra las rocas blancas. Me atrevería a decir que este es mi lugar favorito del mundo.

Si este viaje se ha hecho realidad, ha sido gracias a toda la energía que he canalizado por medio de pensamientos positivos y tableros motivacionales. Aunque las horas que pasé trabajando por el sueldo mínimo y las noches que me quedé en casa comiendo cereales en vez de salir a cenar fuera también han ayudado bastante. Estaba destinada a pasar dos semanas de vacaciones.

Sí, todavía siento algo de culpa por dejar a mi madre atrás, pero costear un viaje para las dos habría sido imposible. En realidad, me habría gustado que mi amiga Leila me hubiera acompañado, pero le da pánico acercarse a la frontera fey. Se cree que todavía cruzan el velo y te matan cuando menos te lo esperas. Y eso que las guías que vendemos en nuestra librería y el Departamento de Estado dejan muy claro que no hay nada que temer.

Cojo una de las ramitas de lavanda del jarrón que hay sobre la mesa e inspiro hondo. Todavía estoy disfrutando de su delicioso aroma cuando un camarero de cabello oscuro deja una porción de tarta de mora sobre el mantel de encaje de mi mesa.

–*Bon appétit*.

Estoy bastante segura de haber pedido tarta de lavanda, pero tampoco le voy a hacer ascos a la que me ha traído.

–Gracias.

Al meterme un trozo en la boca, un sabor afrutado se adueña de mis papilas gustativas. La tarta cuesta lo que gano trabajando durante tres horas en la librería, pero intento no pensar en ello. Hace quince años, la guerra disparó el coste de la vida y, desde entonces, no ha vuelto a bajar. Los lujos como este son ridículamente caros.

Pero estás de vacaciones, me recuerdo.

Como otro bocado. Saboreo su gusto azucarado y ácido. Mi madre se llevaría las manos a la cabeza. «¡No sabes la de carbohidratos que tiene eso, querida!». Ella se alimenta a base de vodka y huevos duros.

El camarero me observa mientras como y sonríe. Con sus brillantes ojos azules y su mandíbula cuadrada, me recuerda a alguien, aunque no sabría decir a quién.

–Rica, ¿eh? –pregunta. Debe de haberse dado cuenta de que soy turista, porque me habla en mi idioma con un marcado acento.

–*C'est délicieux* –coincido asintiendo con la cabeza.

Se le relajan los hombros cuando pasa a hablar en francés:

–Me alegro. ¿Estás por aquí de vacaciones?

Lleva una boina sobre el ondulado cabello castaño.

–Llegué hace una semana. Ya solo me queda otra.

Se me encoge el corazón al darme cuenta de que ya he disfrutado de la mitad del viaje. Llevaba cinco años soñando con este momento, pero no puedo permitirme pasarme la otra mitad de las vacaciones llorando porque se acaban, ¿no?

–Ojalá pudiera quedarme.

Bueno, me siento un pelín sola disfrutando de mi tarta de cumpleaños en una mesa individual, pero supongo que, de igual manera, estoy mejor que en casa.

–¿De dónde eres? –pregunta.

–De la costa oeste de Estados Unidos. De Los Ángeles.

–¿O sea que vienes de Hollywood? ¿Eres actriz? ¿Modelo? –Baja la mirada antes de volver a posarla en mí–. Tienes un pelo increíble. Nunca he conocido a nadie que lo tenga tan oscuro.

¿Está intentando ligar conmigo?

–Gracias, pero no, no soy actriz.

Echo otro vistazo al velo. Por alguna razón, no consigo apartar los ojos de él. ¿Qué estará pasando al otro lado?

–¿Has visto algún... –me vuelvo hacia él y bajo la voz– fey?

Se queda blanco. Tengo la sensación de que haber pronunciado la palabra en voz alta ha hecho que la cafetería entera se estremezca de terror. Por un momento, me arrepiento de haber hablado.

Se le tensan fugazmente los labios, pero enseguida esboza una sonrisa. Se encoge de hombros.

–A veces patrullan la frontera por este lado, pero casi todo el sur de Francia sigue siendo independiente. Aquí estamos a salvo y no hay nada que temer. El rey Auberon no tiene intención de seguir expandiendo su territorio por Francia.

Eso es justo lo que yo le dije a Leila. La única diferencia es que yo sonaba convincente y el camarero habla como si hubiera practicado su discurso miles de veces. ¿Qué es lo que no me está contando?

Lo que sé es lo siguiente: los fey invadieron Francia hace quince años. La primera incursión puso el mundo patas arriba porque, hasta aquel momento, nadie había sabido de su existencia. Cuando quisimos darnos cuenta, los teníamos marchando por París y abarrotando los bulevares. Sus dragones volaban en círculos alrededor de la Torre Eiffel. Los fey eran hermosos, etéreos, atractivos...

Letales y empeñados en conquistarnos.

El ejército francés se enfrentó a ellos y se las arregló para mantener parte del sur del país bajo el control de los humanos. Libre. Se supone que es una zona segura.

Pero, cuando el sol se esconde tras las nubes, empiezo a notar un cambio en el ambiente. Es difícil de describir, pero una tensión macabra ha sustituido al aire tranquilo que se respiraba hasta ahora.

Miro de reojo al camarero, que sigue junto a mi mesa.

A lo mejor la zona es más peligrosa de lo que las oficinas de turismo están dispuestas a admitir. A lo mejor Leila tenía algo de razón.

Anoche, mientras comía bullabesa en un restaurante junto al mar, oí a un hombre discutir con su mujer. Le decía que la resistencia antifey le estaba plantando cara al rey Auberon. Que se estaba fraguando una guerra fría mágica entre bambalinas, con espías y misiones secretas. Hablaba como si esos espías tuvieran habilidades legendarias, como si pudieran matar a los fey sin necesidad de recurrir a las armas en apenas dos segundos. Decía que esa fuerza de élite bien entrenada era nuestra única esperanza si la humanidad quería evitar que el malvado rey fey conquistara el resto del país.

Su mujer lo llamó idiota y le dijo que cerrara el pico.

Pero la tensión que se respira aquí ha despertado mi curiosidad...

–¿Has oído algo sobre la resistencia secreta? –susurro batiendo las pestañas.

El camarero esboza una sonrisa y se le forma un hoyuelo en la mejilla.

–Ah, sobre eso solo he oído rumores. –Sonríe con condescendencia y pone los ojos en blanco con teatralidad–. ¿Cómo van a enfrentarse a los fey en su propio territorio? No se puede cruzar el velo y, aunque se pudiera, pillarían enseguida a cualquier humano que se adentrara en su reino. Además, ellos tienen poderes mágicos y nosotros no. Dudo mucho que haya alguien plantándoles cara.

Echo otro vistazo al velo. De él brotan tenues volutas de niebla violeta y verde que se sumergen en el mar y ascienden hasta perderse entre las nubes.

Si los teléfonos móviles todavía funcionaran, le habría hecho un millón de fotos. Pero los aparatos electrónicos se estropearon con la llegada de los fey. Por algún motivo, su magia se cargó la tecnología moderna.

El camarero deja escapar un suspiro melancólico.

–El velo es precioso, ¿verdad? ¿Es lo que has venido a ver?

Hay algo en el chico que me incomoda, pero no sabría decir el qué. Me recuerda a alguien a quien odio, pese a que es un motivo de lo más irracional para explicar por qué alguien no te cae bien.

–Sí que me llamaba la atención verlo –admito–, pero en realidad estoy aquí porque solía pasar los veranos en Francia años después de que los fey nos invadieran. Mi madre y yo nos alojábamos en una casa señorial de Burdeos desde que cumplí los quince.

–He estado en Burdeos alguna vez –dice él con una sonrisa–. Tienen unos viñedos fantásticos. Es una pena que la mitad de ellos se perdieran por culpa de la ocupación.

Se me forma un nudo en el pecho al recordar aquellos veranos. Mi madre se pasaba las horas bebiendo y, cuando iba hasta las cejas de vino, me animaba a ligar con los chicos ricos de la zona. Según ella, ellos podrían «arreglarme la vida». Recuerdo que hablaba altísimo estando borracha y que una noche...

¡Ah! Ya sé por qué me resulta tan familiar. Se parece al aristócrata mestizo de cabello oscuro que me rompió el corazón cuando era adolescente. Es el ejemplo perfecto de por qué hay ciertos recuerdos que es mejor reprimir.

El camarero es casi tan guapo como aquel chico, aunque se queda un pelín corto. Es difícil encontrar a un humano que haga gala de la belleza impactante y desgarradora de quienes tienen sangre fey.

Lo miro por encima del borde de mi taza de café.

–¿Cómo te llamas?

–Jules. –Parece tomarse mi pregunta como una invitación, porque saca la silla que tengo frente a mí y me mira embelesado–. ¿Y tú?

–Nia.

–Mi turno acabará pronto.

Está claro que ese comentario va con segundas, pero ¿qué tiene en mente? A lo mejor está pensando en llevarme a una preciosa librería secreta llena de obras difíciles de encontrar. O a lo mejor quiere que nos demos un revolcón rápido en algún hotel. En ese caso, mi respuesta sería un no.

Como otro bocado de tarta, saboreo la mermelada y me limpio los labios con la servilleta. Como todavía no ha saciado mi curiosidad, me inclino hacia adelante y susurro:

–¿Cómo crees que estarán ahora en las regiones ocupadas? En la Francia fey, quiero decir.

–Intento no pensar mucho en ello, porque he oído cosas que preferiría olvidar –responde también en voz baja después de mirar discretamente a ambos lados y apoyarse sobre los codos.

No aparta los ojos azules de los míos, como si quisiera darme a entender que yo debería hacer lo mismo y dejar el tema.

–¿Qué has oído? –pregunto cuando veo que no da más detalles.

–A veces pasan por aquí –admite–. Los fugitivos.

Me lo quedo mirando. Eso desde luego que no sale en las guías turísticas.

–¿De qué fugitivos hablas?

–El rey fey, Auberon, le da caza a cualquiera que se oponga a su mandato. Muchos han sido masacrados después de que los acusaran de alta traición. Yo creo que lo que le pasa es que odia a los

mestizos. Sospecha que no le son leales, y todos sus súbditos deben postrarse ante él sin condiciones. Se supone que la policía humana debe informar a los fey de cualquier mestizo que encuentren huyendo para que Auberon no amenace con invadir el resto del país. –Estira la espalda–. Bueno, yo no creo que lo haga, porque sabe que no puede ganar. Aunque nos hayamos quedado sin aparatos electrónicos, todavía tenemos armas y balas de hierro. Además, podemos ayudarlo a mantener todo bajo control. Siempre protegeremos lo que nos queda.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

–Ya veo. ¿Y cómo lo ayudáis?

–Informando de cualquier fugitivo que veamos. No se nos permite encubrirlos. Así mantenemos el *statu quo*. –Levanta las manos y vuelve a encogerse de hombros–. ¿Qué se le va a hacer? Tenemos que salvaguardar la paz. Lo único que nos queda es disfrutar de la vida y asegurarnos de que las cosas siguen tal y como están.

Una punzada de remordimiento me atraviesa el pecho, pero intento ignorarla.

–¿Has venido aquí este año por algún motivo especial? –pregunta.

–Cumplo veintiséis años.

–Bueno, pues eso hay que celebrarlo, Nia –dice sonriendo–. ¿Estás disfrutando de tu cumpleaños?

El tañido de las campanas de una iglesia reverbera contra las piedras y vuela mar adentro. El ambiente se vuelve más frío y gris.

–Diría que está siendo uno de los mejores. Y está lejos de ser uno de los peores, eso por descontado.

Mi peor cumpleaños fue el de mis quince. Mi madre prometió tirar la casa por la ventana para celebrarlo. Por aquel entonces, todavía vivíamos en Laurel Canyon, en Los Ángeles, en una casita con unas vistas preciosas a la ciudad, así que era mi oportunidad de impresionar a las ricachonas de mi instituto. Sin embargo, empezó a beber champán antes de tiempo y acabó cayéndose sobre una mesa de cristal mientras el DJ pinchaba una canción de ABBA. Recuerdo que se quedó tirada en el suelo de madera riéndose como una loca mientras se desangraba.

Mis compañeras de clase no volvieron a dirigirme la palabra.

Ay, mira qué bien. Ahí va otro recuerdo que debería haber permanecido enterrado en mi subconsciente. Me obligo a sonreír.

Jules se vuelve para echar un vistazo por encima del hombro y me doy cuenta de que un gélido silencio ha caído sobre la terraza de la cafetería. El mar ya no brilla, sino que ruge bajo el cielo gris.

Entonces levanto la vista y veo a un par de fey recorriendo las rocas blancas. Fey aterradores, de carne y hueso, de los que matan a gente por no serle fiel a la corona.

El miedo me agita el pecho.

Nunca había visto a un fey de sangre pura antes. Me descubro admirando su imponente físico, aunque lo que más me llama la atención es su forma de caminar. Me pone los pelos de punta. La elegancia sobrenatural de sus movimientos hace que mi mente aúlle ante el peligro que acecha entre el mar embravecido y yo. Es un pavor primario que me hace cosquillas en la nuca y me entrecorta la respiración.

Están totalmente fuera de lugar, como guerreros salidos de otra época. La capa oscura que llevan parece tragarse la luz a su alrededor. A ambos les cae la larga melena por la espalda. Uno tiene el pelo negro y el otro, plateado, y a los dos les brillan los ojos tanto que se me encienden todas las alarmas. Por no hablar de lo que me asustan sus espadas.

Pienso en las historias que me han contado sobre la invasión de Bretaña. Sobre las casas quemadas y los cadáveres que dejaron a su paso...

Uno de los fey clava los ojos verde esmeralda de brillo metálico en mí. Su aspecto letal hace que me dé un vuelco el corazón, y eso que ni siquiera estoy haciendo nada malo. No soy más que una turista que está aquí de vacaciones legalmente. Sin embargo, de repente tengo la sensación de que estoy a punto de morir.

Se me acelera el pulso, pero bajo la vista al pedazo de tarta que estoy comiendo para intentar pasar desapercibida. Me aferro con fuerza al tenedor. Cuando vuelvo a levantar la mirada, dejo escapar una lenta exhalación al descubrir que los dos fey han desaparecido. A mi alrededor, los clientes de la cafetería retoman sus respectivas conversaciones.

Jules me observa confundido.

–Es raro ver a los fey patrullando por aquí. Deben de estar buscando a alguien. A un fugitivo, imagino. Un mestizo. –Entorna los ojos–. Los mestizos son muy hermosos. Como tú. –Me estudia un momento y su expresión se vuelve todavía más suspicaz. Sus palabras resuenan en el espacio que nos separa–. ¿Sabías que no siempre tienen las orejas puntiagudas? Has dicho que venías de Estados Unidos, ¿verdad?

Su desconfianza me pone los pelos de punta. Ahora lo único que quiero es alejarme de él.

–Sí, eso es. –Carraspeo–. ¿Tenéis algún teléfono que pueda usar?

–Está en la parte de atrás –dice apretando los dientes y señalando dentro del local.

Dejo algo de dinero sobre la mesa antes de ponerme de pie y entrar en la cafetería con la cabeza gacha. Me ha parecido ver que hay una puerta trasera, en caso de necesitar salir corriendo.

A lo mejor me estoy poniendo paranoica, pero creo que el camarero sospecha de mí. ¿Y si Leila tenía razón sobre el viaje? No sé qué me da más miedo: pensar en el peligro que tal vez esté corriendo o tener que lidiar con su regocijo cuando me diga que me lo había advertido.

Encuentro el teléfono junto a una puerta que da a una callejuela lateral. Es una antigualla reparada, como casi todos los teléfonos de hoy en día, porque son los únicos aparatos que funcionan. En realidad, es precioso; está hecho de cobre y tiene un auricular de marfil. Me lo acerco a la oreja y parpadeo al oír que da un sonoro tono. Marco el número de mi madre haciendo girar el dial y espero mientras oigo los chisporroteos de la línea.

Hay un saborcillo metálico en el ambiente que me está empezando a dar dentera. Cierro los ojos y respiro hondo.

–¿Diga? –La voz de mi madre suena rara, distorsionada por culpa de los cables y la distancia.

–¡Hola, mamá! Soy yo –digo intentando que no me tiemble la voz.

–Nia –responde con pesadez–, me alegro de que por fin te hayas dignado a llamar.

–Te llamé hace tres días –le recuerdo con tono alegre.

–Ha pasado una semana como mínimo.

–Bueno, vale. –Discutir no va a llevarme a ningún lado–. ¿Qué tal estás?

–Vuelvo a estar sin blanca. Y los pies me duelen horrores.

–Déjatelos a remojo en una palangana. Pero asegúrate de cerrar el grifo antes de que se desborde. –Escucho lo que dice distraídamente mientras miro la calle–. Y no dejes el agua corriendo si te vas a hacer otra cosa.

No sería la primera vez que se le desborda el lavabo.

–Ya, pero no puedo estar pendiente de todo yo sola.

–Por favor, intenta comer bien. Te compré un montón de comida nutritiva antes de marcharme.

Algo me llama la atención. En el callejón que hay justo en frente de la cafetería veo una mancha de color rojo intenso en el suelo. ¿Qué narices es eso?

–Es mi cumpleaños –le digo para intentar centrarme en la conversación–. Estuviste diez horas de parto, ¿recuerdas?

Es lo que más le gusta decir por estas fechas.

–¿Es hoy? Ay, Nia, para de crecer. –Hace que suene como una acusación.

–Bueno, es mejor que la otra opción, ¿no te parece?

Mantengo la mirada clavada en la brillante mancha roja hasta que un grupo de turistas pasa por delante. Van disfrazados de fey, con ropas vaporosas de colores intensos, burdeos y verde cartujo. A una mujer se le cae un collar de cristal azul, pero no parece darse cuenta.

–Ay, mi chiquitina ya es toda una mujer –está diciéndome–. ¿Sabías que ya trabajaba como modelo cuando tenía...?

–Catorce años, sí, y sigues tan guapa como entonces, mamá.

Doy un golpecito en el cristal para intentar llamar la atención de la mujer, pero no parece oírme. Sigue adelante y su bonito collar azul queda abandonado en la acera.

–Bueno –suspira ella con pesadez–, ahora tengo patas de gallo.

–Eso no es verdad. No pareces tener más de diecinueve años. Tengo que irme. Te llamaré pronto.

–Más te vale, porque me has dejado aquí sol...

Cuelgo y salgo por la puerta trasera de la cafetería. Recojo el collar del suelo y lo estudio con atención. Es precioso y desprende un brillo etéreo bajo la luz del sol.

–*Excusez-moi!* –La mujer se vuelve al oírme y me acerco corriendo al grupo con una sonrisa antes de añadir en francés–: Se le ha caído esto.

Pierdo la sonrisa al llegar a su altura y darme cuenta de que no van disfrazados. Son fey de verdad, y algunos de ellos incluso tienen delicadas orejas puntiagudas. Lo más seguro es que sean mestizos. ¿Serán fugitivos? Llevan la ropa de gasa fina sucia y desgarrada.

Se me acelera el pulso. Los soldados fey no andan muy lejos. ¿Qué ha dicho Jules? ¿Que los mataban en el acto nada más verlos o que los arrastraban de vuelta a su territorio?

Las personas que tengo ante mí no llevan zapatos y me miran con miedo. Su expresión es la misma que la de mi madre cuando ha esnifado demasiada coca. La mujer de pelo oscuro y mejillas huesudas incluso se parece a ella. La rubia que se tambalea a su lado y se abraza a sí misma tiene la mirada tan atormentada como el resto.

Si alguien como Jules se topara con estas personas, las enviaría derechitas a una muerte segura.

Uno de los integrantes del grupo no es más que un niño demacrado de expresión aterrada.

Alguien tiene que cuidar de los niños, aúlla mi mente.

Vuelvo a echar un vistazo al callejón. Se me revuelve el estómago al confirmar que la mancha del suelo es de sangre, como si alguien hubiera arrastrado un cadáver. Siento náuseas. ¿Qué está pasando?

Le devuelvo apresuradamente el collar a la mujer.

–Se le ha caído esto.

Ella me agarra del brazo.

–¿Alix? ¿Rein? –No reconozco su acento.

–No, lo siento, se equivoca de persona –le digo, confundida.

Echo un vistazo por encima de su hombro. Una mujer de expresión seria se asoma desde el umbral de su puerta y nos fulmina con la mirada.

–¿Quiénes sois? –ladra en francés.

Me mira a mí directamente. Ahora yo también soy sospechosa.

Espero que no se le esté pasando por la cabeza entregarme a los soldados. ¿Esparcirán también mi sangre por la calzada?

El miedo me clava las garras en el pecho. Leila tenía razón.

Capítulo 2



Quedamos justo fuera de la vista de la gente de la cafetería y me fijo en que hay otra calle a mano izquierda. La mujer, que no nos quita ojo, espera con mala cara que le demos una respuesta.

Estudio de reojo al niño de enormes ojos marrones, que me devuelve la mirada.

Podría dar media vuelta y echar a correr, pero hay dos razones que me lo impiden. Una de ellas es puramente egoísta: ya me han visto con ellos y, además, Jules sospecha de mí solo porque me considera demasiado guapa para ser humana.

La otra es que no me veo capaz de permitir que el niño acabe convertido en otro charco de sangre.

Sonrío y saludo con la mano a la mujer que nos mira desde la puerta de su casa.

–¡Son turistas! –grito en francés–. Estamos haciendo una excursión de temática fey. Los disfraces están muy logrados, ¿no le parece?

Le ofrezco una amplia sonrisa y me vuelvo hacia el grupo.

–*Bonjour à tout le monde!* –les digo a los desaliñados mestizos, animándolos a avanzar hacia la calle de la izquierda–. *Nous pouvons commencer la visite. Bienvenue à la ville frontière magique!*

Sigo sonriendo de oreja a oreja y ellos me miran estupefactos, con el terror grabado en el rostro. Acabo de decirles que vamos a dar comienzo a nuestra excursión y que les doy la bienvenida a la ciudad de la frontera mágica, pero no parecen entender lo que estoy intentando hacer.

–En la playa –continúo en francés– tendrán oportunidad de admirar el velo, la increíble barrera que separa nuestro mundo del de los fey. Hasta hace quince años, muchos ni siquiera sabían de su existencia. Estos seres vivían en Brocelianda, un reino ubicado en una dimensión ajena a la nuestra, creada hace mucho tiempo gracias a la magia. Cuando Auberon se dio cuenta de que su reino empezaba a marchitarse, decidió invadir nuestra dimensión y ocupar Francia para expandir su territorio. Ahora los fey habitan dos regiones distintas: Brocelianda en la otra dimensión y la Francia fey en nuestro mundo. Los franceses lucharon con valentía y consiguieron proteger el sur del país de su avance.

La calle adoquinada termina en una expansión de arena blanca y caliente.

Al menos en la playa no desentonarán tanto por ir descalzos.

Doy un discursito que hace que la guerra suene impactante y heroica. La realidad, por supuesto, es que fue un conflicto horrible, lleno de violencia y muertes sin sentido. Pero las guías turísticas no se meten en esos temas. Se supone que el turismo de guerra tiene que ser entretenido. Gesticulo vehementemente para que me sigan y avanzo por la arena salpicada de arbustos que huelen a tomillo. Cuando no me siguen, agarro a la rubia de la mano y tiro de ella. Los demás avanzan a regañadientes.

Todos están muy delgados y parecen aterrorizados. ¿Qué les habrá ocurrido en el reino fey? ¿Y qué me pasará a mí si alguien concluye que yo también soy una fugitiva?

–Tras las negociaciones de paz, el rey Auberon prometió no continuar con su avance, y desde entonces hemos logrado mantener un cierto equilibrio. –Bajo la voz y pregunto rápidamente–: *Est-ce que quelqu'un parle français?* –Cambio a mi idioma natal–. ¿Alguno habla inglés?

Me miran con rostro inexpresivo.

A lo mejor debería probar en su idioma.

–*Mishe-hu medaber áit seo Fey?*

–Entiendo tu idioma –dice una de las mujeres en inglés. Tiene los ojos extrañamente brillantes, de un violeta insólito–. Deja de intentar hablar el nuestro, porque vas a conseguir que nos sangren los oídos.

Ay, eso duele. He estado intentando aprender a hablarlo, pero los libros que he leído no explicaban muy bien la parte de la pronunciación.

–Vale –susurro a la vez que les pido que se acerquen con un movimiento de la mano–. Mirad, tenéis que salir de la ciudad ya.

–¿Por qué nos dices eso? –Se echa el pelo hacia atrás en lo que parece ser un intento por mostrarse despreocupada–. Somos ciudadanos ingleses normales y corrientes disfrutando de nuestras vacaciones.

Su acento fey hace que cada palabra dé una hermosa pirueta, así que suena de todo menos inglesa.

–Ya, ya –respondo con sequedad–. Mirad, cualquiera que os vea sabrá lo que sois. –Alguien jadea y la mujer de ojos violeta se vuelve para echar a correr. La sujeto del brazo–. ¡No! No corráis. Así solo conseguiréis llamar más la atención.

–¿Eres una agente? –pregunta haciendo un puchero.

¿Una agente? ¿Se refiere a esos espías de los que hablaba el hombre de ayer? ¿A la resistencia secreta? Por desgracia, yo no soy ninguna heroína.

–No, no soy una agente. Me llamo Nia, ¿y tú?

La mujer duda durante unos segundos, como si se arrepintiera de haber hablado. Al final, suspira.

–Me llamo Aleina. Se suponía que íbamos a reunirnos con un contacto, pero no ha aparecido. Nos tenía preparada una ruta secreta para llegar hasta el puerto. Además de ropa discreta, pasaportes falsos y armas con las que protegernos. Todo lo que necesitábamos. Pero no hemos visto ni rastro de él.

–Yo no puedo ofreceros nada de eso.

–¿Podrías protegernos si nos atacan? –pregunta desesperada.

En ese caso, mi única opción sería distraer a los atacantes con mi pésimo acento fey.

–Eh..., me temo que no.

–Entonces, no hay nada que puedas hacer por nosotros.

Se le llenan los ojos de lágrimas. Ahora que la tengo cerca, me fijo en que sus iris violeta presentan destellos dorados y en que tiene los dedos muy finos y elegantes. Pese a que la melena negra le oculta las orejas, esos rasgos son distintivos de los mestizos.

–Tendré que probar a invocar ayuda –dice levantando el collar azul.

–¿Qué? –Miro el cristal que sostiene. Parece desprender una luz sobrenatural–. ¿Cómo funciona?

–Es una llamada mágica de socorro –explica con voz tensa–. Cuando lo rompa, emitirá un sonido fuerte y un destello de luz. Puede que así consiga llamar la atención de la resistencia. Es nuestra última esperanza.

Tira del collar.

–¡No! –Le sujeto el puño antes de que se arranque la joya del cuello–. Las calles están plagadas de soldados fey hoy. Me meteréis a mí también en problemas. Los tendremos aquí en un abrir y cerrar de ojos como uses eso. Se me ocurre algo mejor.

–¿Qué? –pregunta soltando el cristal.

–Aquí la gente está acostumbrada a los turistas. Por la costa sur pasan un montón de visitantes llegados desde todas partes del mundo para ver el velo. Algunos incluso se visten como los fey. Fingiremos que sois un grupo de turistas y que yo soy vuestra guía, ¿vale? Eso era lo que intentaba hacer antes. Así nadie se preguntará por qué vais juntos y vestidos así.

–Está bien –dice con un asentimiento.

–Genial. Pero hay que arreglar un par de detalles. –Vuelvo a recorrerlos a todos con la mirada. Son doce. Algunos no parecen fey, pero otros son inconfundibles. Señalo a un hombre cuyas orejas puntiagudas llaman demasiado la atención–. Ponte el sombrero de esa mujer para cubrirte las orejas. Y tú guárdate ese collar. Es muy evidente que no es de aquí. Quienes tengáis el pelo largo, utilizadlo para taparos las orejas.

Tengo que asegurarme de que todos parecen humanos.

No dudan en seguir mis instrucciones. Mi presencia parece tranquilizarlos, lo cual hace que un pinchazo de remordimiento me atraviese el pecho. No tienen ni idea de lo grande que me viene todo esto.

Pero ya no puedo echarme atrás, así que esbozo una sonrisa y sigo adelante.

La playa está salpicada de turistas que disfrutan de un pícnic bajo las sombrillas. La luz del sol se refleja en el mar, la brisa juguetea con mi vestido y la arena me calienta la planta de los pies a través de las sandalias.

Me entrego a mi papel de guía turística y retomo mi discurso en francés proyectando bien la voz:

–Por aquí, damas y caballeros. El año de la invasión, un buen número de personas huyeron del reino fey. Por suerte para nosotros, en la actualidad vivimos en paz con nuestros vecinos. La policía local colabora con los guardianes del velo para preservar el orden público y salvaguardar el *statu quo*.

Como llamamos demasiado la atención en la playa, los conduzco a las calles de la ciudad, que es por donde se suelen llevar a cabo las excursiones organizadas.

El grupo me sigue obedientemente. Algunos de ellos todavía parecen asustados, pero otros miran a su alrededor con curiosidad.

–¿Sabéis adónde tenéis que ir exactamente? –le pregunto a Aleina en voz baja.

–Creo que está al noreste de aquí.

Trago saliva con fuerza. Se refiere a la zona del puerto pegada al velo.

–Vale, es por esa calle de ahí. Creo.

–¿Solo lo crees? ¿No lo sabes seguro?

–Es que no soy de aquí. Llegué la semana pasada.

Aleina masculla una palabra en fey que no reconozco, pero que no suena nada agradable.

–¡Síganme, damas y caballeros! –exclamo.

No era consciente de lo difícil que debe de ser dedicarse a esto y tener que hablar a voz en grito mientras andas y te vuelves cada dos por tres para dirigirte al grupo. El asma ya está empezando a darme problemas. Respiro entre resuellos sibilantes.

–La estatua que ven aquí conmemora el tratado de paz que los franceses firmaron con los fey. Unos cien mil humanos y fey perdieron la vida cuando comenzó la invasión. Cuando el rey Auberon atravesó la barrera mágica que separa ambos reinos, como bien recordaréis, nos llevamos una gran sorpresa al descubrir que existen criaturas míticas y una magia muy poderosa. El poder de los fey destruyó la tecnología avanzada del ejército francés. Los soldados humanos quedaron indefensos ante la magia y los fey no tardaron en conquistar el norte de Francia y las Islas del Canal. Para proteger una parte del sur del país, los franceses recurrieron a cañones antiguos para lanzar clavos de hierro, puesto que el metal ahuyenta a estos seres. El hierro fue lo que salvó el sur.

Los mestizos ya ni siquiera están fingiendo escucharme. Todos tienen la vista levantada hacia las volutas de niebla que escapan de la zona este del velo. Me da un vuelco el corazón al fijarme en lo que ha llamado su atención.

Dos enormes bestias rojas sobrevuelan la ciudad batiendo las alas con lentitud. *Dioses benditos*. Son dragones.

Ya había visto uno hace tres años, pero aquel no era más que un puntito en el cielo. Estos están mucho más cerca. Están volando justo por encima de nosotros y sus escamas brillan bajo el sol. Mueven la cabeza de un lado a otro mientras escudriñan el suelo.

Algo me dice que están buscando al grupo de fugitivos que me acompaña y que los localizarán desde arriba debido a su naturaleza mágica. Dicen que los dragones huelen el miedo a kilómetros de distancia...

Trato de controlar la respiración.

Si los dragones ven a los mestizos, no tendrán nada que hacer. Bajarán en picado y los achicharrarán. Los convertirán en antorchas con patas. Eso es lo que hicieron durante la guerra. Lo más inteligente por mi parte sería huir, poner tanta distancia con ellos como pueda.

Los miro y veo que están muy juntos, con la mirada desencajada clavada en los dragones. El niño de mejillas sucias se aferra a la pierna de una de las mujeres mientras que ella le acaricia el alborotado cabello rubio distraídamente.

Mierda. No puedo dejarlos. Se me partiría el alma.

Echo un vistazo a nuestro alrededor con el corazón a punto de salírseme del pecho. La gente de la playa está empezando a incorporarse y a señalar al cielo. Algunos sonríen y siguen bebiendo champán, maravillados ante la belleza de los dragones. A fin de cuentas, saben que no van tras ellos.

Eso significa que mi grupo no debería parecer asustado. Deberían estar tranquilos y emocionados por estar teniendo la suerte de ver no uno, sino dos dragones. Si fueran turistas de verdad, estarían encantados de contárselo a sus amigos cuando regresaran a casa.

–¡Menuda suerte hemos tenido! –exclamo con tono alegre–. Si miran al cielo, damas y caballeros, tendrán la oportunidad de ver dos dragones rojos. Esas criaturas tan majestuosas se encargan de velar por la seguridad de la frontera. ¡Vamos! ¡Saluden a los dragones para darles las gracias por su gran labor!

Empiezo a agitar la mano con entusiasmo mientras sonrío como una posesa, como si mi vida dependiera de ello. Porque, de hecho, así es.

Este es mi *modus operandi*: actuar como si no pasara nada, cegar a los demás con una buena dosis de optimismo y rezar para que todo salga bien.

El problema es que los fugitivos se han quedado de piedra y no se mueven.

–Aleina –mascullo entre dientes–, saludad a los puñeteros dragones. Y sonreíd.

Un segundo más tarde, agita la mano y retuerce los labios en una sonrisa tensa. Los demás no tardan en imitarla y, cuando los dragones miran en nuestra dirección, nos pasan de largo con indiferencia. La tensión abandona mi pecho.

–¡Muy bien, amigos, sigamos adelante! –exclamo con el corazón a punto de salírseme por la boca–. ¡Vamos, todavía queda mucho por ver en este maravilloso día!

Los guío por las sinuosas calles empedradas y dejamos a los dragones atrás. El pulso me ruge en los oídos y apenas puedo respirar. Me vuelvo hacia los mestizos. Están asustados, me miran a la espera de que les diga cómo proceder y...

Un momento. Nos falta una persona. La mujer rubia a la que he agarrado antes de la mano ha desaparecido.

–¿Dónde está la mujer que iba contigo? –le pregunto a Aleina con urgencia, tratando de recordar qué aspecto tenía–. La..., eh, la que tenía el pelo dorado y llevaba una falda verde.

Se detiene confundida y se vuelve para mirar a sus compañeros.

–*Ei-fo Vena, le-an chuaigh sí?* –le pregunta a uno de ellos. Dice que dónde está Vena, que si se ha perdido.

El hombre niega impotente con la cabeza y le responde que no está seguro. Que estaba a su lado hace unos minutos. Cree que tal vez haya huido.

Vamos, hombre, no me fastidies.

–Vale, esperad aquí –les digo.

Corro en dirección al restaurante junto al que acabamos de pasar y busco a Vena por la estrecha callejuela. Cuando doblo la esquina, un destello verde me llama la atención. Está ahí, va calle arriba a toda velocidad. Doy un paso hacia ella, pero enseguida me detengo.

Dos soldados fey acaban de entrar en la callejuela y van directos a por ella. Me escondo tras la esquina y los observo protegida tras un muro de piedra. La niebla está empezando a cubrir el suelo adoquinado.

Uno de los soldados desenvaina su espada. El viento le revuelve el cabello rubio platino, juguetea con sus mechones. Su capa oscura y aterciopelada ondea a su espalda. Está diciendo algo en su idioma,

pero no alcanzo a oírlo bien. La mujer parece diminuta al lado de los edificios coloridos y los soldados imponentes.

Está negando con la cabeza, intentando hacerles creer que no entiende lo que le dicen, que no conoce la lengua fey. Me arriesgo a dar un paso hacia ellos. Podría intervenir y decirles que forma parte de mi grupo. «Disculpen, agentes, estos turistas se dejarían la cabeza por el camino si no la tuvieran pegada a...».

El soldado rubio blande su espada y una salpicadura carmesí mancha la pared que tienen al lado. La mujer se derrumba mientras la sangre le empapa la falda.

Ahogo un jadeo y me escondo detrás de la esquina mientras se me llenan los ojos de lágrimas. El mundo se tambalea bajo mis pies. *¡Mierda, mierda, mierda!* ¿Es que no hay leyes en este sitio? Se supone que el sur de Francia no está ocupado por los fey, pero se ve que pueden matar a quien les plazca sin consecuencias legales y sin tener siquiera un motivo de peso para hacerlo.

Me arriesgo a echar un vistazo por encima del hombro, pero no me han seguido. Respiro con dificultad. Una de dos: o los soldados no me han visto o no me han considerado una amenaza.

Camino hasta la playa mientras mi cabeza reproduce en bucle el asesinato de la mujer. No parecía ser mucho mayor que yo. Y la forma en que se ha derrumbado, doblándose simplemente por la mitad... Todo ha ocurrido casi como si nada. Un movimiento desganado de la espada, un arco de sangre. Y sanseacabó.

Cierro los ojos con fuerza y me muerdo el labio. El aire del mar ya no huele fresco. Siento que estoy respirando algo podrido y salobre. Me silban los pulmones al tomar aire. Cada vez me cuesta más respirar, y no sé si es porque me está dando un ataque de pánico o porque mis pulmones ya no pueden más. Supongo que será una combinación de ambas cosas. Mis vías respiratorias se han estrechado hasta convertirse en un trayecto sin retorno.

Me centro en mis sentidos y en el punto de contacto entre mis pies y el suelo para tranquilizarme e ignorar el hedor a descomposición que emana del mar. Paladeo el olor a tomillo y sal, el sutil aroma de la lavanda. Noto la caricia de la brisa sobre la piel.

Tengo la sensación de que se me está hundiendo el pecho. Saco mi inhalador del bolso. Dos pulsaciones. Enseguida empiezo a notar que se me vuelven a abrir las vías respiratorias.

Lo guardo y salgo de entre los arbustos a la arena. Me hago pantalla con la mano sobre los ojos y encuentro al grupo de fugitivos apiñados en la playa.

–¿Dónde está Vena? –pregunta Aleina.

Se me encoge el corazón. No me veo capaz de mentirles.

–Ha muerto –admito, porque no puedo permitir que se queden esperando a alguien que no va a regresar. De lo contrario, ellos sufrirán el mismo destino–. Tenemos que irnos. –Levanto la voz y cambio al francés–: ¡Muy bien, amigos! Sigamos adelante. –El tono alegre de mi voz me hace sonar casi desquiciada–. Tenemos que llegar al puerto, donde la marina francesa se enfrentó a una descomunal serpiente marina.

Echo a andar y luego miro por encima del hombro y agito un brazo para animarlos a retomar la marcha. A Aleina le brillan los ojos, pero me sigue con decisión. El resto hacen lo mismo.

Me abro camino por la playa con ellos mientras el sol desciende por el cielo. El crepúsculo tiñe las nubes de rojo. Me obligo a seguir adelante sin perder la sonrisa, aunque tiemblo como una hoja. Nos movemos como una lóbrega procesión por el entramado de callejuelas que conforma la red de vías adoquinadas de la ciudad costera. Mientras sigo recitando datos históricos, no dejo de pensar en Vena. En la facilidad con la que el soldado fey ha blandido su espada, como un adolescente agitando un bate de béisbol con desgana. He visto un par de cadáveres en mi vida, pero todos estaban metidos en sus respectivos ataúdes, listos para ser enterrados. Nunca había presenciado un asesinato. Nunca había sido testigo de un acto de violencia tan descarnado.

La calle está abarrotada de vallas de hierro forjado y edificios de ladrillo. El atardecer sigue oscureciendo el cielo cuando conduzco a los mestizos hasta lo alto de una colina.

–Como podrán ver, las canaletas de drenaje van por el centro de la calle. Una reliquia de la época medieval...

Sé que ninguno me está escuchando, pero me da igual. Sigo hablando e intentando sonar despreocupada.

Entre los edificios, vemos breves atisbos del mar y las volutas que se desprenden del velo. La niebla me pareció una curiosidad de lo más fascinante cuando llegué. Ahora me resulta terrorífica. Igual que el resto de la ciudad.

El sudor me corre por las sienes. Dejo el numerito de la guía al ver que nos hemos quedado solos, pero no tardo en retomarlo en cuanto reparo en la presencia de soldados fey al pie de la colina. Estamos tan cerca del velo que me zumban los oídos.

Los mestizos siguen pareciendo aterrorizados, y desearía que dejaran de aferrarse los unos a los otros.

–Ahora iremos por la derecha –les digo, y me dispongo a tomar la siguiente calle... hasta que me fijo en que hay un par de fey patrullando–. Perdón, quería decir por la izquierda.

Pero los soldados están empezando a rodearnos. Aprieto los dientes mientras mi mente trabaja a toda velocidad.

Me giro hacia los mestizos y los animo a seguirme mientras camino hacia atrás.

–¡Continuaremos por la playa!

Doy otro paso atrás y Aleina me llama con la voz estremecida por el pánico.

Al ver que una neblina violeta trepa por mi cuerpo, me da un vuelco el estómago. El velo se ha acercado a nosotros y me está engullendo.

La magia hace que me hormiguee la piel y me castañeteen los dientes.

Se me nubla la mente y me quedo helada. Estoy dentro del velo. Y eso significa que estoy a punto de morir.

Capítulo 3



La belleza del velo oculta su naturaleza letal, igual que la flor de la belladona. La magia fey no es particularmente estable, por lo que las consecuencias de tocarlo varían. Algunas personas sufren infartos. Otras gritan de dolor mientras se les derriten los órganos. Otras se convierten en polvo o quedan congeladas. Sin embargo, el desenlace siempre es el mismo. El velo se alimenta de los muertos y su hambre es insaciable.

Aun así...

Pese a estar metida de lleno en él, sigo viva. A no ser que lo que dicen algunos sea verdad y los muertos no sean conscientes de que lo están.

Me miro las manos a través de las volutas de niebla que se retuercen en torno a mis muñecas. Se mueven como si estuvieran vivas, con una extraña sensualidad.

Sigo respirando. No noto ningún dolor. ¿Cuánto voy a tardar en morir? Tomo una bocanada del aire húmedo y ligeramente salado que me envuelve. Me encuentro bien.

Ni siquiera oigo el zumbido de la niebla ni noto el hormigueo de la magia en la piel.

Es raro. A lo mejor la magia no funciona en esta parte del velo.

Todavía veo a los demás desde aquí, como siluetas plateadas y violetas. La niebla trepa por mis tobillos y se cuela por debajo del encaje de mi vestido blanco como la caricia de un amante.

–¿Aleina? –la llamo.

–¿Sigues viva? –pregunta sorprendida–. No te veo.

Una chispa de esperanza prende en mi pecho.

–Eso es genial –le digo–. Parece que esta parte del velo es inofensiva. Creo que podemos escondernos aquí. No es letal.

–¡No! –masculla aterrorizada.

–Es una especie de limbo. Estoy bien y parece el sitio perfecto para escondernos. Los soldados nos están cortando el paso.

Me voy poniendo más y más nerviosa a medida que pasan los segundos. Entiendo que se muestre reticente, pero los soldados acabarán fijándose en ellos, y no quiero ni pensar en lo que les harán si los atrapan. Estoy a punto de insistir cuando veo que una de las siluetas asiente y da un paso adelante. Aleina mete la mano en el velo y respira hondo antes de atravesarlo y colocarse a mi lado.

–Entrad todos –susurra en fey.

Uno a uno, los mestizos entran en el velo. En vez de consumirlos, la niebla parece darles la bienvenida con sus volutas. Extiendo una mano y el niño se agarra a mí para unirse a nosotros.

A través de la niebla, todavía veo el empedrado del callejón bajo mis pies. Pero todo es distinto a este lado del velo. Nadie ha entrado en esta zona de la ciudad en los últimos años. La basura se ha acumulado en la tierra de nadie y el aire huele a descomposición. Trago saliva. No debería estar aquí. Fuera, veo la silueta de los

guardias fey que pasan junto al velo con las espadas desenvainadas, pero ninguno repara en nosotros.

–¿Cómo cruzasteis el velo la primera vez? –le pregunto a Aleina.

–Teníamos un... No sé cómo se dice en tu idioma. ¿Un orbe? Un orbe *cosaint*. Pero se nos rompió. –Traga saliva–. Perdimos a dos de los nuestros cuando pasó aquello.

Un escalofrío me recorre la nuca, pero me obligo a dejar el miedo a un lado. Cuento hasta diez para que los guardias se alejen antes de salir de la niebla. Aleina me sigue. Y lo mismo hacen los demás inmediatamente después.

Me asomo por una de las esquinas del callejón. No veo ninguna patrulla. Genial.

–Vale, está despejado. Haremos lo mismo que antes. Sois un grupo de turistas. Es de vital importancia que os mostréis tranquilos, aunque no lo estéis.

Los alejo del velo y me pongo a gritar datos tontos para fingir que todo va bien. Por alguna razón, la temperatura cae en picado y me empiezan a castañetear los dientes. El frío me muerde la piel. ¿Y ese viento gélido? A lo mejor es la reacción de mi cuerpo ante la situación traumática que estoy viviendo. Una mujer ha sido ejecutada y ha acabado bañada en su propia sangre ante mis ojos. He cruzado por accidente un velo mágico que no me ha matado de pura casualidad.

El corazón me late desbocado en el pecho, pero sigo hablando, sigo adelante con la excursión. Sonrío mientras parloteo sobre el heroico ejército francés y explico que tenemos suerte de contar con el *statu quo* como protección. Los conduzco colina abajo hacia el puerto. Cada vez me cuesta más respirar, y me pitan los pulmones cada vez que tomo aire y lo suelto.

–¿Te encuentras bien? –pregunta Aleina–. Suenas como si te faltara el aire.

–Estoy bien –jadeo–. Tengo... asma. Me empeora con el estrés.

Intento respirar entre cada palabra para asegurarme de meterme un poco más de oxígeno en los pulmones.

–No conoces la ciudad y enfermas si haces esfuerzos –masculla Aleina–. ¿En qué momento se te ocurrió pensar que eras la persona

indicada para ayudarnos?

–Bueno..., no vi... a nadie más... ofreciéndose... a hacerlo.

Me da vueltas la cabeza. Tendré que tomarme un descanso pronto.

–Y agradezco que intervinieras.

–Dame las gracias cuando lleguemos al muelle –le digo enarcando una ceja.

¿Dónde estamos? Los he metido por una calle sinuosa que no me resulta familiar. No había llegado tan al este antes. Cuando se vuelven hacia mí, todos me miran expectantes, pues me han confiado su vida. A mí. A la persona que una vez se perdió en el mismo barrio en el que vivía. La persona que no es capaz de leer un mapa ni aunque su vida dependa de ello.

Me doy la vuelta buscando desesperadamente algún detalle que me resulte familiar en la calle abarrotada. Hay tiendas por todos lados: algunas venden crepes y helado; otras exponen en sus escaparates coronas de flores y lazos, mágicas y de temática fey, así como varitas de avellano. Un cartel con letras doradas reza «Château de la Feé» sobre una de ellas.

Me paro y me apoyo contra un muro para recuperar el aliento. Al menos ya estoy empezando a entrar en calor. El mar resplandece bajo el sol del crepúsculo. Menos mal. En cuanto lleguemos al mar, podré localizar el puerto.

–Seguidme hasta la playa –le digo al grupo saboreando la sal del aire–. Vamos a ver el lugar donde los franceses se prepararon para el último asalto contra la flota fey. Se defendieron con...

Me detengo al ver que hemos llegado a la calle amplia y pavimentada que conduce a los muelles. Hay dos policías franceses revisando la documentación de las personas con quienes se cruzan.

Mierda.

No permitirán que los fugitivos mestizos pasen y pongan en riesgo el *statu quo*. De hecho, seguro que están aquí justo por eso. Deben de estar buscando precisamente a mi grupo.

–Son humanos –me susurra Aleina al oído–. Y son solo dos. Podemos con ellos. Al menos unos cuantos de nosotros llegarán a su destino.

–¡No! Los policías tienen armas. Pedirán ayuda a los soldados fey. Tienen un acuerdo. Moriréis.

–Pero moriremos siendo libres.

–Eso está muy bien, pero acabaréis muertos igual. –Pienso en Vena–. No podéis tirar la toalla ahora con todo lo que habéis pasado.

Me fijo en que los policías no paran a todo el mundo. Hay demasiado bullicio, demasiados transeúntes. Y ellos son solo dos. El problema es que a nosotros seguro que nos paran. Puede que mi numerito como guía turística sea lo bastante convincente para quienes no nos prestan atención. Pero estos policías están buscando a un grupo de fugitivos y no les pasaremos inadvertidos.

–Esperaremos un poco. Crearé una distracción para que paséis a su lado sin que os paren. Tendrás que hacer lo mismo que he estado haciendo yo y fingir ser la guía –le digo a Aleina.

Ella palidece.

–Ni siquiera sé hablar francés.

–En inglés servirá.

–Pero no parezco una guía –insiste negando con la cabeza.

Tiene razón. Los policías estarán más atentos que los turistas de la playa. Se fijarán en las prendas de terciopelo y seda, en la combinación de su exquisita calidad con los desgarrones y las manchas, en las largas extremidades que dejan al descubierto, y reconocerán de inmediato al grupo de refugiados mestizos.

Ojalá tuviera algo con lo que disfrazarla. Algo que la hiciera confundirse con la multitud. Pero no sé...

Mi mirada vuela hasta las tiendas y se me ocurre una idea.

–Esperad aquí –les digo, cruzando la calle apresuradamente para entrar en Château de la Feé.

Es una tiendecita abarrotada de curiosidades: hay estatuas de fey con alas de mariposa reales pegadas; botellas redondas llenas de siropes de intensos colores con etiquetas que las identifican como pociones; barajas de cartas para leer la fortuna decoradas con calaveras y serpientes; libros encuadernados en piel y escritos en fey, e incluso mapas antiguos de su reino.

Pero no encuentro lo que busco, así que continúo hasta dar con ello. En cuanto lo tengo, corro hasta el mostrador, donde una mujer

con un pulcro moño gris me mira por encima del borde de sus gafas y me pide setenta euros. Pago intentando no pensar en todas las horas de trabajo en la librería que equivalen al desembolso. Tengo cosas más importantes por las que preocuparme. Mete mi compra en una bolsa de papel.

Una vez fuera, regreso corriendo junto a Aleina y le ofrezco la bolsa.

–Ponte esto.

Ella lo mira con un mohín.

–Pero... ¿por qué?

–Una mestiza jamás se pondría unas alas de hada, porque son una estupidez. –Son cutres y ridículas. El disfraz perfecto–. He visto a unas cuantas guías llevando alas como estas. Algunos turistas esperan la experiencia completa, ¿sabes? Con atrezo y todo. Si te pones esto, no parecerás fey. Nadie sospechará de ti. También te he comprado una corona de flores.

–Vale, de acuerdo.

Me arranca la bolsa de las manos, saca las resplandecientes alas rosas y se pasa las tiras por los hombros. En cuanto se pone la corona, dejo escapar un suspiro de alivio. Los accesorios cambian su apariencia por completo. Ahora las ropas raras y las orejas puntiagudas parecen formar parte de un disfraz.

–Vale. Esperaremos al momento perfecto. Por ahora, ve metiéndote en el papel de guía. Voy a crear una distracción. Empieza en cuanto me aleje.

Me toma el relevo con su pobre dominio del inglés:

–Damas y señores, esta de aquí es la casa de un general francés que solía usar armas de hierro letales. Voló a los malvados fey y los dejó hechos picadillo en medio de la calle.

Es la peor guía de la historia, pero bastará. Su voz se va apagando mientras bajo a los muelles, donde los barcos y los yates atracados se mecen con el mar. Espero un par de minutos, hasta que uno de los policías se pone a discutir con una anciana que se ha dejado la documentación. Así solo tendré que lidiar con uno de ellos.

–¡Perdone! –le grito–. *Excuse mua! Monsier? Coman ça va?*

El policía se encoge de dolor al oírme destrozar su idioma.

–Hablo su idioma, señorita.

Mi primer impulso es recurrir a los halagos.

–¡Y lo habla de maravilla! *Mais je voudrais,* eh..., practicar *mon français maintenant. Vous êtes très* elegante –le digo mezclando los dos idiomas.

Entorna la mirada y enseguida entiendo que mi táctica no está funcionando. De hecho, le está haciendo sospechar de mí. Los europeos siempre esperan que los estadounidenses seamos ruidosos y desagradables, así que a lo mejor me conviene poner toda la carne en el asador en ese aspecto.

–Estoy buscando... O sea, ¿sabe dónde...? *Je voudrais* encontrar un McDonald's o algo. ¿Podría ayudarme?

–No. Siga adelante, por favor –dice despidiéndome con un gesto de la mano.

Pero la tarea que me atañe es demasiado importante, así que voy a tener que seguir obligándolo a hacerme caso. ¿Y qué mejor manera de llamar la atención que causando rechazo?

–¿Me podría decir si en este país hay alguna tienda que venda chocolate en condiciones? –le pregunto–. La comida francesa no es tan buena como la pintan. No se ofenda, pero yo pensaba que su chocolate era del bueno. ¿Ha probado alguna vez los bomboncitos de Hershey's? Porque están riquísimos.

Se pone colorado y señala a su izquierda para que me vaya.

–Si no le importa... –dice con un acento marcado.

Por el rabillo del ojo, veo que Aleina pasa por delante junto al resto del grupo hablando de la marina francesa como una buena guía turística. El policía desvía la mirada hacia ellos, pero agito la mano ante su cara.

–*Excuse mua, garçon?* ¿Sabe usted lo que es un McDonald's? ¿Tienen de esos por aquí? ¡UN MCDONALD'S! –le grito a la cara–. No puedo seguir comiendo bazofia francesa.

Me lanza una mirada fulminante. ¡Ups! Creo que me he pasado.

–Aquí no. –Frunce los labios y señala hacia el oeste–. Los restaurantes de Marsella son mucho mejores. Además, legalmente, el chocolate estadounidense ni siquiera se considera chocolate de verdad.

Me cruzo de brazos.

–¿Está de broma? ¿Alguna vez ha comido unas tortitas de verdad? Y no me refiero a esas cosas raras y delgadas que comen aquí, no, sino una buena pila de tortitas esponjosas. Porque en Estados Unidos las venden incluso congeladas, con salchichas y con sabor a sirope de arce. Basta con calentarlas y, ¡bam!, desayuno listo. Si somos el mejor país del mundo es precisamente por inventos como esos, que nos permiten ganar tiempo para poder pasar más horas trabajando. ¿No es genial?

Cuando el policía le lanza una expresión suplicante a su compañero, Aleina y los demás ya se han perdido de vista.

–En fin, gracias –digo girando sobre los talones, aliviada por dejar ya el numerito.

–*Mademoiselle*, ¿me permite ver su pasaporte? –pregunta. Suena cabreado.

–Por supuesto, agente –respondo, volviéndome y carraspeando–. ¿Hay algún problema?

–No, solo es un control rutinario.

Es una suerte que lo lleve conmigo. Meto la mano en el bolso y lo saco. El policía lo estudia durante tanto rato que se me acelera el corazón.

–¿Nia Melisende? –pregunta.

–Soy estadounidense –comento alegremente.

Le echa una última ojeada antes de devolvérmelo.

–Que tenga un buen día –se despide con tono aburrido.

–*Mersi bocú* –digo antes de alejarme en dirección a los muelles.

–*Mademoiselle*, los restaurantes están por allí.

–Ah, sí, gracias. Es que quiero hacerles una foto a esos barcos franceses tan bonitos –le digo con una sonrisa antes de dar media vuelta.

Después de asegurarme de que ya no me está prestando atención, echo a correr disimuladamente. Las tablas del suelo crujen bajo mis botas.

Tardo un rato en encontrar al grupo junto a un buque de vela. Aleina está hablando con un hombre en la cubierta. Otro mestizo. Sus orejas puntiagudas asoman entre sus rizos oscuros, que le caen

a la altura de la mandíbula angulosa. Lleva las mangas de la blanca camisa recogidas, así que veo que tiene los antebrazos cubiertos de tatuajes. Al acercarme más, me da un vuelco el corazón. Lo reconozco gracias a esos misteriosos ojos grises y esas cejas negras y rectas en cuanto posa la mirada en mí. Sin embargo, parece un millón de veces más grande de lo que era la última vez que lo vi. Nos saca a todos varias cabezas y tiene los hombros tan anchos como un armario empotrado.

Conque aquí es donde ha acabado Raphael Launcelot, el guapísimo mestizo que me rompió el corazón.

Capítulo 4



Lo miro boquiabierta. He pasado años intentando olvidarme de la noche que pasé con él en Burdeos, donde las estrellas refulgían y el aire olía a uvas maduras. Y ahora lo tengo ante mí y parece un condenado semidiós.

Coincidimos en una casa señorial durante el verano y, después de compartir un beso, no volvió a dirigirme la palabra. También recuerdo que una noche en que mi madre se cayó por las escaleras estando borracha, el tío acabó llamándome «gentuza».

La verdad es que es un millón de veces más guapo que Jules, el camarero de antes, y me resulta tremendamente frustrante. Por si fuera poco, su actitud deja muy claro que está al tanto de lo

atractivo que es. Tiene la piel dorada por el sol, un físico musculoso, los ojos plateados...

Lo odio con toda mi alma.

Me mira desde lo alto de la pasarela de abordaje durante una fracción de segundo, pero, si me reconoce, lo disimula bien. La mujer ataviada con un vestido azul que se encuentra junto al palo mayor exige que cada fugitivo se identifique. Tiene la piel clara y lleva el cabello rubio recogido en un moño despeinado. Los enormes pendientes de diamante que le cuelgan de las orejas resplandecen bajo la luz del atardecer. Todo en ella es delicado, salvo la espada que pende de su cintura.

Recorro la cubierta con la mirada y descubro que cuentan con todo un arsenal de lanzas y arpones. A lo mejor es un antiguo barco de pesca. La brisa marina se mezcla con el aroma a madera y alquitrán del barco. Los miembros de la tripulación, vestidos con casacas azules, trepan por las jarcias para desplegar las velas.

Al acercarme un poco más, oigo que Raphael está discutiendo con Aleina en fey.

–No lo entiendo –le dice a la chica en tono seco–. ¿Dónde está nuestro contacto?

–Ya te he dicho que no ha llegado a aparecer –responde ella con impaciencia.

–¿Qué le ha pasado? –Un músculo se crispa en la mandíbula de Raphael.

–No tengo ni idea. Hemos tenido que llegar hasta aquí por nuestra cuenta.

–¿Y cómo os las habéis arreglado para cruzar toda la ciudad solos?

–Hemos tenido ayuda –explica Aleina señalándome–. Nos ha acompañado una turista.

Raphael me lanza una mirada recelosa desde lo alto del barco. Entorna la mirada mientras me estudia, pero no parece reconocerme.

–¿Le has hablado a esta mujer de nosotros?

Empapa el «esta mujer» con una cantidad impresionante de desprecio, lo cual me hace sospechar que a lo mejor sí que se

acuerda de mí. No me está llamando «gentuza» en voz alta, pero se puede leer entre líneas.

–No teníamos otra opción. –Aleina mira en dirección a los dos policías que vigilan la entrada del puerto–. Te lo explicaré más tarde, pero tenemos que irnos.

La mujer rubia da un paso adelante y le toca el brazo a Raphael.

–No nos vamos a mover de aquí. Sus nombres no coinciden con los de la lista.

–¿En serio, Viviane? ¿Ninguno? –pregunta él.

Los miro sin palabras. ¿Han perdido la cabeza?

–Solo algunos –explica Viviane–. Faltan tres de los que teníamos apuntados y han traído a otros tres que no están en la lista. –Señala al niño–. Son este y las dos señoritas pelirrojas.

Una mujer con el mismo color de pelo rodea a cada una con un brazo.

–Son mis hijas. No pienso dejarlas en el territorio controlado por los fey. Ni loca.

–Ya os lo hemos dicho –replica Viviane–. Solo podemos llevar a quienes hayan recibido el visto bueno. Lo dejamos muy claro desde el principio. Tú estás aquí porque tienes en tu poder información valiosa. Ellos no nos sirven de nada.

Aleina acuna la cabeza del niño, que llora contra su pierna. Sus lágrimas le manchan el pálido vestido dorado.

–Han matado a sus padres de camino hacia aquí. Solo tiene cuatro años. ¿Vosotros no tenéis hijos? ¿Qué clase de persona dejaría a un niño pequeño a su suerte?

–Sus padres estaban avisados. No podemos ayudar a todo el mundo –replica Viviane. Sus pendientes de diamante resplandecen con la luz del atardecer–. Cada persona que transportamos tiene que someterse a un control, y nuestros recursos son limitados. ¿Qué crees que pasaría si se corre la voz de que nos encargamos de cada mestizo que llega hasta nosotros? Yo misma te responderé a eso: perderíamos la guerra.

Y yo que pensaba que la guerra había terminado.

Aleina sigue acariciando la cabeza del niño.

–Sus padres eran dos de las personas que han muerto de camino. Ellos están en la lista. Si lo dejamos, lo arrestarán o, lo que es peor...

Lo matarán.

–Pues quédate tú con él –dice Raphael sin levantar la voz–. Es decisión tuya. Hay miles de fugitivos humanos y mestizos. No podemos ayudar a todo el mundo.

Al niño se le descompone la expresión y se vuelve hacia Aleina para llorar contra su muslo.

–Lo siento, Malo –dice ella con voz rota.

Una punzada me atraviesa el pecho cuando la veo bajar al muelle. Cojo la manita del niño. Ahora que está con una desconocida, intenta no hacer ruido mientras llora. Debe de estar aterrorizado.

Entiendo que no puedan ayudar a todos, pero el pobre niño acaba de ver morir a sus padres. Está claro que Raphael sigue siendo tan capullo como siempre.

Encuentra mi mirada y se pasa una mano por el pelo.

–Mirad, tenemos limitaciones tanto de fondos como de espacio. La resistencia ha seleccionado cuidadosamente a todas y cada una de las personas que aparecen en nuestra lista. Si nos dejamos llevar por el sentimentalismo y nos ponemos a hacer excepciones, la cosa se desmadrará y estaremos perdidos. No tenemos provisiones suficientes para alimentar a quienes no puedan aportar nada a la causa. Nuestra vida está en juego.

–Igual que la de este niño –intervengo.

–No tenemos tiempo para discutir –dice Viviane–. Dejaremos a esos tres atrás.

Están sentenciando a muerte a los mestizos. Acabarán desangrándose sobre los adoquines de alguna callejuela de la ciudad, igual que Vena. Porque no creo que los soldados estén dispuestos a perdonarle la vida a un niño.

En cualquier caso, me parece que a Viviane tampoco le va a importar mucho lo que le ocurra.

–No pienso marcharme sin mis hijas –dice la mujer pelirroja.

Al menos ella todavía tiene algo de sentido común. Se cruza de brazos y fulmina a los tripulantes del barco con la mirada. Cuando

las tres se unen al niño y a mí en el muelle, Raphael le lanza un asentimiento a Viviane.

–Vale. Tenemos que irnos.

–Tenéis que dejar que vayan con vosotros. Por favor. Os lo suplico –les pido desesperada mientras Malo permanece aferrado a mi mano.

Raphael niega con la cabeza.

–La resistencia está haciendo todo cuanto está en su mano por ayudar a los fugitivos, pero tenemos que ceñirnos a nuestras prioridades. No podemos desviarnos del plan. Nuestro principal objetivo es poner a salvo a las personas que aparecen en nuestra lista. Y, con el debido respeto, tú no tienes ni puta idea de lo que estás hablando.

–Lo único que sé es que estáis abandonando a un niño que acaba de ver morir a sus padres –le espeto.

–No tengo por qué darle explicaciones a un duendecillo estadounidense con aires de princesa que ha venido hasta aquí para pasar unos días de vacaciones... –dice apretando los dientes.

–¿Me acabas de llamar «duendecillo con aires de princesa»?

–... Pero esta gente puede ayudarnos a plantarle cara a Auberon. Cuentan con información y conocimientos vitales para ganar. Y ese es el motivo por el que los estamos ayudando. Somos un ejército, no una organización benéfica. Ahora, si no te importa, ¿qué tal si te vuelves a la playa para seguir bebiendo champán y persiguiendo a hombres ricos?

Me pongo colorada. Vaya, perfecto. Está claro que se acuerda de mi madre. Perseguir a hombres ricos es su pasatiempo favorito y el principal motivo por el que viajábamos todos los veranos a aquella casa señorial.

Detrás de mí, las dos hermanas están llorando. Al menos ellas tienen a su madre, no como Malo. Ahora, él solo me tiene a mí. Le estrecho la manita. Derrama sus lágrimas sobre mi pierna.

Estoy al borde de la desesperación. Necesito encontrar un motivo para impedir que el barco zarpe sin ellos. Por desgracia, no se me da nada bien discutir y tengo la tendencia de complacer a todo el mundo.

Sin embargo, Raphael consigue sacarme de mis casillas.

Uno de los miembros de la tripulación está empezando a soltar las amarras. Se me forma un nudo de pánico en el pecho.

–Bueno –digo con un carraspeo–, pues espero de corazón que esos policías franceses no se enteren de lo que estáis haciendo. Suelen cooperar con el ejército fey para preservar la paz. Me pregunto qué harán si alguien da la voz de alarma.

–¡Parad! –Raphael levanta una mano para que la tripulación deje todo lo que está haciendo. El cuerpo se le agarrota de rabia. Casi alcanzo a notar la furia gélida que irradia–. ¿Eso es una amenaza?

Le sostengo la mirada.

–Solo estaba pensando en voz alta. ¿Crees que os dejarán zarpar? Les da muchísimo miedo que Auberon se haga con el control del resto del país.

Viviane baja de un salto al muelle y la madera húmeda cruje bajo sus pies. En un abrir y cerrar de ojos, me pone la espada contra el cuello. La brisa marina le revuelve los rizos rubios.

–Yo a esta me la cargo.

Me quedo inmóvil, incapaz de respirar. Nunca antes me habían apuntado con un arma. Me da vueltas la cabeza y me flaquean las piernas, pero me obligo a sostenerle la mirada.

–¡No! –exclama Aleina.

–Para, Viviane –ladra Raphael–. Matarla solo nos traería problemas.

Él también baja del barco y se acerca a nosotras. Me atraviesa con la mirada bajo la tenue luz del crepúsculo.

Debería retroceder. Dar media vuelta. Sin embargo, por alguna razón, me mantengo en mis trece. Miro a Raphael.

–Solo son tres personas más. El niño apenas ocupa espacio.

Desvía la vista hacia la cubierta y se apoya las manos en las caderas.

–Está bien. Viviane, baja la espada. Que todo el mundo suba a bordo. No podemos perder más tiempo.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Unos segundos más tarde, Viviane baja el arma.

La madre pelirroja se vuelve hacia mí con lágrimas en los ojos.

–Gracias –susurra–. Gracias por todo.

–De nada –digo tragando saliva con fuerza–. Me alegro de haber podido ayudaros.

Una de sus hijas coge a Malo en brazos y lo sube por la pasarela.

Raphael está mirando algo con atención detrás de nosotras. Al darme la vuelta para ver qué lo tiene tan cautivado, me da un vuelco el corazón. Uno de los policías viene corriendo en nuestra dirección con un estruendo de sus pisadas contra la madera del muelle.

–¡Nia Melisende! –grita desde lejos.

–¿Por qué sabe cómo te llamas? –pregunta Raphael con voz gélida.

–Porque me ha revisado el pasaporte.

Raphael se pone una gorra para cubrirse la punta de las orejas y baja al muelle con elegancia. Para mi sorpresa, me pasa un brazo por los hombros y me mueve para quedar mirando en la dirección contraria al policía. Señala el mar como si me estuviera mostrando el atardecer.

–Sígueme el juego y actúa como si nada. No pierdas la calma.

Me obligo a respirar más despacio y mi mente se centra en el calor que desprende el brazo con el que me rodea los hombros. Es extraño, pero no me cuesta permanecer tranquila, como si me hubiera dado una orden que no puedo ignorar. Su olor masculino despierta un recuerdo que había enterrado hace mucho tiempo, y eso que, la última vez que lo vi, no tenía un físico ni la mitad de musculoso.

–¡Nia Melisende! –vuelve a gritar el policía detrás de nosotros.

Raphael se da la vuelta con una sonrisa tranquila en el rostro, sin apartar el brazo de mí. Arquea una ceja.

–¿Busca a mi esposa, agente? Me temo que no se encuentra muy bien.

Hacemos una pareja ridícula. Somos, literalmente, como el punto y la i.

El policía sigue intentando recuperar el aliento con una mano en el pecho.

–Mi compañero me ha dicho... –jadea y toma una profunda bocanada de aire– que ha pasado un grupo con usted y que no se han identificado. –Señala el barco–. Esos de ahí. No hemos comprobado su documentación.

Raphael frunce el ceño.

–Ah, no, no se preocupe. Ya les han revisado el pasaporte antes. –Aparta el brazo de mis hombros y tose contra el codo–. Joder, Nia. Te dije que me ibas a pegar la fiebre. ¿No se te han quitado todavía las ampollas?

Me lo quedo mirando durante un momento. Solo un momento. Se me da bien saber qué es lo que la gente espera de mí y actuar en consecuencia. Es una de mis mejores dotes. Ahora mismo, sé exactamente qué papel necesita que interprete.

Me estremezco de dolor y me toco el costado.

–No, debo de haberme pillado algo horrible.

Raphael esboza una mueca.

–Seguro que es la fiebre del chucho. Vamos, pongo la mano en el fuego. ¿No te das cuenta de lo contagiosa que es?

–Ni que me hubiera contagiado adrede. Si no te pasaras el día metiéndome mano, te habrías librado de los chancros.

–¿Chancros? –pregunta el policía, a quien se le crispa el bigote.

Lo miro con expresión melancólica.

–Sí, ya sabe, esas úlceras que salen donde la espalda pierde su casto nombre. También tengo en la garganta, así que cuando toso...

Me pongo a toser y él palidece.

–Creo que no va a hacer falta que compruebe sus pasaportes –dice lanzando una mirada al barco.

Asiento sin dejar de toser.

–Espero que no sea mortal. Todos los del grupo están contagiados.

El policía echa una última mirada de preocupación hacia el barco y, al ver que se dispone a dar media vuelta, el nudo que tenía en el pecho empieza a aflojarse. Sin embargo, se detiene antes de dar un solo paso. Se gira y frunce el ceño. El viento sopla sobre nuestras cabezas. Una lenta expresión enfadada se adueña de sus facciones. Sigo la trayectoria de su mirada para ver qué le ha llamado la atención: a Malo se le ven las orejas puntiagudas entre los rizos oscuros.

El policía abre la boca para ponerse a gritar, pero Raphael le da un puñetazo en el cuello. Se mueve tan deprisa que no me da tiempo a asimilar lo que acaba de hacer.

El hombre cae al suelo atragantado. Se me desboca el corazón y se me desencaja la mirada de miedo. Raphael se agacha, lo agarra por la cabeza y la mandíbula y le retuerce el cuello con un ágil movimiento. El policía se desploma con un crujido que me revuelve el estómago.

Me quedo helada. Es lo mismo que ha pasado con la mujer mestiza: un segundo tenía a alguien vivo delante de mí y, al siguiente, había perdido la vida. No sabía que fuera posible matar a una persona de una forma tan silenciosa y eficiente con tan solo las manos.

–Rápido, coge esa red de ahí –me dice Raphael.

Hago lo que me pide en un acto reflejo. Agarro una red de pesca enredada y le paso uno de los extremos como si fuera una autómata.

–Ayúdame. –Su voz es tan firme que me resulta imposible llevarle la contraria.

Envuelve el cuerpo del policía con ella y yo intento ayudarlo con dedos temblorosos. ¿Qué estoy haciendo? Cuando acaba, lo empuja con el pie para tirarlo al mar. Los pesos enganchados a la red hacen que el cadáver se hunda enseguida.

El corazón todavía me late a toda velocidad cuando Raphael me agarra del brazo y tira de mí pasarela arriba. Subo con torpeza a la cubierta.

–¿Qué está pasando? –pregunto, aturdida ante el desarrollo de los acontecimientos.

–Sabía cómo te llamabas –dice con tirantez–. Así que sus compañeros también lo sabrán. Como te quedes aquí, te interrogarán.

Tengo un millón de preguntas, pero no hay tiempo para explicaciones. Me paso la lengua por los labios, que me saben a sal. ¿Qué se supone que voy a hacer yo ahora? ¿Enfrentarme a un ejército de espías mortíferos a bolsazos?

–¿Cuánto tardarán en encontrar el cadáver? –pregunta Viviane, que no ha tardado en acercarse.

–En esta zona del puerto hay una corriente muy fuerte que fluye hacia el oeste. El agua lo arrastrará unos dos kilómetros, pero

tenemos que irnos ya. –Su mirada vuela hasta la playa–. La comisaría más cercana está a poco más de doscientos metros de aquí. Puede que vengan a buscarlo. Calculo que tenemos unos siete minutos para escapar.

–No pienso ir con vosotros –digo con tanta firmeza como puedo.

Nada de esto formaba parte del plan. Tengo que coger un vuelo de regreso a casa en una semana y he dejado todas mis cosas en el hotel. Además, no soy una persona que maneje bien el estrés. De hecho, ahora mismo estoy a punto de colapsar y no me apetece nada tener que enfrentarme a más peligros.

Viviane levanta la espada y me hace un corte en el cuello al apuntarme con ella.

–Ya, pero no te estamos dando opción.

Se me cae el alma a los pies. La miro mientras mi mente trabaja a toda velocidad. El aire le alborota la melena rubia, pero no aparta los ojos claros de mí ni por un segundo.

Por lo general, se me da bien saber qué es lo que la gente espera de mí y usarlo en mi propio beneficio. Sin embargo, esta vez me he quedado en blanco. Esta mujer no parece estar dispuesta a dar su brazo a torcer.

–¡Levad anclas! –grita Raphael–. Ya estamos todos a bordo.

El mundo parece desdibujarse mientras la tripulación trabaja a mi alrededor. El motor del barco cobra vida con un rugido y una nube de humo negro.

Se me forma un nudo en el estómago. ¿Adónde narices me están llevando?

Nos alejamos del muelle y el viento me revuelve el pelo. Viviane por fin baja la espada, pero aprieta los dientes y me mira con asco.

Yo clavo la vista en el puerto, que cada vez se va haciendo más pequeño. He cometido un terrible error. No debería haberme involucrado.

Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho?

Capítulo 5



El barco se mece con cada ola y el horizonte se inclina a izquierda y derecha, arriba y abajo. La brisa marina me salpica la cara y la madera del barco cruje y chirría.

Me quedo en la popa, agarrada a la barandilla. El vaivén constante me revuelve el estómago. No estoy hecha para viajar en barco. Me mareo con solo mirar el agua. Me arrepiento muchísimo de haberme comido ese pedazo de tarta de moras. Bueno, en realidad, me arrepiento incluso de haberme levantado esta mañana de la cama, que no se movía de arriba abajo. La cama era genial. Perfectamente firme y segura.

–¡Oye, tú! –me llama alguien.

Me vuelvo conteniendo las náuseas y veo que Viviane me fulmina con la mirada. El aire mediterráneo le suelta un par de rizos del moño.

–Raphael quiere verte.

–Vale –digo en un hilo de voz.

–Te espera en el camarote del capitán –puntualiza categóricamente.

–Ya.

Tal vez me venga bien entrar y no ver las olas. Cruzo la suave pendiente de la cubierta sin soltarme de la barandilla. ¿Cuánto tiempo va a durar el viaje? Subo la estrecha escalera que conduce al castillo de popa. La puerta del camarote del capitán está decorada con intrincadas tallas.

Mis ganas de vomitar se acrecientan tan pronto como pongo un pie dentro, pues el vaivén de la embarcación se vuelve más pronunciado bajo cubierta. Raphael, sin embargo, está perfectamente. Me espera de pie junto a una mesa enorme estudiando un mapa. El camarote está completamente hecho de caoba pulida o bronce y el olor a madera resulta asfixiante.

Es entonces cuando reparo en que Viviane ha venido detrás de mí casi respirándome en la nuca. Me apoyo en el otro extremo de la mesa intentando no vomitar.

–¿Todo en orden? –le pregunta Raphael a la chica sin hacerme ningún caso pese a que se suponía que quería verme.

–Eso parece. Aleina se está encargando del resto del grupo.

–Bien. ¿Has hablado con la TTBC?

–Sí, pero sin novedades.

–Pide otra actualización. No quiero sorpresas.

Está claro que aquí el que manda es Raphael. Está tan moreno que no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo pasará en alta mar.

–Enseguida –dice ella saliendo del camarote.

–Cierra la puerta –me ordena sin levantar la vista del mapa.

Hago lo que me dice intentando respirar hondo. Tengo el estómago tan revuelto que me da miedo regurgitar el trozo de tarta sobre el mapa. ¿Cómo reaccionará si eso pasa?

–¿Qué es una..., eh, TTBC? –pregunto.

–No es asunto tuyo –responde enarcando una ceja.

Ya. Pues vale. Supongo que no tengo por qué saberlo. De hecho, no tengo por qué estar en este barco, aguantar a Raphael o lidiar con su mala actitud.

Me trago tanto las náuseas como el odio que despierta en mí antes de obligarme a esbozar una sonrisa encantadora. Pero, dadas las circunstancias, lo único que consigo es ofrecerle una mueca moribunda.

–Me llamo Nia. Encantada de conocerte. Tienes un barco impresionante.

Él ladea la cabeza y me mira confundido. Deja que el silencio caiga sobre nosotros para que quede bien claro lo mucho que me desprecia.

Pero tengo una noticia para ti, amiguito: el sentimiento es mutuo.

Enseguida descarto la opción de intentar metérmelo en el bolsillo, porque hay algo en él que hace que me encienda de rabia. Noto que se me dilatan las fosas nasales.

Me siento frente a él y me sujeto el vientre.

–Bueno, confieso que no esperaba para nada encontrarme con el principito de Burdeos por aquí. –El asco que le tengo me retuerce la voz.

Me sorprende oír esas palabras saliendo de mi boca, porque no suelo ser tan desagradable.

–Yo también me acuerdo de ti, yanqui.

No sé si esa última palabra es un mero adjetivo con el que describirme o un mote despectivo. El ambiente entre nosotros se vuelve gélido y Raphael se inclina sobre la mesa para acercarse a mí. Tanto que veo el límite entre el centro plateado y el reborde azul intenso de sus iris, enmarcados por unas gruesas pestañas negras. Me pregunto si Viviane será su novia. Harían buena pareja: los dos son bellísimos por fuera, pero horribles por dentro.

–De ti. –Su expresión es indescifrable–. Y de tu madre.

Se me forma un nudo en el estómago y me dan ganas de tirarme por la borda. Un recuerdo hace un desagradable acto de presencia y me veo catapultada al momento en que tuvo que subir a mi madre

borracha escaleras arriba. Las náuseas regresan con una renovada virulencia.

–Pues es una sorpresa.

–Aquello fue difícil de olvidar.

–Vale, ha quedado claro que no nos caemos bien. –Lo fulmino con la mirada–. Y, para que lo sepas, a mí me suele caer bien casi todo el mundo. Además, no me gusta incomodar a los demás. Así que es...

–Ya, que el asco que me tienes es mucho más intenso. Ya lo he pillado. –Da golpecitos en la mesa con los dedos–. No entiendo cómo alguien como tú ha sido capaz de sacar a los fugitivos de la ciudad ni por qué se ha molestado en ayudarlos.

«Alguien como tú». Una fría oleada de furia me recorre de pies a cabeza y me obliga a apretar los dientes.

–Yo podría decir lo mismo de ti, porque me parece que tienes cierta tendencia a juzgar a la gente sin apenas conocerla de nada. Y no creo que esa sea una característica muy apropiada para un líder, ¿no te parece? Por no hablar de que te dejaría como un pésimo espía.

Me siento de maravilla después de haberme desahogado. ¿Es esta la razón por la que la gente discute? ¿Por la que se emborracha y grita en medio de las plazas? Por fin lo entiendo.

Raphael se sienta en una silla de cuero de respaldo alto y se cruza de brazos.

–¿Por qué no me cuentas cómo ayudaste a los fugitivos a llegar hasta nosotros? Y no escatimes en detalles.

Por como suena, todavía no me cree. Al fin y al cabo, ¿qué sabrá de estas cosas la gentuza como yo?

Suspiro con creciente agitación.

–Todo empezó cuando me estaba comiendo un pedazo de tarta de cumpleaños en una cafetería. Yo la pedí de lavanda, pero me la trajeron de mora y...

–Me refería a los detalles importantes.

–Vale.

Raphael levanta un dedo.

–Espera. ¿Estabas celebrando tu cumpleaños tú sola?

Lo fulmino con la mirada.

Ya ves: por si fuera poco, soy una tremenda fracasada.

–He venido sola de vacaciones, sí. No es de tu incumbencia, pero...

–Por lo que recuerdo, sueles pasar mucho tiempo de vacaciones –murmura.

–¿Quieres que te cuente lo que ha pasado o no? –replico con tono cortante.

Supongo que no tengo por qué explicarle que mis días de vacaciones lujosas han quedado en el pasado y que llevaba cinco años comiendo cereales de marca blanca para ahorrar dinero y poder pagarme el viaje. Por muy tentador que parezca, tampoco pienso contarle que, al secuestrarme, ha tirado por tierra el itinerario que he estado elaborando con sumo cuidado durante esos mismos cinco años.

–Para tu información, *Raphael*, vi a los mestizos a través de una de las ventanas de la cafetería. Cuando me di cuenta de lo que eran, una vecina se había fijado en nosotros y acabé involucrada porque la señora me había metido en el mismo saco que a ellos. Además, había unos cuantos soldados patrullando por la zona y los fugitivos estaban aterrorizados. Odio ver a la gente asustada. –Pienso en aquella vez en que mi madre se puso a gritar porque decía que notaba insectos correteándole por el cuerpo. Carraspeo–. Por eso decidí fingir ser su guía turística y acompañarlos hasta el puerto.

–¿Eso es todo? ¿Decidiste involucrarte y traerlos hasta mí así sin más?

–No fue nada fácil. Una de las mestizas, Vena, entró en pánico y salió corriendo. En cuanto se separó del grupo, los soldados le cortaron la garganta. Por eso no quería que dejarais a nadie atrás. Están matando a la gente en plena calle.

Se mantiene impasible ante la noticia.

–Eran catorce cuando salieron de Brocelianda. Once de ellos han llegado hasta aquí junto a los tres acoplados. Es un porcentaje de éxito del setenta y ocho por ciento. Por encima de la media.

Se me forma un nudo en la garganta. Me parece horrible que hable de Vena como si no fuera más que un número. Yo no la conocía de nada, pero seguro que su familia llorará su pérdida.

Raphael no aparta los ojos claros de mi rostro.

–Ya sé lo que estás pensando, pero esto es la guerra. La gente muere. Tenemos que centrarnos en los vivos. Y, ahora mismo, lo que necesito es que me cuentes qué ha pasado y que incluyas toda la información que consideres importante. Así que empieza por el principio. ¿Dónde los viste? ¿Qué te empujó a acercarte a ellos?

Se lo cuento todo. Me devano los sesos tratando de recordar hasta el último detalle. El collar. La mujer que se asomó a la puerta de su casa. Los dos dragones que pasaron volando por encima de nosotros. El momento en que nos escondimos en el velo...

–Para el carro –dice levantando una mano–. ¿Cómo que os escondisteis en el velo? La única forma de adentrarse en él sin morir es usando un orbe, y hay muy pocos de esos en el mundo.

–La parte en la que nos quedamos no era letal –señalo con un encogimiento de hombros.

Él me mira tras una máscara inexpresiva.

–Me temo que no tienes ni idea de cómo funciona la magia, y yo sí. El velo no tiene zonas seguras. Ni una sola.

Abro las manos.

–Bueno, pues yo sigo viva, así que supongo que te equivocas.

Se le ensombrece la mirada.

–El velo es letal. De punta a punta.

Veo que no le ha hecho nada de gracia que le lleve la contraria.

–Me has pedido que te cuente qué ha pasado y eso es lo que estoy haciendo. El velo me engulló como si estuviera hambriento. Me envolvió de golpe. Pero no oí ningún zumbido una vez dentro. No me hormigueó la piel como me suele pasar cuando me acerco demasiado a él.

–Ningún... zumbido –repite con expresión tensa–. ¿Oyes un zumbido cerca del velo?

–Sí, eso es lo que hace. En fin, que los demás se metieron conmigo dentro y salieron ilesos. El velo permaneció en silencio y no oí ni un solo zumbido.

Su actitud es tan fría que me pone la piel de gallina.

–Si les pido a los demás que confirmen lo que me cuentas, ¿lo harán?

–No me lo he imaginado –digo con demasiada vehemencia.

La verdad es que de vez en cuando sí que veo cosas donde no las hay y me cuesta distinguir lo que es real de lo que no.

–Vale. Dame un minuto.

Al verlo ponerse de pie vuelvo a ser consciente de lo ridículamente alto que es. Tiene que agacharse y todo para salir del camarote.

Lo espero mientras repaso todo lo que me ha dicho. Tiene una habilidad pasmosa para tratar a los demás con condescendencia.

«Alguien como tú».

«Me acuerdo de ti... y de tu madre». El desprecio en su voz casi se podía mascar.

Me pongo de pie y me dispongo a salir tan rápido como puedo sin dejar de presionarme el vientre. Me da miedo que la tarta me trepe por la garganta para celebrar mi cumpleaños por segunda vez. Abro la puerta de un bandazo. Los fugitivos están sentados en cubierta y las nubes se han oscurecido hasta adoptar un tono gris violáceo. Me abro camino entre ellos para correr hasta la barandilla.

Una voz aguda, estruendosa y aterrorizada, resuena en mi mente: *Vamos a morir, vamos a morir, no hay escapatoria, os encontrarán. ¡VAMOS A MORIR!*

Ay, me cago en la leche. Está volviendo a pasar. Esta es justo la razón por la que el médico me pidió que evitara las situaciones de estrés. Como no estoy siguiendo sus indicaciones, ahora las voces han vuelto.

Giro sobre los talones y me aseguro de que no hay nadie gritando. Nadie está moviendo los labios.

La voz aúlla en mi cráneo, presa del pánico. Por mucho que me diga a mí misma que no es real, me está contagiando su miedo. Me da un vuelco el corazón.

¡VAMOS A MORIR!

–No, nadie va a morir –mascullo cubriéndome las orejas con ambas manos y cerrando los ojos–. ¡No va a pasar nada! Por favor, cállate. No voy a morir. –Las náuseas y los gritos me resultan abrumadores–. ¡Sal de mi cabeza!

La voz deja de gritar. Ahora reina un silencio absoluto.

Cuando abro los ojos, todo el mundo me mira. Raphael se ha detenido a unos pasos de mí con el ceño fruncido. Algo me dice que la opinión que tiene de mí no ha mejorado mucho en los últimos veinte segundos.

–¿Está colocada? –pregunta Viviane con mala cara.

Ojalá fuera tan sencillo.

Regreso al camarote del capitán, desesperada por escapar de todas sus miradas. Abro la puerta de golpe y me agarro el vientre. No sé de qué me sorprendo. Esto iba a acaba ocurriendo más tarde o más temprano. Llevaba ya unas cuantas semanas sin oír voces y empezaba a tener la esperanza de que esta vez se hubieran marchado para siempre. Los médicos nunca han llegado a dar con lo que me pasa, porque las voces son el único síntoma que padezco. Por lo demás, mi cabeza funciona perfectamente. Mi médico cree que un diez por ciento de la población oye voces y que es algo que tiene que ver con el subconsciente y la evolución humana. Que no tiene que ser algo necesariamente malo. El problema es que, mientras que las voces de otros ofrecen consejos con amabilidad, las mías no paran de gritar.

Lo único que me garantiza un poco de tranquilidad es evitar el estrés, como quedándome en mi habitación leyendo. Por eso hace que la librería sea el lugar de trabajo perfecto para mí.

Me dejo caer sobre una de las sillas del camarote temiendo el momento en que Raphael regrese. Tenía la esperanza de que me dijera algo como «Lo siento mucho, tenías toda la razón sobre lo del velo y está claro que eres una persona perfectamente racional». Sin embargo, después del numerito que acabo de montar, no sé yo si tendré tanta suerte.

La puerta se abre con un crujido y me vuelvo esperando encontrar a Raphael. En su lugar, aparece una mujer tranquila con un vestido amarillo. La luz cálida del camarote baña su piel cobriza y me fijo en que sostiene una delicada taza de porcelana con su correspondiente platito. Su bonito rostro está rodeado por un halo de rizos oscuros.

Me ofrece una sonrisa arrebatadora y el aroma a bergamota me inunda las fosas nasales. Se me revuelve el estómago otra vez.

La mujer me mira por encima del borde de la taza. Tiene una extraña e intrincada enredadera tatuada en el cuello que se pierde bajo su ropa. Da un sorbo de té.

–Buenas tardes.

Aún sigo intentando calmar los latidos de mi corazón, pero, al centrarme en ella, noto que las náuseas amainan un poco. Tiene los ojos grandes y de distinto color: uno avellana y el otro marrón.

–Soy Tana –se presenta con tono despreocupado.

–Yo, Nia.

–Ay, pobrecita mía, tranquila. Mejor fuera que dentro.

Me asalta otra oleada de náuseas.

–¿El qué está mejor fuera?

–Ay, perdona. –Sonríe–. Me he confundido. Eso todavía no ha pasado.

Necesito desesperadamente echarme una siesta en tierra firme.

–¿Trabajas para Raphael?

–Supongo que sí. –La idea parece sorprenderla. Se sienta frente a mí y continúa observándome por encima del borde de la taza mientras bebe.

–¿Y de qué te encargas tú? –pregunto tras una pausa.

Ella frunce el ceño. Las volutas de vapor que escapan del té bailan frente a su rostro.

–Tengo que asegurarme de que no nos siguen e identificar cualquier peligro que ande al acecho. Mi trabajo es asegurar que permanecemos a salvo.

–¿Tiene algo que ver con lo de la TTBC?

Deja escapar una risita alegre.

–¡Ay, estos espías y sus acrónimos! Supongo que se refería a mí. Significa Té, Tarot, Bola de Cristal. –Se inclina hacia adelante y susurra–. Pero la verdad es que yo no uso bolas de cristal. Son una horterada.

La miro sorprendida.

–¿Y eso... eso de verdad...?

Quiero preguntarle si de verdad le funciona, porque parece un auténtico disparate, pero sé que suena muy condescendiente.

–Veo algunas cosas. –Da un último trago y vuelca la taza sobre el platito. Luego la levanta y empuja el plato en mi dirección. El té ha dejado unos pegotes oscuros y húmedos–. ¿Ves? Las hojas dicen que hay un barco patrulla al norte, aunque está lejos todavía. –Hace una pausa–. En realidad, también podrían estar avisándonos de que mañana va a llover. Pero no, estoy del todo segura de que hablan del barco patrulla.

–¿Consultas el futuro en las hojas de té... para buscar barcos patrulla?

–No es infalible –suspira–, pero nos ha salvado de llevarnos un par de sustos.

Una ola sacude el barco y las náuseas me ganan la partida. Corro hacia la puerta, salgo precipitadamente a cubierta y llego a la barandilla justo a tiempo para agarrarme a ella y ofrecerle mi tarta de cumpleaños al embravecido mar.

Me quedo doblada sobre la barandilla mientras me limpio la boca con el dorso de la mano. Apoyo la cabeza sobre la madera un momento y noto una mano en la espalda.

–Pobrecita mía, tranquila. Mejor fuera que dentro –dice Tana.

–Ay, dioses –gimo al enderezarme. Ya me encuentro mejor.

–Toma. –Me ofrece una taza de té–. Esto te ayudará.

Doy un sorbito y cierro los ojos. Para mí sorpresa, hace efecto casi al instante. Un segundo trago me asienta el estómago. Me aferro a la taza de porcelana y miro a la chica. El viento le revuelve los rizos.

–Has visto lo que pasaría –le digo, aunque supongo que tampoco era tan difícil adivinar lo que se me venía encima.

Ella asiente.

–En Brocelianda, la gente acudía a mí para saber si encontraría al amor de su vida. –Su mirada se entristece–. Pero todo cambió de un día para otro y en el futuro ya solo veía muertes. Cientos de miles de fallecidos. Una cacería de mestizos. Tenía que salir de allí, así que eso hice. Las cartas me condujeron hasta aquí, para que me uniera a las filas del MI-13. Por suerte, cuento con una habilidad que les resulta valiosa.

Me termino el té y le devuelvo la taza.

–Gracias. Creo que ya me encuentro mejor.

Ahora me doy cuenta de que estamos navegando hacia el oeste. Veo que el arco del sol se funde con el horizonte y que la luna ya brilla en el cielo como una curva plateada en un mar índigo.

La joven coge la taza y la vuelca sobre un platito, igual que ha hecho antes. Examina las hojas mientras el barco se balancea y se le desencaja la mirada.

–Madre mía, Nia –dice sin aliento–. Ni siquiera lo sabes.

–¿Qué es lo que no sé? –pregunto tragando saliva.

–Extraordinario –susurra.

–¿Qué ves? –digo asustada.

–Tendré que echarte las cartas más adelante –dice con la voz aguda por la emoción–. Las hojas no pueden con todo.

Tana echa un vistazo por encima de mi hombro con una sonrisa. Al volverme, veo que Raphael se nos está acercando. Me fascina la gracilidad con la que se mueve pese al vaivén del barco. Es como un gato. Un líder innato que no pierde el control de su cuerpo ni por un momento. Me obligo a recordar lo que me hizo hace ya tantos años.

–Ahí está –dice Tana–, el capitán de nuestro navío extraviado.

–No estamos extraviados –dice Raphael.

–Estamos perdidos en medio del tiempo –murmura Tana.

–¿Has visto algo? –le pregunta él con un suspiro.

–Un barco patrulla al norte, pero está lejos.

Raphael se encoge de hombros despacio y se mete las manos en los bolsillos.

–Lo evitaremos. ¿Me dejas hablar un momento a solas con Nia?

Tana se aleja con una sonrisa y Raphael apoya la espalda contra la barandilla con una actitud demasiado despreocupada para estar en medio del mar, huyendo del ejército fey. Encuentra mi mirada. Aunque ya casi ha caído la noche, sus inquietantes ojos claros brillan en la penumbra.

–He hablado con Aleina y dice lo mismo que tú sobre el velo.

Le lanzo una media sonrisa.

–Te lo dije.

Sí, soy una de esas personas a las que les gusta decir «Te lo dije».

–Pero el velo no emite ningún zumbido, Nia. Y tampoco hace que a la gente le hormiguee la piel.

Lo miro confundida.

–Que sí, que es como un nido de abejas. ¿No lo has oído nunca?

–Tú eres la única capaz de oírlo, porque resuena con tu magia.

Frunzo el ceño.

–No, te equivocas –digo despacio, como si estuviera hablando con un niño pequeño–. Yo no tengo poderes. Soy humana. Mi padre era un tipo aburrido llamado Walter que se dedicaba a las finanzas, y mi madre... Bueno, tú mismo sabes cómo es.

–Eso da igual, porque sí que los tienes. Tu magia es muy rara. Eres una centinela.

Me vuelvo para agarrarme a la barandilla y mirar el mar.

–No, hazme caso. Llevo sin ver a Walter un tiempo, pero... –Estoy segurísima de que Walter es humano. Es imposible que una persona tan aburrida sea fey–. En fin, que soy cien por cien humana. Jamás he usado la magia.

Enarca una de sus cejas oscuras.

–Los centinelas tienen la habilidad de inutilizar el velo. Eso es lo que tú has hecho. Anulaste la magia del velo con la tuya. Solo los centinelas oyen ese zumbido del que hablas.

–Seguro que fue cosa de alguno de los fugitivos –digo negando con la cabeza.

–Créeme que no. Hay muy pocos centinelas en el mundo y ninguno de ellos goza de ese poder. Solo un centinela puede sentir la magia del velo hormigueándole en la piel, tal y como tú lo has descrito. Nadie más ha oído el zumbido. Y ahora, lamento decirte que se te han acabado las vacaciones, porque el MI-13 solo cuenta con dos centinelas y necesita a otro más.

Se me desencaja la mirada ante sus palabras. Ahora que lo pienso, Walter y mi madre se ponían los cuernos siempre que les apetecía. Supongo que mi padre podría ser cualquiera...

Ay, mierda. No voy a librarme de esta tan fácilmente, ¿verdad?



Capítulo 6



Me quedo boquiabierta.

–¿Me lo estás diciendo en serio?

El viento salado azota la oscuridad de las olas.

–Por motivos que no alcanzo a comprender, has nacido con un don, y ahora es tu responsabilidad aprovecharlo.

–Te equivocas de persona.

La realidad es que apenas soy una adulta funcional.

–Hace no mucho, la que insistía en no dejar a nadie atrás eras tú –dice señalando a los demás con la cabeza–. ¿Ya no te importa lo que les pase? –Un tono burlón resuena en su voz grave–. Déjame adivinar: te pensabas que todo esto se quedaría en una simple

anécdota, pero ya no te hace tanta gracia ayudar ahora que hemos interrumpido tus vacaciones de lujo, ¿no?

–No estoy entrenada ni cualificada para la tarea. Y encima soy asmática.

No sé lidiar con el estrés, sufro alucinaciones y oigo voces. Estoy básicamente rota.

Raphael desvía la mirada hacia el mar.

–Bueno, no me sorprende que la princesita no quiera ensuciarse las manos.

Capullo. Me pongo colorada.

–No es que no me importen, es que no quiero ser un lastre.

–Estás perdiendo el tiempo intentando convencerla. –Viviane se detiene al lado de Raphael, tan cerca que sus brazos se tocan–. La chica estaba cubriéndose las orejas y gritándoles a las sombras hace solo unos minutos. No podemos involucrar a alguien así en la misión. Está mal de la cabeza.

Me aferro con fuerza a la barandilla y mantengo la vista clavada en el agua. Odio que tenga razón.

–No necesitamos que la yanqui reciba el entrenamiento completo de una agente de Camelot –dice Raphael–, solo que ayude a uno de nuestros equipos a cruzar el velo con su magia.

¿Ha dicho Camelot?

–¿De verdad creéis que soy mitad fey?

A mi cerebro le está costando seguirles el ritmo.

–¿Tú te atreverías a adentrarte en el velo sabiendo que tu vida depende de sus habilidades? –pregunta Viviane sin hacerme ningún caso.

Hablan de mí como si no estuviera presente. Estoy a punto de decir algo cuando Tana se acerca corriendo a nosotros.

–Raphael –dice con tono apremiante–, las cartas me han avisado de un peligro.

–¿Dónde? –pregunta él a la vez que se vuelve para escudriñar el horizonte–. ¿Se refieren al barco patrulla del norte? ¿O viene desde Francia?

–Viene desde abajo –apunta ella negando con la cabeza.

Las palabras de Tana penden en el aire durante un segundo. Luego, Raphael grita:

–¡A los puestos de combate!

–¿Qué está pasando? –pregunto.

–Métete en el camarote –me ordena.

Se oyen gritos cuando el barco se escora bruscamente hacia la izquierda. Me resbalo y me estrello contra la barandilla. Me aferro a la madera húmeda mientras la embarcación cabecea. Ahora tengo el mar justo debajo de mí; contemplo la superficie revuelta. El agua está oscura, mucho más de lo que debería.

De pronto, algo emerge de las profundidades y el barco sale despedido en dirección contraria. Aunque me agarro a la barandilla como si me fuera la vida en ello, acabo resbalándome y deslizándome por la cubierta. Una ola me empapa. Cuando creo estar a punto de caer por la borda, un brazo fuerte me rodea la cintura y me sujeta con firmeza.

Raphael me ancla contra su enorme cuerpo. Cierra la mano en torno a mi vestido mojado mientras que con la otra se sujeta a la barandilla. Noto la dureza de sus músculos a través de su ropa.

–¡Aguanta! –grita para hacerse oír por encima del rugido de las olas antes de soltarme.

Vuelvo a agarrarme a la barandilla y él corre hacia la cubierta principal.

Me da un vuelco el estómago mientras lo sigo con la mirada. Un enorme cuerpo de reptil se cierne sobre el barco. Es tan grueso como un navío y está cubierto de escamas metálicas que desprenden un brillo plateado bajo la luz de la luna. Es tan grande que oculta todo el cielo y ni siquiera sé dónde empieza y dónde acaba. A lo mejor está por todos lados.

Es una serpiente marina.

Solo había visto una de esas criaturas en una fotografía borrosa tomada durante la batalla del monte Saint-Michel, durante la cual los fey y sus serpientes aniquilaron a una buena parte de la marina francesa. Sin embargo, por muy aterradora que fuera aquella imagen, para nada le hace justicia a la bestia que tengo ante mí. Me da un vuelco el corazón al verla abrir las fauces y dejar al

descubierto una hilera tras otra de dientes afilados. Grita como una banshee y lanza un ataque a la cubierta tan rápido que el viento me azota la cara y el olor a descomposición inunda el aire. Cuando retrocede, veo que de las fauces le asoman unas piernas y que su víctima patalea desesperada. La tripulación ataca a al monstruo con lanzas, pero todas rebotan.

–¡Apuntadle al cuello! –grita Raphael.

Ahí las escamas son más delgadas, así que tiene la garganta desprotegida. Sin embargo, entre el ángulo en el que se encuentra la serpiente y la espeluznante velocidad a la que se mueve, dar en el blanco se convierte en una tarea casi imposible.

Oigo más gritos a mi alrededor. El barco se escora hacia la derecha y me choco con el timón. Una punzada de dolor me estalla en el lateral de la cabeza. Me pongo de pie con torpeza y me vuelvo para seguir a algunos de los fugitivos, que están intentando llegar a la poca seguridad que ofrece el camarote. Entonces, algo me llama la atención por el rabillo del ojo.

Malo está agazapado junto a la barandilla de la cubierta principal.

El barco sigue bamboleándose, pero me agarro al pasamanos y me obligo a avanzar hacia la escalera de madera. La bestia profiere un alarido que me sacude hasta la médula, así que echo a correr. Bajo la escalera a duras penas mientras el mar me salpica y me deja sin aliento.

El monstruo ha sembrado el caos. Los cables azotan el aire y las astillas vuelan a nuestro alrededor. La cubierta está salpicada de sangre mezclada con agua. Raphael grita órdenes a diestro y siniestro. Unos cuantos miembros uniformados de la tripulación atacan a la serpiente con lanzas para intentar atravesarle la garganta. Aleina y algunos de los otros mestizos se agarran a lo que pueden. Malo está petrificado junto a la barandilla gritando de miedo. El monstruo se cierne sobre él haciendo caso omiso de las lanzas que rebotan contra sus escamas cuando sus malvados ojos rojos se clavan en su nueva presa.

–¡Malo! –grito, aunque es imposible que me oiga con todo el caos.

La serpiente se prepara para atacar y abre las fauces. Esos colmillos tan afilados atravesarán al niño en cualquier momento.

Tengo que distraerla, pero no va a haber manera de hacer que se fije en mí. Ni siquiera si me abalanzo sobre ella y le doy de puñetazos.

Entonces se me ocurre una idea desesperada y corro hacia Aleina. Me agarro a uno de los gruesos cables para mantener el equilibrio y le arranco el cristal que pende de su cuello de un fuerte tirón. Es la joya que, según me dijo, hace ruido y emite luz cuando se rompe. Derrapo por la cubierta y golpeo el cristal contra la baranda de hierro del barco.

Un aullido agudo y penetrante desgarra el horizonte, tan estruendoso que ahoga el resto de los sonidos. Además, una luz colorida y cegadora brota del collar. El abrumador estrépito me sacude hasta los huesos.

Cuando las luces se apagan, el mundo se desdibuja hasta quedar reducido a una tenue neblina. Me pitan los oídos. Me aferro con fuerza a la barandilla cuando una ola desciende sobre la cubierta y vuelve a empaparme.

Al levantar la vista, descubro que mi plan ha funcionado. He conseguido distraer a la serpiente. La mala noticia es que ahora me está mirando a mí en vez de a Malo. Sus ojos me atraviesan. Sisea como si estuviera hablando en fey. Cuando se lanza a por mí, Raphael me tira al suelo de cubierta y nos alejamos rodando de ella justo en el momento que ataca y da una dentellada a centímetros de nosotros. Raphael se incorpora para coger una lanza caída y, justo cuando la criatura se dispone a levantar la cabeza, le atraviesa la delicada piel de la garganta. La serpiente se retira aullando de dolor, con el arma todavía clavada en el cuello. Al ver que se cierne sobre nosotros como una ola gigantesca, me pregunto si tendrá intención de hundir el barco, pero desaparece bajo las aguas dejando un rastro de sangre que resplandece bajo la luz de las estrellas.

–¿La has matado? –pregunto sin apartar la vista de la superficie embravecida del mar.

Raphael se agarra a la barandilla. El agua corre por su piel dorada y cae de sus mechones oscuros.

–Solo está herida –dice en un tono perfectamente medido, como si estuviera hablando sobre las flores que tiene en su jardín.

Tan pronto como pronuncia esas palabras, un chillido furioso desgarra el aire. La serpiente sale del agua con la boca abierta.

Detrás de nosotros, se oye un sonido hueco. Un arpón sale volando por encima de nuestra cabeza y acaba clavado en uno de los ojos de la criatura, convirtiéndolo en un cráter sanguinolento. El monstruo se retuerce de dolor y se retira de nuevo. Me vuelvo y encuentro a Viviane cargando con un enorme cañón arponero al hombro. Cuando Raphael saca otro arpón y se lo pasa, ella lo carga en el arma con un chasquido. Recorre las aguas con la mirada a medida que la tensión crece en el ambiente.

Todos nos quedamos a la espera, temiendo que la bestia vuelva a salir a la superficie. Sin embargo, el mar se ha calmado. Viviane baja el cañón y vuelve a colocarlo en su plataforma. Luego se limpia las manos en el vestido y regresa al castillo de popa.

La sigo con la mirada. Joder, no quería sentir ninguna admiración por ella, pero no puedo evitarlo.

Aleina coge a Malo en brazos y se vuelve para seguir a Viviane, pero se detiene y clava sus ojos violeta en los míos.

–Ya es la segunda vez que le salvas la vida. Entre lo de Auberon dándonos caza en Brocelianda, lo de los nuevos territorios en la Francia fey y esto, ha sufrido mucho.

Le ofrezco una sonrisa vacilante al pequeño y un calorcillo me inunda el pecho. Malo extiende una mano para tocarme el brazo con una suave caricia apenas perceptible y agacha la cabeza para apoyarse en Aleina.

Yo me seco la cara y, al bajar la vista, descubro que mi vestido está tan mojado que prácticamente se me ve todo. En otras circunstancias, me habría puesto roja de vergüenza, pero, con lo que acaba de pasar, no creo que nadie se esté fijando en mis pechos.

Levanto la vista para contemplar las estrellas con un nudo en la garganta, aliviada porque la mayoría hayamos sobrevivido.

Bajo la escalera y regreso al camarote del capitán con piernas temblorosas. Raphael y Viviane están junto a la mesa. El cabello rubio de la chica cae sobre uno de los anchos hombros de él. Viviane no parece reparar en mi presencia, pero Raphael clava la mirada en mí en cuanto entro. Aprieta los dientes como si le molestara que les

haya interrumpido, pero ha sido él quien me ha ofrecido un puesto en su equipo, ¿no?

Durante un segundo, me planteo la posibilidad de dejarlos solos de nuevo. Seguro que es mejor que lo que tengo pensado hacer. No debería tomar una decisión tan importante a la ligera.

Pero la emoción que me ha embargado cuando Malo me ha tocado para darme las gracias sigue muy presente en mí. Lo que hacen es importante. Mucho más importante que cualquier cosa que yo haya hecho hasta el momento.

–Está bien –digo dejándome caer sobre la silla de cuero y empapándola de agua salada–. Seré vuestra centinela.

No me puedo creer lo que estoy diciendo.

Viviane suspira y pone los ojos en blanco, pero Raphael se me queda mirando. Tiene las largas pestañas oscuras salpicadas de gotitas. Por un instante, me da la sensación de que está a punto de cambiar de idea. Baja la mirada, se queda inmóvil y todos sus músculos parecen tensarse. Aprieta un puño. ¿Se está arrepintiendo de haber propuesto que alguien como yo se una a sus filas?

Después de un silencio eterno, vuelve a posar la vista en mí.

–Bien. Dejaremos a los fugitivos en el piso franco y partiremos hacia Camelot. Estudiarás en la academia de espías.

–¿Una academia de espías? –repito, confundida–. ¿Y cuánto tiempo lleva en activo?

Él se recuesta contra su silla.

–Unos dos mil años. Fue fundada por los romanos y ahora forma parte del servicio secreto de Inglaterra. Si buscas la lista de servicios de inteligencia militar británicos, verás el MI-1, el MI-2... y así sucesivamente. El 5 y el 6 son los más conocidos.

–Ya, por James Bond.

–Hay hasta diecinueve, pero ninguna lista pública menciona el MI-13.

–¿Y esos sois vosotros? ¿Los de Camelot? ¿El mismo Camelot del rey Arturo?

–Allí es donde entrenamos a nuestros espías, en la Torre Ávalon. Creo que podrías sernos de gran utilidad.

–¿Y tú te crees que daré la talla? –Está claro que no voy a tener nada que hacer–. Casi me muero de miedo con la serpiente. De verdad que no necesito más sustos en mi vida.

–Bueno, es normal tener miedo –dice encogiéndose de hombros y recostándose de nuevo en el respaldo–. Es una respuesta de lo más común.

–Pues tú parecías la mar de tranquilo. De hecho, no has demostrado la más mínima emoción, y eso que casi acabamos convertidos en la cena de un monstruo marino.

¿Sabes quién no tiene miedo nunca?, me gustaría decirle. *Los psicópatas.*

Raphael suspira.

–Ya, bueno, yo no he dicho en ningún momento que el miedo sea algo útil. Es más, es bastante perjudicial en la mayoría de los casos. Lo que he dicho es que es muy común. En fin, a donde quiero llegar es a que, pese a tu miedo, creo que podemos entrenarte para convertirte en una de nuestras agentes. Creo que podrías llegar a ser una buena espía si aprendes a controlar tus emociones.

Común, dice.

Me quito un mechón mojado de los ojos.

–¿Y tendré que pasar tiempo contigo para aprender a ser una agente? ¿Serás tú quien me enseñe a «controlar» mis emociones? Porque no es una idea que me haga especial ilusión.

Un destello indescifrable surca su mirada.

–Yo tampoco tengo ninguna gana de pasar tiempo contigo, créeme.

Le lanzo una mirada asesina. Lo normal es que les diga los demás lo que quieren oír, pero Raphael saca a la luz una versión de mí muy distinta. Y no estoy segura de ser capaz de contenerla.

Capítulo 7



Me apoyo sobre la barandilla para contemplar el mar embravecido. El té deja de hacer efecto cada media hora más o menos, así que ya vuelvo a sentir náuseas. Es un encantador círculo vicioso en el que el líquido baja por mi esófago para volver a subir al rato.

Tras el ataque de la serpiente marina, hemos pasado el resto del viaje atrapados entre el agotamiento y un miedo casi desencajado. Todos menos Raphael, claro. Por lo que se ve, él nunca se cansa ni siente nada.

Dejamos a los fugitivos junto a los imponentes acantilados blancos del sur de Inglaterra hace horas, pero la travesía se me está haciendo eterna.

Como el barco ha quedado maltrecho, llevamos toda la noche recorriendo la costa sur del país a paso de tortuga. Si mis conocimientos de geografía no me fallan, debemos estar bordeando el condado de Cornualles.

Las gaviotas graznan y se lanzan en picado por encima de nosotros. Me paso una mano temblorosa por los labios sin apartar la vista del horizonte. Las primeras luces del alba tiñen el cielo y la ardiente curva del sol se alza sobre Cornualles. Por fin tomamos rumbo a tierra, hacia la neblinosa desembocadura de un río. Aunque han pasado horas, todavía tengo el vestido húmedo y estoy helada. La tela blanca tiene varios desgarrones y unas cuantas manchas de sangre de serpiente. Por si fuera poco, tengo una astilla clavada en el antebrazo.

Raphael conduce el barco río arriba, hasta que unos embarcaderos desvencijados aparecen en cada orilla. Para mi sorpresa, hay una jaula de hierro vacía colgando de un poste. ¿Hemos retrocedido en el tiempo? El siniestro armazón metálico parece sacado de la época en que colgaban a los piratas.

Tana me ofrece otra taza de té.

–Ya casi hemos llegado, cielo.

–¿A Camelot?

Ella asiente.

–Antaño formó parte de Cornualles. Cuando el rey de Wessex invadió la zona, los monarcas de Camelot utilizaron la magia para ocultar el reino. Algunos dicen que fue el mismísimo Merlín quien lo protegió desde su roble. Hay quien dice que es inmortal.

Se me pone la piel de gallina.

El río se estrecha. Unos edificios de piedra y madera empiezan a abarrotar ambas orillas. Una delgada niebla, iluminada por la luz rosada del alba, desciende sobre ellos y las lámparas de gas les confieren un brillo ambarino. De verdad tengo la sensación de estar en una época distinta.

–¿Cómo es que nadie sabe que existe? –pregunto en un susurro, aunque no sé por qué he bajado la voz.

–Porque es un secreto, claro. –Me ofrece una sonrisa–. Por eso es el lugar perfecto para los espías. Los barcos deben tener un permiso

especial para navegar por estas aguas. –Suspira–. El río está maldito, ¿sabes? Lo noto. Hace mucho tiempo, los fey solían decapitar a la gente y lanzar las cabezas al río. Por eso ahora oigo los susurros de los espíritus.

Me da un escalofrío.

–Vaya. –Yo misma tengo la sensación de estar oyendo sus voces–. No sabía que los fey habían vivido tan cerca de los humanos.

Tana esboza una suave sonrisa.

–Ah, sí. De hecho, convivieron en paz durante un tiempo. –Ladea la cabeza hacia el agua, como si estuviera escuchando algo, y luego se encoge de hombros–. Bautizaron la torre en honor al antiguo reino de los fey. –Su sonrisa se vuelve melancólica–. En algunas partes de Camelot, todavía quedan restos de las carreteras y los templos construidos por la dinastía Pendragon. La muralla que rodea la ciudad es altísima y también la construyeron ellos. Y me complace informarte de que dejamos de decorar las puertas de la ciudad con las cabezas de nuestros enemigos hace unos cuantos cientos de años. O, al menos, eso creo.

–Me alegro –digo con un carraspeo, porque ya es la segunda vez que habla de cabezas cortadas.

–La academia lleva en activo desde que los romanos ocuparon Britania. Pronto te lo explicarán todo.

Pasamos por delante de edificios de piedra que se alzan hacia el cielo de la mañana. El viento me acaricia mientras tomo otro sorbo de té caliente y contemplo el puente blanco al que nos estamos aproximando. Me da un vuelco el corazón. Ni los mástiles que quedan ni la altísima chimenea del motor lo librarán.

Sin embargo, como si me hubiera oído, el puente se parte a la mitad con un chirrido metálico y las dos secciones se levantan para dejar paso al barco. De ahí, seguimos navegando hacia el este, donde el río se ensancha y desemboca en un lago cristalino. En la lejanía, un castillo se alza sobre las aguas.

Me quedo sin aliento al contemplar el paisaje. Camelot. La piedra casi tiene un tinte dorado y las volutas de niebla trepan por las torres. Parte del castillo se adentra en el lago envuelto en una capa de bruma.

–Esa es la Torre Ávalon, el castillo más antiguo de Camelot –susurra Tana señalando a la derecha–. En la época de Arturo, el reino de Ávalon estaba por allí, gobernado por la reina Morgana. Los Pendragon la mataron hace ya mucho tiempo. Ávalon lleva perdido en la niebla del lago desde hace mil quinientos años y nadie ha sido capaz de encontrarlo.

–¿Y Merlín también era fey?

–Así es. Era un aliado de los humanos, pero la cosa se acabó torciendo.

Me vuelvo para contemplar Camelot de nuevo y me quedo boquiabierta. Tana ha dicho que la Torre Ávalon es un castillo, pero en realidad es una ciudad amurallada con torreones y chapiteles, conectados por muros altos que se alzan sobre el río. El musgo trepa por la piedra y crece tan denso que hace que el edificio se confunda con el entorno que lo rodea. La niebla se disipa y el sol naciente baña los muros dorados con su luz rosada.

El barco se adentra en un estrecho canal y se detiene con una sacudida al llegar a un embarcadero de madera. En la cubierta principal, Raphael le ladra órdenes a la tripulación. Una de las orillas está salpicada de casitas de madera de estilo Tudor, mientras que en la otra crecen manzanos.

Admiro con ojos cansados todo el movimiento que se sucede a nuestro alrededor: hombres fornidos bajan el cargamento de los barcos al muelle, mientras que otros tiran de las amarras de nuestra embarcación para asegurarla. Una mezcla de olor a especias, manzanas y sudor me asalta las fosas nasales. Cuando quedamos amarrados, cierro los ojos y les doy gracias a los dioses por haber alcanzado por fin el final de trayecto.

Bajo aturdida por la pasarela de abordaje detrás de Tana. Aunque estamos en tierra firme, el suelo parece seguir moviéndose bajo mis pies.

Raphael, que se ha puesto un chaquetón oscuro, nos lleva hasta un arco de piedra. Mete las manos en los bolsillos sin dedicarme una sola mirada. Viviane camina a su lado, pero se detiene en seco cuando llegamos al arco y me corta el paso. Me mira enarcando una ceja.

–¿Me dejas ver tu pasaporte?

–¿Por qué?

–Quiero comprobar qué saben de ti los soldados franceses.

Lo saco de mi bolso de cuero. Aunque se me ha mojado y se ha emborronado en algunas partes, todavía es legible. En cuanto se lo ofrezco, ella gira sobre los talones y se aleja dejando un rastro de pedacitos de papel arrancado a su paso.

Pedacitos de mi pasaporte.

Corro tras ella, presa del pánico.

–Pero ¿qué haces?

Ella se gira, me agarra por el cuello y me inmoviliza contra un muro.

–No te quiero aquí –dice entre dientes–. Eres débil e impulsiva y has amenazado con delatarnos ante los soldados franceses. Raphael está cometiendo un error porque no ve más allá de tu cara bonita. No sabes lo mucho que me cabrea.

No respondo. Hablar no es fácil cuando apenas puedes respirar.

–Por suerte para mí –continúa–, no creo que sobrevivas a las primeras semanas de entrenamiento. Es implacable y peligroso, y estoy segura de que los Pendragon te dejarán fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos. Estarás muerta antes de que tengas oportunidad de traicionarnos.

Tomo una jadeante bocanada de aire en cuanto me suelta y me llevo las manos al cuello magullado. Está claro que no sabe que Raphael me considera una idiota, pero algo me dice que me conviene que siga pensando que tengo a alguien con influencia de mi parte.

–Si no me quieres aquí, ¿por qué narices me has roto el pasaporte? –grazno.

Ella enarca la ceja de nuevo.

–¿De verdad crees que te habría dejado marchar ahora que conoces la ubicación de nuestra sede? –Todavía me tiene acorralada–. No te vas a ir de aquí. Y, si en algún momento tengo la más mínima sospecha de que vas a hacernos una jugarreta, te mataré yo misma. Puede que te eche veneno en la cena o que te

corte el cuello mientras duermes. O puede que me limite a reventarte la cabeza contra una roca. ¿Ha quedado claro?

Entonces se aleja a toda velocidad por una de las estrechas callejuelas que se extienden ante nosotras y, aunque no me apetece nada seguirla, no me queda otra opción. Casi todo mi dinero está en el hotel de Francia y, sin pasaporte ni contactos, estoy atrapada en Camelot.

Me toco el cuello y me estremezco cuando alcanzo a los demás.

Parece que Raphael no se ha enterado de nada de lo que acaba de pasar. Nos conduce con tranquilidad por el estrecho entramado de calles empedradas flanqueadas por edificios de madera y ladrillo. El humo escapa de las chimeneas que se alzan sobre nuestras cabezas.

Con el vestido manchado de sangre, desgarrado y sucio, parezco uno de los fugitivos a los que he rescatado. La única diferencia es que aquí, en Camelot, nadie se fija en mí. Pero ¿de dónde sale toda esta gente?

El callejón que estamos recorriendo no tarda en desembocar en una avenida amplia donde los carros tirados por caballos circulan por las calzadas. ¿De verdad voy a vivir aquí? ¿En Camelot? No tengo ni idea de cuánto tiempo voy a pasar en este sitio ni cómo me las voy a arreglar para escapar en caso de necesidad. Mi madre me va a echar tanto de menos que se va a volver loca. Bueno, va a echar de menos el dinero que traigo a casa para pagar el alquiler. ¿Cómo narices va a salir adelante sin mí? Supongo que ya va siendo hora de que aprenda a sacarse ella sola las castañas del fuego. Al fin y al cabo, no parece que vaya a tener opción de huir de aquí.

Adiós a la librería. Adiós al apartamento de una habitación que comparto con mi madre mientras ella se pone hasta el culo de cocaína y alcohol. Supongo que no hay mal que por bien no venga.

Bajamos una suave pendiente en dirección al castillo que se alza sobre el lago de Ávalon. Desde aquí, alcanzo a apreciar que la Torre Ávalon es una vasta construcción con dos murallas dispuestas alrededor de los edificios centrales. Raphael nos conduce hasta el edificio del cuerpo de guardia, dispuesto en uno de los muros exteriores. Todavía no me ha dirigido la palabra. Aunque no debería

sorprenderme, porque ya nos hemos dejado muy claro que nos odiamos.

Una hilera de guardias nos espera frente a la entrada, ataviados con capas rojas que destacan sobre la piedra y la madera de roble de la fortificación. Cuando Raphael se acerca al portón, los soldados se hacen a un lado y dejan que pase sin pronunciar palabra, como las hojas que flotan en la superficie del lago. Sobre el arco de entrada, en la piedra desgastada se lee «Avalon Torr». Supongo que es inglés antiguo. El grabado debe de tener más de mil años.

El pesado portón de roble se abre con un quejido. Al cruzar el umbral, noto un extraño hormigueo en la piel, pues el lugar parece importante, antiguo y poderoso.

Al otro lado del patio, el edificio central del castillo está asentado sobre una suave colina. Está hecho de piedra color marfil y sus chapiteles se alzan orgullosos a cuatro pisos de altura. El castillo hace que me dé vueltas la cabeza y, por algún motivo, me recuerda a una vieja canción infantil: «Torre Ávalon, de la noche el cobijo, entierra su cabeza con el cuervo en su escondrijo...».

Es una rima muy rara y no me suena que mi madre me la haya cantado nunca. A lo mejor fue alguna cuidadora.

Tana bosteza y señala el castillo blanco.

–Esa es la Torre de Merlín y es, por así decirlo, el centro neurálgico de la academia. Ahí están los despachos, el comedor y las salas de entrenamiento. Nadie tiene permitido subir al piso de arriba. Los dormitorios de los estudiantes están en las otras torres.

Viviane, que todavía parece furiosa, me está esperando junto a la entrada de la torre, pero Raphael ya está dentro.

–¿Vienes o qué?

–¡Perdona! –exclama Tana tocándome el brazo–. Me estoy muriendo de hambre. Nos vemos para el desayuno en un rato, ¿vale?

Tana se aleja y pasa por delante de la otra chica sin detenerse. Yo subo la escalera a toda prisa detrás de ella. Viviane chasquea la lengua y abre la puerta, que conduce a un vestíbulo de piedra abovedado. Los candeleros iluminan las paredes de piedra y el techo curvo. Raphael se asoma al interior de uno de los despachos que

hay junto a la entrada. Está abarrotado de libros y papeles y cuenta con una chimenea encendida. Sentado ante un escritorio, hay un hombre con una barba larga marrón que lleva un traje azul oscuro y una especie de collar de plata con una abertura en la parte delantera.

–Ah. –Mira al mestizo por encima del borde de sus gafas–. ¿A quién nos has traído, Raphael? –Su voz atronadora resuena por el pasillo. El tipo podría ser cantante de ópera si se lo propusiera.

Me alivia mucho que todo el mundo hable mi idioma, porque ya me han dejado muy claro que la pronunciación fey se me da de pena.

–Es una nueva recluta. –Echa un rápido vistazo en mi dirección–. Va a trabajar con nosotros.

El hombre saca otro amplio anillo plateado hecho de metal retorcido, igual al que él mismo lleva alrededor del cuello. Cuando se lo ofrece a Viviane, esta se lo pone enseguida.

–Gracias –dice ella–. ¡Voy a ver si me cambio de ropa, que esta está asquerosa!

La sigo con la mirada. Eso es justo lo que yo quiero hacer: darme un baño, cambiarme y dormir durante diez horas. Sin embargo, aquí sigo.

Cuando me vuelvo hacia Raphael, descubro que se ha puesto un collar similar al de los otros, aunque el suyo es dorado.

–¿Habéis encontrado a los fugitivos? –pregunta el hombre barbudo.

–A casi todos, pero nos han dicho que su contacto no ha aparecido. ¿Se te ocurre qué ha podido pasar? Se suponía que su contacto, Leia, iba a...

–Está muerta –le interrumpe el otro–. Los fey la han atrapado. Igual que a Alix y a Rein.

–Joder –susurra Raphael tras un silencio–. Hemos perdido a tres miembros de la tripulación por culpa del ataque de una serpiente marina, Amon. –Se pasa la mano por el pelo–. Los fey deben de haberse enterado de la exfiltración.

–Es una pérdida terrible –dice el hombre con pesadez–, sobre todo la de Alix. El MI-13 ha perdido a una valiosa centinela. No sé si podremos arreglárnoslas solo con una.

Raphael clava su mirada pálida en mí y la luz de los candeleros baila sobre sus hermosas facciones.

–Ahí es donde entra ella.

Ah, ya empieza otra vez con ese tonito de desprecio, como si detestara encontrarse en esta situación.

Saludo a Amon con la mano y le ofrezco una sonrisa.

–Nia estaba de vacaciones en Francia. –Raphael sigue hablando como si no estuviera presente–. Nos trajo a los fugitivos después de esconderlos en el velo. Resulta que es una centinela y no tenía ni idea. Según parece, ni siquiera sabía que es mestiza.

El hombre me mira sorprendido.

–Los dioses deben de haberte conducido hasta nosotros.

Una oleada de vértigo me obliga a apoyarme en la pared fría de piedra.

–Estoy a vuestro servicio.

–Santo cielo –resopla Amon–, tráele algo de comer antes de que se desmaye. ¿Es que acaso no viajas con algo de picar encima, Raphael?

El chico señala en dirección al extremo opuesto del amplio vestíbulo.

–Ve a desayunar. Cruza el vestíbulo y encontrarás una escalera a la derecha. Tengo que poner a Amon al día después de la misión.

Lo miro con suspicacia.

–¿Vais a dejar que deambule por una academia de espías sin supervisión? ¿Puedo entrar en el comedor y ponerme a desayunar así sin más?

–Ocho guardias te han visto entrar conmigo –dice Raphael– y uno de ellos es telépata. Si no tuvieras permiso para estar aquí, ya estarías muerta.

Capítulo 8



Dejo volar la mirada por el techo de estilo gótico mientras camino. Con sus altos arcos y sus intrincadas tallas, el castillo centenario parece una versión exagerada de Oxford o Westminster. Parece un monasterio medieval diseñado para albergar dioses. Lo que quiero decir es que resulta intimidante y que me siento más y más fuera de lugar con cada paso que doy.

«Alguien como tú...».

Me fijo en que hay un cuarto de baño junto a la escalera y entro. Me miro en el espejo que cuelga sobre el lavabo de porcelana. Tengo el pelo negro hecho un desastre, así que intento peinarme un poco con los dedos y me lo recojo en un moño. Me reservo un rato para tomar aire y disfrutar del aroma amaderado de las paredes de

caoba. En cuanto me siento preparada, tanto como mi vestido tieso por el agua de mar y manchado de sangre de serpiente me lo permite, salgo y subo por la estrecha escalera de caracol. Cada escalón presenta una altura distinta al anterior, y recuerdo que en clase de Historia nos explicaron que ese era un truco que utilizaban en la antigüedad para ralentizar a los invasores.

En lo alto de la escalera, giro a la derecha al cruzar el arco de entrada que conduce al comedor y vacilo al darme cuenta de que el vestido sucio que llevo no es nada apropiado para la ocasión. Casi todas las mujeres que veo llevan etéreos vestidos de gasa que se adaptan a sus curvas perfectas. El atuendo de los hombres es más informal, con camisas y pantalones que también resaltan su figura atlética. Madre mía, aquí todo el mundo es guapísimo. Muchos de ellos lucen esos collares metálicos alrededor del cuello: la mayoría lo lleva de cobre o bronce, aunque hay algunos que lo llevan de plata. Creo que se llaman torques. Tardo un momento en darme cuenta de que la mayoría de los comensales están repartidos por las mesas en función del color de su collar: bronce, cobre y plata.

Dejo volar la mirada por la estancia. La gente viste un arcoíris de bonitos colores (azul cielo, índigo, cerúleo y esmeralda) y las mesas están abarrotadas de bandejas de fruta y bollería. Las paredes están decoradas con llamativos murales y, en el extremo más alejado de la estancia, hay unos retratos de casi cuatro metros en los que aparecen un hombre y una mujer de resplandeciente melena rubia. Ambos van vestidos con ricas prendas azules y cada uno porta una corona dorada. Imagino que son Arturo y Ginebra.

El sol se cuela por los altos ventanales. Bañados por la luz de la mañana, con sus elegantes ropas y su actitud segura, todos los comensales parecen miembros de la realeza. Bajo la vista. Llevo un vestido hecho jirones y manchado de sangre, un bolso de mano barato y sucio y unas sandalias de plástico que compré en un bazar.

Cuando los demás reparan en mi presencia, el comedor se queda en silencio y todas las miradas se posan en mí. Trago saliva y entro. Jamás unas sandalias de plástico han hecho tanto ruido como en este momento. Sus chasquidos reverberan en los techos altos del comedor al cruzar el suelo de madera. Son ensordecedores. ¿Por

qué me mira todo el mundo tan fijamente? ¿Por qué prestan tanta atención al chirrido de mis sandalias?

Una de las mujeres sentadas en la mesa de plata me estudia de arriba abajo y se inclina para susurrarle algo a una de sus amigas. La otra deja escapar una risita y, por un segundo, revivo mi fiesta de los quince, cuando las chicas populares de mi clase se rieron de mi madre por estar borracha.

Pero ya no tengo quince años y, lo sepan o no, estos cabrones me necesitan. Al menos, eso es lo que Raphael parece pensar.

Levanto bien la cabeza y recorro la estancia con la mirada. Alguien me está haciendo señas con la mano y el nudo que se me ha formado en el pecho desaparece al instante. Es Tana, que me llama desde lejos. Pese al viajecito al que nos hemos tenido que enfrentar, la chica no tiene un solo pelo fuera de su sitio y su vestido amarillo permanece impoluto.

Me acerco a ella por el estrecho pasillo que queda entre las distintas mesas, rozando a alguno de los reclutas al pasar. Por el camino, los susurros y cuchicheos crecen y oigo fragmentos de las distintas conversaciones que se suceden a mi alrededor.

–... oído que se ha pasado todo el viaje hablando consigo misma... –dice una mujer.

–... ha intentado matar a una serpiente marina con un cristal de auxilio... –dice otra.

–... ha amenazado con informar al ejército de todo para cargarse la misión... –señala un hombre vestido de verde con un resoplido.

Una vocecilla en mi cabeza se une a ellos, estridente e impetuosa. *No encajas aquí*, me reprocha. *Eres débil. Un peligro. Tienes que irte, irte, IRTE.*

Me tropiezo y me trago la respuesta que ansío darle en voz alta. Sigo adelante apretando los dientes. Parece ser que se ha corrido la voz de nuestras desventuras. Quienquiera que se haya ido de la lengua no ha perdido el tiempo. Y encima no me ha dejado en muy buen lugar que digamos.

Rodeo la mesa y me siento frente a Tana. Aquí nadie lleva un torques al cuello.

–Me alegro mucho de que te hayas unido a nosotros. –Tana me sonríe y la luz se refleja en los aros que penden de sus orejas. Señala a la chica que tengo a mi izquierda–. Nia, esta es Serana.

–Encantada de conocerte –dice ella.

Hay algo salvaje en su sonrisa, entre alegre y predatorio. Pese a estar sentada, es una de las mujeres más altas que he visto nunca. Su belleza resulta inquietante: tiene una mata de cabello rojizo que le cae por la espalda, la piel pálida, las mejillas salpicadas de pecas y unos brillantes ojos verdes que delatan su sangre mestiza. Me dedica un único asentimiento de aprobación.

–Tana me ha contado lo que os ha pasado en el barco. Bien jugado. Lo del cristal ha sido muy valiente.

Da unos golpecitos en la mesa con los dedos y me fijo en que lleva las uñas pintadas de negro, aunque el esmalte ya está algo agrietado.

–Vaya. –Carraspeo–. Yo pensaba que por aquí la gente opinaba lo contrario.

–Bah. –Dibuja un círculo en el aire con el cuchillo y por poco le corta una oreja al chico que tiene al otro lado–. Son una panda de capullos. No les gustan los desconocidos.

–Yo soy Tarquin –interviene el chico que tengo a mi derecha. Tiene la nariz larga y delgada, con unas aletas que parecen permanentemente dilatadas–. Tarquin Pendragon.

Me mira expectante. Lleva el pelo liso de un color castaño rojizo peinado hacia un lado. Esboza una sonrisa tensa con sus labios finos.

–Encantada de conocerte también.

Él se aclara la garganta.

–Imagino que conocerás a Arturo Pendragon, ¿no? ¿Te suena el rey Arturo de la Mesa Redonda? –Señala los imponentes retratos de la pared–. Esos son la reina Ginebra y él. Según me han dicho, soy su viva imagen. Clavadito a él.

No se parece en nada al hombre moreno y de mandíbula cincelada del retrato. Para empezar, Tarquin está blanco como la leche.

–Desde luego.

–Sí –dice con una sonrisilla vacilante–. Arturo fundó este sitio y mandó construir una buena parte de Camelot. Su sangre corre por mis venas.

–Ya veo. Entonces, ¿eres descendiente suyo? –Está claro que quiere una palmadita en la espalda–. Es impresionante.

Se le borra la sonrisa.

–Sí, bueno, en realidad, soy descendiente de su hermana, Morgause. –Se le ilumina el rostro–. Pero hay quien dice que los Pendragon mantenían relaciones entre ellos, así que podría... –Carraspea–. En fin, puedo enseñarte la torre para que te familiarices con ella. Dado que soy un Pendragon, creo que es mi deber cuidar de las jóvenes que llegan algo perdidas a nuestra academia. Por supuesto, también puedo enseñarte Camelot. Te llevaré a donde quieras. Vivo aquí desde que nací.

Hay una cierta nota de falsedad en su sonrisa que me pone los pelos de punta, pero le doy las gracias en un susurro. Supongo que es uno de esos Pendragon que Viviane ha mencionado, los que me dejarían fuera de combate después de un par de semanas de entrenamiento.

Por suerte, de momento no parezco caerle mal.

Me rugen las tripas, así que me vuelvo hacia la comida. Las bandejas parecen sacadas de un cuento de hadas: hay budín de pan recién hecho, mermelada, fruta, pastelillos decorados con dientes de león, salmón asado con patatas... y todo ello está servido sobre una cama de flores silvestres. La comida está acompañada de teteras, así como de botellas llenas de un líquido ambarino similar a la cerveza o el *whisky*. Sin perder ni un segundo, cojo un pastelito, un pedazo de salmón con patatas y una rebanada de pan con queso azul y me pongo a comer. Puede que sea la comida más rara y deliciosa que he probado nunca.

Me sirvo una taza de té mientras saboreo una patata bañada en mantequilla.

–Esto está buenísimo –mascullo–. ¿Por qué sirven salmón para desayunar? ¿Estamos celebrando algo?

–¿Por qué lo dices? –pregunta Serana enarcando las cejas con curiosidad.

–Es el cumpleaños de Nia –apunta Tana–, así que no vas desencaminada con lo de la celebración.

–¿En serio? –dice la otra chica–. ¡Felicidades!

–En realidad, fue ayer. –Frunzo el ceño–. A lo que me refería es a la comida. ¿Siempre desayunáis así?

–Es un desayuno típico, cielo –explica Serana con un asentimiento–. Para los fey, claro.

Maravilloso. Recorro la estancia con la mirada.

–¿Y por qué? ¿Sois muchos los mestizos que llegáis aquí desde el reino fey?

–No –interviene Tana–. Aquí los mestizos son la minoría, pero esa es precisamente la razón por la que hacemos lo que hacemos. Casi todos los presentes son humanos, como Tarquin.

Él resopla.

–No son exactamente como yo, pero sí. Pertenecemos a la misma especie.

–Pero menos de la mitad de los mestizos han llegado a vivir siquiera en el reino fey. Por eso esto es parte del entrenamiento –explica Serana–. La mayoría crecimos escondidos entre los humanos y no estamos familiarizados con la cultura fey.

–Entiendo.

–La comida y la ropa son muy importantes –dice Tana–. Hace cuatro años, tuvimos a dos agentes encubiertos en el reino fey. Contaban con una buena tapadera y unos disfraces perfectos, así que debería haber sido una misión sencilla.

–Pero eran mestizos criados en Inglaterra –añade Serana–. Uno de los agentes se abrochó la camisa hasta arriba y su compañera, que no estaba acostumbrada a llevar vestidos semitransparentes, se puso una chaqueta. No tardaron en llamar la atención de uno de esos malditos soldados. El desgraciado los siguió y se fijó en que rechazaron una jarra de hidromiel para desayunar. Y ahí fue cuando los pillaron. Los fey siempre siempre toman hidromiel con el desayuno y la comida.

Tana coge la botella de hidromiel y llena un vasito. La luz del sol le confiere un resplandor ambarino al líquido.

–Los dos espías fueron capturados, torturados y ejecutados –concluye Tana con suavidad. Luego, me ofrece el vasito–. Bebe.

No me puedo creer que vaya a empinar el codo a primera hora de la mañana. Mi madre estaría en su salsa.

Doy un sorbito y me estremezco. Yo nunca bebo, y el hidromiel tiene un sabor demasiado fuerte y dulce.

Serana me mira con una mueca.

–Ya puedes ir acostumbrándote a controlar esa cara. Ahí tienes la razón por la que decidieron incorporar la comida y la vestimenta fey en la academia. –Pincha un bocado de salmón–. En fin, tampoco es ningún suplicio. Los cocineros sí provienen del reino fey y son increíbles.

–Yo llevo entrenándome desde que era un niño –interviene Tarquin–. Mi padre llegó a la conclusión de que tendría que asimilar la cultura fey para continuar con la tradición familiar, aunque no actuemos como ese hatajo de bestias salvajes. La cuestión es que un cazador debe conocer bien a su presa, ¿no os parece? Es como si recurriéramos a la cornamenta y el olor a almizcle de los ciervos. Si lo pensáis, es algo de sentido común. Si esos dos agentes mestizos hubieran hecho lo mismo, seguirían vivos en vez de haber acabado sacrificados como cerdos.

–Exacto –dice con la boca llena de comida el chico grandote que se sienta a su lado–. Tienes toda la razón.

Un pedazo de carne se le escapa de la boca y cae dentro de su taza, pero no parece darse cuenta. Tampoco creo que le importe.

–¿Y cuál es exactamente la tradición de tu familia? –le pregunto a Tarquin–. ¿Qué tiene que ver con el rey Arturo?

Él se encoge de hombros.

–Los Pendragon se cargaron a esa puta de Morgana. Era lo que había que hacer. Su hijo intentó masacrar todo Camelot, ¿sabes? Los fey no dejaban de lanzarles flechas a nuestros soldados y Morgana, movida por su sed de sangre, envió a su hijo para matar a Arturo. Fue una salvajada. Pero la fuerza de los Pendragon consiguió librar Camelot de la amenaza. Arturo y sus caballeros lo tenían todo bajo control por aquel entonces. Ahora nos hemos vuelto unos blandos. Por eso creo que la Torre Ávalon debería centrar sus esfuerzos en las

familias de Camelot que dispongan de un legado y buenos recursos, con la fortaleza necesaria para plantarles cara a los fey. Igual que hicimos antaño. –Da un trago de hidromiel–. Con esto, claro está, no quiero decir que no os merezcáis estar aquí, pero cada uno debemos tener muy claro cuál es nuestro lugar. ¿Entiendes lo que digo, Nia? Según he oído, eres una centinela, así que tu papel consistirá en ayudar a nuestros equipos a cruzar el velo. Me parece encomiable que te hayas ofrecido voluntaria con lo poco que sabes, pero tendrás que seguir las órdenes de un caballero. Más concretamente, de uno con un torques dorado. No podemos esperar que una estadounidense recién recogida de la calle como tú tome las decisiones de un caballero o incluso de un escudero.

Se ríe al imaginarse la inversión de papeles, y me parece que es la primera sonrisa sincera que le veo esbozar.

Supongo que todos los caballeros provienen de familia noble, igual que él.

–Claro –digo dando otro sorbo de hidromiel, que ya no me sabe tan mal–. Yo no tengo la predisposición genética necesaria para los procesos mentales más complejos.

–Exacto. Veo que lo has entendido. Cada uno tenemos que ceñirnos a nuestro papel. –Tarquin se aclara la garganta–. Nosotros siempre conseguimos el oro –dice cambiando de tema sin ningún preámbulo–. Los Pendragon, quiero decir. Somos los únicos con la calificación necesaria para conseguir un torques de oro.

–¿A qué te refieres? –pregunto.

Serana profiere un suspiro exagerado.

–Todos seremos evaluados en unos meses. A las pruebas se las llama la Purga, porque la mitad de la promoción suele quedar descalificada. Ha habido veces en que ha salido gente herida. Algunos incluso han muerto. En el caso de los humanos como Tarquin, tienen que superar una prueba de idiomas, de habilidades de espionaje y cosas así. Nosotros pasamos las mismas pruebas sumadas a una demostración mágica. Todos los que sobreviven a la Purga son clasificados según su rango.

–Y ahí es donde entran los torques en juego, ¿no?

Tarquin asiente.

–Los del torques de oro tienen su propio comedor y son todos caballeros. Por eso, supongo que ya no podré comer con vosotras dentro de unos meses. Este es el comedor de los escuderos, los caballeros de plata, los soldados y los cadetes –explica arrugando la nariz como si se estuviera disculpando.

–¿Y Raphael también es un Pendragon? –pregunto enarcando una ceja.

Tarquin se pone colorado.

–Qué va. Es un mestizo. Por supuesto que no es uno de los nuestros. Supongo que lo adecuado habría sido decir que, hasta que él llegó, los Pendragon éramos los únicos que conseguíamos el torques dorado. En fin, a donde quería llegar es a que alguien como tú necesitará contar con el apoyo de una persona con más experiencia.

–Y él tiene para dar y regalar –dice su amigo, que se inclina sobre la mesa con una amplia sonrisa.

–Sois los dos fascinantes. De verdad, ha sido una historia alucinante –dice Serana. La forma en que sonríe me hace apartarme un poco de ella. Es como un gato con su presa. Los collares de metal que penden de su cuello resplandecen cuando la luz incide en ellos–. Una puta inspiración.

Pero Tarquin ya se está sirviendo más hidromiel como si hubiera quedado satisfecho con su discursito.

–Ay, dioses, cómo está la comida –digo después de probar el pan con un trozo de queso surcado de venas azules.

Es una de las cosas más ricas que he comido nunca y, durante unos segundos, su sabor es lo único en lo que puedo pensar. Cierro los ojos y mastico feliz.

–¿Verdad? –dice Tana, cuya voz parece provenir de muy lejos–. Si no fuera por todos los asesinatos que se cometen en el reino fey, me volvería allí solo por la comida.

–Pues esto no es nada comparado con los manjares que tengo en casa –señala Tarquin.

Las tres lo ignoramos.

–¿Has probado este queso? –le pregunto a Tana.

–No puedo comerlo. –Le recorre un escalofrío–. Me hace tener visiones muy oscuras y lo paso fatal.

–Sabemos lo que se siente –coincide Serana asintiendo sabiamente–. Es un gran problema.

Tana suspira.

–Es comer un delicioso pedacito de queso francés y, de repente, ver un corazón roto en él. O una inundación. El queso pierde su encanto cuando va acompañado de inundaciones.

–Yo suelo comerlo con un poco de mostaza fuerte –le sugiere Serana.

–Entonces, ¿no comes nada de queso? ¿Ni un poquito? –le pregunto.

–Puedo comer mantequilla –dice con total seriedad–. La mantequilla trasciende los límites del tiempo.

–Creo que en eso estamos todas de acuerdo –digo.

–¿Te unirás a nosotros para las clases, Nia? –pregunta Serana–. Acabamos de empezar.

–¿Por qué iba a hacer algo así? –pregunta Tarquin con brusquedad–. No va a formar parte del MI-13. No va a ser una agente de Camelot ni va a ganarse un torques. Su único cometido será ayudar a los agentes de verdad a entrar y salir del reino fey, como una taxista. Una mera transportista.

Siento que me estalla la cabeza.

–Creo que Raphael quiere que aprenda un par de habilidades básicas.

–Bueno, pues se te va a hacer cuesta arriba –replica Tarquin–. Te lo digo porque yo me he criado en Camelot y llevo años entrenando para la academia. Hay incluso escuelas de preparación para ello. ¿Tú qué has estado haciendo estos años?

–Trabajar en una librería.

–¿Eres dependienta? –Suena escandalizado–. Ya. O sea, ¿eres de esas que están detrás del mostrador para cobrar a los clientes y devolverles el cambio en moneditas y todo eso?

–No me digas que nunca has estado en una tienda.

–Pues la verdad es que no. –Arquea tanto las cejas que casi le rozan la línea del pelo–. Y, desde luego, nunca he desayunado con

alguien que haya trabajado en una. Ahora dejan entrar a cualquiera en la academia, ¿eh? Curiosos los tiempos que corren. Tú no te apartes de mi lado, que yo te ayudaré a capear las clases. Son bastante complicadas. –Su muslo está demasiado cerca del mío para mi gusto–. ¡Ay, cielos, pero si hasta estás usando el tenedor que no es!

–Qué vergüenza –añade su amigo, horrorizado.

–Ese es el tenedor de la ensalada –dice Tarquin señalándolo–. Y nosotros no nos cambiamos los cubiertos de mano. Es algo intolerable. Mira, por aquí suelen quitarse de en medio a la gente que no es capaz de seguir el ritmo o comete errores tontos, pero los miembros de la familia Pendragon estamos muy bien integrados. Mi padre forma parte de la junta y mi tío es profesor.

Me aparto de él.

–Agradezco la oferta, pero creo que me las arreglaré. Para mí, estudiar nunca ha sido un problema.

Tarquin se inclina hacia mí y se le tensan los músculos de la boca.

–Este sitio puede resultar abrumador, sobre todo si no estás hecha de la misma pasta que el resto. Pero parece que tú tienes potencial, así que estaré encantado de ayudarte a sacarlo a relucir. Podría darte clases particulares en mi habitación de la Torre del Caballero Verde. Mi familia lleva hospedándose allí desde hace generaciones.

Me roza el brazo con el suyo.

–Menuda suerte la tuya –digo con tono monótono.

–Dile lo que piensas de verdad, Nia –interviene Serana–. Espera, que te voy a enseñar cómo se hace.

Se inclina hacia adelante y clava su cuchillo en la mesa con un golpe sordo. Casi dos centímetros de la hoja quedan enterrados en la madera, entre Tarquin y yo. Aunque se tambalea, ha quedado bien encajado en el tablero de roble.

–No va a aceptar tu puto ofrecimiento, Tarquin. Y no se va a acostar contigo a cambio de que le hagas favores.

El chico abre mucho los ojos.

–¿Estás dando a entender que tengo segundas intenciones? Yo solo trataba de ser caballeroso. Todos hemos oído que la han visto hablando sola a gritos, así que se me había ocurrido echarle una

mano. –Se vuelve hacia mí con los ojos verdes entornados–. Pero está claro que no está interesada en contar con la ayuda de un caballero. –Aprieta los dientes–. Buena suerte con el resto si a mí no me consideras lo bastante bueno para ti. ¿De verdad pensabas que intentaba tirarte la caña? Como si me fuera a rebajar con una dependienta.

El tipo que tiene al lado se inclina hacia adelante y añade:

–Es una séptica, ¿sabes? En Londres llaman así a los yanquis, porque comen tan mal que por dentro están igual de podridos que una fosa séptica.

–Una séptica –repite Tarquin con acritud.

Se pone de pie abruptamente, tira la servilleta sobre la mesa y se aleja de nosotras. Su amigote se queda mudo y mira despacio a su alrededor, como si no supiera cómo reaccionar. Luego se pone de pie y corre tras el otro chico.

Genial. Ahora Tarquin también me odia. Llevo demasiadas horas despierta como para lidiar con tantas tonterías.

–Supongo que ese es uno de los Pendragon a los que Viviane se refería cuando me dijo que esperaba que no tardaran en dejarme fuera de combate.

–¿De verdad te ha dicho eso? –pregunta Tana.

–Son una panda de imbéciles. –Serana fulmina con la mirada a los dos hombres que se alejan de nosotras–. Tarquin y la mayoría de los torques de oro son un hatajo de payasos insufribles, pero aquí no hay manera de evitarlos. Y lo mismo pasa con Viviane. La cuestión es que ni Tarquin ni los suyos se merecen el oro. Los peces gordos de la Torre Ávalon solo quieren tener contenta a la familia Pendragon, que se creen los dueños de Camelot.

–Pero están destinados a ser unos mediocres –coincide Tana con un suspiro.

–¿Eso te lo han dicho las cartas o algo? –pregunto enarcando una ceja.

–No. –Se encoge de hombros–. Es que son unos zoquetes.

Serana me mira y frunce el ceño.

–¡Pero mírate! En cuanto termines de desayunar, iremos a buscarte algo de ropa fey en condiciones.

Capítulo 9



Serana me guía a través del laberinto de pasillos interconectados mientras el eco de nuestras pisadas resuena a nuestro alrededor. La Torre Ávalon es mucho más grande de lo que pensaba y me resulta difícil orientarme. Serana tiene las piernas más largas que yo, así que me cuesta seguirle el ritmo cuando subimos cuatro tramos irregulares de escaleras de caracol. El piso superior está coronado por una altísima bóveda de crucería y cuenta con unas ventanas con cristales romboidales que dan a un patio donde las flores silvestres crecen entre la hierba alta y los manzanos.

Me vuelvo para estudiar los cuadros de la pared. La mayoría son retratos, aunque hay algunos que representan batallas del pasado y

castillos misteriosos. Uno de los retratos me arranca un escalofrío. Un fey vestido de negro está atravesando con su espada el cuerpo desnudo de una mujer. A los pies del hombre hay más mujeres muertas. Lo estudio mientras trato de recuperar el aliento. Tiene una corona de púas negra y una sonrisa cruel en los labios.

–Veo que por aquí no se cortan a la hora de tomar decisiones arriesgadas con la decoración.

Serana se vuelve para ver a qué me refiero.

–Ah, ese cabrón sádico de ahí es Mordred Matarreyes. Fue un fey malvado que vivió hace miles de años. Era a quien Tarquin se refería antes, el hombre que mató a Arturo. Por aquel entonces, la magia de los fey todavía era de la primordial, incluso los más retorcidos. Mordred entró aquí una noche y asesinó al rey, así como a cientos de inocentes. Ya está muerto, pero adivina quién es su hijo.

Me la quedo mirando fijamente.

–¿Auberon?

–El mismo. Todos descienden de la reina Morgana. Dicen que el linaje de Morgana reducirá Camelot a cenizas. Y, ahora, de ese linaje solo quedan Auberon y su hijo, el príncipe. Esperemos que esa profecía en concreto se equivoque.

Aparto la vista del horrible cuadro. Todavía queda un tramo más de escaleras que subir.

Me silban los pulmones al respirar.

–¿Qué te parece Viviane? –le pregunto entre jadeos–. Me temo que me he ganado una enemiga.

Serana me lanza una mirada rápida.

–¿La reina de plata? Yo estaría cagada de miedo si la tuviera como enemiga. Es de armas tomar, ¿sabes?

–Genial.

–Yo que tú, la evitaría a toda costa. Aunque será inevitable que volváis a veros pronto las caras, porque es quien imparte las clases de combate. Pero, bueno, hay muchas otras. Solo te has perdido un par de semanas.

–¿Y cuánto dura el curso? –pregunto asfixiada.

–¿Para formarse como agente? Antes solía durar un año. Luego, si sobrevivías a la Purga, tenías que especializarte durante un año o

dos más.

Me da un vuelco el corazón.

–¿Un año entero?

No puedo dejar a mi madre sola durante un año. ¿Cómo voy a hacerle algo así?

–Lo sé –suspira–. Es poquísimo, ¿verdad? Y ahora es todavía peor. Como hemos perdido a tanta gente en el campo de batalla, quieren poner en marcha nuevas misiones dentro de seis meses. En tan poco tiempo no vamos a poder aprender nada, pero será entonces cuando nos pongan a prueba.

La cabeza todavía me da vueltas. No me veo capaz de superar la Purga y, por si fuera poco, a mi madre le va a dar algo si no regreso. Pero ¿quién me necesita más? ¿Mi madre adulta o los fugitivos a los que un rey enajenado les está dando caza?

Todavía tengo un millón de preguntas.

–Tarquin ha dicho que su familia lleva preparándolo para esto desde que nació...

–Ese tío es un gilipollas de mucho cuidado.

Sus palabras resuenan contra la escalera de piedra. Veo que no es de las que se andan por las ramas.

–Ya, pero me parece increíble que lleve empapándose de todo esto desde la cuna. Que aprendiera a enfrentarse a los fey cuando el resto del mundo ni siquiera sabía de su existencia. Y este sitio... ¿Hace exactamente cuánto que se construyó?

Serana se detiene y se vuelve para mirarme.

–Hace una eternidad. Todo empezó con la invasión de los romanos. ¿Has oído hablar de la Novena Legión?

–No estoy muy puesta en el tema de la invasión romana –admito confundida.

–Resumiendo: una legión entera desapareció en Britania, cerca de Escocia. Fue cosa de los fey, que los dejaron atrapados en los árboles y las rocas. Algunos soldados fueron capturados y llevados a Ávalon para trabajar al servicio de la reina Morgana. Los pocos que sobrevivieron decidieron dedicar su vida al estudio de los fey para intentar rescatar a sus compañeros.

Paso la mano por los bloques de piedra de la pared pensando en aquellos soldados tan leales que trataron de ayudar a sus amigos hace más de dos milenios.

–Supongo que ese fue el origen de este sitio –continúa Serana–. Buscaban un refugio donde estudiar los puntos débiles de los fey. Por desgracia, nunca encontraron al resto de sus hombres.

–Vaya –digo apenada.

–Sospecho que por aquel entonces nacieron los primeros mestizos, los descendientes de aquellos soldados y los fey. En fin, con el tiempo, los fey y los humanos encontraron la paz. La Torre Ávalon incluso acogió a algunos fey, como Merlín, por supuesto.

–¿Él era fey?

–Claro. Los humanos no tienen poderes, y Merlín era uno de los magos más poderosos que jamás hayan existido.

–Pero... la cosa cambió, ¿no? Antes has dicho que ese tío asesinó al rey Arturo –digo señalando el cuadro de Mordred.

–Sí, eso es. Después de que Morgana le ordenara matarlo, los fey y los humanos se volvieron enemigos mortales. Durante siglos, a los mestizos como nosotros se nos vetó el acceso a la Torre Ávalon. Y eso no cambió hasta hace muy poco, porque están tan desesperados que han tenido que volver a contar con nosotros.

Me la quedo mirando mientras ese «mestizos como nosotros» se repite en mi cabeza una y otra vez.

–Yo no sabía que era mestiza. Me he enterado ayer. La verdad es que todavía no estoy segura de que sea verdad.

–Como te he dicho, los humanos no tienen poderes –se encoge de hombros–, así que la única explicación es que lo seas.

El mundo parece tambalearse bajo mis pies con cada escalón que subimos. Hace tan solo una semana, no era más que Nia, una chica normal y corriente que pasaba los días organizando libros en silencio. No dejo de pensar que todo esto es un error, que la situación me viene grande y no encajo en este sitio.

Los pulmones me arden y las vías respiratorias se me contraen. Meto la mano en mi bolsa, saco el inhalador y tomo dos pulsaciones. Está casi vacío.

Serana me mira mientras me lo vuelvo a guardar.

–¿Asma?

–Pensaba que estar cerca del mar me ayudaría.

–¿Es verdad lo que dicen del aire salado?

Me lo pienso durante un momento.

–Me parece a mí que no.

–Ya. En fin, vamos a vestirte.

La escalera da a un amplio rellano y Serana se detiene ante una gran puerta de roble.

–¿Dónde estamos?

La chica llama a la puerta sin molestarse en responder y, cuando nadie abre, vuelve a dar unos golpecitos en la madera.

–¿Es un vestidor? –pregunto.

–¿Quién es? –pregunta una voz grave desde el otro lado.

–Soy Serana. Vengo con la nueva recluta, que no tiene ropa apropiada.

No sé por qué no esperaba que un hombre se encargara del vestidor, pero debería dejar de dar ciertas cosas por hechas.

–Dadnos un minuto –dice una voz femenina.

Me da la sensación de que estoy interrumpiendo algo. Serana se vuelve hacia mí con una ceja enarcada.

Cuando la puerta por fin se abre, una mujer sale y cierra a su espalda de un portazo. Es alta y tiene el cabello rubio platino y la piel dorada por el sol. Además, lleva un torques de oro acompañado de otros accesorios de diamante y viste un exquisito vestido plateado y semitransparente. Tras echarme una mirada de arriba abajo, esboza una mueca y arruga la nariz.

–Madre mía –se limita a decir antes de pasar por delante de nosotras sin detenerse, meneando las caderas.

–Pasa de ella –susurra Serana–. Esa es Ginevra y es una de las Pendragon al servicio del MI-13. Es descendiente directa de Arturo y Ginebra. Una esnob de tres pares de narices.

La puerta vuelve a abrirse con un crujido y Raphael aparece al otro lado, arrebatadora y frustrantemente guapo. No me sorprende nada que estuviera con alguien que encaja en la descripción de «una esnob de tres pares de narices».

El problema es que tampoco soy capaz de dejar de admirarlo. La luz de la mañana que se cuela por los imponentes ventanales que tiene a su espalda baña su cuerpo en oro e ilumina las ondas oscuras de su cabello. Está sin camisa y los ojos se me van a la marcada uve de sus tonificados músculos, a las tenues sombras que se dibujan sobre su piel dorada... Dioses, me pregunto qué se sentirá al ser empotrada contra la pared por un guerrero como él. Seguro que Ginevra lo sabe bien.

Aprieto los puños y me clavo las uñas en la palma de las manos. *Es un gilipollas integral, Nia, no lo olvides.* En realidad, tampoco debería pensar en palabras relacionadas con pollas mientras admiro ese torso cincelado por los dioses, así que levanto la vista y la clavo en su torques dorado.

–Sir Launcelot, su nueva cadete necesita ropa para iniciar su entrenamiento –dice Serana en un repentino tono seco a la par que respetuoso.

La mirada de Raphael vuela hasta mí.

–Ah, pero si es la princesita. Eres tan pequeña que no te había visto.

Menudo maleducado.

Aun así, no puedo dejar de mirarlo. Tiene unas sinuosas enredaderas tatuadas que trazan las líneas de sus músculos dorados y tonificados. Además, en uno de sus amplios y atléticos hombros, las vides que le trepan por la clavícula y el pecho se enroscan en torno a una estrella náutica, un barco y una golondrina.

Soy incapaz de apartar la mirada. Parece ser que lo único que me hacía falta para ayudarme a olvidar lo mucho que lo odio es verlo sin camisa. Y lo peor es que él sabe que me lo estoy comiendo con los ojos y no sé cómo interpretar su expresión. El tío es un auténtico misterio.

¿Por qué ha salido a recibirnos medio desnudo? ¿Ha sido para presumir de cuerpazo?

–Entrad.

Se da la vuelta y se pone una camisa blanca impoluta.

Cierro la boca en cuanto me doy cuenta de que ha estado a punto de desencajárseme la mandíbula y me obligo a apartar la vista de su

cuerpo, muerta de vergüenza.

El dormitorio de Raphael quita el hipo casi tanto como él. La estancia está rodeada de ventanas con maineles de seis metros de alto. Contra una de ellas hay un escritorio plagado de plantas, velas y libros. También cuenta con unas estanterías abarrotadas de volúmenes con el lomo decorado con letras doradas. No me sorprende que viva en un sitio digno de un rey.

–Pensaba que íbamos a ir a ver a la persona encargada de vestirnos –le susurro a Serana.

Raphael parece tenso y mantiene una expresión gélida.

–Soy una de las pocas personas que han vivido en el reino fey. Sé muy bien cómo se visten.

Serana me lanza una mirada extraña.

–Sí, este trabajo no es moco de pavo. Sir Launcelot se asegurará de conseguirte todo lo que necesitas.

Cuando me deja a solas con él, vuelvo a recorrer la habitación con la mirada. Por las ventanas, al norte, se ve la ciudad entera. Desde aquí, alcanzo a distinguir un puente que comunica dos edificios bajo la torre, así como las descomunales murallas que rodean la ciudad por tres flancos.

–Te lo tienes bien montado aquí, ¿eh? –Me vuelvo para mirarlo–. No es una habitación para gentuza, desde luego.

Él enarca una ceja.

–Mira, duendecillo, sé que te tienes a ti misma en muy alta estima, pero ya no estamos en los viñedos. Ahora estás en la Torre Ávalon y yo soy un caballero de la Mesa Redonda.

–¿Ese título existe de verdad? –pregunto sorprendida.

–Así es. No te acomodes mucho, que tenemos que bajar al piso inferior para que te pruebes algunas prendas. No sé si tendremos algo para alguien tan bajito como tú, pero ya veré qué encuentro.

Me rodea para abrir la puerta y su aroma rico y terroso, como el de las barricas ahumadas, asalta mis sentidos. Su embriagador olor a almizcle con un toque de tierra fértil hace que mi mente retroceda de inmediato a los soleados viñedos de Burdeos. Me hace pensar en las uvas bañadas por el sol de la mañana, en las cosas que Raphael me contó sobre ellas cuando todavía estábamos llenos de vida. Me

da rabia echar de menos algo que nunca fue real. Además, ahora, cuando pienso en aquellas vacaciones, el recuerdo adquiere un matiz sombrío.

Supongo que debo de poner una cara algo rara, porque Raphael se detiene con la mano en el pomo.

–¿Qué te pasa?

–Nada.

–No se te da bien esconder lo que sientes, así que está claro que mientes.

Hay algo en él que me resulta embriagador y que me impide pensar con claridad.

–¿Me voy a quedar a solas contigo mientras me cambio?

Me mira fijamente, pero su rostro inexpresivo no revela una sola emoción.

–¿Qué es lo que te preocupa exactamente?

Nada. Aunque lo odie, no tiene pinta de ser un pervertido. La cuestión es que quedarme a solas con él me resulta algo peligrosa y me acelera el corazón. Lo cual es muy confuso, porque sé que para él no soy más que gentuza.

–No lo digo porque vayas a hacerme nada. La mayor parte del tiempo me pareces un robot sin emociones.

Se le forma una arruguita entre las cejas.

–¿Qué coño es un robot?

Su respuesta me deja aturullada, porque había olvidado que ya no existen y que él nunca habrá visto uno en el reino fey.

–Son como... personas hechas de metal. Solían fabricarlas antes de que la invasión fey friera toda la tecnología moderna. Aunque, ahora que lo pienso, la mayoría no estaban diseñados para parecer personas. Algunos eran como... ¿aspiradoras? Creo que tuvimos una en casa. Una Roomba.

Se hace un silencio eterno.

–Da igual. –Tomo una profunda bocanada de aire para tranquilizarme y me peino con los dedos–. Dijiste que no nos veríamos mucho por la academia, pero aquí estamos.

Daría lo que fuera por retroceder en el tiempo un par de minutos para controlar el ligero nerviosismo que se aprecia en mi voz.

–A lo mejor estoy empezando ya a arrepentirme de haberte traído, duendecillo –dice con suavidad.

Abre la puerta y salgo detrás de él.

–Ya, pero necesitáis un centinela –le recuerdo–. Así que me necesitáis.

Y tal vez, solo tal vez, yo necesite permanecer lejos de casa tanto como ellos necesitan que me quede aquí.



Me pongo un vestido hecho de delicadas tiras de seda tras una cortina. Es tan complicado que casi necesito sacarme un doctorado para ponérmelo, pero acabo con las tiras de tela cruzadas sobre el pecho, el vientre al aire y una falda que cae hasta el suelo, con una raja abierta hasta el muslo. La seda, de un precioso color lavanda, es semitransparente, pero lo bastante gruesa en torno al pecho y las caderas como para cubrirme. La verdad es que es un vestido de infarto.

Y, si Serana o Tana estuvieran al otro lado de la cortina, no tendría ningún problema en salir contoneándome con la cabeza bien alta. Pero Raphael me hace estar pendiente de cada centímetro de piel que llevo al descubierto.

Respiro hondo para armarme de valor. Cierro los ojos y me imagino vistiendo una prenda que me cubre de pies a cabeza, con unas mangas de algodón y una amplia silueta que me protegen de su mirada penetrante.

Salgo de detrás de la cortina y el aire frío del castillo susurra sobre mi piel. Podría estar desnuda y no notaría la diferencia.

Raphael me observa desde donde está sentado, completamente inmóvil. La luz ambarina que se cuela por los altos ventanales baña de dorado la mitad de su cuerpo. Acomodado como está en esa amplia silla de madera, casi podría pasar por un rey.

No dice nada. Debe de estar muy concentrado evaluando mi nuevo atuendo, porque hay un brillo intenso en sus ojos que no alcanzo a comprender. En el caso de cualquier otro hombre, habría dado por

hecho que me mira con deseo. Pero ¿en el de Raphael? No me cabe duda de que me está juzgando en silencio.

–Te sienta bien –dice con voz ronca–. He acertado con la talla, pero pareces incómoda. Los fey no van por ahí con los brazos cruzados sobre el pecho y una mueca de disgusto.

Paso los dedos por la delicada tela del vestido.

–No suelo vestir así.

–Bueno, por eso estás aquí, para que te acostumbres a estas cosas. ¿Te importa si te coloco bien la espalda?

–Haz lo que consideres.

Aunque respondo con brusquedad y sueno enfadada, me aparto el pelo para darle acceso a la prenda. Se coloca detrás de mí y me ciñe una de las tiras.

–Te pita un poco el pecho al respirar. –Su voz vibra por encima de mis hombros desnudos.

–Soy asmática y se me está acabando el inhalador.

–Te conseguiremos otro.

Un hormigueo me recorre la piel cuando noto el suave roce de sus dedos. Los músculos se me tensan ante la sensación, y lo más raro es que deja de pitarme el pecho y se me despejan las vías respiratorias.

–Voy a necesitar que te relajes –susurra antes de colocarse delante de mí otra vez–. Te sienta como un guante, pero estás tan rígida como la pared que tienes detrás. –Ladea la cabeza–. Los fey sabrán enseguida que eres una espía, así que vamos a tener que trabajar a fondo en tu actitud. Tu tarea consiste en relajarte.

Apoyo las manos en las caderas. Se me da de puta pena relajarme, sobre todo cuando alguien me lo pide. Y más cuando ese alguien es Raphael, el guapísimo hombre que una vez me rompió el corazón.

–Parece que odias a todo el mundo –añade.

–Y así es.

Se deja caer en la silla y me evalúa con esa mirada tan penetrante.

–Está bien, duendecillo. Cierra los ojos un momento. Inspira hondo y concéntrate en respirar. Piensa en el lugar donde te sientas más a gusto, donde te sientas tú misma. Podría ser algún rincón de tu casa, por ejemplo, o un sitio donde te gustaría estar ahora mismo.

Por un momento, me quedo en blanco. Nunca he estado cómoda en casa, porque es un caos, un lugar donde mi madre se pasa las noches gritando.

Se me ocurre pensar en la librería.

Pero entonces el recuerdo de unas uvas granates y carnosas bajo la luz del sol se adueña de mi mente. Hubo un tiempo, antes de que la cosa se torciera, en que el dorado viñedo de Burdeos fue un paraíso para mí.

Sin abrir los ojos, oigo que Raphael se coloca detrás de mí.

–¿Te puedo tocar los hombros? Estás encogida.

Asiento con la cabeza y noto el contacto de la yema de sus dedos en la base del cuello antes de trazar una línea que deja una estela de calor a su paso. Termina apoyando las manos en mis hombros.

–Tienes que dejarlos a esta altura, no pegados a las orejas. –Me toca la base de la columna–. Orienta las caderas hacia adelante. Así. Las mujeres fey marcan el ritmo de sus pasos con las caderas y caminan con la cabeza bien alta.

Nada me había distraído nunca tanto como el calor que irradia su cuerpo. A lo mejor consigo relajarme si finjo que no me odia. Imagino que es Jules, aquel camarero tan mono de la cafetería.

–Genial –murmura–. Respira más hondo, llénate los pulmones de aire. Luego quiero que camines por la habitación. Los movimientos de los fey son fluidos y tranquilos. Imagina que de tu piel brotan gotas de agua que caen trazando las curvas de tu cuerpo.

Se me acelera el pulso y no quiero ni pensar en el motivo por el que eso pasa.

–Camina –me ordena en voz baja–. Ve hasta la ventana.

No mirarlo me ayuda a mantener mejor la calma. Relajo los hombros y me imagino el agua cayendo por mi cuerpo. El problema es que, mientras me muevo, en mi cabeza me veo completamente desnuda, con la mano de Raphael subiéndome por la espalda...

Me doy la vuelta al llegar a la ventana. Entreabro los labios y me ruborizo, pero siento una atracción magnética hacia él. Por mucho que lo odie, no me sirve de nada mentirme a mí misma y fingir que no me resulta condenadamente atractivo.

Cuando estoy a tan solo un par de centímetros de él, me detengo y lo miro a la cara. A esta distancia, sus ojos plateados son hipnóticos, despampanantes en contraste con la negrura de sus pestañas. Hay una chispa ardiente en su mirada. ¿Seguirá teniendo algo que ver con la aversión que siente hacia mí?

–Muy bien. –Se humedece los labios y, de pronto, me da la espalda–. Ya me has hecho desperdiciar demasiado tiempo. Coge un par de prendas más si quieres, pero haré que te lleven el resto a tu dormitorio. Tengo cosas más importantes que hacer.

–¿No tengo que probarme nada más? –pregunto confundida.

Raphael ya está en la puerta.

–Ve a buscar a Amon. Él te asignará una habitación.

Como siempre, no ve la hora de perderme de vista.

El sonido de la puerta al cerrarse resuena por el pasillo.

Capítulo 10



He intentado seguir las indicaciones que Amon me ha dado para llegar a mi dormitorio en la Torre Lothian, pero llevo demasiadas horas sin dormir y me siento tan cohibida con el vestido y semitransparente que no me veo capaz de procesar la información con normalidad. Estoy bastante segura de que he estado caminando en círculos un buen rato, aferrada a mi ropa nueva.

¿Dónde está la puñetera habitación?

Por fin, la encuentro, la número 333, cuya puerta de madera está encajada en un intrincado arco de piedra tallada. De la superficie de la puerta cuelga la cabeza de un león de cobre con una aldaba circular entre las fauces.

Llamo dos veces y, unos instantes después, Serana abre de un bandazo.

–¡Por fin apareces!

La luz que se cuela por los altos ventanales en arco ilumina tres camas equipadas con un cabecero tallado a modo de enredaderas interconectadas. Hay tres mesas redondas entre cada una de ellas y plantas creciendo en los amplios alféizares.

La habitación es fantástica, acogedora a la par que imponente. Incluso cuenta con varias estanterías llenas de libros antiguos y velas encendidas dentro de tarros de cristal.

Tana está sentada en una de las camas con un libro en el regazo.

–Hoy no hay clase, así que más nos vale aprovechar para descansar, que falta nos hace.

En la mesa que tiene al lado, hay una tetera negra con grabados dorados y varias tazas a juego.

Me vuelvo para estudiar el lado de la habitación de Serana, que no tiene nada que ver con el ordenado rincón de Tana. Su cama deshecha es la viva imagen del caos con todas las sábanas enredadas. Hay media docena de modelitos tirados sobre el colchón y una inestable torre de libros en la mesita de noche. Además, de debajo de su almohada asoma la empuñadura de una espada y tiene el edredón salpicado de manchas amarillas, que espero de corazón que sean de té.

–Bienvenida a nuestra habitación –dice–. Ahora la compartimos las tres.

Uno de los libros de la pila cae de la mesita de noche, y yo corro para atraparlo antes de que toque el suelo. Mientras los coloco todos bien, mi mirada se posa en la tercera cama. Supongo que esa es la mía. Estoy tan cansada que noto que tira de mí como un imán.

–Espero que me perdonéis si me paso el día entero dormida.

–Te prepararé una infusión de artemisa –dice Tana–. Te ayudará a tener un sueño tranquilo.

Serana ladea la cabeza hacia mí.

–¿Qué haces, cielo?

Me doy cuenta de que estaba intentando desenredar sus sábanas.

–Tu cama parece incómoda.

–Es que soy un puto desastre –dice encogiéndose de hombros–. Pero a mí no me molesta.

–Ya, entiendo.

Extiendo las sábanas de mi cama y las coloco con mimo. En cuanto la dejo hecha y coloco todas las almohadas en su sitio, me dejo caer sobre el colchón con un suspiro de alivio y acepto la infusión que Tana me ofrece.

–Ah, gracias.

Me incorporo y estudio a mis compañeras de habitación por encima del borde de la taza. Se me hace raro que alguien cuide de mí, pero me calienta el corazoncito tanto como la infusión me calienta el pecho. Estudio su dormitorio (no, *nuestro* dormitorio) con suma atención. Sobre la mesita de noche de Tana cuelga el retrato de un hombre con una larga barba blanca. Lleva una túnica azul decorada con lunas crecientes plateadas, un torques a juego y un retorcido báculo de madera. En la placa dorada que hay debajo del cuadro pone «Merlín».

Se me entrecorta la respiración. Todavía me cuesta creer que todo esto sea real.

–¿Un torques de plata? ¿En serio me vais a decir que Raphael ostenta un rango más alto que el mismísimo Merlín?

–Qué va –dice Tana–. El de Merlín es de acero avalino. Es un metal especial fundido con fuego de dragón y templado en el lago. La Dama del Lago se lo regaló cuando todavía vivía. –Sonríe–. Le encanta llevarlo puesto porque se lo hizo Nimue. Bueno, quiero decir que le encantaba. En pasado. Solo Merlín, Arturo y alguno de los fey más poderosos de la corte de Merlín llevaban el torques de acero. Y ya no existen, porque la magia primordial desapareció cuando los fey se marcharon a Brocelianda.

Al estudiar el cuadro con más atención, me doy cuenta de que el torques es de un tono más cálido que la plata y que tiene un brillo rosado.

–Tengo que avisar en casa de que estoy aquí –digo tras unos segundos–. ¿Sabéis si hay alguna manera de enviar una carta a Estados Unidos o si hay algún teléfono?

–No nos dejan tener teléfonos –explica Tana con un asentimiento–, pero te puedo ayudar con lo de la carta. Tenemos un servicio postal de lo más rápido. Sin embargo, ni que decir tiene que no le puedes contar a tu familia que estás aquí. Nadie sabe que Camelot existe. Revisan todas las cartas que enviamos.

Parpadeo mientras asimilo sus palabras.

–Entiendo.

–Tendrás que inventarte una tapadera –dice Serana–. Que te has enamorado y vas a quedarte con tu nuevo novio, Raphael. –Se ríe entre dientes–. No, es broma. Está claro que te odia.

–¿Tú también te has dado cuenta? –pregunto estupefacta.

–Es bastante evidente, querida. –Se encoge de hombros–. Lo que no sé es si te odia, si te quiere llevar a la cama o una mezcla de ambas cosas. Pero no te lo vas a poder tirar. Está absolutamente prohibido.

–Pues a Tarquin no parecía importarle mucho esa regla.

–Bueno, es que los Pendragon y todos aquellos elegidos de los dioses no cuentan. Las normas solo se nos aplican a la plebe. Pero no te preocupes, hay muchos peces fuera del mar de la torre. –Vuelve a encogerse de hombros–. Si tienes energía para ese tipo de cosas, claro.

–Lo tendré en cuenta.

–¿Ha habido algo entre vosotros? ¿Os conocíais de antes?

–Sí, pero no pasó nada interesante –mascullo–. En fin, le diré a mi madre que me ha salido trabajo en una librería impresionante.

–Lo que haga falta.

Serana se echa la melena pelirroja hacia atrás.

–¿Tú sigues con la formación, Tana? –le pregunto–. Pensaba que tú ya eras una agente.

–He vuelto para seguir con mi entrenamiento. Llevo un tiempo ayudando al MI-13, sobre todo con los barcos como en el que nos hemos conocido. Pero quieren enviarme a la Francia fey, así que necesito aprender unas cuantas habilidades nuevas. Me han apuntado a clases de combate y de espionaje.

Se me forma un nudo en el estómago.

–No esperarán que yo vaya a la Francia fey, ¿verdad? He dado por hecho que ayudaré a los equipos a cruzar el velo, pero me quedaré en esta parte de la barrera. Tarquin no andaba muy desencaminado al decir que no estoy preparada para estar aquí.

–Tarquin es un merluzo –dice Serana–. Es el menos indicado para darte lecciones de vida. Las misiones nunca salen como una espera. Como centinela, tendrás que saber reaccionar e improvisar llegado el momento. Y sí, ese momento podría ser en la Francia Fey. O incluso en Brocelianda.

–Merluzo. Qué palabra más graciosa –dice Tana con tono soñador–. Merluzo. Si lo repites muchas veces, empieza a sonar raro. Merluzo. Meeerluzo. Mer-luzo. Merluzo.

Serana se masajea el puente de la nariz.

–Creo que has tomado demasiada infusión de artemisa, Tana.

Ella se aferra a su taza.

–Meeeeeeerluzo.

–¿Alguna vez has estado allí? –le pregunto a Serana–. En Brocelianda, quiero decir.

–Ella niega con la cabeza.

–Yo soy de la Isla de Man, pero Tana nació allí.

A Tana se le están empezando a cerrar los ojos.

–¿Sabíais que, en la antigüedad, cuando todavía había magia primordial y los fey vivían en Ávalon, construían enormes torres de paja y metían a los humanos dentro para quemarlos vivos? También abonaban la tierra donde crecía el muérdago con sangre humana. Me pregunto si todavía seguirán haciendo esas cosas.

Serana pone los ojos en blanco.

–Tana, vas a asustar a nuestra nueva compañera.

Me muero por dormir, pero llevo encima una capa de mugre de dos días y tengo las uñas asquerosas.

–¿Hay algún cuarto de baño cerca?

–Uy, estamos de suerte –dice Serana con una sonrisa–. Tana ha conseguido convencerlos de que nos dieran una de las habitaciones buenas que tienen cuarto de baño propio. –Señala la puerta que hay entre las dos estanterías–. Está justo ahí.

–Gracias –digo suspirando aliviada.

Saco un vestido limpio, rojo y sin mangas, de mi nueva pila de ropa y me dirijo hacia allí. La puerta conduce a una estrecha habitación de piedra. La luz que se cuela dentro dibuja diseños en forma de diamante sobre el suelo de losa. Hay velas y jabón en unos estantes de madera y una ordenada pila de toallas de color granate sobre un taburete con cojín. Abro el grifo de la bañera con patas de cobre en forma de garra que hay en uno de los extremos de la estancia. A medida que se llena, las volutas de vapor de agua flotan en el aire. Me meto en la bañera sin esperar a que se haya llenado del todo y los músculos por fin se me empiezan a relajar. Después del largo viaje que hemos tenido que hacer, el baño me sienta de maravilla.

Mi madre y yo llevamos siete años viviendo en un apartamento con un cuarto de baño que compartimos con desconocidos y que tiene una ducha individual que siempre acaba llena de pelos.

Así que ¿esto? Es un auténtico lujo.

Me froto el cuerpo para quitarme la suciedad y la sal del mar, pero no permanezco en remojo mucho tiempo, porque corro el riesgo de quedarme dormida. Cuando salgo de la bañera y el agua me cae por la piel desnuda, pienso en la voz de Raphael.

«Imagina que de tu piel brotan gotas de agua que caen trazando las curvas de tu cuerpo».

Me pregunto si se acordará de la vez que nos besamos en el viñedo hace ya tantos años. O si sabrá que aquel beso me arruinó la vida, porque estoy bastante segura de que nada me hará sentir como aquella vez.

Tengo que dejar de pensar en él de una puñetera vez.

Me seco con movimientos agresivos antes de ponerme el vestido rojo. La tela es exquisita y tiene un tacto sedoso.

Al entrar de nuevo en el dormitorio, me detengo en seco. Hay un desconocido acomodado junto a Tana en su cama.

–Ay, perdón –se apresura a disculparse.

Tiene el pelo negro, la piel oscura y unos ojos enormes. Viste una camisa blanca llena de volantes con los botones abiertos y un sombrero de copa además de un montón de collares de plata. Y lleva los ojos delineados de negro.

Nos sonríe a Tana y a mí.

–¿Tienes una nueva compañera de habitación?

–Esta es Nia –dice ella.

–Va a estudiar en la academia. –Serana está tallando un pedazo de madera con un cuchillo muy afilado y dejando tanto su cama como el suelo salpicados de astillas–. Ha llegado hoy después de cargarse ella sola a una serpiente marina y ayudar a un grupo entero de fugitivos a cruzar la frontera.

Resoplo divertida.

–Tampoco te pases, que no ha sido así.

–Soy Darius. –Me saluda con la mano–. Encantado de conocerte. Me marcho enseguida. Solo he venido a que Tana me haga una lectura rápida.

–Darius es adicto a sus lecturas –explica Serana–. Es como un yonqui, pero de la cartomancia. Viene aquí cada noche para preguntar por su vida amorosa. Tana, ¿dónde está mi alma gemela? Tana, ¿ese chico que he conocido hoy es el amor de mi vida? Tana, ¿este diablo que aparece aquí indica que tengo que dejar de perseguir a mis antiguos ligues por las calles de Camelot o que estoy destinado a acabar con un guapísimo chico malo?

–También le pregunto cosas más serias, no siempre sobre el amor –replica Darius.

–En cualquier caso, para mí no es ningún inconveniente –dice Tana mientras baraja–, pero, antes de empezar con tu lectura, tengo que echarle las cartas a Nia, que se lo he prometido.

Darius se arrastra hasta el borde de la cama y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

–Las damas primero.

–No hace falta... –digo con cierto reparo.

–Venga, mujer, dale el gusto –interviene Serana–. De lo contrario, no va a dejar de marearnos.

Me siento entre Darius y Tana y ella me ofrece el mazo.

–Baraja mientras piensas en el futuro.

Mezclo las cartas, pero pensar en el futuro me resulta imposible. Yo siempre tengo un plan de aquí a un par de años, pero ¿ahora? No tengo ni idea de lo que va a ser de mí.

Cuando por fin le devuelvo las cartas, Tana le da la vuelta a la primera. Me asomo para ver qué ha salido y un escalofrío me recorre la piel. No sé mucho sobre el tarot, pero esa carta en concreto está claro que no presagia nada bueno. En ella aparece una torre que ha sido alcanzada por un rayo. Hay fuego saliendo de una de las ventanas y, a su alrededor, varias figuras se precipitan al vacío y unas nubes oscuras de tormenta salpican el cielo.

–La torre –dice.

–¿Es... la Torre Ávalon? –pregunto.

–Tal vez, pero hay que evitar interpretar las cartas de forma demasiado literal.

Le da la vuelta a otra carta con expresión concentrada y la coloca en horizontal sobre la anterior. Es la de los amantes y representa a una pareja desnuda que ha sido pillada en el acto. No me suena que las cartas de tarot sean tan explícitas en Estados Unidos. Parecen estar a puntito de alcanzar el clímax, y me descubro estudiando su imagen con más atención de la cuenta.

–Anda, los amantes –dice Tana, que suena desconcertada.

–¿En serio? A mí nunca me ha salido esa carta –señala Darius–. Serana me dijo que no formaba parte de tu mazo.

–Era para que no te sintieras mal, cielo. –Serana le ofrece una sonrisa compasiva.

Tana desliza los dedos por la carta.

–Esta representa tanto el pasado como el futuro. Hace referencia a un amor del pasado.

Me da un vuelco el corazón. Solo he tenido dos novios serios en mi vida y los dos trabajaban en el mismo bar. Uno estaba obsesionado con hacer que las chicas tomaran chupitos directamente de sus abdominales y el otro estaba en un grupo malísimo de glam rock, así que espero de corazón que ninguno de los dos vuelva a mi vida.

–La torre intercede entre los amantes –continúa Tana–. Los separa y los vuelve a juntar.

–Menudo revolcón te espera, ¿eh, Nia? –Serana hace un movimiento vulgar e inequívoco con los dedos–. Uno de los buenos. Las lecturas no suelen subirse tanto de tono.

–Las lecturas deberían ser privadas, ¿sabes? –le espeta Tana.

–Ya, pero es que esta también es mi habitación –dice la otra sacándole la lengua.

–Tú haz como si no estuviera aquí –le pide Darius–. Quiero ver qué pasa.

Tana coloca la siguiente carta encima de las otras dos y vuelvo a sufrir otro escalofrío. En esta, aparece un hombre sentado en un trono decorado con la amplia cornamenta de un carnero. A simple vista, es como un dios malvado. Es la carta del emperador.

–Hay algo en tu linaje que te pone en peligro –murmura.

Eso tiene una explicación muy sencilla.

–Será por mi madre. Tiene bastantes problemas.

Estando borracha, mi madre se ha quedado dormida con un cigarrillo encendido infinidad de veces. Y una vez, con el coche, se estrelló contra un edificio cuando yo iba en el asiento del copiloto. Que me ponga en peligro es algo tan normal que ya ni me sorprende.

–Bueno, pero esto no tiene nada que ver con ella.

Tana golpea la carta con el dedo. Me da la sensación de que la lectura no está saliendo como ella quería. Se me forma un nudo en el estómago. Mi madre me crio haciéndome pensar que Walter, el tipo aburrido y muy humano con una buena cantidad de dinero en el banco, era mi padre. Está claro que me ha mentido. Tengo unas cuantas preguntitas que hacerle, pero la principal es: ¿a qué fey se había tirado?

–No estoy segura de saber quién es mi padre, pero supongo que el peligro es ser mestiza.

Tana saca más cartas: la luna y la muerte. En la segunda aparece un esqueleto montado a caballo bajo un cielo de tormenta. Los rayos surcan las nubes por encima de su cabeza.

Otro escalofrío me recorre la columna.

–La muerte no siempre es mala en el tarot, ¿verdad? ¿No tiene algo que ver con el cambio o algo así? –pregunto esperanzada.

Pero Tana ya no parece oírme. Sigue sacando cartas a un ritmo casi frenético. Más espadas, más sangre y una carta con monedas. La rueda de la fortuna. Cuando para y deja el mazo a un lado, respira hondo.

–Tana... –trago saliva–, ¿voy a morir?

Ella levanta la vista y encuentra mi mirada.

–Sí.

–¿En serio? –pregunto muerta de miedo.

–Todos morimos, pero los mestizos vivimos mucho más tiempo que los humanos.

–Ya, pero ¿qué has visto en las cartas?

Niega con la cabeza.

–Las cartas suelen ser mucho más claras, pero, en tu caso, hay tantas fuerzas en juego que tu futuro se fractura. Hay prácticamente una infinidad de posibilidades. Veo... una dualidad. Conflictos que se suceden tanto en tu mundo interno como en el externo. Decisiones imposibles. Y un lago. El lago.

Nos quedamos en silencio.

–¿Sabes que lo normal cuando te ponen una nueva compañera de habitación es invitarla a salir de fiesta contigo en vez de matarla del susto? –dice Serana por fin.

–Ah, claro. –Tana recoge las cartas con abatimiento. Levanta la cabeza para mirarme–. Eh..., ¿quieres ir a alguna fiesta?

–Hoy no, gracias.

–Me alegro. –Parece aliviada–. Porque no me han invitado a ninguna.

–Iba a pedirte que me echaras las cartas después –interviene Darius–, pero, según estás, seguro que no vas a ver más que enfermedad, muerte y destrucción en mi futuro.

–No, hagámoslo –insiste ella con tono alegre–. Tus lecturas siempre me hacen sentir mejor.

Me levanto de la cama de Tana y me siento en la mía. Pese a la aterradora lectura, el cansancio se apodera de mi cuerpo y noto que se me cierran los ojos. Me tumbo sobre el costado mientras veo a Darius barajar el mazo de Tana.

–¿Por qué te hacen sentir mejor? –pregunta.

Tana coloca una serie de cartas sobre las sábanas.

–Porque me gusta ver el amor en las cartas para variar, en vez de barcos patrulla y muertes.

–Entonces, ¿sí que hay amor en mis cartas? –Darius se anima un poco.

–No, pero pensar en ello es bonito.

Darius carraspea.

–¿Y qué hay del camarero que trabaja en el Siete Estrellas? Tuvimos un momento de conexión hablando sobre ese gato tan mono que lleva un collar de encaje y que no para de sentarse en su regazo.

–No es el indicado para ti –dice Tana suavemente–. Es un picaflor y se pasa el día comiendo anchoas.

–Uy, eso me echa mucho para atrás –suspira Darius–. Lo digo por lo de las anchoas, no por lo de ser un picaflor. Supongo que por eso le cae tan bien al gato.

–¿Las cartas te han dicho que al camarero le gustan las anchoas? –pregunto medio adormilada.

–Sí. O sea, depende de la lectura, pero, en este caso, ha vuelto a salir el diablo con un siete de espadas encima.

–Tiene sentido que el diablo represente las anchoas –masculla Darius.

–Pues a mí me gustan –interviene Serana.

–No me sorprende –replica el otro.

–¿Qué se supone que quieres decir con eso? –pregunta ella fulminándolo con la mirada.

La conversación se amortigua. A veces, cuando estoy muy cansada, oigo otra voz, una de las tantas entre mis alucinaciones.

Sin embargo, a diferencia de la gran mayoría de estas alucinaciones, esta voz solo la oigo cuando estoy sola, y la verdad es que me gusta.

Empecé a oírla cuando tenía unos dieciocho años. Es una voz de hombre, profunda y melodiosa. A veces, sus palabras suenan de lo más poéticas, como una sombría canción de cuna. Otras, son directamente agresivas. Con frecuencia, una lúgubre tristeza empapa sus pensamientos. En la mayoría de los casos, eso sí, se aprecia una aterciopelada cadencia sensual. Es hermosa, vulgar, atractiva y destila placeres que jamás he experimentado.

Hay dos mujeres entre mis brazos, dos pesadas respiraciones sobre mi pecho. No recuerdo cómo se llaman. Los traviesos rayos del sol interrumpen nuestra calma y el canto de los pájaros anuncia el fin de la noche. Pasaré el día en la cama, envuelto en el cegador abrazo de las desconocidas. Pero mi hogar es la noche y la suave caricia de unos labios en los míos.

Se me cierran los ojos y, con esa hermosa voz masculina susurrándome en la cabeza, sueño con un cielo estrellado.

Capítulo 11



Jamás deben pillar a un agente llevando un arma blanca –ladra Viviane.

La luz de la mañana se cuela por los altos ventanales. He dormido tanto en las últimas veinticuatro horas que todavía sigo un poco aturullada.

Nos encontramos en una sala amplia con suelos de madera, arcos abovedados y todo un resplandeciente arsenal en las paredes. Veintidós cadetes estamos reunidos aquí, enfundados en nuestro uniforme de combate: vestidos semitransparentes para las mujeres y prendas apretadas para los hombres.

Hemos venido a que nos enseñen a matar.

Como no podía ser de otra manera, tengo tan mala suerte que mi primera clase en la academia es la de autodefensa, la misma que imparte la mujer que me ha amenazado con cortarme el cuello mientras duermo. Lleva un vestido negro y corto de manga larga, un cinturón del que cuelga la funda de un arma y unas botas altas.

–La daga es el mejor amigo de un agente –dice Viviane. Sus tacones resuenan contra el suelo de madera mientras pasea por la estancia y nos analiza–. Y, como todos sabéis, yo soy una persona muy amistosa.

Alguien se ríe entre dientes y Viviane gira sobre los talones y lanza una mirada asesina al culpable. El chico se pone serio de golpe.

–¡Por eso nunca salgo de casa sin unos cuantos amigos! –El techo abovedado nos devuelve el eco de su voz–. Llevo una daga en el cinturón, otra en la manga del vestido y otra dentro de una de mis botas. Y, si tengo que salir a una misión sin esas tres opciones, me guardo una en las bragas.

Alguien se mueve con incomodidad. La imagen de Viviane yendo por ahí con un arma metida en la ropa interior es de esas que se te graban en la retina.

–En cursos anteriores he tenido algún que otro estudiante más cortito de la cuenta que me ha preguntado por qué nos molestamos en usar dagas y espadas. Al fin y al cabo, las armas de fuego todavía funcionan. El ejército británico las usa. Y la respuesta que doy siempre es que no somos soldados, sino puñeteros espías, pedazo de zoquetes. Vuestro trabajo consiste en pasar inadvertidos entre los fey, no luchar. Los fey utilizan flechas, espadas y dagas, así que esas son las armas que nosotros tenemos que usar. Por eso os recomiendo que me prestéis toda vuestra atención cuando pase a explicaros lo que necesitáis saber acerca de las dagas. –Mueve el brazo y una larga hoja cae de debajo de la manga de su vestido. La lanza al aire y deja que dé unas cuantas vueltas antes de cogerla y señalar la punta–. Esto es lo que pincha y tenéis que clavárselo a vuestro enemigo.

Recorre la estancia con la mirada para asegurarse de que nadie tiene dudas.

–Os dividiré en parejas para ver cómo aplicáis la complejísima técnica que os acabo de explicar –dice al final–. Utilizaréis dagas de punta roma para que no os matéis por accidente. –Señala el bloque de madera que hay junto a una de las paredes. De él sobresalen unas cuantas empuñaduras–. En teoría, con ellas no deberíais haceros daño, pero ya hemos tenido unos cuantos accidentes. Colocaos junto a vuestro compañero en cuanto os empareje. Serana y Darius. Liam y Clara.

Escucho con atención los nombres que va diciendo, con la esperanza de que me ponga con Tana. Sería lo más lógico. Somos más o menos de la misma altura y...

–Nia y Tarquin.

Me cago en los dioses. Me ha emparejado con un Pendragon a propósito, ¿verdad?

Me acerco al bloque de madera para sacar una daga de entrenamiento con el cuerpo agarrotado. Compruebo el arma para asegurarme de que no nos ha mentido al decir que son de punta roma y, al volverme, veo que Tarquin está sonriendo. Hoy lleva el pelo reluciente y peinado hacia atrás. El amigo que le acompañaba durante el banquete me lanza una mirada lasciva.

–Horatio. –Tarquin lleva tanta gomina en el cabello castaño rojizo que le brilla bajo la luz de la lámpara de araña–. ¿Cuánto calculas que tardaré en derribarla?

El otro deja escapar una risotada por la nariz.

–Parece de esas que te dejan hacer lo que quieras con ellas.

–Bueno, es la que nos va a meter y a sacar del velo, ¿no? Ese es su papel. No es más que un medio de transporte. Un autobús público –dice Tarquin, a quien se le empieza a iluminar la expresión amarga–. Eso es lo que es. Tan sobada como la barra de un autobús, ¿verdad?

Aprieto los dientes y cruzo la estancia. No pienso dejar que sus comentarios me afecten.

–Vale –digo al detenerme ante él–. Deberíamos...

Se lanza a por mí y me entierra la punta roma de su daga en el vientre. Aunque no está lo bastante afilada como para atravesarme, la fuerza del impacto me deja sin aliento. Cuando un estallido de

dolor aflora en mi abdomen un segundo más tarde, me doblo por la mitad sujetándome la zona.

–Espera –jadeo.

Me vuelve a atacar y esta vez me da en la clavícula. El golpe me hace apretar los dientes de golpe. La boca me sabe a sangre.

–Ya te he matado dos veces, autobusera –sisea Tarquin. Se vuelve esbozando una sonrisa torcida–. No sé por qué siguen admitiendo a la chusma en la academia. ¿Sabes qué, Horatio? Apesta a desesperación.

Su amigo suelta otra risotada cerca.

–Están intentando dejar clara su postura con respecto a la igualdad, pero es una chorrada, ¿verdad? –añade Tarquin–. ¿Cómo se les ocurre dejar entrar a este hatajo de inútiles sin talento solo para hacerse los modernos? –Vuelve a centrarse en mí–. ¿De dónde vienes tú exactamente? ¿Tu madre se dedicaba a hacer la calle o algo? ¿Tan inclusiva se ha vuelto Camelot que ahora dejan que los hijos de las putas caminen a sus anchas por esta sacrosanta torre?

Me ataca de nuevo y me muevo hacia la izquierda gracias a los reflejos y la desesperación. Oigo el silbido de la hoja al volar junto a mi oreja. Tarquin pierde el equilibrio por un momento y recuerdo que yo también estoy armada. Me lanzo a por él con una estocada frenética, pero, en cuanto me ve, da un salto hacia atrás.

Estoy jadeando y ya empiezo a notar que respiro con un silbido asfixiante. Intento seguir los consejos que Serana me ha dado antes de que empezara la clase. Mantente en guardia. No apartes la vista de tu oponente. Espera tu oportunidad.

Se abalanza sobre mí con torpeza y yo retrocedo de nuevo. Ataca y me aparto.

No le negaré que es fuerte, pero yo soy pequeñita y, seguramente, más rápida. Así es como se vence a alguien como él, supongo. Tengo que hacer que se canse. Permanecer fuera de su alcance. Esperar al momento perfecto.

Alguien grita a nuestra izquierda y Tarquin aparta la mirada de mí. Es mi oportunidad ahora que está distraído. Doy una zancada hacia adelante...

Y él se gira, me agarra de la muñeca y me la retuerce. Un estallido de dolor me trepa por el brazo y me obliga a soltar la daga con un gruñido. Tarquin me tira al suelo sin despeinarse y se sienta sobre mí antes de que me dé tiempo a incorporarme. La adrenalina me electrifica las venas y el corazón me late a toda velocidad. No estaba distraído y no es lento en absoluto. Me estaba tendiendo una trampa.

Ahora me tiene inmovilizada y me sujeta ambas muñecas con una mano. Un mechón de pelo le cae sobre la frente, se le colorean las mejillas y un brillo eufórico se adueña de su mirada. Las aletas de su larga y delgada nariz están más dilatadas que nunca. Me presiona la daga contra el cuello con la mano libre. No puedo respirar.

–Te tengo justo donde quería.

Una voz, colérica y ponzoñosa, resuena en mi cabeza: *Te tenía que poner en tu lugar. Mira lo que has conseguido por no haber sido amable cuando tuviste la oportunidad. Puta.*

No puedo responder. Tarquin se cierne sobre mí con una gota de saliva brillándole en el labio inferior.

–Te he vuelto a matar –susurra–. No una, sino tres veces. Ya te he dicho que aquí no hay sitio para ti. Te han admitido porque vas a ser nuestro transporte. Una azafata barata.

Está tan cerca de mí que le veo todos y cada uno de los poros de la piel. Por mucho que me revuelvo contra él, no consigo quitármelo de encima. Intento darle un rodillazo en la espalda, pero apenas logro levantar las piernas. Me arden los pulmones y se me nubla la vista. Parece que me esté a punto de explotar el pecho por la presión que lo comprime. Necesito respirar...

De pronto, se quita de encima. Aprovecho para tomar una profunda y entrecortada respiración que le devuelve la nitidez al mundo. Toso y jadeo en busca de aire. Siento que he estado al borde de la muerte.

Ha sido todo un desastre.

No sé cómo ha pasado, pero Tarquin también está herido. Está tirado en el sueño, gruñendo, y le sale sangre del labio. Al volverme, veo que Raphael está a nuestro lado.

–La pelea no estaba yendo nada bien.

–Para nada –coincido con voz ronca.

Clava su mirada gélida en Tarquin y saca las manos de los bolsillos con un suspiro.

–Si matas a una de nuestras dos únicas centinelas, Pendragon, ya puedes darte por muerto. –Le lanza una sonrisa sombría–. Y me importa una puta mierda quién fuera tu bisabuela.

–Harías bien en tenerlo en cuenta, mestizo –replica el otro quitándose la sangre del labio–. Además, ¿cómo esperas que esta sobreviva a las misiones si ni siquiera es capaz de arreglárselas con un ejercicio de entrenamiento de pacotilla?

–Colega, colega –rebuzna Horatio–. Yo tampoco entiendo qué pinta aquí.

–Es su primer día –les recuerda Raphael con calma–. El asesinato no es un buen método de enseñanza.

–Raphael. –La voz cortante de Viviane surca la estancia.

Todo el mundo ha dejado de practicar y nos miran a Raphael, a Tarquin y a mí. Me da la sensación de que hemos dado un buen espectáculo.

Y yo odio ser el centro de atención.

–De esta clase me encargo yo –continúa Viviane–. Creo que me las puedo arreglar solita.

–Pues no lo parece. –Un destello surca los ojos pálidos de Raphael–. Yo diría que hemos estado a punto de perder a una de nuestras centinelas.

Viviane se cruza de brazos tranquilamente.

–He visto lo que ha pasado y no ha sido para tanto. Tampoco me ha parecido que hubiera razón para intervenir en el entrenamiento de Nia. Estaba aprendiendo una valiosa lección.

–Si un día te despiertas con la rarísima habilidad de Nia, entonces podrás tener menos cuidado. Sin embargo, como no es el caso, te pido que veles por su bienestar.

Viviane lo mira con los ojos entornados.

–Fuera de mi clase –dice apretando los dientes.

Raphael me lanza una mirada curiosa antes de darse media vuelta y salir con elegancia de la sala. Viviane se vuelve con las mejillas encendidas.

–Vale, se acabó por hoy. Colocad las dagas y marchaos de aquí.

Se queda junto al bloque de madera con los brazos cruzados.

Dejo que Tarquin y Horatio vayan delante para evitarlos antes de devolver mi daga de entrenamiento a su sitio.

–¿Estás bien, Nia? –me pregunta Serana.

Tengo el pecho dolorido.

–Sí –digo con voz estrangulada–, no te preocupes.

–¿Cómo no me voy a preocupar? –Ladea la cabeza mientras me estudia–. Ya puede Tarquin rezar para que no nos toque juntos en la próxima sesión de entrenamiento.

Le dedico una sonrisa.

–Ya.

–No me puedo creer que Raphael haya hecho eso –dice Darius, que se acerca a nosotras con los ojos como platos–. Ha estado a punto de hacer que ese pijo saliera volando como un muñeco de trapo cuando te lo ha quitado de encima

–Me habría encantado verlo –admito, cabizbaja.

Viviane carraspea; parece furiosa.

–Quiero hablar contigo un momento, Nia. Vosotros dos, largaos ahora mismo.

Darius me dedica una mueca y Serana se aleja hacia la puerta.

–¿Qué ha pasado? –me pregunta Viviane fulminándome con la mirada.

–A Tarquin se le ha ido la olla.

–Tarquin me da igual. –Entorna los ojos–. Él puede cuidarse solo. Se le da bien pelear. Soy la instructora de autodefensa y mi tarea consiste en que seáis capaces de valeros por vosotros mismos y que protejáis a vuestros aliados en el campo de batalla. Y ahora mismo no te veo nada capacitada para ello, Nia.

–Es la primera vez que me entreno –me quejo–. Trabajo en una librería.

–¿En serio? ¿Cuando estés en plena misión vas a pedir clemencia con la excusita de que no eres más que un ratón de biblioteca indefenso? –Niega con la cabeza–. Eres la persona con menos instinto de supervivencia que he conocido nunca. Tarquin es un hombre grande. ¿Cómo se vence a alguien así?

–¿Siendo más rápida que él? –pregunto enarcando una ceja.

–No seas tonta. No vas a poder sacarle ventaja, porque él lleva entrenando desde pequeño y tú eres débil.

Me muerdo el labio.

–Pues... supongo que debería cansarlo. Mantener las distancias hasta que...

–¿No eras asmática? Cuanto más alargues la pelea, menos probabilidades tienes de ganar.

–¿Y usar su peso en su contra? –pregunto, desesperada.

–¿Cómo? ¿Lo vas a asustar sugiriéndole alguna dieta?

–No lo sé. ¿Por qué no me dices la respuesta y ya está? ¿Cómo lo venzo?

–¡Con todas tus armas! –escupe.

–Perdona, pero ¿qué se supone que significa eso?

–¿Por qué no le has arrancado la nariz de un mordisco?

Me quedo boquiabierta.

–¿Quieres que haga algo así?

–Estaba encima de ti. Lo tenías a tiro. Solo habrías tenido que lanzarte a por él para darle un buen mordisco. Le podrías haber enganchado con los dientes y haberle dejado la nariz hecha trizas. Aunque también podrías haberlo distraído para sacarle un ojo con las uñas.

–¿Y dejarlo ciego?

–¡Lo que quiero es que no te rindas! –exclama–. ¿Por qué no lo has apuñalado con tu daga secreta?

–¿Qué daga secreta? –pregunto abriendo mucho los ojos.

–La que deberías llevar encima. –Levanta los brazos en actitud frustrada–. Eres pequeña y débil. Siempre deberías llevar una daga extra. Y algo de veneno. No seas tonta, Nia. Raphael tiene razón en una cosa: te guste o no, eres una de nuestras dos únicas centinelas y tienes que permanecer viva. Cueste lo que cueste.

–Entonces, ¿no intentarás matarme? –pregunto tras aclararme la garganta.

–Te mataré si resultas ser una traidora, pero no. Personalmente no me gustas, pero tus habilidades nos serán útiles y por eso tienes que sobrevivir.

–Esa es la idea.

Me mira de arriba abajo.

–De ahora en adelante, me encargaré de entrenarte personalmente. Las clases empiezan a las ocho de la mañana, así que te quiero aquí a las seis, antes del desayuno. Practicaremos solas.

–Menudo planazo. –La idea de despertarme cada mañana solo para que Viviane se dedique a gritarme suena igual que mi propio infierno personal–. ¿Durante cuánto tiempo?

–Hasta que quede contenta.

Se da la vuelta y se aleja.

El corazón me late a toda velocidad cuando salgo al pasillo, pero descubro aliviada que Serana me está esperando.

–¿Qué quería? –pregunta.

–Darme clases de apoyo.

–Podría haber sido peor.

–Cada mañana a las seis.

Se queda estupefacta.

–Va a ser una auténtica tortura.

–Bueno, supongo que es mejor que morirse –digo, aunque me detengo a considerarlo bien–. Pero no mucho.



Cuando llegamos a la clase de lengua fey, el resto de los cadetes ya están sentados en los bancos que hay colocados a lo largo del auditorio. El techo de piedra está decorado con grabados escritos en fey y tallas de enredaderas y flores. Serana y yo tomamos asiento.

Amon, el hombre al que conocí el día que llegué, aparece por una puerta de madera y se coloca en el centro de la estancia. Al tocarse la barba rubia, los anillos que le decoran los dedos resplandecen.

–Buenos días. –Su voz grave resuena contra el techo–. Espero que todos hayáis hecho la redacción que os pedí al final de la clase anterior.

–Ay, mierda –masculla Serana–. Se me ha olvidado.

–Veamos. –Recorre el auditorio con la mirada hasta posarla en una estudiante de cabello rubio platino–. Moira, si yo te dijera «Sliha, ma an bealach lasifria», ¿tú qué tendrías que responder?

–Eh... –La chica esboza una sonrisa tensa–. *¿Smola?*

Amon aprieta la boca.

–Te lo daré por bueno, pero solo porque acabamos de empezar. Y si digo «Tavoi iti chuig an féasta», ¿tú qué responderías, Serana?

Traduzco mentalmente la frase. La acaba de invitar a un banquete.

–Eh... –Serana se mueve incómoda–, diría...

–*Le pléksiúr mo stór* –le digo en un susurro cubriéndome la boca con las manos. «Será un placer, señor».

–*Le pleksisigur mo sotror* –exclama ella.

Amon frunce el ceño.

–No sé qué tiene que ver mi tío con lo que te he preguntado, y él jamás haría algo así con una vaca. Nia, ya que veo que tú sí que sabes la respuesta, ¿qué me dirías?

–*Le pléksiúr mo stór* –digo tras aclararme la garganta–. *Ani rak gúna nua de dhíth.*

–¿Ya hablas un poco el idioma? –me pregunta en fey con una ceja enarcada.

–Solo un poco –respondo en la misma lengua–. Pero me han dicho que mi pronunciación no es muy buena. He aprendido leyendo, y me temo que el fey no se parece a ninguno de los otros idiomas que hablo.

–¿Qué otras lenguas dominas?

–Inglés, francés, italiano, español y un poco de árabe –digo contando con los dedos–. Me gustan los idiomas, y en la tienda en la que trabajo tenemos muchos libros sobre el tema.

–La lengua es el manto de los dioses –dice.

Es un verso de un poema fey. Lo completo intentando imitar lo mejor que puedo su pronunciación:

–Pero su verdadera forma es el silencio.

Se atisba una pequeña sonrisa bajo su larga barba.

–Bueno, no sé si lo sabrás, pero en esta clase vamos a tratar temas muy básicos. Creo que encajarás mejor entre mis alumnos avanzados.

Capítulo 12



Me han llamado para que vaya a ver a Raphael. Me detengo ante la vieja puerta de roble de su despacho con los nervios a flor de piel. Aunque es cierto que dispongo de un poder que el MI-13 necesita, la última semana me ha demostrado que no tengo madera de espía.

Lo único que se me da bien son los idiomas. Para todo lo demás, soy una negada. No soy capaz de seguir a alguien sin que se note, de captar señas específicas o de planear misiones de subterfugio complejas. Si tengo que valerme de mi fuerza física, acabo destrozada. Cada clase de autodefensa me deja llena de cardenales en las costillas y los muslos, y he estado a punto de romperme la pierna durante un entrenamiento con carrera de obstáculos.

Llegados a este punto, la mayoría de los cadetes se preguntan qué hago aquí.

Por eso, no me ha hecho falta que me dieran más explicaciones cuando Raphael me ha mandado llamar.

Estoy petrificada ante su puerta por culpa de la creciente sospecha de que me va a echar de la academia. Al principio yo no quería estudiar aquí. Me he pasado toda la semana aguantando los gritos de Viviane a las seis de la mañana. Tarquin y su cohorte de lameculos se aseguran de lanzarme miraditas y reírse de mí siempre que pueden. «Por ahí va nuestra transportista, tan sobada como la barra de un autobús...». Y, ahora que he demostrado que no se me da nada bien, todo el mundo coincide en que no pinto nada aquí.

Debería estar encantada de salir de este lugar.

Pero ¿siendo sincera? La verdad es que me gusta. He hecho amigas. En plural. Además, tengo la oportunidad de ser alguien importante, de hacer del mundo un lugar mejor.

Y, por si eso fuera poco, vivo literalmente en un castillo.

Aquí no solo soy Nia Melisende, la librera solitaria y sin blanca. ¡Tengo la oportunidad de convertirme en una puñetera centinela!

Y ahora, delante de esta puerta, me imagino lo que pasará cuando me marche. Regresaré a ese piso de una sola habitación que comparto con mi madre. Mientras ella pierde el conocimiento todos los días, se pasa las noches consumiendo drogas y vomitando en el salón, yo volveré a convivir únicamente con esa soledad lacerante que me consume el alma.

Ya va siendo hora de que llame a la puerta, porque llevo diez minutos parada aquí como un bicho raro.

Incluso la entrada de su despacho tiene un aspecto intimidante. Cuenta con unas gárgolas talladas sobre un arco gótico que te taladran con la mirada y un llamador de metal en forma de mano sobre la puerta. Me obligo a golpear la pieza de metal contra la madera.

–Adelante. –Oigo su voz grave a través de la puerta.

Cuando entro, lo encuentro sentado en una silla de cuero ante el escritorio de caoba. Un fuego crepita en la chimenea y la luz se cuela a través de las estrechas ventanas de la pared de piedra. La

calidez del fuego y el brillo de las velas encendidas de los candelabros hacen de la estancia un lugar de lo más acogedor. La luz, que parece acariciar a Raphael, resalta su musculosa figura y sus mangas recogidas.

Pero me niego a imaginármelo sin camiseta.

Está estudiando un papel con el ceño fruncido.

–¿Querías verme? –le pregunto.

Se oye un extraño zumbido en la estancia, un pitido que me pone los pelos de punta y la piel de gallina.

Levanta la mirada y la luz de la chimenea se refleja en sus ojos pálidos.

–Mi duendecillo favorito. Siéntate.

Señala la silla de madera de respaldo alto que hay al otro lado del escritorio, así que me dejo caer sobre ella. Me duele todo el cuerpo, pero los músculos se me relajan contra la dura superficie de roble.

–Estoy segura de que puedo mejorar –le espeto–. Ya sé lo que piensas de mí. Sé que no he estado haciéndolo demasiado bien y que todo el mundo piensa que no debería estar aquí, pero creo que he encontrado mi vocación y que ayudar al MI-13 es...

–¿Qué estás diciendo? –Raphael me mira fijamente–. ¿Por qué estás vomitando toda esa ansiedad sobre mí?

–Pensaba que me ibas a pedir que me marchara.

–Todavía no –dice negando con la cabeza.

Trago saliva con fuerza.

–Me alegro. Porque creo que todo esto podría llegar a dárseme muy bien, ¿sabes? –aseguro, demostrando mucha más seguridad en mí misma de la que siento en realidad.

–Lo sé. Por eso te quiero aquí. No me sorprende que vayas más rezagada que los demás. Acabas de incorporarte y te has perdido dos semanas de entrenamiento. No te recluté porque esperara que te convirtieras una guerrera imbatible, sino porque eres una centinela. Pero solo quedan un par de meses para la Purga. Y, a pesar de que cuentas con la ayuda de profesores que te enseñarán a dominar el arte del combate y el espionaje, así como todo lo que hay que saber acerca de los fey, no tienes a nadie que pueda enseñarte

a manejar tus poderes. Nivene, nuestra otra centinela, está demasiado ocupada con sus misiones como para ayudarte.

–¿Y qué voy a hacer entonces? –pregunto tragando saliva de nuevo.

–Yo te enseñaré.

–¿Tú?

Mantiene una expresión indescifrable.

–La opinión que tengamos del otro es irrelevante en esta situación. Como espía, tus sentimientos no importan, así que debes dejarlos a un lado. Lo único que cuenta aquí son los hechos.

Asiento.

–Qué suerte que no tienes que lidiar con la maldición de tener sentimientos.

–Nosotros necesitamos un centinela y tú necesitas aprender a usar tu poder –continúa, ignorándome–. Y yo soy la persona más indicada para ayudarte.

Respiro hondo. Me alivia saber que será capaz de mantener a raya el asco que me tiene.

–Está bien.

Se agacha, levanta una caja de madera del suelo y, cuando la coloca sobre el escritorio, el zumbido que he estado oyendo se intensifica. Gira la caja para que quede ante mí. Una neblina resplandeciente traza espirales de colores cambiantes en su interior. Más allá de ella se atisba la vaga silueta de algo esférico. Una bola, quizá.

–Eso es el velo –digo confundida.

–Es una imitación muy débil de él. No te matará si lo tocas, pero te hará daño. ¿Lo oyes?

–Lo llevo oyendo desde que he entrado –confirmo con un asentimiento–. Además del zumbido, noto un ligero hormigueo en la parte de atrás de los brazos.

–Bien. Tendrás que usar tu magia para sacar la bola de la caja.

Respiro hondo.

–No sé muy bien cómo lo hice la otra vez.

–Invoca tu poder para inhabilitar el velo y coge la pelota. Céntrate en la magia. En las sensaciones que te transmite. Piensa en el

sonido y el hormigueo que notas en la piel.

Hace que suene sencillo. Cierro los ojos y me concentro en el zumbido mientras trato de dejar la mente en blanco.

La vibración me embarga y me pone los pelos de los brazos de punta. Abro los ojos y relajo los músculos para intentar centrar todos mis pensamientos en los remolinos de la caja, en la magia que me cosquillea contra la piel. El mundo se desdibuja a mi alrededor. ¿Estará funcionando? Cuando extiendo la mano, la piel me hormiguea y el velo parece deslizarse hacia mí. Al contemplarlo fijamente, me doy cuenta de que su magia se compone de hilos interconectados que tejen una red. Un manto de delicadas hebras que puede deshacerse. Si me acerco un poco...

Tan pronto como mis dedos entran en contacto con la magia, una explosión de dolor me trepa por el brazo. Retiro la mano con una exclamación de dolor.

Raphael me observa con una arruguita entre las cejas. Se pone de pie y se acerca para sentarse en el borde del escritorio.

–Dame la mano –me ordena. Cuando obedezco, me toca la yema de los dedos y luego me acaricia la muñeca–. ¿Así mejor?

Su contacto deja tras de sí un chisporroteo. Un pulso de calor se me extiende por los músculos y me entrecorta la respiración.

–Magia sanadora –susurro ruborizada.

El poder que fluye por mi interior es tan agradable que resulta perturbador. Estoy disfrutando de la sensación de su mano contra la mía más de lo que debería. Quiero cerrar los ojos y recostarme contra la silla. Quiero que sus manos...

Interrumpo el hilo de mis pensamientos.

Levanto la vista a sus ojos plateados y, por un instante, tengo la sensación de que está descubriendo todos y cada uno de mis secretos.

Aparto el brazo de un tirón.

–Estoy bien. No necesito tu magia.

–Tu expresión no dice lo mismo –dice retirándose.

–Pues vale.

–Está claro que te duele. Se te ve en la cara. ¿Eres consciente de que lo que dices no suele coincidir con tu lenguaje corporal?

Me pongo en tensión.

–¿De qué estás hablando?

–Y ahora me estás mirando como si quisieras matarme.

–Estoy muy tranquila –replico apretando los dientes.

–Le dices a todo el mundo lo que quiere oír, y eso podría resultarte útil como espía. Se te da bien saber qué es lo que la gente quiere que digas. Te muestras relajada con Tana y te interesas por lo que te cuenta. Ayudas a Serana a mantenerse tranquila y a organizarse. A Darius lo halagas siempre que puedes, porque su inseguridad lo requiere. Analizas lo que la gente necesita y tú se lo ofreces. Eso está bien. Pero tienes que aprender a controlar tus expresiones faciales para que resulte convincente. Tienes que estar al tanto de tus emociones en todo momento y dominarlas.

Su explicación me pilla por sorpresa.

–Veo que has estado prestándome muchísima atención.

–Evaluar a los cadetes forma parte de mi trabajo. Imagino que, cuando estás con tu madre, otra versión distinta de Nia sale a la luz, ¿verdad?

Respiro hondo.

–¿Qué tiene eso que ver con todo esto?

–Con ella eres más complaciente. Insistes en que cuidarás de ella. Eres tú quien ejerce de madre, y no al revés. Nunca discutes, pero ¿no se ha dado nunca cuenta del resentimiento que sientes hacia ella en el fondo? ¿No ve que estás harta de ser la persona que intenta encauzar su caótica vida y mantenerla a flote?

–¿Podemos retomar el tema del entrenamiento? –le pido con cierta acritud.

Él se recuesta en su silla.

–Esto forma parte del entrenamiento. Las emociones te impiden concentrarte y perturban tu magia. Para llevar a cabo tus misiones encubiertas, necesitarás entenderte a ti misma y aprender a controlarte. No te conviene que los fey sepan qué estás pensando. Tienes que centrarte en la imagen que proyectas ante los demás. Descubre cómo eres y esconde tu verdadero yo para que nadie pueda usarlo en tu contra. Una vez que consigas eso, dominarás tus

emociones. –Suspira–. Vale, retrocedamos un poco. ¿En qué pensabas cuando entraste en el velo con los fugitivos?

–Tenía miedo.

–Bueno, pero parece que fuiste capaz de controlarlo lo suficiente como para recurrir a tu magia. Prueba a cerrar los ojos y pensar en aquel momento. ¿Notaste tu poder cuando entraste en el velo?

Cierro los ojos e intento recordar, revivir el miedo y la tristeza que sentí. Se me forma un nudo en el pecho.

–No, solo sentí miedo. Y remordimientos. Quería proteger a los fugitivos, pero no me di cuenta de que Vena había salido corriendo. La patrulla estaba a punto de atraparnos y yo ya sabía lo que nos esperaba si nos pillaban. Me aterraba pensar en lo despiadados que eran los soldados.

–¿Y no recuerdas haber sentido una conexión con la magia?

–En ese momento no.

Rabia. Lo que siento cuando pienso en los fey dándole caza al pobre Malo, descalzo por la ciudad, es una punzada de rabia.

Cuando abro los ojos, el zumbido ha desaparecido, ya no me hormiguean los brazos y noto el pecho congestionado. Contemplo la caja. El velo sigue ahí, pero su poder se ha apagado. Me inclino hacia adelante, preparada para sentir una nueva descarga de dolor, pero mis dedos atraviesan la neblina sin el menor problema. Cojo la pelota.

Levanto la vista para ver la reacción de Raphael sin sacar la mano de la caja.

Justo cuando el fantasma de una sonrisa se adueña de sus labios, un torrente de dolor me trepa por el brazo. Abro la mano con un alarido y suelto la pelota, que cae al suelo. Sin perder un solo segundo, Raphael me estrecha las manos entre las suyas. Su magia me acaricia la piel como un susurro y envía un pulso de calor a través de mis músculos.

–Gracias –digo con el corazón latiéndome a toda velocidad antes de dejar escapar una larga y temblorosa exhalación.

–Ha sido un buen comienzo –comenta enarcando una ceja.

Aparto las manos y me abrazo a mí misma. Me estremezco. Estoy helada y los dientes me empiezan a castañetear. El frío me cala

hasta los huesos.

–¿Por qué ha bajado tanto la temperatura? –Echo un vistazo a la chimenea, donde el fuego sigue encendido.

–La magia requiere una gran cantidad de energía y la consume muy rápido –explica Raphael–. Lo cual implica que se alimenta de tu calor corporal. ¿No te pasó lo mismo la última vez?

Ahora que lo pienso, recuerdo vagamente el azote helado del viento y un descenso brusco de la temperatura.

–Pues es verdad.

–Ha sido un buen primer intento –insiste–. Tu poder todavía es inestable, pero trabajaremos en ello. ¿Se te ocurre por qué ha dejado de funcionar?

–No.

Es mentira. Ha dejado de hacer efecto en cuanto lo he mirado. Mi poder se alimenta del miedo y la ira y, al posar la vista en él, he sentido algo distinto. Por mucha rabia que me dé admitirlo, quería impresionarlo. Raphael me subestimó hace ya mucho tiempo, y ahora lo único que quiero es demostrarle que se equivocaba.

Capítulo 13



El profesor, Wrythe Pendragon, está de pie al frente de una sala de piedra, vestido con la túnica larga y negra reservada para los docentes. Lleva un torques de oro y las mangas de su túnica están bordadas con lo que parece ser un espeluznante blasón compuesto por un escudo con una corona y una cabeza cortada en el centro. Y es que no es un profesor cualquiera, sino el senescal de la Torre Ávalon: el rector de la academia y uno de los caballeros de la Mesa Redonda. Junto con Viviane y Raphael, forma parte de los miembros más destacados del MI-13, que se reúnen en secreto para planificar nuestras misiones. Por desgracia, parece que me odia.

Apoyo la barbilla en la muñeca mientras veo entrar al resto de los cadetes y ocupar sus respectivos puestos en los bancos que hay a

cada lado de la sala. La luz que entra por las ventanas con cristales romboidales dibuja surcos en el suelo.

Los zapatos de Wrythe resuenan contra las baldosas mientras camina entre los bancos. Cuando gira sobre los talones, su extravagante bigote rubio tiembla. Se coloca el monóculo y levanta la vista al techo.

–La magia es la mayor ventaja que los fey poseen frente a la raza humana. Y, como mi brillante sobrina Ginevra suele decir, también es la mayor amenaza para nosotros.

Ginevra es la hermosa mujer que estaba en la habitación de Raphael. Mi mente divaga mientras me pongo a pensar de manera obsesiva en lo que debían de haber estado haciendo aquel día.

Por mucho que intento concentrarme, estoy agotada. Esta mañana, Viviane ha sido más implacable de lo normal y me ha puesto unos ejercicios pensados para fortalecerme los pulmones. Entre las sesiones con ella, las clases normales, las prácticas de equitación, las redacciones y la tarea de memorizar la geografía de Francia, apenas he pegado ojo en las últimas tres semanas. Por si fuera poco, he tenido tres reuniones con Raphael durante las cuales me ha repetido sin descanso que ignore mis emociones. Y eso he intentado hacer, porque juro que su aroma seductor y sus antebrazos fuertes y morenos me van a acabar volviendo loca.

Con cada día que pasa, voy mejorando. Ahora soy capaz de inhabilitar el velo diminuto que usamos para practicar durante casi diez segundos; siempre y cuando no me pierda en los profundos ojos plateados de Raphael.

Cada vez domino mejor la lengua de los fey y Tana ya no se encoge de dolor ante mi pronunciación. ¿Y en cuanto a mis dotes de combate? Por desgracia, sigo siendo una negada. Soy una enclenque y tengo el cuerpo cubierto de magulladuras.

Parpadeo al darme cuenta de que, en vez de haber estado prestándole atención al senescal, me he quedado con la mirada clavada en una de las gárgolas posadas sobre el marco de la puerta. Wrythe camina de un lado a otro con las manos entrelazadas a la espalda. Lleva la túnica abierta y debajo asoman un chaleco de terciopelo y un pañuelo azul salpicado de estrellas.

–Hubo un tiempo en que contaron con un poder casi divino que puso en peligro el mundo humano. Se conocía como magia primordial y permitía a los antiguos fey lanzar todo tipo de encantamientos mortíferos. Pero ¿cuáles eran los cinco tipos de magia primordial? –Mira a su alrededor entornando los ojos en busca de manos levantadas–. ¿Alguno de ustedes sabría decirme cuáles son los cinco poderes primordiales?

Ya ni siquiera me molesto en levantar la mano. Wrythe nunca me hace caso. Resulta que es el tío de Tarquin y, según parece, me tiene tanta manía como su sobrino. Cada vez que encuentra mi mirada, arruga la nariz como si hubiera olido algo desagradable.

Señala a un chico pelirrojo llamado Valen, que se pone colorado al instante.

–Los antiguos fey transmutaban a otras criaturas y convertían a los humanos en ranas, hormigas y cosas así. Creaban objetos de la nada, una técnica que solían utilizar para crear una especie de oro falso que desaparecía con el tiempo. También controlaban la mente de otras personas. Podían obligarlas a hacer lo que ellos quisieran sin su consentimiento e incluso hacer que se enamoraran de ellos y..., eh... –Se le desencaja la mirada al olvidar el quinto poder legendario.

–¿Cómo que «eh»? –El bigote de Wrythe vuelve a temblar–. ¿Qué clase de poder es el «eh», Valen? Dígame, ¿es acaso un ritual mágico muy peligroso?

Oigo las risitas de Horatio, Tarquin y sus amigotes al otro lado de la estancia.

Wrythe niega con la cabeza, disgustado.

–Y el quinto poder primordial es... –Gira sobre los talones–. ¿Tarquin?

El interpelado se cruza de brazos.

–La aeromancia. El control del tiempo atmosférico.

–Exacto. –Wrythe asiente con aprobación–. Aeromancia, amoromancia (también conocida como la magia del amor), transmutación, control mental e ilusionismo. Esos son los cinco poderes primordiales. Merlín, por ejemplo, era conocido por controlar el estado de la atmósfera. Su don para la aeromancia lo

convirtió en el miembro de más alto rango de la Torre Ávalon. Sin embargo, tras su muerte, la magia fey empezó a debilitarse. El rey Auberon culpa a los humanos por ello. Dice que el progreso y la tecnología les han arrebatado la magia y son parte del motivo por el que, según él, los fey invadieron el mundo humano. Ningún fey ha sido capaz de usar los cinco poderes primordiales desde hace más de un milenio.

–Salvo el Asaltante de Sueños –masculla Darius.

Wrythe se vuelve de golpe.

–Señor Merton, ¿acaso tiene algo de vital importancia que compartir con el grupo?

Darius carraspea.

–El Asaltante de Sueños, el nieto de la reina Morgana. Se rumorea que no solo es capaz de controlar los sueños, sino también el tiempo, como Merlín.

Wrythe se pone blanco.

–Aquí no hablamos del príncipe fey. ¿Acaso no le llega la sangre al cerebro? –Sus palabras rebotan contra el techo abovedado.

Darius se encoge en su asiento.

–Ni se le ocurra pensar en él siquiera –continúa Wrythe–. No hable de él. No lo mencione. Si piensa en él, corre el riesgo de que se cuele en sus sueños. Y, una vez que eso pasa, ya no hay vuelta atrás. Una vez que lo invita a entrar en su vida, el Asaltante de Sueños convertirá su mundo en una pesadilla. Lo torturará de todas las maneras posibles. Es bien sabido que hay que evitarlo a toda costa, aunque, según parece, usted y su amiga, la señorita Melisende, no se han enterado todavía.

Tarquin se da la vuelta para mirarnos con un evidente brillo de satisfacción en la mirada.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me cubre la piel como una telaraña de escarcha. Quiero saber más acerca del Asaltante de Sueños, pero está claro que no es un tema del que tengamos permitido hablar.

–La mayor parte de la magia es un mero fragmento del poder inicial de los fey. –Wrythe vuelve a deambular por la clase–. Las ilusiones sencillas, los encantamientos, la telepatía superficial...

Algunos agentes del MI-13 también cuentan con estos dones ahora que permitimos que... cualquiera se una a nuestras filas. Cualquiera –repite con incredulidad antes de soltar una risita incómoda–. Lo más importante aquí es saber que los fey solo deberían tener un único tipo de poder. –Su voz resuena al chocar con los arcos del techo–. Si un fey tiene más de un don, la magia se vuelve débil e inestable. Se diluye. Esto se conoce como magia antitética, aquella que interfiere consigo misma. En el reino fey, a quienes albergan magia antitética se los trata como escoria, puesto que suelen acabar perdiendo la cabeza. Se vuelven peligrosos, pierden el control. Se transforman en idiotas voraces que intentan alimentarse de humanos y fey por igual. Son caníbales.

Se da la vuelta para seguir caminando en la dirección opuesta.

–Ahora que su magia se ha debilitado, los fey han empezado a recurrir a la tecnología humana. ¿Cuál es el mejor ejemplo de este fenómeno, Tarquin?

–El tren de Gobannos –responde él con una media sonrisa.

–Exacto. –Wrythe asiente–. El tren de Gobannos forma parte de los acuerdos firmados para mantener el *statu quo*. Es un tren que conecta el sur de Francia, independiente y controlado por los humanos, con el resto del territorio ocupado. Los fey a veces lo utilizan para importar mercancías humanas. En unas pocas ocasiones, hemos conseguido infiltrar a varios agentes en este tren, que nos permitieron acceder al corazón de la Francia ocupada.

Se vuelve para mirarme con los ojos entornados.

–Señorita Melisende, como ha estado prestando tanta atención a mi clase, estaría encantado de escuchar su opinión al respecto. Imagine que es usted una agente que viaja a bordo de ese tren y que va de camino a un baile. ¿Cómo se presentaría si alguien entabla conversación con usted? ¿Qué identidad adoptaría?

Mierda. Carraspeo e intento recordar los textos que leí hace dos noches.

–Me presentaría como la baronesa de unas islas lejanas del reino fey, como Saxa o Collibus. La mayoría de los fey no están muy familiarizados con la nobleza de esas zonas, así que no cuestionarían mi identidad. Para reforzar la tapadera, iría acompañada, como

mínimo, de otros dos agentes. Uno se haría pasar por mi sirviente y el otro, por mi secretario personal. Así también recopilaríamos información de los fey de a pie.

–Parece que lo tiene todo bien atado. –Wrythe enarca una ceja–. En cuanto a los agentes adicionales, supongo que podría recurrir a sus amigos, la señorita O'Rourke y el señor Merton.

–Por ejemplo –digo con cautela.

Serana y Darius se retuercen en su asiento, incómodos. Empiezo a creer que me está tendiendo una trampa.

–Entonces descubriría que es raro que los fey de las regiones de Saxa y Collibus reciban invitaciones para las celebraciones importantes. Tampoco encontraría nunca a alguien de Collibus en un tren, porque los fey de esa zona son unos retrógrados, carecen de toda sofisticación y desconfían de los inventos humanos. Su tapadera se iría al garete en el acto. No solo la capturarían, sino que torturarían a sus amigos hasta la muerte y sería culpa suya. ¿Cómo se sentiría si la obligaran a ver cómo les arrancan todos nuestros secretos a sus amigos? Le partirían los dedos a la señorita O'Rourke uno a uno. Le romperían los dientes al señor Merton con un mazo. Los despellejarían vivos a los tres muy poco a poco, hasta que les contaran cuanto necesitan saber sobre Camelot. Y todo porque usted tenía cosas mejores que hacer que prestar atención en clase. Ay, carámbanos. Ya ve que no es una perspectiva nada halagüeña, ¿eh?

Se me revuelve el estómago y clavo la vista en las baldosas del suelo. Cuando Raphael me pidió que me uniera a la academia, no mencionó nada sobre posibles torturas.

–Y por eso impartimos esta clase. –La voz de Wrythe resuena por la estancia cuando se dirige al resto de los cadetes–. Que la señorita Melisende no tenga en cuenta la vida de sus amigos no supone un problema, porque su trabajo, por suerte, no consiste sino en ayudar a los agentes bien formados a cruzar la barrera. Sin embargo, si el resto de ustedes no se familiarizan bien con la cultura de sus enemigos, serán descubiertos. Y tanto ustedes como sus compañeros sufrirán las consecuencias en el potro de tortura.

Todos me miran como si acabara de matar a alguien.

El senescal saca pecho.

–Bueno, señorita Melisende, por favor, dígame...

La amplia puerta de roble que hay en un extremo se abre con un crujido y Raphael y Amon entran en la sala. Wrythe se acerca a ellos apresuradamente y Raphael se inclina para hablar con él en voz baja.

Serana deja escapar una exhalación.

–Menudo capullo. A nadie se le habría ocurrido una respuesta mejor que la tuya, y eso que todavía eres nueva.

–He pasado por alto unos cuantos detalles importantes –admito apenada.

–¡Pero solo porque estás al límite! Si es que apenas duermes, Nia.

–Nia Melisende –me llama Raphael desde el otro lado de la estancia.

Me taladra con esa mirada penetrante mientras que Amon me observa con aparente preocupación. Wrythe se ha puesto rojo de rabia y aprieta los dientes.

Raphael señala la puerta con la cabeza.

–Vamos, tienes una misión.

Capítulo 14



La brisa fría de la noche me revuelve el pelo. Mi caballo, Dickinson, trota por la calle principal de un pueblecito del sur de Francia, no muy lejos del velo. Las lámparas de gas bañan los edificios de piedra que flanquean la vía adoquinada con su luz cálida. A nuestro alrededor, las ventanas le dan la espalda a la noche con sus postigos de colores.

Esta mañana, Raphael ha recibido un mensaje urgente. Uno de los contactos del MI-13 en la Francia ocupada avisaba de una posible invasión en el sur del país, pero solicitaba un encuentro en persona para compartir los detalles de los que disponía.

Un encuentro en territorio enemigo.

La otra centinela estaba encargándose de otra misión y no iba a llegar a tiempo para asumir esta nueva tarea. Por eso he acabado aquí, contemplando fijamente la pulcra camisa blanca y los amplios hombros de Raphael, que cabalga delante de mí.

Otros dos agentes lo flanquean. A su derecha está Arzel, que tiene una larga melena negra y la piel pálida. Un gorro de caza, un arco y un carcaj con flechas componen su disfraz de cazador. Al otro lado está una mujer mestiza llamada Freya, vestida con una chaqueta de caza de estilo fey igual que la mía, unos pantalones y unas botas altas. La luz de la luna le baña la piel broncínea y la ondulada melena caoba. Los tres vamos armados con un arco.

Sin embargo, pese a lo grácil y sofisticada que parece, la pobre se ha pasado todo el viaje en barco vomitando por la borda a mi lado. Ahora somos hermanas de náuseas. Las últimas doce horas han sido un borrón de prisas y estrés. Todo ha empezado con una rápida reunión en el despacho de Raphael para ponernos al día sobre la misión, seguida de una travesía de siete horas durante la que Freya y yo hemos aprovechado para estrechar lazos entre arcada y arcada. Ahora, después de pasar dos horas recorriendo el sur de Francia a caballo, casi hemos llegado al velo y tengo el corazón a mil.

Los tres agentes, que encabezan la marcha, rodean la fuente de la plaza del pueblo. El borboteo del agua se confunde con el zumbido del velo. Cuanto más nos acercamos, más nerviosa me siento.

Al llegar a la salida del pueblo, conducimos a nuestras monturas hasta unos campos desde donde se ve todo el velo. El pulso se me acelera. Los girasoles se mecen suavemente con la brisa nocturna, bañados por el brillo de la neblina mágica. De noche, resplandece tanto como la luna, aunque tiene una misteriosa tonalidad violeta. Es hermoso a la par que letal.

Raphael frena a su caballo y echa la vista atrás. La magia de la niebla que se arremolina detrás de nosotros hace que me hormiguee la piel y que se me ponga el vello de la nuca de punta. Todavía no tengo ni idea de si podré controlar el velo en persona como hice la otra vez. ¿Y si lo de aquella vez fue un golpe de suerte?

Noto cosquillas en el estómago cuando Raphael posa su mirada en mí y guía a su caballo para colocarse a mi lado. Los destellos del

velo se reflejan en la empuñadura de su espada. Un mechón de pelo rebelde le cae sobre los ojos.

–Tienes claro cuál es tu papel en esta misión, ¿verdad? Solo tendrás que abrir el velo y esperarnos al otro lado hasta que regresemos de Allevur –me recuerda en voz baja.

–Lo sé.

–Pase lo que pase, no debes moverte de aquí. Y tienes que estar preparada para huir en cualquier momento. Lo ideal sería que escapáramos todos juntos, pero ten en cuenta que podrías tener que hacerlo sola.

–Que sí. ¿De verdad me ves con ganas de darme un paseíto en solitario por el territorio ocupado?

Estudia mi rostro con atención y me pongo colorada ante su intenso escrutinio.

–El encantamiento es perfecto –dice al fin.

Ha sido cosa de Serana. Resulta que ese es su poder. Ha manipulado mis iris para que en ellos brillen motitas doradas, aunque me ha dejado los ojos tan secos e irritados que no paran de lagrimear. También me ha alargado las orejas para hacerme pasar por una fey de sangre pura.

Raphael me recorre de arriba abajo con la mirada buscando posibles fallos en mi disfraz. Cuando asiente, doy por hecho que los pantalones ajustados, las botas de montar y la chaqueta que me comprime las costillas lo satisfacen. Sujeto al muslo, también llevo uno de esos cuchillos que usan los fey para eviscerar a los ciervos que cazan.

–Repasemos una vez más –dice. Luego, en fey, me pregunta–: ¿Qué estás haciendo aquí?

Respiro hondo.

–Formo parte de una partida de caza.

–No vaciles. Esa pausa que has hecho para respirar te costará la vida. Otra vez. ¿Por qué estás aquí?

–Estamos cazando –repito a toda prisa. Los fey tienen una visión nocturna excelente. Para ellos, no hay un mejor plan que salir a cazar de noche–. Somos cuatro.

–No les des más información de la que te han pedido. –Entorna los ojos plateados–. ¿Qué estáis cazando?

–Ciervos del bosque Broc.

–¿Y cómo te llamas?

–Cyrania Gallowen –digo tras tomar una rápida bocanada de aire.

–Has vuelto a dudar. Has conseguido que te envíen a la horca o que te torturen en las mazmorras.

–¿Cómo quieres que me tranquilice si me dices esas cosas?

–¿Dónde están los otros integrantes de tu partida de caza?

Se me acelera el corazón como si me estuviera interrogando de verdad.

–Les he perdido la pista mientras perseguíamos a un ciervo. Mi caballo es viejo y no ha podido seguirles el ritmo.

Raphael frunce el ceño.

–Bastará, pero evita hablar si puedes. Todavía no pronuncias del todo bien.

Se me dilatan las fosas nasales.

Escudriña el campo a nuestro alrededor en busca de cualquier movimiento. Una vez queda satisfecho, conduce a su caballo en dirección al velo. Cuando lo sigo, noto el chisporroteo del inmenso poder de la barrera en la piel.

Me da un vuelco el estómago. Tengo la repentina sensación de estar cometiendo un terrible error. ¿Se supone que tengo que inhabilitar este enorme muro de magia? Hasta ahora, solo me he enfrentado a él con éxito en una ocasión y por accidente. Vale que en el despacho de Raphael ya soy capaz de anular su magia con relativo éxito, pero lo de la caja no es más que una diminuta barrera de práctica.

Este es el velo con mayúsculas. El dios de todas las barreras.

Si pierdo el control de mi poder, podría morir y arrastrar conmigo a todos los miembros de mi equipo.

El corazón me aporrea las costillas. Raphael está convencido de que esta misión es imprescindible, que conseguir la información de vital importancia que hemos venido a buscar podría salvarles la vida a miles de personas. Pero ¿de verdad soy la más indicada para la tarea?

Más adelante, los remolinos del velo irradian un brillo iridiscente. El zumbido es tan atronador como el grito de una banshee al oído.

Raphael detiene a su caballo a unos cuantos metros del velo y yo azuzo a Dickinson para que avance y se coloque a su lado. Las volutas del velo se retuercen a nuestro alrededor.

–Espero que estés lista.

–Por supuesto –miento–. Hemos practicado mucho.

Señala la barrera con la cabeza.

–Pues adelante.

Me bajo del caballo. Ante mí, la neblina resplandeciente traza remolinos tan letales como hermosos y se extiende en ambas direcciones más allá de donde alcanza la vista. Me empapo de la complejísima magia que el grupo de poderosos magos del velo utilizaron para tejer este muro.

Intento invocar mi propio poder con el corazón desbocado. En el despacho de Raphael, descubrí que va acompañado de un ligero calorcillo, como si un pegote de miel caliente se extendiera por mi pecho, así que lo he asociado con el color rojo. A veces, soy capaz incluso de visualizarlo.

Pero ahora no está pasando nada. No noto el calor de la magia corriendo por mis venas, silenciando el zumbido del velo o tiñendo mis pensamientos de rojo. Raphael me ha dicho que tengo que prestarles atención a mis emociones, a la forma en que interactúan con la magia. Él piensa que tengo que reprimirlas, pero ya no estoy tan segura de que ese truco funcione conmigo. Creo que mi magia se alimenta de ellas.

Echo un vistazo a los tres agentes que me observan. La expresión de Raphael permanece inescrutable, pero los otros dos parecen preocupados e impacientes. Freya ni se molesta en disimular la mueca que le retuerce las facciones. Es evidente que están entrando en pánico. Le van a confiar su vida a una cadete inexperta que hace unos meses ni siquiera sabía que Camelot existía.

Vuelvo a contemplar el rostro perfecto de Raphael y recuerdo cómo me ignoró después de besarme. Recuerdo lo desesperado que estaba por librarse de mí. «Son gentuza. Tanto ella como su madre».

La rabia hace que me hierva la sangre.

Me vuelvo hacia la barrera, respiro hondo y decido hacer lo contrario a lo que Raphael me ha enseñado. Me centro en mis emociones. Cuando nos reencontramos en Francia, Raphael seguía pensando que soy un desastre con patas que se pasa las horas bebiendo champán. Igual que mi madre. «Gentuza».

El velo zumba con más fuerza que nunca.

Todas esas emociones son capas, pensamientos que yo misma he disfrazado como tal. Necesito algo puro, primario. Retiro esos pensamientos uno a uno y busco a un nivel más profundo. ¿Qué es lo que siento en realidad?

Me da miedo fracasar, pero también tener éxito. Quiero luchar contra los fey. Quiero ayudar a esta gente para darle un sentido real a mi vida.

No basta. La barrera sigue zumbando. Cierro los ojos, ahondo más en mi interior, hasta dar con mis emociones más viscerales.

Entonces encuentro un calor constante, una necesidad pulsante que no alcanzo a describir con palabras. Es un torrente de rabia que ruge bajo la superficie. Siempre tengo que lidiar yo con los platos rotos. Siempre tengo que encargarme de todo cuando los demás se desmoronan a mi alrededor. Me muevo entre bambalinas tratando de hacer que las cosas salgan bien. Pero ¿quién acude en mi ayuda cuando me encuentro mal y no puedo respirar durante la noche? ¿Por qué nadie responde cuando más lo necesito?

El zumbido se interrumpe.

–Ahora –ordeno con voz tranquila después de abrir los ojos.

Me acerco a Dickinson, agarro las riendas y lo conduzco a través del velo silencioso. Al ver que me muevo, los otros me siguen. Cuando atravesamos juntos la neblina perlada del velo, dejo escapar una larga y lenta exhalación. Cierro los ojos y les doy las gracias a los dioses para mis adentros. Abro los ojos de nuevo cuando ya estamos al otro lado. Unos campos se extienden ante nosotros. Unas cuantas casas abandonadas y sin techo salpican el paisaje iluminado por la luz de la luna.

En cuanto me relajo, la barrera vuelve a zumbar y chisporrotear. Una ola de frío se extiende por mis venas, sustituye el hormigueo de la magia y me cala hasta los huesos. Me abrazo a mí misma

mientras tiemblo y me castañetean los dientes, como siempre que uso mi poder.

–Joder, ha sido impresionante. –Arzel me ofrece una sonrisa–. Bien hecho, Nia.

Me froto las manos para intentar calentármelas con otro estremecimiento. El aire me quema las mejillas. Vuelvo a montarme en Dickinson con la esperanza de que su temperatura corporal me ayude a entrar un poco en calor.

–Tenemos que seguir adelante. –Freya levanta la vista al cielo–. Nos queda un largo camino hasta Allevur y solo tenemos unas pocas horas de margen.

–Me quedaré aquí esperándoos –farfullo.

Raphael niega con la cabeza.

–No, aquí estás demasiado expuesta. –Señala una pequeña arboleda en lo alto de una colina–. Ve a esperar debajo de esos árboles. Nosotros tenemos que seguir en esa dirección y tardaremos varias horas en regresar. Allí, al menos, estarás un poco más resguardada si se pone a llover.

El viento nocturno me revuelve la melena mientras los cinco cabalgamos hacia la suave colina de la arboleda. A lo lejos, un pueblecito que se alza sobre la penumbra. Parece abandonado, como tantos otros después de la guerra. Sin embargo, si la memoria no me falla, todavía hay gente viviendo por la zona.

–Mierda –masculla Raphael justo cuando estamos a punto de llegar a la colina.

Me da un vuelco el corazón. Un grupo de jinetes se acerca galopando a nosotros y llevan la distintiva capa azul de los soldados fey.

Mi instinto me pide que obligue a mi caballo a dar media vuelta y a huir tan rápido como me sea posible, pero sé que estaría cometiendo un grave error. Al fin y al cabo, estamos preparados para enfrentarnos a este tipo de situaciones. No somos más que un grupo de fey que han salido a cazar. En mi bolsa llevo un documento falso que me identifica como Cyrania Galloween. Mientras la patrulla fronteriza se aproxima, repito mi nombre mentalmente hasta que acaba transformado en un batiburrillo de sílabas sin sentido.

–Buenas noches –los saluda Raphael en un perfecto fey, mostrándose tranquilo y sonriente–. ¿Cómo va?

–No nos podemos quejar –dice el tipo que encabeza la patrulla con tono áspero.

Las largas orejas le asoman entre los mechones de pelo negro y las motitas cobrizas de sus iris bailan mientras nos estudia atentamente, frunciendo el ceño. Su uniforme es algo distinto que el del resto: sus botones son más grandes y lleva tres parches dorados en el hombro en vez de dos. La antigua Nia no se habría fijado en esos detalles, pero, después de pasar unas cuantas semanas en la Torre Ávalon, ya sé que eso lo identifica como sargento. Seguramente lleve décadas en el ejército del rey Auberon. Los fey de sangre pura pueden llegar a vivir cientos de años.

–Mi primo estaba considerando alistarse –comenta Raphael al tiempo que señala con languidez a Arzel–, pero le dijimos que no aceptáis a cualquiera. Que el ejército del rey tiene una reputación que mantener. ¿Verdad que sí?

–Tengo la edad y el físico necesarios para unirme a sus filas –replica Arzel.

Raphael ahoga una risa burlona.

–No llega a los cincuenta y nunca se ha acostado con una mujer.

Dos de los soldados esbozan una sonrisilla, pero el sargento se mantiene impasible.

–Con los tiempos que corren, cualquier voluntario que esté dispuesto a exterminar a los traidores es bienvenido en el ejército del rey. Debemos proteger el reino de nuestros enemigos tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Resplandeciente sea su luz.

Tiene una voz profunda y melodiosa. Hay algo en ella que la hace sonar ancestral, que desata un escalofrío de miedo por mi columna.

–Resplandeciente sea su luz –repite Raphael.

El sargento recorre al resto de nosotros con la mirada y examina nuestras ropas y nuestras armas.

–¿Partida de caza?

–Así es, pero no se nos está dando demasiado bien –dice Raphael, apenado–. ¿No habréis visto, por casualidad, alguna manada de

ciervos por aquí?

–¿Os importaría explicar, señor, por qué salís a cazar con una espada?

El sargento azuza a su caballo para que se acerque más, sin quitarle el ojo de encima a Raphael.

–Me temo que mi primo tiene la puntería en el culo –dice Arzel con un bostezo–. Cada vez que coge un arco, corremos más peligro de morir nosotros que los ciervos. Por eso le reservamos la tarea de degollar a las presas una vez derribadas. Al pobre diablo le gusta sentirse útil.

–Ya veo. –El sargento posa la mirada en mí. Avanza en mi dirección y, cuando ya no puede acercarse más, se inclina hacia adelante. La larga melena negra le cae sobre la mandíbula cuadrada y su rostro adquiere un aspecto demacrado–. Estamos buscando alimañas mestizas. Supongo que no os habréis cruzado con ninguna persona de aspecto sospechoso, ¿verdad?

¿Alcanzará a oír lo fuerte que me late el corazón? ¿Se habrá dado cuenta de que se me ha puesto el vello de la nuca de punta? Me está mirando como si el encantamiento de Serana empezara a fallar. ¿Sabrá que soy mestiza?

–No –dice Raphael–. Por suerte, no.

–Sois toda una belleza –me susurra el sargento–. Una verdadera rosa fey.

La sorpresa hace que mis cejas salgan disparadas hacia arriba. *Pero ¿qué dice?* Le ofrezco una sonrisa nerviosa para intentar disimular el miedo que siento.

Se muerde el labio mientras me mira de arriba abajo.

–¿De verdad vais a desperdiciar una preciosa noche como la de hoy en tan tediosa compañía?

–Mi hermana es parca en palabras, señor –interviene Raphael–. Me temo que no tiene muchas luces, la pobre.

–Conque sí, ¿eh? –El sargento se inclina más hacia mí mientras una sonrisa se extiende por su rostro–. Para mí no es un problema. Me gustan las mujeres calladitas. ¿Vos qué decís? ¿Os apetece patrullar conmigo a solas esta noche?

No pierdo la sonrisa, pero le muestro una ínfima parte de mi nerviosismo.

–Suena tentador –digo, intentando imitar la forma de hablar de Tana–, pero le he prometido a mi hermano que no me separaría de él. A mi padre le preocupa que salga de noche.

Un brillo hambriento le surca la mirada. Permanece callado durante unos segundos, y concluyo que ha debido reparar en mi acento. Un hormigueante torrente de pánico me surca las venas.

Acaba suspirando.

–Vuestro padre hace bien. Una cosita tan guapa como vos siempre debería ir acompañada. Por aquí hay gente muy mala. La frontera está plagada de hombres peligrosos. Muchos mestizos.

–Por eso contamos con gente como vos para protegernos –le digo tímidamente.

–Así es.

–Resplandeciente sea su luz –concluyo.

Parpadea y asiente con la cabeza.

–Resplandeciente sea su luz.

Dejo escapar una exhalación temblorosa en cuanto se aleja. Retomamos la marcha tratando de hacer como si no hubiera pasado nada. Arzel también suelta todo el aire de los pulmones tan pronto como nos hemos alejado lo suficiente.

–Por poco nos pillan.

–Por muy poco –coincide Raphael antes de lanzarme una extraña mirada–. Lo has hecho bien. Ya hablas mucho mejor que antes.

–Gracias –digo con un largo y trémulo suspiro.

La cubierta de ramas arqueadas de la arboleda nos da la bienvenida cuando nos adentramos en ella. Aquí, la luz de la luna salpica de motas plateadas la tierra cubierta de musgo.

Raphael se vuelve para clavar sus ojos resplandecientes en mí a través de la oscuridad.

–No salgas bajo ningún concepto hasta que volvamos. Si no estamos aquí cuando amanezca, cruza el velo.

Capítulo 15



El tiempo transcurre despacio.

Escudriño los campos desde la arboleda en busca de siluetas a caballo antes de echar un vistazo a mi reloj de bolsillo para ver qué hora es. Ni siquiera han dado las doce. La temperatura ha caído en picado y, aunque daría lo que fuera por encender un fuego, no pienso correr riesgos. Me abrazo a mí misma y mi aliento forma una nube en el aire frío.

Me ruge el estómago. Dickinson me mira desde la distancia con esos ojillos tan negros como el pelaje. Estoy tan agotada que me tumbo sobre la tierra cubierta de musgo, que desprende un olor rico, arcilloso. La luz de la luna que se cuela entre las ramas de los

árboles baña el terreno en plata. El sonido de los grillos me acuna como una nana.

Rebusco en mi bolsa de cuero hasta dar con algo de comida y me preparo un bocadillo con un poco de pan y queso. Una luciérnaga revolotea ante mí mientras como.

El estruendo de unos caballos me sobresalta. Me apresuro a guardarme la cena en la bolsa y me acerco a la linde de la arboleda con el miedo apoderándose de mí. Quien se acerca al galope no son mis compañeros, sino el sargento salido. Y viene directo hacia aquí.

Me oculto entre las sombras, pero lo oigo subiendo por la colina al galope. Justo cuando he llegado junto a Dickinson y me dispongo a montar, su voz grave me deja clavada en el sitio.

–¡Sois vos! Me estabais esperando, ¿verdad, pequeña pícara?

Me quedo helada y me vuelvo despacio para enfrentarme a él. Sus ojos cobrizos resplandecen en la oscuridad igual que los de un lobo. Cuando sonríe, me muestra los colmillos.

–¿Os habéis quedado solita? Ya me había parecido oler un aroma de mujer mientras volvíamos a patrullar la zona.

Lo miro tímidamente.

–Mi hermano y los otros se han ido a perseguir a un ciervo de gran tamaño y yo los estaba ralentizando. Regresarán en cualquier momento.

Sonríe como un animal de presa y me pone los pelos de punta.

–Pues espero que tarden un poco. –Desmonta y camina hacia mí con el viento revolviéndole la melena oscura–. Estoy seguro de que estás familiarizada con los derechos de los caballeros fey.

Se me seca la boca. No, no estoy familiarizada con sus derechos, pero imagino que les dan carta blanca para acostarse con cualquier mujer que se les antoje.

Una vocecilla en las profundidades de mi mente me pide a gritos que eche a correr o que le plante cara. Pienso en las dagas que llevo escondidas en la bota y el cinturón, así como en el afilado pasador que llevo en el pelo. No esperará que lo ataque. Si actúo deprisa...

Oigo la voz de Viviane en mi cabeza: *Nunca serás ni lo bastante fuerte ni lo bastante rápida como para vencer a un hombretón bien entrenado. Jamás.* Entonces, ¿qué debería hacer?

¡Luchar con todas tus armas!, me grita la Viviane imaginaria.

¿Qué armas tengo? Se me da bien identificar los deseos y necesidades de los demás. Raphael me ha abierto los ojos. Tiendo a transformarme en la versión de mí misma que otros quieren ver, pero tengo que esforzarme en que resulte convincente. Ya he intuido que a este tipo le va el rollo inocente. Pienso en la chispa que prendió en su mirada cuando Raphael le dijo que a mi padre le preocupaba mi bienestar. Quiere una mujer pura, una a la que nadie haya tocado. Un tímido ratoncillo.

Así que le doy justo lo contrario a lo que ansía.

–Por supuesto que los conozco. –Le sonrío–. He estado con muchos caballeros. Y con algún que otro escudero también.

–¿Cómo dices? –pregunta confundido.

–Al menos, eso me dijeron que eran. Tampoco me molesté en pedirles ningún documento oficial que lo demostrara. –Me encojo de hombros–. No le hago ascos a ningún hombre. –Me acerco a él tocándome los labios–. Pero admito que debería tener más cuidado. Uno de ellos tenía una cosa en la boca... Creo que se llama «enfermedad de las trincheras».

–Ya veo –dice arrugando la nariz.

–Conozco un montón de trucos gracias a un burdel de Ys. –Le toco la cara y sonrío como una lunática.

Los nervios detonan la voz de mi cabeza: *Eres asquerosa, una vergüenza. Estás enferma. Aléjate. ¡Aléjate!*

Trato de hacer caso omiso a las alucinaciones sin perder ni el control de mis facciones ni mi sonrisa. El sargento retuerce el rostro en una mueca de asco cuando le acaricio la mejilla con la yema de los dedos.

Eres asquerosa. Igual que aquella puta de Allevur a la que le corté la garganta, continúa aullando la voz de mi cabeza. Parpadeo desconcertada, pero no se detiene. *Un nuevo baño de sangre teñirá las calles de Allevur tras la emboscada de esta noche si el traidor de Varris dice la verdad.*

El sargento retuerce la boca.

–Eres asquerosa. Igual que aquella puta de Allevur.

Aparto la mano, sobresaltada. Acaba de repetir en voz alta las palabras que estaba oyendo en mi cabeza.

Una rabia gélida se apodera de sus facciones. Parece furioso. Agresivo. Mi instinto me dice que salga por patas de aquí. Sobre todo, porque parece ser que degolló a esa última «puta».

–Bueno, pues es una pena –farfullo–. Tendré que encontrar a otro hombre que satisfaga mis deseos.

El pánico me comprime el pecho. Doy un paso hacia atrás para subirme apresuradamente al lomo de Dickinson y este sale al galope a través de la arboleda en cuanto lo espoleo. Me aferro a las riendas mientras volamos entre los árboles. No sé muy bien hacia dónde vamos, pero necesito poner toda la distancia que pueda con el sargento. Una rama baja me azota la cara en nuestra carrera hacia el camino principal. Los cascos del caballo golpean la tierra y levantan una polvareda a mi alrededor. Me concentro en el camino que se extiende ante nosotros mientras el viento me zumba en los oídos. Nunca había galopado tan rápido, pero avanzamos a toda velocidad en la misma dirección por la que Raphael y los otros se han alejado hace un rato.

Echo un vistazo por encima del hombro a la frontera con la Francia desocupada. A lo lejos, el velo resplandece y emite una luz iridiscente. No puedo volver a nuestro punto de encuentro. Raphael me ha dicho que cruce el velo y los espere al otro lado, pero algo me frena.

Un nuevo baño de sangre teñirá las calles de Allevur tras la emboscada de esta noche si el traidor de Varris dice la verdad.

No conozco a nadie que se llame Varris, y me resulta raro que mi cabeza conjure nombres desconocidos. Pero Raphael y los otros iban de camino a Allevur.

¿Y si resulta que no estoy oyendo voces aleatorias?

Una nueva idea se abre paso por las profundidades de mi mente. Acabo de oír un comentario del sargento antes de que lo pronunciara en voz alta. Palabra por palabra. «Eres asquerosa. Igual que aquella puta de Allevur».

Su voz ha entrado en mi cabeza antes de salir de su boca.

No es la primera vez que las voces me dicen algo que ha acabado siendo verdad. En cierta ocasión, una me susurró que el encargado de la librería estaba liado con una de las otras empleadas, y luego acabé pillándolo con ella por accidente en su despacho con los pantalones por los tobillos, moviendo el culo blanco de atrás adelante con cada embestida. En otra, mi cabeza conjuró una voz que me avisaba sobre un cliente. Me dijo algo sobre un robo, sobre dos ediciones especiales muy caras firmadas por su autora. Lo cacé intentando salir corriendo con ellos por la puerta principal.

¿Y si lo que había estado oyendo no eran sinsentidos nacidos del estrés?

¿Y si eran el producto de un poder que no debería desestimar?

Porque, si mis voces predicen el futuro, es posible que haya un baño de sangre programado en Allevur para esta misma noche.

El pueblecito fey, que está construido sobre las ruinas de una ciudad que quedó destruida tras la invasión, se compone de una estación de tren, unas cuantas tiendecitas y granjas y la taberna donde se supone que Raphael va a reunirse con su contacto. No es una ciudad. La mayor parte de la población francesa huyó durante la guerra.

La emboscada... ¿Estará pensada para Raphael y los agentes del MI-13?

No sé cómo hacerle llegar un mensaje a Raphael y tampoco me servirá de nada cabalgar hasta allí sin parar, porque me sacan demasiada ventaja. Ellos llegarán allí en una hora; puede que menos. No tengo forma de alcanzarlos. Lo único que me queda es...

El tren de Gobannos.

Pasa por Allevur. Es la segunda parada que hay en la zona ocupada desde el sur. El senescal nos ha hecho aprendernos de memoria tanto los mapas de toda la región como el horario completo del tren. Hay uno que sale de la estación de la frontera a medianoche y llega a Allevur a la una de la madrugada.

Conduzco a Dickinson hacia el oeste, en dirección a la estación. Saco el reloj de bolsillo sin detenerme y se me desboca el corazón. Tengo diez minutos para llegar.

Espoleo al caballo y lo animo a gritos mientras galopa. Por suerte, el animal parece alegrarse de que su tímida jinete se haya vuelto más atrevida y disfruta de la carrera. Sus cascos apenas tocan el suelo. Una cosa está clara: las clases de equitación de Ávalon están dando sus frutos.

El viento me revuelve el pelo y me pego al cuello de Dickinson para instarlo a galopar más rápido. El camino de tierra atraviesa una serie de maizales y desemboca en un pueblo abandonado. Los postigos golpean contra los muros de las casas, pero, en la lejanía, alcanzo a ver la cálida luz rutilante de las lámparas de gas. Los balcones se ciernen sobre la calle y las ventanas permanecen cerradas frente a la noche. Se me entrecorta la respiración al levantar la vista y ver la hora que marca el reloj de la torre que se alza por encima del pueblo.

Las campanas repican doce veces. Ya es medianoche.

A lo lejos, oigo el traqueteo y los resoplidos de un tren recorriendo las vías. Se me cae el alma a los pies al ver una nube de vapor.

Lo he perdido.

Jadeo intentando recuperar el aliento y, a pesar de notar un nudo en el pecho, azuzo a Dickinson para que continúe en dirección a la estación. El edificio de piedra está pintado de blanco. Alguien me grita algo desde el andén, pero yo solo tengo ojos para mi transporte, que se aleja por las vías que transcurren por campo abierto. Me aferro a las riendas de mi montura y galopamos para ponernos a la altura del tren de Gobannos.

Es descomunal y cuenta con una locomotora negra y carmesí. La nube de vapor que escapa de ella envuelve el tren como si fuera una serpiente. Nunca había visto un tren como este, con vagones de resplandecientes tonos plateados y dorados o tan oscuros que parecen engullir la luz a su alrededor. ¿Cuántos hay? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Es imposible contarlos.

Dickinson acelera el paso y me da un vuelco el corazón al ver una roca en nuestro camino. Sin embargo, el caballo ya ha saltado por encima de ella y, durante un segundo, tengo la sensación de estar volando. Me muerdo la lengua al tocar el suelo y todo me sabe a sangre, pero al menos hemos alcanzado al tren. Ahora estoy a unos

cinco vagones de la cola. Aunque ya empieza a ganar velocidad, y no tengo ni un solo segundo que perder.

La situación es de locos, una proeza que la antigua Nia jamás se habría planteado intentar siquiera.

Me inclino hacia los barrotes del lateral del tren con el corazón a punto de salírseme del pecho. Intento agarrarme a la escalerilla que sobresale del vagón y la rozo con los dedos, pero no consigo actuar con la suficiente rapidez y el vagón sigue adelante.

Me quedan cuatro oportunidades antes de que el tren se me escape.

A pesar de que me las arreglo para agarrarme al siguiente, se me enredan los pies en los estribos y por poco me caigo al intentar liberarme de ellos de un tirón. No solo he estado a punto de perder otra oportunidad, sino que encima he asustado a Dickinson. El animal se desvía hacia un lado y nos aleja del tren.

–¡No, no, no, venga ya, Dickinson! –grito tirando de las riendas para que vuelva a acercarse.

Ya solo me quedan dos vagones, pero decido cambiar de táctica y dejo pasar el penúltimo vagón mientras saco el pie derecho del estribo. Luego hago lo mismo con el izquierdo. Me agarro a la silla de montar con una mano mientras me pregunto si estaré a punto de morir.

Aquí viene el último vagón. Levanto una mano y me agarro a una barra. El impulso del tren me levanta de un tirón de la silla.

Me quedo colgando sin aliento durante unos segundos, pero me las arreglo para cerrar la otra mano en torno a la barra y apoyar los pies en la que hay un poco más abajo. Echo la vista atrás, aferrada al vagón, temblorosa. La adrenalina me corre por las venas.

Dickinson se ha quedado atrás, a metros de distancia.

Y yo estoy a bordo del tren de Gobannos, adentrándome a toda velocidad en la Francia fey.

Que es justo lo que Raphael me ha pedido que no haga.

Capítulo 16



El viento me aúlla en los oídos y me tira del pelo. Me aferro como si mi vida dependiera de ello a la escalerilla mientras los pistones golpetean debajo de mí.

No puedo pasarme todo el trayecto colgando del tren. Si los fey me ven, enseguida sabrán que soy una espía. Bajo la vista a la tierra que pasa a toda velocidad bajo mis pies. Tengo que obligarme a subir.

El azote del viento no ayuda en absoluto a darme el empujoncito que necesito para soltarme. Y mis músculos, que coinciden en que es una mala idea, permanecen agarrotados hasta que consigo abrir el puño izquierdo. Casi al instante, noto que me desvío hacia la derecha, empujada por el viento y el vertiginoso avance del tren.

Me agarro al siguiente barrote de la escalerilla y, con un rápido impulso hacia arriba, consigo mover la mano derecha. El miedo fluye como una cascada por mi cuerpo mientras trepo despacio, escalón a escalón. Un repentino estallido de vapor caliente escapa de algún conducto por encima de mí y me deja sin aliento.

En la librería, solía utilizar una escalera de mano para alcanzar los estantes más altos. Pero allí no estaba presa del azote de un vendaval ni tenía que preocuparme por el repentino ataque de una ráfaga de vapor. Además, caer no suponía una muerte segura.

El pánico me araña el pecho.

Subo otro escalón. Y otro más. Cuando por fin llego al techo del vagón, trato de mantener el equilibrio sin soltarme de las barras de metal. El tren se sacude y avanza a toda velocidad. Busco una vía de acceso al interior desesperadamente, pero no veo nada. El techo del vagón parece estar cerrado a cal y canto... hasta que me fijo en que hay una trampilla.

Por desgracia, está en el siguiente vagón.

Me agarro a las barras del techo con fuerza mientras el tren pasa a toda velocidad por un pueblecito envuelto en sombras.

Me arrastro por el techo con el corazón desbocado, manteniéndome tan pegada como puedo a la superficie lista. Luego, me apoyo sobre las manos y las rodillas, me impulso hacia adelante y me agarro a lo primero que encuentro: los soportes y abrazaderas del quitamiedos.

Las vías trazan una curva sin previo aviso. Aunque el tren apenas se desvía de su trayectoria, me veo sometida a una fuerza que me empuja hacia un lado antes de que me dé tiempo a sujetarme al siguiente soporte. Agito las manos en todas direcciones, desesperada por agarrarme a algo. Cuando estoy a punto de caer por el lateral izquierdo del tren, rozo algo sólido con la yema de los dedos. Es una barra que sobresale del techo. Me vuelvo a colocar en el centro del vagón con un gruñido de esfuerzo y el tren sigue adelante como si no hubiera pasado nada.

Aprieto los dientes y me arrastro de nuevo hasta el borde del techo.

Me da un vuelco el estómago al ver el hueco que hay entre un vagón y otro, así como el borrón del suelo bajo el tren. Un abismo se abre ante mí. Entre los dos vagones, veo los raíles pasando a una velocidad vertiginosa. Solo hay una forma de cruzar. Voy a tener que saltar. Si me caigo, acabaré hecha papilla. Se me acelera todavía más el corazón.

El vapor se arremolina a mi alrededor. Jadeo, lo inhalo y su sabor acre me inunda la boca. Me empapa la ropa y se mezcla con mi sudor.

Cuando la nube se disipa, me obligo a agazaparme junto al borde del vagón y doy un par de pasos hacia atrás. Antes de que me dé tiempo a replantearme mi decisión, echo a correr y salto.

El tiempo parece ralentizarse mientras vuelo por el aire con el viento zumbando a mi alrededor. He cometido un grave error, pero aterrizo en el siguiente vagón con un golpe seco que hace que me castañeteen los dientes. La bocina del tren suena a todo volumen y me sacude hasta los huesos.

Me arrastro hasta la trampilla pasando de un asidero a otro. Cuando llego hasta ella y tiro de la manilla, no consigo abrirla. La portezuela es de metal y pesa como un demonio. Sin embargo, me las arreglo para crear una pequeña rendija con un gruñido que me permite asomarme al interior. Por suerte, no es un vagón de pasajeros. Solo hay mercancía. La luz de la luna ilumina las cajas apiladas contra las paredes del vagón.

Dejo escapar un resoplido frustrado. No he visto una escalerilla, así que tendré que bajar de un salto. Pero el suelo parece estar bastante lejos. Abro la trampilla un poco más y dejo los pies colgando en el hueco antes de descolgarme poco a poco. Al soltarme, caigo al suelo y en mi tobillo nace un estallido de dolor que me trepa por la pierna.

–Mierda –siseo tambaleándome hacia un lado.

Me he retorcido el tobillo. Ruedo para sentarme y me agarro la pierna. Ojalá estuviera Raphael aquí para curarme con su magia. Me lo imagino acunándome el tobillo entre las manos, deslizando los dedos por la zona exacta donde me duele, enviando un cálido pulso

de magia por mi piel. Pero el dolor vuelve a adueñarse de mi pierna en cuanto dejo de soñar despierta.

El corazón me late como un animal desbocado.

Dejo escapar una larga y lenta exhalación. El carcaj y las flechas se me clavan en la espalda al haberme apoyado sobre ellos. Estoy empapada y sucia, y encima me he desgarrado los pantalones. Me arde la cara y la noto pegajosa. Cuando me paso la mano por la frente para secarme el sudor, se me manchan los dedos de una sustancia de un tono rojo oscuro. Sangre seca. Supongo que me he cortado con alguna rama al salir al galope de la arboleda. Ah, y me he mordido la lengua.

Aunque todavía tengo el carcaj conmigo, he perdido el arco por el camino. En cualquier caso, sin contar con lo del tobillo, diría que mi plan ha sido todo un éxito. Sigo viva y estoy de camino a Allevur.

Mierda. Me desmoralizo al darme cuenta de que también he perdido la bolsa donde guardaba la documentación falsa. Como alguien me pida que me identifique, estoy jodida. Mi disfraz ya no tiene sentido en este contexto.

Empezaré a llamar la atención en cuanto me baje del tren. Miro a mi alrededor buscando alguna prenda que pueda ponerme, pero solo hay cajas y cajas cerradas a cal y canto. Hay una puerta a cada lado del vagón, pero no tengo forma de saber qué habrá al otro lado.

Wrythe nos dijo que el tren de Gobannos es una extraña combinación de tecnología humana y magia fey. Una vez dentro, la percepción de aquellos que no están acostumbrados a la magia puede verse alterada. Los vagones encantados adoptan formas extrañas cuando los fey moldean la realidad a su antojo con su poder.

Podría correr peligro al adentrarme en lo desconocido. Y más ahora que mi aspecto está más cerca de ser el de una fugitiva que el de una aristócrata fey que ha salido de caza.

Me agazapo y espero. Con un poco de suerte, pasaré inadvertida durante el trayecto hasta Allevur.

Me quito el carcaj y lo escondo detrás de una caja. Mientras el tren sigue adelante, me pongo cómoda y cierro los ojos intentando no

hacer caso a lo mucho que me duele el tobillo. Me pregunto si habré cometido un terrible error al colarme en un tren fey solo porque he oído una voz que tal vez haya predicho el futuro.

Desde luego, es una posibilidad.

Tal vez me echen de la academia y me metan en un barco de regreso a Estados Unidos si es que regreso sana y salva de la misión.

La repentina punzada de tristeza que me atraviesa el pecho me pilla por sorpresa. Antes de llegar a Camelot, el caos que reinaba en mi vida era muy distinto al de ahora. Era un caos que me dejaba agotada en vez de eufórica y que me obligaba a pasar mucho tiempo sola.

Sin Tana, sin Serana, sin Darius.

Sin Raphael.

Aunque él me da igual.

Dejo caer la cabeza entre las manos e intento centrarme en la segunda parte de mi plan. Sigo corriendo peligro de morir. Tendré que lidiar con las consecuencias de mis actos más adelante.

Levanto la cabeza de golpe al oír que una de las puertas se abre. Se me acelera el pulso. Un fey rubio entra en el vagón y me mira confundido. Lleva un uniforme negro y sostiene una espada corta, pero es evidente, incluso para mí, que no tiene experiencia y que sujeta el arma como si fuera una cachiporra.

Me pongo de pie con torpeza, tambaleante.

El fey ladea la cabeza y sus espeluznantes ojos broncíneos resplandecen en la oscuridad como los de un lobo.

–¿Quién sois?

La desconfianza que tiene grabada en sus facciones es imposible de ignorar en la penumbra. Soy consciente del aspecto que debo de tener. Sucia, ensangrentada, con la ropa desgarrada. Soy la viva imagen de una fugitiva.

Se me acelera el pulso. Seguro que me arresta. En menos de una hora, estaré encerrada en una cárcel fey donde me torturarán para obtener respuestas.

Entonces pienso en algo que aprendí durante una de las clases de espionaje. Ganarse la confianza de quien recela de ti es una tarea

difícil, pero desviar esa desconfianza hacia otro blanco es mucho más fácil. Solo me hace falta un cabeza de turco. Por desgracia, en el vagón no hay nadie más.

–¡Alguien me ha atacado! –digo en fey–. Creo... Creo que era un mestizo. Un polizón.

El chico se pone tenso y escudriña el espacio que se abre tras de mí.

–¿Dónde está?

–Creo que se ha escondido en el último vagón.

–Quedaos aquí –me ordena antes de abrirse paso entre las cajas para llegar hasta la parte de atrás. Levanta la espada, abre la puerta y se adentra en la oscuridad del vagón de cola. Desde donde estoy veo que allí tampoco hay nadie, lo cual no es lo ideal.

Cada vez me cuesta más respirar. Tengo que salir de aquí, pero ya.

Corro hacia la otra puerta, la abro de un empujón e irrumpo en un vagón de pasajeros. Hay varios fey cenando, disfrutando de una bebida y de un pequeño canapé. Nunca había visto tantos fey en un mismo lugar. Todos me observan con atención, con sus vasos aflautados de champán congelados en el aire.

Acabo de perder la oportunidad de confundirme con la multitud.

–¡Hay un delincuente en el tren! –exclamo señalando la puerta que tengo detrás de mí–. Es un asesino mestizo. Ha apuñalado a alguien en el vagón de cola. ¡Ayudadme a bloquear la puerta con una barricada!

Los gritos resuenan contra las paredes del vagón mientras avanzo tambaleante. Cada paso desata un estallido de dolor que me trepa pantorrilla arriba.

Echo un vistazo hacia atrás y veo que dos hombres están sujetando la puerta, así que aprovecho para admirar la extraña belleza de la escena que se sucede ante mí. Los fey visten ricas prendas de color borgoña y azul marino. En este vagón, las paredes de madera cuentan con intrincadas enredaderas talladas, de cuyas hojas penden lucecitas rutilantes. La música flota en el aire.

Cuando ya casi he alcanzado el otro extremo del pasillo, una mujer con una tiara y una melena carmesí me señala y grita:

–¡Detenedla!

Pero nadie le presta atención. Los demás están demasiado ocupados mirando hacia el otro lado, donde el supuesto asesino está aporreando la puerta como un loco.

Perfecto. El alboroto me viene de perlas.

Avanzo cojeando tan rápido como el tobillo me lo permite. Justo cuando estoy a punto de llegar a la puerta, echo otro vistazo por encima del hombro. La puerta bloqueada se sacude y el empleado del tren grita algo desde el otro lado, pero me cuelo en el siguiente vagón y cierro de un portazo a mi espalda. Es otro vagón de pasajeros lleno de fey. Están sentados en una lujosa estancia decorada con retratos de marco dorado y paredes cubiertas de enredaderas.

Recurro al mismo truco, pero esta vez no obtengo una respuesta tan satisfactoria. Anuncio a gritos que un asesino me persigue y les pido que bloqueen la puerta mientras renqueo por el pasillo. Un hombre de cabello plateado intenta pedirme explicaciones sin muchas ganas, pero finjo no oírlo.

Cruzo la siguiente puerta sin detenerme. El dolor me trepa por la pierna.

Aunque estoy preparada para enfrentarme a otro escenario sorprendente, el interior del nuevo vagón me hace frenar en seco y perder un par de valiosos segundos. Es un salón en el que, según parece, se está celebrando un baile de máscaras. Aquí no hay mesas ni asientos y los fey bailan ataviados con ropas de fiesta y máscaras de animales. Las luces centellean en las paredes de caoba y la melodía pulsante y sensual de un arpa me retumba en el vientre. Unas gemas diminutas penden en el aire y emiten destellos de luz que se reflejan en los suelos de mármol. El espacio es inmenso. Sus dimensiones no encajan en absoluto con las del tren.

Me adentro en la sala cojeando y, a pesar de que algunos bailarines lanzan miradas en mi dirección, casi nadie deja de moverse. Yo misma siento la extraña necesidad de bailar. De hecho, el dolor que siento en la pierna no impide que la música y el ambiente mágico del baile se adueñen de mi cuerpo.

Nunca me había sentido tan desorientada.

La euforia que bulle en mi pecho y me corre como un torrente por las venas me obliga a recordarme que tengo que llegar al otro extremo del vagón. Me muevo trazando piruetas entre los bailarines y le robo una máscara de gato a una mujer con una risita. Ella me sonríe; lleva los labios pintados de rojo sangre. Me pongo la máscara y retomo mi camino en dirección a la próxima puerta sin detenerme. Sigo notando pinchazos en el tobillo, pero al menos ahora el dolor es más sordo. Echo mano de los movimientos que aprendí cuando era pequeña, de un par de pasos de vals, una alemanda, un *chassé*...

Caigo mal sobre el tobillo que me he torcido y pierdo el equilibrio siseando de dolor, pero consigo llegar a la puerta con un tropiezo. Salgo del trance en que me había sumido y echo un vistazo al salón de baile. Hay dos guardias vestidos de negro buscándome entre los bailarines. Entro en el siguiente vagón sin quitarme la máscara de gato.

Aquí, una neblina de humo violeta envuelve a los fey ligeros de ropa. Están apoyados sobre cojines, abrazados unos a otros. Algunos fuman unos largos cigarrillos, mientras que otros se besan y se manosean. Debería haber contenido el aliento nada más saborear el humo empalagoso que flota en el aire. Es el llamado humo del sueño, una droga fey que ha ganado mucha popularidad entre las altas esferas humanas en los últimos años. Echo un rápido vistazo a un hombre que le está chupando un pezón a una mujer.

Me descubro mirándolos fijamente mientras el humo del sueño me relaja los músculos. Me da vueltas la cabeza y un calorcillo me envuelve, pero intento mantener el equilibrio mientras me humedezco los labios.

Se me cierran los ojos y me mezo en el sitio. Imagino la magia de Raphael acariciándome; imagino que lo tengo justo detrás de mí, con su atlético cuerpo pegado al mío. Por un momento, una imagen estalla en mi mente y me veo tumbada sobre uno de esos cojines, con Raphael besándome la piel desnuda...

Ah, no. Eso sí que no.

Aprieto los puños y me obligo a cruzar el vagón tan rápido como puedo. Cuando llego a la siguiente puerta, la abro de un bandazo.

Este nuevo espacio no está iluminado, pero me derrumbo y cierro la puerta de una patada.

No puedo respirar. Las prisas están empezando a causar estragos en mis pulmones. Busco mi inhalador, pero entonces me acuerdo de que he perdido la bolsa.

Mierda.

Un repentino gruñido me distrae del ataque de asma. El vagón está lleno de animales encerrados: hay lobos de ojos resplandecientes, zorros y una enorme campana de cristal con mariposas dentro. También hay algunos cuervos en jaulas.

Uno de los lobos vuelve a gruñir sin quitarme el ojo de encima. Echo un rápido vistazo a la puerta de su jaula y compruebo aliviada que está bien cerrada.

Pero todavía tengo dos guardias persiguiéndome. Puede que el humo los haya ralentizado, pero no sé cuánto margen tendré, así que no me queda más remedio que seguir moviéndome.

Me obligo a ponerme de pie y avanzo tambaleante entre las jaulas. Me pitan los pulmones y noto una presión en el pecho. Seguro que los fey que vienen detrás de mí no tienen el mismo problema. No me dará tiempo a recorrer más de un vagón o dos antes de que me alcancen.

El dolor me atraviesa el tobillo, pero me las arreglo para llegar a la siguiente puerta. Miro al lobo enjaulado que tengo a mi derecha, el de pelaje gris. Retuerce el hocico y me muestra sus enormes colmillos.

–Hola, bonito –jadeo apoyándome sobre las rodillas–. Hola.

El animal me gruñe y pega las orejas a la cabeza. Me parece que hoy no voy a hacer un nuevo amigo.

La cerradura parece sencilla. Y tiene sentido, porque ¿a qué clase de lunático se le ocurriría abrir la jaula de un lobo salvaje? No debería hacer falta una cerradura complicada.

Hace poco he aprendido que solo se necesitan dos herramientas para forzar una cerradura: una ganzúa y una punta resistente de metal que haga tensión.

Me quito el broche que llevo prendido en el corsé con la respiración entrecortada y rompo el alfiler con el que se engancha a la ropa.

Luego, me quito una horquilla del pelo y la meto en la cerradura.

El lobo me gruñe y le cae saliva de los colmillos. Cuando intenta morderme la mano, la aparto rápidamente, me quito la máscara y me la dejo apoyada en lo alto de la cabeza para ver si eso ayuda a tranquilizarlo.

–Para ya –le ordeno–. Tengo que concentrarme.

Me estremezco al oírlo proferir otro profundo gruñido.

Vuelvo a meter la horquilla en la cerradura y hago presión mientras trasteo con el alfiler. Noto el suave chasquido de la cerradura al girar y abrirse. Detrás de mí, un guardia me grita algo desde la puerta. Me pongo de pie y abro la jaula unos centímetros. El lobo, ante la oportunidad de escapar, se lanza contra la portezuela y aprovecho para cruzar al siguiente vagón. Cierro de golpe en cuanto estoy dentro.

Deposito todo el peso de mi cuerpo contra la puerta cuando algo pesado (el lobo, supongo) se abalanza contra ella. Es una suerte que los lobos no sepan utilizar los picaportes. Oigo un grito masculino al otro lado y una diminuta punzada de remordimiento nace en mi pecho. Mis perseguidores acaban de toparse con mi amiguito lobuno.

Estudio el nuevo vagón sin apartarme de la puerta. Este parece ser el del equipaje, pues está lleno de estanterías con maletas.

Mi mente se pone a trabajar enseguida. Saco una maleta de color rosa pálido de uno de los estantes, la abro y me quito la ropa sucia y hecha jirones. Todavía se oyen gritos aterrorizados en el otro vagón. Sacó un vestido largo de color esmeralda con un escote pronunciado y una abertura lateral en la falda y lo acompaño de un sombrero de ala ancha. Me vuelvo a colocar la daga que llevaba sujeta al muslo con manos temblorosas.

Después de meter mi ropa en la maleta, la cierro de golpe y corro hacia la siguiente puerta. Al otro lado hay un nuevo vagón de pasajeros, con mesas de caoba y candelabros, donde los fey beben burbujeantes cócteles rosas y champán en copas aflautadas.

Entro tranquilamente, disimulando el dolor que me sube por la pierna. Me dejo caer sobre un asiento vacío con una sonrisa serena y me coloco el sombrero para que me ensombrezca el rostro. Frente

a mí hay una mujer con una ondulada melena plateada y unos ojos que brillan como ascuas.

–Buenas noches –me dice en fey.

–Buenas noches. ¿Sabéis cuánto falta para llegar a Allevur?

–No mucho. –Me mira con expresión confundida–. Tenéis un acento que no logro ubicar, jovencita.

–Vengo de Glenfark –explico con la esperanza de que sea un lugar lo bastante alejado como para explicar mi acento. Es una isla remota de Brocelianda.

–¡Ah! –Asiente satisfecha–. Me encantaría viajar allí cuando regrese de Francia. He oído que es espectacular.

–Es gloriosa –coincido–. No hay nada como sus playas blancas.

La puerta se abre de un bandazo y uno de los enormes guardas que me persiguen entra en el vagón. Ha perdido a su compañero por el camino y tiene un arañazo muy feo en la cara. Por suerte, este no sabe qué aspecto tengo, porque me ha visto cuando todavía llevaba la máscara de gato y va buscando a una mujer con la ropa sucia y mojada.

–Mi hijo viajó en barco a Glenfark hace tiempo –comenta la dama fey–. Estuvo allí cuatro días y me dijo que le gustó mucho la fruta.

Lleva un vestido dorado con mangas de tela translúcida.

–Sí, la fruta glenfarkiana es deliciosa.

No tengo ni idea de qué tipo de fruta crece en esa isla.

El guardia recorre el pasillo mirando a izquierda y derecha. Sus ojos se posan en mí tan solo un segundo, pero me esfuerzo por mantener una actitud lo más relajada posible y el hombre sigue adelante. Me da un ataque de tos cuando ya está a unos cuantos pasos de mí.

–¿Os encontráis bien, querida? –me pregunta la mujer.

–Sí –digo con voz ronca–. Es que los efluvios del tren no me sientan nada bien.

–Tomad. –Rebusca en su pequeño bolso de mano negro hasta dar con una cajita de metal–. Probad uno de estos.

Dentro guarda una selección de caramelos de colores pastel. Los dulces fey suelen tener un sabor demasiado intenso, pero rechazar un gesto así en su mundo es algo impensable.

–Gracias.

Toso y me meto un caramelito azul en la boca. Un intenso sabor a menta me trepa por la garganta y la nariz. Enseguida noto cómo se me relaja la respiración y se me abren los pulmones.

–Ya os sentís mejor, ¿eh? –Me sonríe–. A mí siempre me ayuda en los días malos.

–Es increíble –logro responder.

Es mil millones de veces mejor que mi inhalador. La medicina moderna tiene mucho que aprender de los fey.

El tren aminora la velocidad con un chirrido de los frenos y la voz de un hombre flota por el vagón:

–¡Allevur! ¡Hemos llegado a Allevur!

Mi mirada vuela hasta el guardia. No me está prestando atención, pero está bloqueando la puerta por la que me tengo que bajar. Veo el andén de piedra a través del umbral. Las lámparas de gas bañan con su luz cálida a las pocas personas que bajan del tren.

–¿No os bajabais aquí, jovencita? –pregunta la mujer de cabello plateado.

–Sí. –Sonrío con el corazón a punto de salírseme del pecho y sin apartar la vista del guardia–. Es que necesito recuperar el aliento.

Espero un par de segundos más, pero me pongo en pie y me dirijo hacia la puerta. Cuando la alcanzo, el hombre se vuelve y se le desencaja la mirada.

–¡Tú! –exclama.

Estamos volviendo a movernos. Abro la puerta y bajo de un salto justo cuando el tren empieza a coger velocidad. Un nuevo estallido de dolor me trepa por la pierna. El guardia me observa desde el vagón con una mueca que le deja los colmillos al descubierto.

Capítulo 17



Nadie parece haber reparado en mí al haber caído con torpeza del tren.

Me incorporo y deposito todo el peso de mi cuerpo en la pierna buena mientras me sacudo el vestido. La estación es de cristal, como un invernadero, y está iluminada por una serie de lámparas de gas. Una torre del reloj se alza por encima del edificio y anuncia que es la una menos cinco de la madrugada. La enorme esfera del reloj está agrietada, así que supongo que sufrió los estragos de la guerra hace quince años. No me sorprende que la mayoría de los humanos huyeran de este lugar.

Unas cuantas personas cruzan apresuradamente el amplio arco de entrada de la estación para subir a los vagones que les esperan al

otro lado. Yo salgo del edificio saltando sobre el pie bueno apoyándome en una de las paredes de cristal.

El pueblo que rodea la estación cuenta con una estrecha calle adoquinada flanqueada por tiendecillas y casas con los postigos echados. Los negocios hace rato que han cerrado y tienen los escaparates apagados, pero, más adelante, veo las luces encendidas de una taberna. El cartel que pende sobre la puerta emite un chirrido lastimero al mecerse con el viento.

Me pongo tensa al ver que hay unos cuantos soldados de chaquetón azul remoloneando junto a la estación e intento disimular mi cojera. Aprieto los dientes para enmascarar el dolor que me trepa desde el tobillo.

Cuando echo un vistazo a mi izquierda, me quedo sin aliento. Entre dos tiendas, se atisban unos campos vacíos envueltos en sombras. Allí hay un patíbulo, donde cinco siluetas cuelgan bajo la luz de la luna. El miedo se me asienta en los huesos. La verdadera cara de la ocupación fey está ahí, en los cuerpos que se mecen sobre la hierba.

Me pregunto si uno de ellos será Freya, pero enseguida destierro ese pensamiento. Los cadáveres llevan ahí colgados un tiempo. Están rígidos, y el viento arrastra el débil hedor de la muerte hasta mí.

Me estremezco y aprieto el paso. Por la hora que es, los demás deberían estar ya al caer, pero llegarán por el extremo opuesto de la plaza del pueblo y no desde la estación de tren.

Avanzo despacio hacia la taberna, que irradia una luz cálida a través de sus ventanas. La fachada está pintada de negro con estrellas doradas y, en el cartel chirriante, hay una mujer sin cabeza. Este debe de ser el punto de encuentro de Raphael con su contacto. Los oí decir que se reunirían con él en un establecimiento llamado La Mujer Silenciosa.

Aprovecho para estudiar los alrededores en lo que llego hasta allí. Una buena agente siempre debería tener una ruta de escape. La taberna cuenta con dos puertas de madera en arco incrustadas en la piedra del edificio. Un par de robles flanquean una entrada lateral y entrelazan sus ramas justo por encima de ella. Me pregunto si comunicará con la cocina. Detrás de la taberna, hay una caballeriza.

Al pasar al lado del establecimiento, me asomo a una de sus cálidas ventanas. Hay un gato negro sentado sobre una pila de libros, meneando la cola de un lado para otro. Como no me detengo, no me da tiempo a fijarme en nada más. Por si fuera poco, estoy devanándome los sesos para recordar todos los detalles del mapa que me aprendí de memoria durante la reunión informativa.

Estoy bastante segura de que llegarán por el suroeste. Una vez que dejo atrás la plaza mayor, me meto por el camino de tierra que aparece a mano izquierda, donde no hay más que unas pocas casas dispersas y unos campos que se pierden en la oscuridad. Me muevo despacio para evitar poner demasiado peso sobre el pie izquierdo. Por fin dejo las casas y el pueblo atrás. Más adelante, unos muros de piedra cercan las distintas tierras de cultivo y las flores silvestres salpican los bordes del camino de tierra.

El miedo me hormiguea en el estómago. ¿Y si he llegado demasiado tarde? ¿Y si se me han adelantado? ¿Y si les han tendido una emboscada y los han apresado? Escudriño la oscuridad en busca de mis compañeros, desesperada. Los minutos pasan despacio.

Pero entonces los veo. Un trío que cabalga hacia mí. El alivio me embarga al reconocer la melena castaño rojizo de Freya. Cuando ya están más cerca, la blancura de la camisa que tanto Raphael como Arzel llevan destaca entre las sombras.

Raphael encabeza la marcha taladrando la oscuridad con su mirada pálida. A unos seis metros de mí, su caballo aminora el paso. Desmonta boquiabierto y cierra el espacio que nos separa.

–Duendecillo. –Una arruga aparece entre sus cejas–. Nia, ¿qué estás haciendo aquí?

–Tenía que venir a avisaros. Creo que estáis a punto de caer en una trampa.

Freya y Arzel se acercan sin bajar del caballo.

–¿Cómo has llegado antes que nosotros? ¿Y de dónde has sacado ese vestido? –pregunta Freya–. ¿Qué coño está pasando?

–¿He oído la palabra «trampa»? –pregunta Arzel.

Echo un vistazo a la calle principal por encima del hombro, pero no veo a nadie.

–He oído a alguien hablar sobre una emboscada en Allevur. Por aquí no hay ningún otro establecimiento abierto salvo La Mujer Silenciosa. He llegado a la conclusión de que os la van a tender a vosotros.

Raphael me mira confundido.

–¿Cómo has oído a alguien hablando de eso? ¿A quién has estado espiando mientras nos esperabas en la arboleda?

–Es difícil de explicar –digo tragando saliva.

–Inténtalo.

–Es algo que oí por casualidad –insisto con firmeza–. No necesitas saber nada más. Si es cierto, podríais correr peligro.

La empuñadura de la espada de Raphael resplandece en la oscuridad.

–Está bien. Comprobaremos dónde nos estamos metiendo, por si acaso. ¿Podrías adelantarte para revisar la caballeriza, Freya? Arzel, tú date una vuelta alrededor de la taberna. Comprueba las ventanas, los tejados y los puntos ciegos. Cualquier cosa fuera de lo común. Y asegúrate de que no te ve nadie.

Los dos agentes se ponen en marcha sin rechistar.

En cuanto estamos solos, Raphael se cruza de brazos y me clava en el sitio con su penetrante mirada plateada.

–Hay algo que no me estás contando.

Mientras el viento sopla sobre la hierba, inhalo el suave aroma a leña y a las rosas silvestres que crecen en los límites del campo.

–Oigo voces –admito al final–. Solía pensar que eran sinsentidos, pero lo que dicen a veces se vuelve realidad.

Raphael deja que mi confesión penda en el aire durante unos segundos; lo único que perturba el silencio es el susurro de la hierba al moverse con la brisa y un sonoro relincho de su caballo.

–Vale, cuéntame más –dice al final.

–Cuando os estaba esperando, el sargento me ha arrinconado en la arboleda.

La expresión de Raphael se endurece.

–¿Que ha hecho qué? –dice dando un paso hacia mí–. ¿Qué ha pasado?

–Nada. –Niego con la cabeza–. Me lo he quitado de encima enseguida, pero, mientras tanto, he oído una voz en mi cabeza. Una voz que hablaba de una emboscada en Allevur. También he oído algo justo antes de que el sargento dijera lo mismo en voz alta, como si estuviera oyendo el futuro o algo así. No sé si la parte de la emboscada será cierta, pero no he querido correr el riesgo de no hacerle caso.

–Una voz incorpórea te ha advertido telepáticamente acerca de una emboscada en Allevur –repite con calma.

Se me forma un nudo de frustración en el pecho.

–También ha mencionado a un traidor. Alguien llamado Varris.

A Raphael se le desencaja la mirada.

–¿Dónde has oído ese nombre?

–Literalmente te lo acabo de decir.

Me estudia con atención.

–Ese nombre es confidencial. Solo yo lo sé. Ni siquiera Arzel y Freya saben que Varris es la persona con la que se supone que nos vamos a reunir.

Pues va a ser verdad que oigo el futuro.

–«Un nuevo baño de sangre teñirá las calles de Allevur tras la emboscada de esta noche si el traidor de Varris dice la verdad». Eso es lo que pensó el sargento. No suena muy bien, ¿verdad?

–Para nada. –Me recorre el cuerpo con la mirada–. ¿Qué te ha pasado en la pierna? Te he visto cojear y estás apoyándote más en la pierna derecha.

–Me he retorcido el tobillo al colarme en un tren por el techo de un vagón.

–¿Qué?

–Así es como he llegado hasta aquí. Me he montado en el tren de Gobannos, porque era la única manera de llegar a tiempo. Como no he podido comprar un billete, me he tenido que subir a bordo por el techo.

–A este paso vas a terminar acabando conmigo –masculla al tiempo que se arrodilla ante mí.

–¿Qué haces?

–Voy a curarte.

Me roza con los nudillos, justo donde más me duele. ¿Cómo ha sabido localizar el punto exacto donde necesitaba su magia?

El calorcillo de su poder se extiende como un susurro sobre mi piel, como una resplandeciente caricia que hace que se me cierren los ojos. Me rodea el tobillo con la mano, pero su magia no se detiene ahí, sino que trepa hasta mi muslo como un suave beso aterciopelado. A medida que su poder se filtra por mi pierna, el dolor desaparece y no deja más que un calorcillo pulsante tras su paso. Me humedezco los labios y se me acelera la respiración.

–¿Te queda mucho? –pregunto cortante mientras intento no pensar en lo que sentiría si me subiera la mano por la pierna.

Se aparta como si lo hubiera quemado.

–Te estoy ayudando –dice levantando la vista con expresión sorprendida.

–Ya estoy bien, gracias –replico con tono seco mientras me aliso la falda del vestido para disimular lo sucia que tengo la mente.

Cuando se pone de pie, inhalo su aroma terroso y masculino.

–Me alegro –susurra–. Estás bastante tensa, ¿lo sabías?

Porque ya sé a qué atenerme contigo.

–Bueno, estamos en una misión bastante peligrosa.

Mira por encima de mi hombro y, al darme la vuelta, veo que Freya galopa hacia nosotros y que Arzel le pisa los talones. Cuando la mujer nos alcanza, llega sin aliento.

–Nada en la caballeriza... –dice alargando la última palabra.

–¿Pero? –dice Raphael.

–Quiero decir que no he visto nada de nada. Ni un solo caballo. ¿No te parece raro?

–Algo va mal –añade Arzel en voz baja–. Me he asomado a una de las ventanas de la taberna y la tensión se podía cortar con un cuchillo. A estas horas, todos deberían estar borrachos, hasta las cejas de hidromiel, pero estaban rígidos e intranquilos. Más que una fiesta, aquello parece un funeral. Tampoco he visto ningún músico. Todas las veces que he estado allí, había una banda tocando.

Raphael me mira durante unos cuantos segundos.

–Vale. Está claro que es una trampa, así que cambio de planes. Todo el mundo a los caballos. Nia, tú montarás conmigo.

La falda del vestido se me recoge hasta las caderas cuando me subo al caballo y me inclino hacia adelante para agarrarme al pomo de la silla de montar. El frío aire nocturno me lame los muslos desnudos.

Raphael se monta detrás de mí y presiona su cuerpo cálido y firme contra mí. Cuando me rodea para coger las riendas, me recuesto contra él. El calor que irradia me ayuda a combatir el frío.

–Vamos. Regresaremos por donde hemos venido.

Le susurra algo a su yegua en fey y esta emprende la marcha al trote. Sin embargo, tan pronto como partimos, oímos el golpeteo de unos cascos. Tres jinetes vienen a por nosotros.

–Nos han encontrado –jadeo.

Raphael suelta una palabrota entre dientes.

–¡Vamos! –Tira de las riendas y salimos al galope–. Agárrate fuerte.

Me aferro al pomo de la silla de montar y él espolea a su caballo para que apriete todavía más el paso. Los cascos del animal aporrean el camino de tierra que se extiende entre dos campos y levantan una nube de polvo en todas direcciones.

El sonido vibrante de un arco al ser disparado surca el aire y una flecha pasa volando a nuestro lado. Miro atrás. Freya y Arzel nos siguen de cerca, pero los tres arqueros fey nos están alcanzando.

Vuelven a dispararnos, y Raphael me estrecha contra su pecho al tiempo que se inclina ligeramente hacia la izquierda para esquivar una tercera flecha. Algo me llama la atención más adelante: un destello acerado bajo la luz de la luna. El miedo me aporrea el pecho. Alcanzo a distinguir un grupo de soldados fey corriendo por los campos envueltos en sombras, listos para cortarnos el paso.

–¿Los has visto? –grito para hacerme oír por encima del aullido del viento.

–Sí –responde Raphael, aunque no aminora la velocidad.

Los soldados entran en el camino; van armados con lanzas y espadas. Raphael suelta una mano de las riendas para desenvainar su espada. Aunque a mí también me gustaría sacar mi daga, mantenerme a lomos del caballo está consumiendo todas mis energías. Un soldado blande su espada hacia nosotros y otro nos

arroja una lanza. Cierro los ojos con fuerza y el sonido del metal al chocar me pone los pelos de punta.

Al abrir los ojos de nuevo, descubro que hemos dejado atrás a los soldados. Una punzada de dolor en el brazo me dice que han conseguido alcanzarme. Tengo el hombro empapado de sangre.

–¿Estás bien? –me pregunta Raphael con tono apremiante.

–Sí.

–¡Tenemos compañía! –grita Freya.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo que más fey uniformados nos siguen a caballo. El que va delante tiene una larga melena blanca y avanza con la boca retorcida en una mueca sanguinaria.

Nuestros caballos están cansados después de haber pasado todo el día viajando y, por si fuera poco, uno de ellos carga con dos jinetes. No vamos a conseguir perderlos.

Raphael tira de las riendas y la yegua se sale del camino con un giro brusco. Al otro lado del campo hay un robledal que la luz de la luna baña de plata. Galopamos hacia él y saltamos por encima de un tronco caído. Me aferro con uñas y dientes a la silla de montar y compruebo con otro rápido vistazo por encima del hombro que los soldados nos han seguido. El que va a la cabeza ya solo está a unos cuantos metros de Arzel y lleva la espada en ristre.

Freya tira de las riendas de su montura para chocar de lado con el atacante. El caballo del soldado se encabrita y cae al suelo. Por suerte, Freya se las arregla para mantener el equilibrio y nos alcanza enseguida. Arzel, por su parte, se vuelve para disparar con su ballesta a los demás soldados.

–¡Agachaos! –grita Raphael.

Nos adentramos en la arboleda, donde las ramas tejen un toldo sobre nuestro camino. Me encorvo sobre la silla de montar y Raphael se pega más a mí. Cabalgamos presionados el uno contra el otro por la espesura, donde la luz de la luna salpica la tierra y las raíces retorcidas de los árboles. Un grito resuena a nuestra espalda hasta que salimos del robledal y continuamos por un campo de arbustos silvestres.

El viento me azota el rostro cuando volvemos a ponernos rectos. Ahora nos siguen solo dos soldados, pero Arzel se está quedando atrás. Tiene una flecha clavada en el costado.

–¡Han dado a Arzel! —grito.

Raphael frena a su caballo para dar media vuelta.

–¡Yo me encargo! –anuncia Arzel, que carga su ballesta y apunta a uno de los soldados fey–. Seguid adelante. ¡Los entretendré!

Dispara mientras cabalga y entierra una flecha en el cuello de uno de los soldados. Raphael suelta una palabrota en fey y espolea a su caballo para retomar la marcha. Yo me vuelvo, con los ojos abiertos como platos, y veo que el segundo jinete alcanza a Arzel. El hombre, que sigue intentando recargar el arma, tiene al soldado casi encima. El miedo aúlla en todas y cada una de mis terminaciones nerviosas.

–¡Arzel! –grita Freya justo cuando el fey blande su espada.

Cierro los ojos y me aferro al pomo de la silla. El pecho de Raphael es como un muro sólido a mi espalda. Cuando por fin vuelvo a abrir los ojos, Freya dispara al último jinete. La flecha se le entierra en el ojo, y cae del caballo con un alarido.

Pero Arzel ya no está con nosotros.

No veo dónde ha caído. Solo alcanzo a distinguir la silueta de su montura, sin jinete.

Freya cabalga a nuestro lado con los ojos anegados en lágrimas.

Arzel nos ha dejado.

Capítulo 18



El velo brilla en la lejanía, etéreo, como un halo de tonos violetas y plateados en la oscuridad, como una perla que resplandece en las sombras. Me parecería precioso si no me doliera todo el cuerpo, si nuestros caballos no estuvieran empezando a tambalearse de cansancio y si la pena que nos ha causado la pérdida de Arzel no pesara sobre nosotros como una losa gélida.

A medida que nos acercamos, el zumbido del velo gana intensidad en mis oídos. Voy a tener que exprimir mis reservas de energía para que podamos cruzarlo, pero estoy mareada y exhausta. Y estoy bastante segura de estar también deshidratada.

Podría haberme quedado dormida apoyada sobre Raphael, con sus brazos a mi alrededor. La forma en que se mueve contra mí me

empuja a cerrar los ojos y a regalarme tanto en el calor sensual que irradia como en la fuerza de su cuerpo. Al notar sus latidos en la espalda, los párpados me empiezan a pesar. Después de la pesadilla que pasamos anoche, me resultan extrañamente reconfortantes.

–¿Te estás quedado dormida, duendecillo? –Es la primera vez que utiliza ese apodo de forma afectuosa. Su voz es un quedo murmullo y su aliento me calienta la oreja.

–Claro que no. Yo siempre estoy alerta.

–Pues te vendría bien aprovechar a descansar un rato.

–¡Soldados! –El tono brusco de Freya me hace abrir los ojos de golpe.

Me vuelvo para echar un vistazo por encima del hombro, pero la oscuridad no me deja ver nada.

–¿Dónde? –pregunta Raphael.

–Nos siguen a caballo –dice ella–. No los veo, pero oigo el golpeteo de los cascos cada vez más cerca.

Raphael tira de las riendas hasta que su yegua se detiene.

–Tendremos que continuar a pie. Mi caballo está al borde del colapso y no va a poder ir más deprisa.

–El mío está igual –responde Freya–. Además, cabalgando somos un blanco más fácil, porque se nos ve más e, igual que nosotros los oímos a ellos, ellos también tienen que estar oyéndonos a nosotros.

Raphael se baja del caballo y me ayuda a hacer lo mismo. Tengo las piernas tan agarrotadas después del largo viaje que casi me caigo al suelo.

–No hagas ruido –me susurra, ayudándome a recuperar el equilibrio.

Avanzamos en silencio guiando a los caballos por el prado e intentando no hacer el menor sonido. Me da un vuelco el corazón cada vez que oigo el crujido de una hoja o el chasquido de una ramita al partirse. Los dos agentes que me acompañan parecen ser capaces de moverse sin apenas tocar el suelo, tan silenciosos como el aire.

El amanecer empieza a iluminar el cielo índigo y lo tiñe de un color rojo coral. A medida que el sol se levanta, la barrera iridiscente replica los tonos rojizos, violetas y anaranjados del alba.

Y entonces Freya y Raphael se detienen en seco. Yo doy otro paso más, pero también me quedo de piedra. Un estruendo, acompañado de una suave vibración que sacude la hierba, gana intensidad. Es el sonido de varios caballos al galope.

–Vienen directos a por nosotros –dice Raphael–. Hay que seguir.

Suelta las riendas de su yegua y, tras darle una palmada en la grupa, el animal se aleja trotando. Freya hace lo propio y su caballo sigue al de Raphael. Ambos se alejan del velo de manera instintiva.

–Nos ayudarán a ganar tiempo –dice Raphael todavía en un susurro–, pero será mejor que nos demos prisa.

Corro detrás de su silueta tratando desesperadamente de seguirle el paso. Nos movemos agazapados, intentando mantenernos ocultos entre las sombras, pero esta se vuelve una tarea cada vez más y más imposible a medida que nos acercamos al velo. Ahora la barrera mágica nos baña con su resplandeciente luz. Lo único que me mantiene en movimiento es la adrenalina, que se me desata al oír el restallido de los cascos contra la tierra.

En nuestra carrera frenética por la hierba, el velo me zumba en las orejas y se me clava en la piel como un millar de agujas diminutas.

Freya, que es la primera en llegar, se vuelve para mirarme.

–¿Podemos cruzarlo ya?

–No –susurro–. ¡Esperad!

Intento concentrarme en la magia, pero noto el peso de sus miradas en mí.

–Se están acercando –me espeta Freya–. Vamos, Nia.

–Deja que se concentre –interviene Raphael.

Lo noto. Noto el tejido de energía y lo delgado que es en sus puntos débiles. Si canalizo mi poder hacia una de esas zonas, el velo se desgarrará y podremos atravesarlo. Aúno toda la energía que puedo mientras busco uno de esos puntos débiles.

El velo no deja de zumbar y el estruendo de los caballos cada vez se oye más cerca. Como no consiga inhabilitar la barrera ya, vamos a morir a manos de los fey.

–¡Tenemos que cruzar ya! –exclama Freya–. De lo contrario, vamos a morir. No podemos permitirnos que nos atrapen, y ya casi los tenemos encima.

–Esperad.

Aprieto los dientes y me concentro intentando dejar la mente en blanco. Trato de no pensar en las personas que dependen de mí, en la misión y en Arzel, que se habría sacrificado en vano por nosotros si no consigo que crucemos. El velo es lo único que importa.

Y su zumbido no para de crecer.

–Nia, es ahora o nunca –insiste Freya.

Me vuelvo para ver dónde están los soldados y me sobresalto al descubrir que ya solo los separan unos cuantos metros de nosotros. Su líder tiene la vista clavada en mí; en sus ojos brilla un malicioso destello dorado. Levanta una enorme hacha por encima de la cabeza con un gruñido y profiere un grito de guerra.

El miedo me tiene casi paralizada, pero me aprovecho de él para ahogar el resto de mis pensamientos. Lo lanzo contra el velo sin un objetivo claro, disperso.

Todo el velo parpadea y su zumbido se apaga. Raphael me agarra del brazo y tira de mí para cruzar al otro lado.

Me tambaleo y consigo dar unos cuantos pasos apresurados por unos estrechos campos delimitados por muros de piedra. Un bosque de robles se extiende ante mí. La luz cobriza besa las hojas de los árboles.

Estoy helada y no dejo de temblar. El aire frío se me clava en la piel y hace que me castañeteen los dientes. Pese a que es primavera, me siento como si fuese enero.

El zumbido vuelve a adueñarse de mis oídos. Entre la neblina del velo, veo que los jinetes frenan tan en seco que los caballos se encabritan. Uno de ellos nos apunta con su arco.

Joder. Por mucho que hayamos cruzado a tiempo, la barrera mágica no parará sus flechas. Algo pasa zumbando junto a mí, pero viene de atrás. La flecha de Freya se entierra en el cuello de uno de los soldados.

–¡No os paréis! –grita Raphael.

Freya y él retoman la marcha y yo intento seguirlos, pero noto los músculos como si los tuviera congelados. Estoy temblando de pies a cabeza, muerta de frío. El aire gélido me cala hasta los mismísimos huesos.

–¡Vamos, Nia! –me insta Raphael.

Pero mis extremidades son témpanos de hielo. Una flecha cruza el velo y me pasa rozando la cara.

–¡Marchaos! –les digo. No consigo que los dientes dejen de castañetearme.

Raphael vuelve corriendo a mi lado, me coge en brazos y me presiona contra la firmeza de su pecho. En cuanto me tiene bien sujeta, echa a correr. Freya le cubre más adelante lanzando una flecha tras otra en dirección al velo.

Cuando llegamos al resguardo del bosque, estoy temblando contra su pecho, pero Raphael no aminora el paso hasta que estamos fuera del alcance de los soldados.

–Estás helada –masculla.

–He usado demasiada magia. –Sin embargo, ahora tengo la sensación de estar ardiendo–. Pero ya no tengo frío. –Quiero quitarme el vestido–. Tengo mucho calor.

–Te está dando una hipotermia. –Levanta la vista y el sol naciente le ilumina los ojos y les confiere un brillo dorado–. Espera, Freya. Le ha bajado demasiado la temperatura corporal. Necesitamos ayuda ya.

El mundo se desdibuja y todo se vuelve negro durante un instante. Cuando vuelvo a abrir los ojos, solo veo a Raphael. La luz dorada le baña los pómulos. Está recostado contra un árbol y me estrecha contra él.

Me pesan los párpados y, aunque no sé si seré capaz de volver a despertarme, ya no me molesto en luchar contra ello. Ahora Raphael me lleva en brazos, pegada contra su amplio pecho, y se mueve con rapidez, como si no pesara nada.

Qué extraño me resulta sentirme a salvo con él.

Me trae a la mente un recuerdo de hace tiempo, algo que me había esforzado en olvidar.

Capítulo 19



El mundo se mueve de arriba abajo, cabecea como un barco. Y con gran ímpetu.

Intento abrir los ojos, pero me supone un esfuerzo demasiado grande. El frío me empapa los huesos, me hiela la sangre. Estoy congelada. Tiemblo, me estremezco como una hoja seca ante el azote del viento.

Una voz resuena en mi cabeza; es el libertino que a veces se pone violento. *Voy a probarte. Rodéame con las piernas. Arderemos en esa llama oscura que lo devora todo; seremos un cometa en el cielo.*

Veo que esta noche no tocan palabras violentas. Me sumo en la inconsciencia.

Estoy en Los Ángeles, en la cama de mi infancia, rodeada de mis peluches. Noto la cabeza caliente y me arde la garganta. Acabo de despertarme de una pesadilla horrible, una en la que aparecía un hombre con el pelo negro, una corona puntiaguda y una espada en la mano.

Mi habitación da más miedo de lo normal; las sombras trepan por las paredes, y temo que el hombre de mi sueño esté escondido en alguna de ellas. Una tos me desgarra el pecho. El miedo me invade.

–¡Mamá! –grito.

A veces no me hace caso cuando la llamo. A veces me deja sola en casa, sobre todo cuando papá se va de viaje de negocios.

Ahora estoy convencida de que el rey malvado está escondido en mi habitación y yo estoy demasiado enferma como para plantarle cara.

–¡Mamá! ¡Mami!

Las lágrimas me caen calientes por las mejillas. Me cuesta respirar. Noto algo raro en el pecho y no consigo llenarme los pulmones de aire. Cuando toso, de mi interior escapa un extraño sonido grave que suena de lo más feo. Por cómo se me está empezando a cerrar la garganta, estoy bastante segura de que necesito ir al médico. Quiero levantarme para ir al baño a por medicina, pero, si toco el suelo, el rey asesino me atrapará el pie. ¿Será él quien me está robando el aliento?

–¡Mamá! –Me duele la garganta de gritar, pero nadie viene a ayudarme–. ¡Papá!

Los niños necesitan que alguien cuide de ellos.

Alguien me está tirando de la ropa y yo no quiero quitármela.

Oigo voces a mi alrededor.

–No está respondiendo a mi magia. –La voz profunda de Raphael suena cortante–. Estoy intentando curarla, pero no funciona.

Aunque abro los ojos, lo veo todo borroso.

–Le he quitado casi toda la ropa. –La voz de Freya surca el aire–. Encárgate tú de ayudarla a entrar en calor, que yo me estoy mareando otra vez. Pero no te hagas muchas ilusiones, ¿vale? No ha practicado lo suficiente como para saber moderar su magia y la ha liberado toda de golpe. Nadie sobreviviría a una bajada de temperatura tan brusca.

Quiero decirles que estoy bien, pero no puedo moverme. A lo mejor Freya tiene razón. ¿Y si me estoy muriendo?

–Saldrá de esta –asegura Raphael con firmeza.

–Bueno, pues haz que entre en calor de una puta vez.

–Eso haré. Se pondrá bien –insiste con una inquebrantable convicción–. Cúbrenos con un par de mantas más antes de que te marches, ¿quieres?

Alguien se tumba a mi lado y me rodea con sus fuertes brazos. La tensión que le agarrota los músculos bajo la piel cálida y suave contradice la seguridad con la que acaba de hablar. Bajo la superficie se palpa una indiscutible rigidez. ¿Está desnudo? ¿Lo estoy yo?

Intento mantenerme despierta, pero vuelvo a perderme.

Mi mente regresa de nuevo al pasado.



Estoy fuera de la biblioteca de la casa señorial. Pasamos allí tres veranos y, durante ese tiempo, me mantuve lo bastante cerca de Raphael como para poder verlo y oírlo desde las sombras. Sus amigos mestizos y él me parecían dioses. Todos eran aristócratas, atractivos e intocables. Los príncipes de la casa. Siempre seguros de sí mismos. Yo solía esconderme en los rincones de la biblioteca, fingiendo leer, cuando en realidad escuchaba sus conversaciones a escondidas con suma atención para intentar descifrar qué decían en fey.

Raphael, que solo los acompañaba de noche, solía apoltronarse sobre las butacas de terciopelo con las piernas largas subidas a uno de los reposabrazos mientras bebía vino. Solo me sacaba un año, pero parecía mucho más mayor. Más sofisticado. Siempre me preguntaba lo que se sentiría al estar tan cómodo en tu propia piel,

al dejar que el omnipresente nudo que te agarrotaba el estómago se fundiera. Lo que se sentiría al sonreír sin una sola preocupación. Raphael era un poco más serio que los otros y, a veces, se quedaba pensativo, sumido en su propio mundo. Pero nunca demostraba nerviosismo.

Yo me sentía tan sola que cada una de sus muestras de camaradería se me clavaba en el pecho como una puñalada. Quería formar parte de su grupo más que nada en el mundo. Quería ser una de esas preciosas chicas mestizas que se relacionaban, flirteaban y bromeaban con ellos.

Raphael no me dirigió la palabra hasta el tercer año que veraneamos juntos. Yo tenía diecisiete años y estaba en la biblioteca esperando que apareciera.

La noche en que lo vi entrar solo, me quedé sin aliento. Me sonrió. Me sentía como si me hubiera criado en la oscuridad y notara la calidez del sol en la piel por primera vez. Me preguntó qué estaba leyendo y yo me explayé dándole demasiada información acerca de mi poeta favorito, que había muerto ahogado. Le conté que su esposa le había arrancado el corazón antes de que quemaran su cuerpo en una pira funeraria.

Recuerdo que Raphael me miró sorprendido y yo me puse colorada. Luego me preguntó si me parecía bien que volviéramos a vernos. La inseguridad estuvo a punto de empujarme a decirle que no, pero me las arreglé para asentir y, al día siguiente, salimos a recorrer los campos bañados por la luz del sol. Durante el paseo, me habló de la casa señorial, que se llamaba Douloureuse Garde (es decir, «la fortaleza triste») debido a que el ejército inglés había masacrado a sus habitantes durante la guerra de los Cien Años. Por aquel entonces, utilizaban el término *chevauchée* para referirse a los atroces asedios y la quema de territorios a los que los ingleses recurrieron durante el conflicto. Así fue como capturaron a Juana de Arco.

Al esconderse en los calabozos mientras los demás morían masacrados, el vizconde fue el único superviviente tras la *chevauchée*. Cuando regresó arriba, descubrió que la sangre

salpicaba hasta la última piedra de su hogar y, por eso, decidió bautizarla como la Douloureuse Garde.

Raphael también tocó temas menos lúgubres. Me habló de los alquimistas y magos que vivieron allí setecientos años antes, que predecían el futuro gracias a las estrellas y vieron el auge y la caída de numerosos imperios.

Me explicó el lenguaje del vino. Me contó que los viticultores leen mensajes en las hojas de las parras y que las raíces y el sustrato les murmuran secretos a las uvas. Que, en condiciones extremas, cuando el rumor de la hambruna recorre la tierra, las uvas crecen más sabrosas que nunca. Los viticultores suelen cultivar las parras en esas mismas condiciones para potenciar al máximo su sabor mientras crecen.

Cuando me preguntó qué me gustaba hacer en mi tiempo libre con ese acento fey tan bonito, lo único de lo que pude hablarle fue de los libros, pero pareció disfrutar de la conversación.

Recuerdo que el contraste de su piel dorada con la frialdad de sus ojos plateados me hacía pensar en los rayos de sol abriéndose camino entre las nubes de tormenta. Admiré sus preciosas orejas puntiagudas discretamente y disfruté de su delicioso olor masculino y ligeramente especiado, como a madera de cedro y a bosque. El mismo que ahora me embarga los sentidos...

Aquel día, me llevó a los calabozos de Douloureuse Garde. Me condujo bajo tierra y, cuando las sombras nos engulleron, me dijo que la casa estaba habitada por el fantasma del vizconde, quien se había vuelto loco a causa de los remordimientos.

Cuando me acerqué a él, asustada, me pasó un brazo por los hombros.

Sus ojos plateados brillaban incluso en la oscuridad. Entrecerrados y traviesos.

Bajo tierra hacía un frío de mil demonios, pero recuerdo notar el calor que irradiaba Raphael.

Todavía tengo frío; el aire me atraviesa y me sacude. Me congela los pulmones. Me cuesta respirar cuando todo se detiene, cuando el aire se queda tan inmóvil como el hielo...

Deambulamos por los calabozos y, tras volver al exterior, nos tumbamos bajo un tejo en la hierba iluminada por el sol, cada uno con un brazo extendido hacia el otro. Cuando nuestros dedos se rozaron, oí unas palabras en mi cabeza: *Qué belleza. Qué belleza.* En aquella ocasión, las voces no me asustaron, porque describían lo que yo misma veía.

Pero todo cambió después del beso. El beso me demostró quién se escondía bajo esa fachada hermosa y lisonjera.

Unos brazos cálidos me presionan contra un pecho firme y jadeo en busca de aire.



Todo se mueve de arriba abajo, como en un balanceo. En condiciones normales, el vaivén me revolvería el estómago, pero ahora me siento segura y cómoda. La magia me hormiguea en la piel y me acelera el pulso. Noto un peso de lo más agradable envolviéndome.

Abro los ojos despacio. Raphael y yo estamos acostados juntos, piel con piel. Me ha rodeado la cintura con un brazo y el torso con el otro, de manera que me estrecha contra sus abdominales. La camisola que me cubre se me ha quedado recogida justo por debajo de los pechos. Me consuela no estar totalmente desnuda, aunque no llevo nada más que la ropa interior. Supongo que Raphael estará igual. Tengo la parte baja de la espalda curvada contra su vientre y sus piernas enroscadas en torno a las mías. Los dos tenemos unas cuantas mantas encima.

Me vuelvo para mirarlo y me lo encuentro observándome entre sus largas pestañas. Un mechón de pelo negro le ha caído sobre los ojos.

–Buenos días, duendecillo –susurra. De nuevo, su voz destila cierto aprecio cuando usa ese apodo. Una media sonrisa se adueña fugazmente de sus labios.

–¿Qué está pasando? –grazno.

Apoya la cabeza sobre el puño para mirarme, pero no aparta el otro brazo de mi cintura. Noto que se relaja contra mi cuerpo.

–Has sufrido un ataque de hipotermia y he tenido que ayudarte a entrar en calor.

Frunzo el ceño confundida.

–Es la primera vez que me pasa algo así después de usar la magia. O sea, nunca me había pasado tanta factura.

–Tendrás que aprender a dosificarte para que no te afecte tanto. Esta vez has inhabilitado el velo entero durante unos segundos. Cientos de kilómetros de barrera mágica. La descarga de energía que has liberado ha sido tan tremenda que casi te mata. Tendrás que trabajar ese aspecto a fondo cuando regresemos a la academia, porque no volveré a permitir que pongas en peligro tu vida.

Dejo volar la vista por sus hombros amplios y sus brazos cincelados, decorados con unas líneas negras que le llegan hasta la clavícula. A pesar de verme invadida por el irrefrenable impulso de trazar esos zarcillos de tinta con los dedos, me obligo a recordar lo que pasó cuando nos besamos.

–¿Sigues aquí en la cama conmigo por algún motivo en particular? –le pregunto–. Ya he entrado en calor.

Su rostro se transforma en una máscara inexpresiva.

–Supongo que no.

Se levanta de la cama y aprovecho para echarle un vistazo rápido. No lleva más que unos calzoncillos negros, y no puedo evitar recorrer su poderosa silueta con la mirada. Mientras se pone los pantalones, los marcados músculos de sus hombros y su espalda se tensan y relajan.

Cuando vuelve a posar la mirada en mí, giro la cabeza hacia un lado y finjo no haber estado comiéndomelo con los ojos.

–¿Quieres agua? –pregunta con suavidad.

–Sí, creo que me vendrá bien –digo humedeciéndome los labios.

Sin molestarse en ponerse la camisa, se acerca a la mesa y me sirve un vaso. Aunque he recuperado el conocimiento hace un rato, todavía no me he parado a estudiar la habitación en la que nos encontramos. Colocadas contra las paredes de caoba, hay unas cuantas sillas con asientos de terciopelo y símbolos náuticos tallados en la madera. La luz que se cuela por los ojos de buey baña un

escritorio lleno de papeles donde descansa un tintero. Y estoy tumbada en una amplia cama de sábanas suaves.

Raphael me ofrece el vaso de agua y doy un par de sorbitos con cautela antes de recostarme de nuevo sobre las almohadas.

–Gracias –susurro.

–Nos has salvado la vida, ¿sabes? Si no te hubieras presentado en Allevur, habríamos caído en aquella trampa. Varris nos ha traicionado. Lo que no sé es si nos ha estado engañando desde el principio o si los fey lo atraparon y lo torturaron para encontrar la forma de atraernos a su territorio. Sea como sea, lo han descubierto.

Dejo escapar una exhalación entrecortada.

–El traidor de Varris.

–Escuchaste una voz en tu cabeza y te dijo la verdad –comenta poniéndose una camisa blanca.

–Básicamente.

–¿Y ya te había pasado antes?

–Siempre me las había tomado como simples alucinaciones –admito algo confundida–, pero, sabiendo que tengo sangre fey, empiezo a preguntarme si la magia tendrá algo que ver con ellas.

Raphael coge una silla y se sienta.

–Otro don. Y con él van dos.

Trago saliva.

–Wrythe dice que, cuando una persona tiene más de un don, sus poderes interfieren entre sí. La magia antitética es una maldición que conduce a la locura.

Ladea la cabeza.

–¿Tú crees que las voces vaticinan el futuro? ¿Que tu poder es similar al de Tana?

Pienso en lo que he oído a lo largo de los años. A veces, los gritos se hacen realidad, pero, otras, se reducen a mentiras, a pensamientos desesperados o incluso a una mera letanía de inseguridades. De vez en cuando, en el interior de mi cráneo resuenan pensamientos subidos de tono que, en general, giran en torno a mí. De vez en cuando, suenan como si escuchara una conversación de pasada por la calle.

Con Tarquin, las voces siempre se vuelven hostiles: «Hay que ponerte en tu lugar. Mira lo que has conseguido por no haber sido amable cuando tuviste la oportunidad. Puta».

Cuando la serpiente marina nos atacó, oí una voz que se desgañitaba asegurando que íbamos a morir.

Siempre transmiten reacciones viscerales. Siempre aparecen cuando tengo a otras personas cerca.

–A lo mejor soy telépata –digo–. Las voces reflejan los pensamientos de quienes me rodean. Expresan lo que sienten o lo que piensan.

Raphael se cruza de brazos y se recuesta contra la silla.

–Bueno, es cierto que los poderes interfieren los unos con los otros. Y que tengas dos dones explicaría por qué te cuesta tanto controlar tu magia.

Asiento mientras reflexiono sobre lo que acabo de descubrir. Al mezclarse, los poderes se debilitan y se desestabilizan. En algunos casos, terminan por anularse mutuamente con el paso del tiempo. En otros, la persona poseedora de dichos dones termina rompiéndose, ya sea mental o físicamente.

En menos de un mes, he pasado de ser una librera humana a una espía sobrenatural con más poder del que le conviene.

Una arruguita aparece entre las cejas de Raphael.

–Tendremos que reprimir tu telepatía. Con un poco de suerte, conseguiremos eliminarla por completo.

Aunque siempre he soñado con librarme de las voces, de pronto ya no estoy tan segura de querer deshacerme de ellas.

–Pero os ha salvado la vida.

Sonríe con gesto compasivo.

–Y lo agradezco de corazón, pero, como ya te he dicho, has estado a punto de morir. Si bien contamos con varios telépatas en el MI-13, solo disponemos de dos centinelas. Durante esta misión has demostrado que pronto serás una gran agente. Sin embargo, podríamos perderte si no anulamos tu segundo poder.

–Vas a tener que aprender a tratar mejor a tus pacientes. –Se me revuelve el estómago y la bilis me trepa por la garganta. No quiero vomitar en su cama, pero no tengo fuerzas para levantarme

todavía–. ¿Por qué me estoy mareando? Hace un momento estaba bien.

Me ofrece una sonrisilla socarrona.

–Me temo que eso ha sido cosa de mi magia. Aunque no hay nada que pueda hacer frente a tu dolencia mágica, al menos ha servido para mantener a raya tus mareos.

Me lo quedo mirando; ahora daría lo que fuera porque volviera a la cama conmigo.

–Pero me has echado –añade.

–Puede que haya cometido un error –admito secamente.

Me tumbo sobre el costado para quedar de espaldas a él y me cubro con las mantas hasta los hombros. Entonces noto que la cama se hunde cuando se acuesta a mi lado y curva su cuerpo contra el mío. El efecto de su magia sobre mi piel es inmediato.

Cuando cierro los ojos, pienso en el tiempo en que me dejó de hablar. Estuve tres días sin verlo después de besarnos y, cuando por fin lo encontré en los viñedos, me dijo que había perdido el interés en mí, que tenía cosas mejores que hacer que entretener a una estadounidense mimada. Estaba claro que Raphael podía aspirar a más. Por ejemplo, a una de las mujeres sofisticadas con las que pasaba el tiempo en la casa señorial. O a alguien como Ginevra Pendragon. Nadie tacharía de gentuza a una Pendragon.

A mis diecisiete años, me pasé el resto del verano tirada en el suelo de mi habitación sintiéndome tremendamente desgraciada.

Ahora me rodea la cintura con un brazo en actitud protectora. Durante un rato, todos mis pensamientos se centran en el contacto de su piel contra la mía.

Me regaño para mis adentros por disfrutar de la sensación. *No vuelvas a cometer el error de dejarte seducir por él, Nia*. He pasado años erigiendo muros mentales para protegerme de hombres atractivos como él, y no voy a dejar que su físico perfecto me los tire abajo.

No volveré a pensar en Raphael. Al menos, no de esa manera. Sé de sobra que acabará con alguien como Ginevra. Sería una idiota por pensar en él como algo más que un compañero.

Capítulo 20



Tres meses más tarde.

Siempre hay un momento cuando apunto con el arco en que todo lo que rodea a la diana se desdibuja. Aquí, en la sala de combate, me olvido de las vigas clavadas en los muros encalados y en los encantadores suelos de madera irregulares. Me olvido del altísimo techo también de madera y de las imponentes ventanas por donde entra el sol que ilumina la estancia abarrotada de cadetes. Ya no oigo el sonido de las espadas al entrechocar o la vibración de los arcos al disparar sus flechas. Hago caso omiso del inmenso retrato de Merlín, que nos vigila desde la pared.

Destierro de mi mente las pintadas que la gente no para de dejar en la puerta de mi habitación: las palabras «barra de autobús»

pintadas con intensos tonos de rojo y azul.

Mi mente se queda en blanco y el constante zumbido de las preocupaciones desaparece, así como el miedo a que mi madre le haya prendido fuego a otro sofá o a que haya conocido a otro hombre horrible. Tampoco pienso en Raphael o en la sensación de su cuerpo musculoso pegado al mío hace ya tantos meses.

No veo nada más allá del círculo rojo sangre que ocupa el centro de la diana como una manzana de Ávalon.

Cuando suelto la flecha, tanto los sonidos de la sala de entrenamiento como mis incesantes pensamientos regresan de golpe.

Resulta que no tengo mala puntería. De hecho, incluso me atrevería a decir que soy una buena arquera.

Vuelvo a levantar el arma y disparo una flecha tras otra. Viviane deambula entre nosotros y señala todos los errores que ve. Cuando pasa a mi lado, se detiene para observarme. Sin embargo, yo ya he vuelto a concentrarme en la diana y me olvido de que está ahí. Los sonidos se apagan hasta convertirse en un quedo murmullo. La luz del sol incide sobre mi objetivo.

Disparo una flecha y esta se clava con un estremecimiento en el círculo rojo.

Viviane deja escapar un gruñido, que seguramente sea lo más cercano a un cumplido que voy a conseguir por su parte. Desde que regresamos de la emboscada hace tres meses, su actitud ha cambiado un poco. Todavía señala todos y cada uno de los errores que cometo, pero al menos ha dejado de tratarme como si mi mismísima existencia fuera un error. Imagino que también he demostrado mi lealtad con creces.

Pasito a pasito, supongo.

Miro de reojo a Serana. Está luchando contra un hombre de pelo largo y castaño llamado Loic que blande una espada enorme con ambas manos. La daga de Serana parece diminuta en comparación con el tamaño de su arma, pero la chica no se lo está poniendo nada fácil. Cuando se abalanza contra él, su melena roja como el fuego vuela detrás de ella. Loic intenta asestarle un espadazo, pero adopta un pésimo ángulo de ataque y ella aprovecha para agarrarlo por la

muñeca y retorcerle el brazo a la espalda. Cuando el hombre suelta la espada, Serana se vuelve para guiñarme un ojo. Sé que se muere de ganas por salir al campo. Yo ya he participado en tres misiones en los últimos meses y, a mi regreso, siempre me acribilla a preguntas, desesperada por tener la oportunidad de probar su valor, ansiosa por saber hasta el último detalle.

El problema es que nunca tengo mucho que contar. Lo de la primera misión fue una excepción. Lo normal es que me quede cerca del velo, a la espera de que los agentes de verdad regresen. Desde entonces, no he vuelto a subirme a trenes en marcha ni he compartido cama medio desnuda con Raphael.

Me llevo la mano a la espalda para sacar otra flecha del carcaj. Los sonidos de la sala se reducen hasta convertirse en un murmullo cuando la coloco en el arco. Tenso la cuerda con un movimiento bien estudiado, sin quitarle el ojo de encima a la diana.

Cuando disparo, alguien me da un manotazo en la espalda y me sacude el brazo. Una voz me grita mentalmente: *Conque intentando actuar como una verdadera agente, ¿eh, puta asquerosa? Nia Melisende, tan sobada como una barra de autobús.*

La flecha se desvía de su objetivo y se clava en la pared, no muy lejos de Darius, que da un salto alarmado con las manos en alto y me mira con una expresión conmocionada.

–Lo siento –digo con una mueca.

Alguien chasquea la lengua y no me hace falta darme la vuelta para saber a quién tengo detrás. Tarquin me sonríe con suficiencia y Horatio, que tiene las mejillas sonrojadas, se muerde el labio como si intentara reprimir una sonrisa.

–¿No tienes algún miembro del servicio al que molestar o algo? –le digo–. Estoy intentando practicar.

El eco de sus pensamientos todavía resuena en mi cabeza y le oigo llamarme «puta asquerosa». La telepatía, al igual que mi otro poder, se manifiesta de forma errática, pero solo cuando toco a alguien. O, en el caso de Tarquin, cuando me toca a mí, ya que yo jamás lo tocaría a propósito.

–Ha sido sin querer, chalada –se defiende–. Además, si se te desvía el tiro al más mínimo toquecito, ¿tú te crees que vas a servir de algo

en una misión? Quizá te convendría volverte a Estados Unidos, porque allí tendrías más oportunidades de trepar en la escala social a base de chupársela a los peces gordos que aquí.

Ha ido levantando la voz hasta que resuena por toda la estancia. Los demás se han quedado en silencio y se han vuelto para mirarnos. Me muerdo la lengua para no responder, porque no quiero que me expulsen.

–Ahora que lo pienso –continúa a todo volumen–, ¿no era ese el plan de tu madre? Fue de hombre en hombre hasta que perdió el encanto, cayó en la indigencia y acabó en la droga. He investigado sobre ella. Es una pena, la verdad. –Mira a nuestros compañeros con una amplia sonrisa–. La cocaína es un lujo que alguien como ella no se puede permitir, ¿verdad? Al fin y al cabo, no tiene trabajo. Me pregunto de dónde sacará el dinero para pagarse el vicio viviendo en ese apartamento cochambroso. Pero ¿te has fijado en cómo tiene los dientes? En realidad, no me sorprende que su hija esté tan desesperada por labrarse un nombre chupando pollas al otro lado del charco. ¿Sabéis cómo llamaban a Nia en Los Ángeles? La ramera Melisende.

–Hace siglos que nadie utiliza esa palabra –mascullo. Además, ni siquiera rima con mi apellido.

Horatio suelta una risotada.

–Yo he oído que la llaman Nia la Buscona.

–La dama Melisende, el zorrón comepollas –aúlla Tarquin.

Noto a los demás cadetes taladrándome con la mirada.

La sangre se me acumula en las mejillas y estoy a punto de lanzarme a por él cuando alguien me agarra del brazo. La mano de Serana es como una tenaza de hierro.

–No saltes, Nia –me dice–. Eso es lo que está buscando.

–No te interesa enfrentarte a un Pendragon, ¿verdad? –pregunta Tarquin con tono burlón–. No sería una decisión muy inteligente por tu parte, teniendo en cuenta que fundamos este lugar.

–Ay, pobrecito Tarquin –replico intentando mantener un tono despreocupado–. Estás frustrado porque yo ya he participado en cuatro misiones y tú... ¿En cuántas? ¿Cero? –Arrugo la nariz con fingida compasión–. Cero, ¿verdad? Es que quiero dejar claro que

ese es el número de cosas que has hecho por esta academia. Cero patatero.

Deja escapar un resoplido desdeñoso, pero aprieta los puños porque le he dado donde más le duele.

–Eres una burda transportista. Este no es tu sitio.

–Tarquin –interviene Serana en voz baja–, como te vuelvas a acercar a Nia, me colaré en tu habitación durante la noche y te cortaré las pelotas con un cuchillo oxidado.

–¿Me estás amenazando? –pregunta entornando los ojos.

–¿De qué hablas? –Serana se echa hacia atrás haciéndose la sorprendida–. Solo te estoy avisando de lo que Tana ha visto en sus cartas, ¿verdad, Tana?

La otra chica se acerca a nosotros con expresión serena.

–Así es –dice con voz risueña–. Las dos pelotas, en mitad de la noche. Y he visto un montón de sangre. –Cierra los ojos y respira hondo con una suave sonrisa–. Es como si lo estuviera viendo ahora mismito. Y no veas cómo gritas...

Tarquin se pone blanco. Todo el mundo sabe que Tana no suele equivocarse con sus predicciones y, cuando deja volar la voz por la estancia de esa manera, consigue poner los pelos de punta.

–Bruja asquerosa –gruñe Tarquin–. Vámonos de aquí, Horatio. Nunca deberíamos haber permitido que esta chusma estudie en la academia. Es igual que si hubiéramos dejado entrar a los bárbaros en Roma.

Se da media vuelta y sale de la estancia. La sesión de entrenamiento está a punto de terminar y un reducido número de compañeros nos observa con atención. Tengo la boca seca. ¿Qué clase de persona investigaría a una mujer que vive en otro país solo para insultar a su hija? Un capullo integral.

Serana todavía me tiene agarrada con fuerza del brazo.

–Ya puedes soltarme –le digo apretando los dientes.

–Perdona –se disculpa antes de hacer lo que le pido.

–La cosa se habría puesto muy fea si Serana no te hubiera frenado –suspira Tana.

Me alejo para recoger mis flechas mientras todavía tiemblo de rabia. Respiro despacio, profundamente. Estoy segura de que

Tarquin le contará lo de mi madre a todo el mundo. Y, después de haber recibido una carta suya plagada de divagaciones, estoy haciendo todo lo posible por no pensar en ella. Por si no me sentía ya lo bastante culpable por haberla abandonado, los desvaríos que ha garabateado en su carta me han dejado muy claro que no está pasando por su mejor momento. Está furiosa conmigo. De hecho, ha llegado a un punto en que sus comentarios son casi tan retorcidos como los de Tarquin.

Dejo el arco y las flechas en su correspondiente estante y, cuando me doy la vuelta, la sala ya casi está vacía. Serana y Tana me esperan junto al amplio arco de entrada. Regreso junto a ellas sin dejar de darle vueltas a la cabeza.

–Si no como algo pronto, voy a acabar yendo a por Tarquin para matarlo con mis propias manos –refunfuña Serana.

Tenemos veinte minutos libres antes de la siguiente clase. A Serana siempre le entra hambre durante los descansos, así que he empezado a preparar sándwiches de queso y *chutney* para evitar que se ponga de mal humor.

–Yo me encargo de eso –le digo.

Recorro las escaleras y pasillos sombríos de la academia arrastrando los pies junto a mis amigas, sumida en un torbellino de preocupaciones, pero, en cuanto salimos, el intenso sol me calienta la piel y me tranquiliza. La luz amarillenta del verano prende las hojas de los manzanos, de cuyas ramas penden pequeñas manzanas en proceso de maduración.

Las tres cruzamos la hierba salpicada de nomeolvides y prímulas. Discretamente recorro los alrededores con la mirada para intentar hacerme una imagen mental de la zona y de las personas que nos rodean. Es una costumbre que se supone que todos debemos cultivar. Algo me llama la atención, como un extraño tirón mental, y me fijo en que una mujer alta de cabello rojo cereza me mira con el ceño fruncido. Se vuelve y se aleja dando largas zancadas. Me pregunto quién será. No forma parte del profesorado que suele darnos clase, pero, por algún motivo, me ha parecido que estaba interesada en mí.

En cuanto Tana se sienta debajo de un manzano, nosotras la imitamos. Meto la mano en mi bolsa de cuero y saco tres sándwiches envueltos en papel parafinado. Serana acepta mi ofrenda batiendo las pestañas.

–Gracias, querida. Qué bien me cuidas.

Le ofrezco una sonrisa.

–Vale. Ahora, a practicar. Dime cuántas personas hay detrás de ti y qué llevan puesto.

Aprieta los labios mientras se concentra. Este es un ejercicio en el que ya llevamos un tiempo trabajando. Los espías debemos estar al tanto de todo lo que pasa a nuestro alrededor y fijarnos hasta en los detalles más insignificantes incluso estando de descanso. Si un espía no se da cuenta de que alguien lo está siguiendo, ya puede darse por muerto. O por atrapado. Y todo el mundo sabe que, si los fey te capturan, el destino que te espera es mucho peor que la muerte.

–Hay seis personas –dice–. Gisela y Oren están junto a la estatua. Ella lleva un vestido de gasa azul y él, esos pantalones de cuero apretadísimos que lleva siempre. También hay cuatro mujeres mestizas sentadas en el banco que hay al otro lado del estanque. Todas llevan vestido. Dos van de verde; una, de morado, y otra, de dorado.

–Muy bien, pero, más que morado, diría que es de un azul bígaro –le digo.

Echa un vistazo por encima del hombro.

–Ay, es verdad. Pero, bueno, he acertado con todo lo demás.

–No sé cómo no le cortan la circulación a Oren esos pantalones.

–Ahora te toca a ti decirme quién está detrás de ti y qué están haciendo.

Cierro los ojos e intento recordar lo que he visto.

–Gael, Penelope y Horace están junto a las lápidas antiguas, las que tienen calaveras con alas. Gael sostiene un libro de color malva y les está dando una charla de poesía a los otros dos.

Abro los ojos y Serana me mira enarcando una ceja con escepticismo.

–No me creo que tengas el oído tan fino como para oír lo que dice.

–Y no lo tengo, pero Gael está hablando con esa expresión tan pretenciosa que solo pone cuando recita poesía. Y Penelope le está haciendo ojitos.

Tana se ríe.

–Te lo compro –concede Serana–. Ahora dime cuál de los tres lleva un arma.

Me muerdo el labio y vuelvo a hacer memoria.

–Penelope. Tiene un ligero bulto en la bota, así que debe de llevar algún cuchillo escondido dentro.

–Muy bien.

Ambas miramos a Tana.

–Ay, no, por favor –suspira.

–Tienes que dominar esta habilidad para superar la Purga –le recuerdo con toda la delicadeza del mundo. He aprendido que, tras su fachada serena, se oculta una mujer que se preocupa por todo–. Puedes hacerlo. Sabes que sí, Tana.

Pero la verdad es que ni siquiera yo me creo lo que estoy diciendo. Solo faltan seis semanas para que pongan a prueba nuestra resistencia, nuestros dones mágicos y nuestra destreza para el combate y el espionaje en la Purga. Cualquier cadete que no supere estas pruebas será expulsado de la academia, y muchos suelen marcharse gravemente heridos... si es que sobreviven siquiera.

La Purga es una criba implacable, porque la Torre Ávalon no puede permitirse correr el riesgo de contar con agentes mediocres. Si un espía es capturado durante una misión, las consecuencias para el MI-13 serían desastrosas. Un espía capturado podría llegar a revelar todos los secretos de la organización.

A Serana todavía le cuesta hablar en fey; yo apenas sé controlar mis poderes, y Tana tiene un serio problema a la hora de prestar atención a lo que pasa a su alrededor. Aunque ve lo que está pasando, suele confundir el momento exacto en que ocurre cada cosa.

–Eh... –vacila–. Hay un... hombre detrás de mí. Creo que lleva una túnica azul y fuma una pipa.

Echo un vistazo por encima de su hombro. Hay un hombre tumbado en la hierba, pero viste un chaleco de terciopelo y está

leyendo un libro.

–¿Puedes darme más detalles?

–A ver... Se parece al hombre del cuadro que hay en el comedor. Al famoso bardo de barba larga y... Ah. –Se desanima–. Es ese poeta.

–¿Te refieres a Taliesin? –pregunta Serana–. Lleva muerto más de mil años.

–Bueno, estaba justo detrás de mí hace mil quinientos años –suspira–. Soy un caso perdido.

–Solo necesitas un poco más de práctica –digo, aunque la mentira hace que una punzada de arrepentimiento me atraviese el pecho. No estoy segura de que vaya a servirle de mucho.

–¿Y qué hay de tu telepatía? –pregunta Serana–. ¿Has conseguido librarte de ella?

–¡Va de maravilla! –respondo alegremente–. No hay de qué preocuparse.

–Está haciéndolo otra vez –dice Tana ladeando la cabeza.

–Totalmente –coincide Serana.

–¿Qué estoy haciendo? –pregunto a la defensiva.

–Cuando mientes, se te pone la voz de pito y te salen gallos –explica Serana–. Siempre lo haces cuando nos dices lo que piensas que queremos oír.

–Y lo haces mucho. –Tana arruga la nariz.

Se me forma un nudo en el pecho.

–O sea, que no solo tengo que lidiar con la condena de la magia antitética, sino también con la de ser una pésima mentirosa. Me temo que no son los rasgos más adecuados para una espía, ¿no?

Serena esboza una mueca.

–¿Todavía oyes los pensamientos de los demás?

–Solo cuando son muy fuertes. Además, tengo que estar tocando a la persona.

–¿Cuándo suenan fuertes los pensamientos? –pregunta enarcando una ceja.

–Cuando tienen que ver con emociones intensas.

–Pero ¿tan malo es? A mí me parece que tener dos dones es una ventaja.

–¿No te acuerdas de lo que Wrythe nos contó en clase?

Tana levanta la vista al cielo e imita la voz pomposa del profesor:

–En el reino fey, a quienes disponen de magia antitética se les trata como escoria, puesto que suelen acabar perdiendo la cabeza. Se vuelven peligrosos, pierden el control. Se transforman en idiotas voraces que intentan alimentarse de humanos y fey por igual. Son caníbales.

Yo también arqueo una ceja.

–Exacto. Y la magia de Mordred Matarreyes también era antitética. Cruzó el lago de Ávalon, se coló en el castillo y mató a Arturo y a todos los que dormían en la Torre Lothian. No sé si él comía gente. Supongo que sí.

–¿Los mató en la torre donde dormimos? –pregunta Serana con los ojos como platos–. No tenía ni idea de que eso había pasado en Lothian.

Tana no parece nada sorprendida. Supongo que lo habrá visto todo en sus visiones.

–Sí –digo–. He investigado sobre el tema en la biblioteca de los cadetes. Después de lo de Mordred y la guerra con Morgana, a los fey se les vetó el acceso a la Torre Ávalon durante más de quince siglos, hasta que empezaron a necesitarnos. Está claro que a los Pendragon todavía no les hace mucha gracia nuestra presencia aquí, y sé que no van a arriesgarse a tener que lidiar con otra «mestiza loca». No sé si os habéis dado cuenta, pero no les caigo demasiado bien. Si se enteran de lo de mis poderes, empezarán a compararme con Mordred.

–¿Y Raphael no lo considera un problema? –pregunta Serana, confundida.

–No, pero solo porque está desesperado por contar con más centinelas. –Me muerdo el labio–. También es posible que le haya hecho creer que tengo la situación más controlada de lo que la tengo en realidad.

–Joder, por favor, no me comas mientras duermo –dice Serana.

Tana respira hondo y me ofrece una mano.

–¿Qué estoy pensando ahora mismo?

Me la quedo mirando.

–Se supone que no debo utilizar ese poder, Tana. Os lo acabo de explicar.

–Por favor –susurra.

Le doy la mano, sorprendida ante lo desesperada que suena. Sus pensamientos afloran en mi mente tan pronto como entro en contacto con su piel. Sin embargo, a diferencia de la mayoría, Tana no piensa en palabras, sino en imágenes, sentimientos, emociones y...

–Oscuridad. –Tengo la voz ronca y una ola de frío me cala hasta los huesos–. Muerte. Ya viene... Algo se acerca y va a destruir todo cuanto encuentre a su paso. Hay una sola gota de agua cristalina y se la está tragando... –Aparto la mano de un tirón, desesperada por escapar del horror–. Dioses. –Me siento enfadada, aunque no sé por qué–. ¿Qué ha sido eso? ¿Te sientes así todo el tiempo?

Nunca la he visto esbozar una expresión tan sombría.

–Sí, llevo unos cuantos días así. El futuro cada vez es más negro. Algo horrible viene a por nosotros, y creo que vamos a morir.

Un escalofrío me trepa por la espalda y el cielo parece encapotarse.

–Había una gotita de agua –digo–. Era mágica de alguna manera. Algo que podría impedir todas esas muertes. Luego he visto una claridad cristalina, similar a la de la superficie de un lago. La luz de la luna se refleja en ella, pero las sombras intentan extinguir su brillo, devorarlo.

Tana permanece impasible.

–Ah, el lago cristalino eres tú.

–¿Que soy el qué? –La miro estupefacta.

–Para frenar la muerte, te necesitamos a ti.

–¿Por mis poderes de centinela?

–No necesitamos una centinela cualquiera, sino a ti. A la Dama del Lago. ¿Sabías que no ha habido una desde hace miles de años? La última fue Nimue. Y las cosas no salieron muy bien después de lo que le hizo a Merlín, ¿verdad? –Tana sonríe de oreja a oreja–. Pero creo que eres tú. No dejo de verte en la Torre de Nimue. –Me agarra del brazo–. Tienes que superar la Purga. Tienes que quedarte en

Camelot. Como te echen o suspendas las pruebas, estamos bien jodidos.

Es la primera vez que le oigo utilizar una palabrota, y lo hace con tanta vehemencia que me deja muda.

–¿Qué pasará si la echan? –pregunta Serana.

Tana se encoge de hombros y clava la mirada en las nubes.

–Es difícil entender el futuro. Lo único que he conseguido sacar en claro de mis visiones y las cartas es que Nia tiene que quedarse en la Torre Ávalon y unirse a las filas del MI-13. –Vuelve a enfocar los ojos oscuros y los posa en mí–. Por eso no puedes enfrentarte a Tarquin. No deja de molestarte porque quiere hacer que te expulsen. Si pierdes los papeles, su familia hará que te echen de Camelot y, entonces, estoy bastante segura de que moriremos todos. Sufriremos una muerte horrible y solitaria, plagada de desconsuelo y arrepentimiento.

–Vaya. –Trago saliva–. Sin presión, ¿eh?

–Tampoco debes dejar que descubran lo de tu magia antitética –añade con rotundidad–, porque será nuestro fin. Y es muy posible que también lo sea para el resto del mundo.

–Podemos contarles a los demás lo de tu visión –dijo Serana–. A ti te escucharán. Hablaremos con sir Launcelot o Viviane y...

–¡No! –la interrumpe Tana–. No se lo podéis contar a nadie. Si se lo cuentas, intentarán mantener a Nia encerrada en una burbuja para que el rey fey no la encuentre. No dejarán que la Dama del Lago salga de Camelot, y la necesitamos ahí fuera. Necesitamos que participe en las misiones. Que aprenda. Que luche por nosotros. Debemos contar con Nia.

Se me desboca el corazón.

–Un momento. ¿Qué quieres decir con eso del rey fey? Si no sabe quién soy.

–Pronto lo sabrá. –Tana vuelve a levantar la vista a las nubes–. Los fey cuentan con su propio equipo de videntes. Acabarán viendo lo mismo que he visto yo. Verán a la Dama del Lago. Y, cuando lo hagan, intentarán acabar contigo. Pero no puedes contarle esto a nadie, Nia, ni siquiera a Raphael.

Capítulo 21



Bajo la vista a la nota manuscrita, una citación de Raphael. «Reúnete conmigo en la biblioteca de Merlín para poner en práctica tu poder de centinela».

Dentro de la torre hace un calor de mil demonios. Estamos en pleno julio y, en este sitio, el aire acondicionado brilla por su ausencia.

Esta noche, en vez de quedar en el despacho de Raphael, nos veremos en una de las muchas bibliotecas de Camelot. Cuando llego a uno de los descansillos de piedra, una chispa de emoción se adueña de mí. Estoy a punto de entrar en el lugar donde el mismísimo Taliesin escribió sus evocadores poemas. Además de algún que otro verso subidito de tono sobre orbes carnosos, falos

erectos, lluvias perladas y otras expresiones que, según parece, ponían a cien a los lectores de la época romano-británica.

Levanto la vista para admirar las puertas de caoba tallada. La aldaba de metal parece tan real que pone los pelos de punta; tiene la forma de una mano cortada con dedos largos y crispados como una garra y con un ojo incrustado en su centro. Si fuera una fey de sangre pura, me habría quemado al tocar el hierro. Sin embargo, como mestiza, soy inmune a su efecto. Lo levanto con un chirrido y doy dos golpecitos con los dedos de hierro sobre la madera.

Raphael tarda un momento en abrir. Lleva una camisa blanca con las mangas recogidas. Un mechón de pelo oscuro le ha caído sobre los ojos. Me ofrece una media sonrisa y una mirada penetrante. Como siempre, su belleza masculina me deja sin aliento.

Eres débil, me digo. *No te olvides de lo que te hizo.*

Paso a su lado estudiando los altísimos techos de la biblioteca. Las paredes de casi veinte metros de alto están forradas de lomos encuadernados en piel desgastada y colorida, marcados con letras doradas y símbolos esotéricos. También hay escaleras con ruedas para llegar a los estantes más altos. Respiro hondo para disfrutar del olor a cuero y pergamino y descubro que me recuerda algo a él. Raphael debe de pasar una buena parte de su tiempo aquí.

El lugar me ha dejado impresionada y sintiéndome una con las acogedoras llamas rutilantes de los muchos candelabros que hay repartidos por la estancia.

En el extremo opuesto de la sala, hay una escalera de caracol de latón que sube hasta la parte trasera del reloj. El sonido del segundero retumba contra los techos, como si fueran los latidos de la biblioteca. Contemplo la parte de atrás de su esfera, que es una auténtica maravilla de la ingeniería antigua con sus engranajes de latón iluminados por las luces danzarinas de los candelabros. Las manecillas se mueven rítmicamente con su tictac. Casi puedo imaginarme a Taliesin aquí pasando las horas escribiendo.

Sin embargo, la tarea que me espera es muy distinta a la suya. El arte no inflige dolor cuando metes la pata. Y, en el centro de la estancia, sobre una mesa de roble tallado, me espera la caja del

velo. Dentro de su pequeño receptáculo, el velo resplandece, zumba y me pone los pelos de punta.

Raphael se aparta el mechón que le ha caído sobre los ojos y la luz cálida le acaricia las hermosas facciones.

–Pongámonos manos a la obra. Todavía tienes que aprender a dominar tu control sobre el velo.

–¿Por qué hemos venido aquí?

–Es donde mejor trabajo y donde pienso con más claridad. He considerado que a lo mejor te ayuda también a concentrarte.

Señala el escritorio con la mano, en cuyo centro resplandece la caja del velo.

Llevamos tres meses reuniéndonos una vez a la semana para practicar. Ahora ya me manejo mejor, pero la mitad de las veces acabo perdiendo la concentración y quemándome. Por culpa de la magia antitética, mis poderes se manifiestan de forma errática y chocan entre sí cuando menos me lo espero. Porque, por mucho que lo intento, no consigo anular mi don telepático.

Saco una silla y Raphael se sienta frente a mí con los brazos cruzados.

–Hoy empezaremos la práctica conectando con la fuente creadora.

–¿Y eso qué significa exactamente?

Un brillo le surca los iris plateados.

–Todo en este mundo nace de una divina fuente creadora, la misma que mueve la naturaleza y que ha dado lugar a nuestro entorno y nuestra existencia. Es la energía que origina cada gota de agua y brizna de hierba. Es el poder que canalizamos al escribir poemas o crear una obra de arte. Es la mismísima naturaleza expresándose igual que lo hace cuando un manzano brota de la tierra y crece hasta dar fruto. De ahí es de donde viene nuestra magia. Esa es la clave de nuestro don, Nia. El poder no nace de nuestro interior. No nos pertenece. Es un regalo que se nos permite usar, pero que no es nuestro. ¿Lo entiendes?

Lo miro embelesada. La luz de las velas le ilumina los ojos.

–Creo que sí.

–Tienes que dejar que fluya por tu interior y conectar con la fuerza de la que procedemos.

–¿Y cómo lo hago exactamente?

–Una forma de conectar con la fuerza creadora es recurrir a la asociación o a la escritura libre. Solo tienes que decir o escribir todo lo que se te venga a la cabeza.

–¿Ahora mismo? –pregunto, y él asiente.

Ya estoy de los nervios. ¿Qué quiere que diga? No suelo tener problema en saber qué es lo que la gente espera de mí, pero Raphael es indescifrable. Además, se supone que debo evitar decirle lo que quiere oír. Se supone que debo conectar con la fuerza creadora, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo, y estoy segura de que acabaré cagándola y diciendo alguna cosa rara.

–Empieza diciendo la primera palabra que se te venga a la cabeza y, a partir de ahí, no te detengas –dice.

–Falo erecto –suelto sin pensar.

Raphael se me queda mirando sin sonreír. Y no podía ser de otra manera, porque el tío no sonreiría ni aun pasando el mejor día de su puta vida. Ni aun bebiendo una copa de champán a lomos de un unicornio resplandeciente. No tiene sentimientos.

Me pongo colorada. Esta es justo la razón por la que no quería hacer este ejercicio.

–¿Podemos saltarnos esta parte, por favor?

–Está bien. Probemos con otra cosa. Encuentra el núcleo de tu don de centinela. Anula el resto de tu magia y reprime tus emociones para dejar espacio.

Cierro los ojos. Eso ya sí que sé hacerlo. Mi mente se blinda frente al mundo. Me sumerjo mentalmente en la sensación de la magia e ignoro las distracciones que me rodean. Me deshago de las preocupaciones del día a día, del cansancio que noto en las piernas, de la rigidez de la silla de madera y del agujero que se me ha abierto en el estómago por no haber cenado. Me olvido del atractivo rostro de Raphael y de su olor.

Percibo mi poder en lo más profundo del pecho. Noto la energía pulsante de mis dos dones, que se oponen al otro y batallan como si fueran espíritus de la luz y la oscuridad. Una serie de punzadas me atraviesan el pecho cada vez que intentan extinguirse el uno al otro. La batalla mágica que se libra en mi interior me pone la piel de

gallina. Una ráfaga de viento me azota, aunque no sabría decir de dónde procede.

Unos susurros revolotean a mi alrededor. Son dos voces: una está enfadada y la otra, triste. Sin embargo, no alcanzo a descifrar sus palabras.

No me sorprende que la gente con dos dones pierda la cabeza. La oposición de la magia es poderosa, tira de mí en diferentes direcciones y hace que mi mente parezca estar a punto de partirse en dos.

Unas imágenes surcadas de destellos rojos se abren paso por las profundidades de mi cráneo. Veo los pasillos de la Torre Ávalon salpicados de sangre. Es obra de Mordred.

El eco de los gritos resuena en las paredes de piedra.

Trago saliva con fuerza tratando de sacar a la luz mi poder de centinela, de desentrañarlo de la maraña de energía, pero me es imposible hacerlo sin despertar también mi don telepático.

Raphael me ha enseñado a visualizar mentalmente la magia que albergo en mi interior y a identificarla por su color y su sonido. Ahora mismo, está toda enredada. Juraría que mi don de centinela es más oscuro, de un color rojo intenso, como el de la sangre que Mordred derramó en la Torre Lothian. También emite una vibración más lenta y profunda. La telepatía, sin embargo, tiende al violeta y su sonido es agudo y frenético.

Abro los ojos y me inclino hacia el diminuto velo del escritorio. Veo la red de magia que ha tendido. Lo estudio hasta dar con el punto más débil y canalizo mi poder hasta hacerlo crecer. Una mancha roja se extiende por mis pensamientos. El quedo zumbido del velo se apaga y, cuando meto la mano en la caja, la bruma del velo se enrosca en torno a mis dedos y mi muñeca. Es completamente inofensivo.

Dentro, los hilos de magia se retuercen sin parar.

–Bien –dice Raphael–, pero, si puedes, intenta concentrarte en tu telepatía un momento. Contenla en una burbuja y luego hazla más y más pequeña hasta que desaparezca.

Respiro con fuerza mientras visualizo las hebras violetas. Sin embargo, tan pronto como poso mi atención en la telepatía, esta

crece y su ansia de poder aumenta. El violeta devora el carmesí como una bestia insaciable.

El velo me daña la muñeca.

–¡Ay! –grito al tiempo que saco la mano de la caja para masajeármela. Me estremezco de frío y los dientes me castañetean al alejarme del velo–. Estaba funcionando hasta que me has dicho que me concentre en el otro don.

El dolor me atraviesa y me hace sentir un odio irracional hacia Raphael.

Cuando me ofrece su mano, la acepto con una mirada fulminante. Su magia curativa enseguida baña mi piel y aplaca el pulso de dolor. Me humedezco los labios.

–Creo que lo mejor será que me centre en la magia roja.

–Seguiremos trabajando en ello, pero tendrás que ser capaz de anular tu telepatía por completo para que te hagas con el control que necesitas.

–Ya –respondo con la voz hueca y un nudo en el pecho.

No dejo de pensar en lo que vi en la mente de Tana. En la creciente oscuridad, la diminuta gota de agua que brillaba entre las sombras y los gritos agonizantes que me pusieron los pelos de punta.

Todo depende de que aprenda a dominar mi don de centinela.

Una pequeña parte de mí se plantea contarle lo de la visión a Raphael, pero permanezco callada. Tana ha dejado muy claro que tenemos que mantenerla en secreto.

–¿De verdad me ves preparada para pasar el resto de pruebas? –le pregunto–. ¿Qué me dices de las de combate y espionaje?

Raphael se encoge de hombros despacio.

–No tienes que preocuparte por la prueba de combate. Viviane me ha dicho que eres bastante buena con el arco, así que te bastará con demostrar un manejo básico de las dagas y las espadas para aprobar. No todos los espías son guerreros. En cuanto a la prueba de espionaje, te diré que tienes un don para dar con la historia que la gente quiere oír. El sargento de nuestra primera misión quería que fueras una chica tímida e ingenua y tú le vendiste ese papel de maravilla. Y lo mejor es que le diste lo que tanto ansiaba de forma

instintiva, Nia. –Tiene la mirada clavada en la mesa y sus largas pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas–. Y eso formará parte de la prueba. Tendrás que convencer a alguien de que te dé algo de lo que no se desprendería en situaciones normales.

Levanta la vista y la intensidad de su mirada me acelera el pulso.

–Es verdad. Se me da bien decirle a la gente lo que quiere oír. ¿Quién me iba a decir a mí que vivir con una drogadicta inestable me prepararía para convertirme en espía?

Enarca una ceja.

–Lo haces con la mayoría de la gente, pero conmigo nunca eres tan servicial.

–Bueno, es que, si contribuyo a alimentar tu ego, me temo que crecerá tanto que pronto necesitará su propio reino mágico.

–Pero ¿por qué soy el único al que le muestras tu verdadero yo? –pregunta inclinándose hacia adelante.

El corazón cada vez me late más deprisa.

–Porque sería inútil fingir, ¿no te parece? Oí lo que pensabas de mí. En realidad, lo que más me afectó fue la palabra «gentuza». Eso es lo que nos llamaste a mi madre y a mí. Sí, fue hace mucho tiempo y no, no lo he superado. Lo escuché todo. Presenciaste uno de los numeritos de mi madre, así que no te culpo, pero sigo sin entender por qué me metiste en el mismo saco que a ella.

No me puedo creer que se lo esté contando después de tanto tiempo.

Raphael se echa hacia atrás.

–Yo no dije eso. Jamás diría algo así.

–Lo recuerdo perfectamente. –El nudo que noto en el pecho se tensa más–. Fue justo después de una de las borracheras de mi madre. Se había caído por la escalera y tú tuviste que ayudarme a llevarla de vuelta a nuestra habitación. Por aquel entonces, ya no me hablabas... –Tengo lo del beso en la punta de la lengua, pero se me da fatal disimular y no quiero que descubra lo mucho que he pensado en aquel momento en estos últimos diez años–. En fin, que habías dejado de hablarme, pero mi madre estaba borracha y tu amigo rico y tú me ayudasteis a subirla a la habitación. Al día siguiente, te oí llamarnos gentuza mientras hablabas con el pijo ese.

–Insisto en que jamás diría algo así.

Una chispa de rabia prende en mi interior.

–Puede que en mi idioma no, pero sí en francés. «Des ordures». Uno de vosotros dijo: «La gente como nosotros no se relaciona con personas como ellas», y el otro respondió con un «Sí, son gentuza. Tanto ella como su madre».

Raphael asiente y frunce el ceño.

–Ah, entonces admito que en parte soy culpable. Fui yo quien dijo lo primero.

–Me temo que eso no mejora mucho la cosa. –Lo miro fijamente–. ¿Qué querías decir con eso de «personas como ellas»? Me has estado lanzando pullitas desde nuestro reencuentro en el sur de Francia. Me dijiste que me volviera a la playa para seguir emborrachándome a base de champán o que no esperabas mucho de alguien como yo. A mí no me suena mucho mejor que lo de «gentuza». Joder, ¿hay alguna diferencia?

El corazón me late descontrolado. Nadie me saca tanto de mis casillas como Raphael, y tampoco ayuda que no sea capaz de demostrar una puñetera pizca de emoción. Me siento como si le estuviera gritando a un robot.

Toma una profunda bocanada de aire y traga saliva.

–Lo siento. No lo dije en ese sentido.

–Pues explícate.

–Lo que quise decir, Nia, era que vosotras teníais dinero y nosotros no. Por algún motivo, tú pensabas que nadaba en la abundancia, pero nunca fue así. Algunos de los mestizos de aquella casa señorial eran ricos, sí, pero yo no era más que un fugitivo sin blanca. Llegué al sur de Francia huyendo de Auberon desde Brocelianda con una mano delante y otra detrás. Es más, llegué descalzo. ¿Y sabes por qué estaba en aquella casa? Porque me habían contratado para la vendimia. Yo no era un invitado. Mientras vosotras disfrutabais de vuestras vacaciones, yo trabajaba en el viñedo. Cuando hablaba de la «gente como nosotros», me refería a los fugitivos pobres. Tú y yo veníamos de mundos opuestos, nada más. Además, sospecho que no te quedaste a oír mi respuesta, porque jamás habría tolerado que alguien hablara así de ti. Tampoco te consideré nunca «gentuza».

Trago saliva con fuerza.

–Ah. –Me muerdo el labio y me pongo colorada–. Bueno, pues que sepas que yo tampoco soy rica. ¿Sabes cuánto tiempo estuve ahorrando para las vacaciones que interrumpisteis? Cinco años. Vivo en un pisucho destartalado con mi madre. El que tenía dinero era Walter, mi supuesto padre, aunque mi madre y él nunca llegaron a casarse. Ella solía buscarse novios ricos, pero el dinero nunca era nuestro. Con el paso de los años, su belleza se fue apagando y... lo de los novios ricos empezó a complicársele. Trabajo en una librería, Raphael. Mi madre y yo cenamos cereales de oferta la mayoría de los días.

–Entiendo. –El destello que surca sus ojos plateados es lo más cercano a una muestra real de emoción que he visto nunca por su parte–. Puede que nos juzgáramos mal. De hecho, no eres para nada como pensaba. Creía que eras...

–Una niñata –termino por él con más ímpetu de la cuenta–. Por eso me llamabas «princesa», ¿no? Duendecillo con aires de princesa.

–Para eso sí que no tengo excusa, ¿eh? Ahora soy consciente de que me equivocaba. –Se le forma una arruguita entre las cejas–. Entonces, cuando viste mi dormitorio y dijiste que no era una habitación «para gentuza», ¿lo decías refiriéndote a ti? Estaba convencido de que lo decías por mí.

Me quedo boquiabierta.

–Ay, dioses. ¿Pensaste que te estaba llamando eso?

Una suave sonrisa se extiende por sus labios.

–Mira, será mejor que lo olvidemos. –Se inclina hacia adelante–. ¿Te puedo enseñar una cosa? Es mi parte favorita de Camelot y casi nadie sabe de su existencia.

Para mi sorpresa, descubro que sí, que me apetece mucho ver lo que sea que quiere enseñarme. Me siento igual que a los diecisiete, cuando Raphael me invitó a ver algo en la casa señorial y yo acepté su oferta enseguida. La última vez, acabé pasando un mes llorando por las esquinas. Por mucho que no me hubiera insultado, lo que era innegable era que había dejado de hablarme de un día para otro.

Pero ya no soy una adolescente y esta vez no bajaré la guardia.

–¿Qué quieres enseñarme?

El fantasma de una sonrisa le marca un hoyuelo en la mejilla.
–Ya lo verás.

Capítulo 22



Raphael coge una de las antorchas de la pared y me lleva hasta un amplio cuadro. Lo miro confundida. Es otro retrato de Mordred Matarreyes en el que lleva una corona de pinchos sobre los rizos oscuros y una larga capa negra. En este caso, está decapitando a una mujer rubia arrodillada a sus pies. El cuadro mide tres metros y tiene un marco dorado.

–¿Es verdad eso de que su magia era antitética y por eso asesinó a todo el mundo? –pregunto.

Él suspira.

–Tal vez, pero no creo que ese fuera el verdadero detonante de la masacre. Fue cosa de la profecía, de la que habla del linaje de Morgana.

Un escalofrío me trepa por la columna.

–Auberon es descendiente de la reina Moragana, al igual que el Asaltante de Sueños.

–Y por eso deben morir. Ambos nacieron con la misma violencia que ella corriéndoles por las venas. En cuanto surja la oportunidad, asaltarán Camelot y nos matarán a todos.

Coge un libro de la estantería que hay a la izquierda del retrato y, al sacarlo de su sitio, el cuadro se abre como una puerta chirriante. Se vuelve hacia mí con una ceja enarcada.

–Espero que no se te ocurra contarles a tus amigas lo de este pasadizo.

–Tu secreto está a salvo conmigo.

Se adentra en la oscuridad sosteniendo la antorcha en alto. Las luces y las sombras bailan en los muros de piedra del estrecho pasadizo, que parece no tener fin.

–¿Adónde me llevas?

–A la Torre de Nimue.

Ahogo una exclamación. Tana ha mencionado su nombre alguna vez. Era la Dama del Lago. Igual que yo, según parece. Tana me ha visto en su torre.

–¿Dónde está?

–Está en medio del lago, pero hay un puente que conduce hasta ella. Nimue era una poderosa fey que dominaba el agua cuando la magia primordial todavía existía. Como Dama del Lago, su cometido consistía en actuar como mensajera para los fey y los humanos. Nimue le regaló a Arturo su espada, forjada con acero avalino en su torre. También les dio a Merlín y él sus torques, hechos del mismo metal sagrado.

–Entonces, ¿su torre sirvió como punto de encuentro entre humanos y fey?

–Exacto. Arturo se reunía con la corte de Merlín al amanecer y al atardecer. Al principio, los dos veneraban juntos a los dioses de los ríos, los robles y la mismísima tierra. Pero los demás miembros de la corte conspiraron contra ellos para separarlos.

–Por la reina Morgana –añado–, pero ¿qué pasó con Merlín? ¿También lo mató?

–No, aunque se dice que persuadió a Nimue para hacerlo. Merlín estaba enamorado de la Dama del Lago. Hay quien asegura que incluso tuvieron descendencia. Sin embargo, con el tiempo, Nimue empezó a pensar que Merlín se había vuelto demasiado humano, demasiado inglés. La corte de Arturo dejó de venerar a los antiguos dioses y Merlín hizo lo mismo. Les dio la espalda a los dioses de los ríos, del lago y de los bosques. Nimue lo acusó de revelar los secretos de la magia fey a los humanos que querían hacerse con sus tierras, así que utilizó su poder para encerrarlo en un roble. Nunca se le volvió a ver. La leyenda dice que su fantasma vaga por los robledales que hay cerca de aquí.

–No parece que ayudara mucho a los fey de Ávalon. –Otro escalofrío me recorre la piel–. Ya no queda ninguno. ¿Qué pasó con ellos?

–Después de la masacre de Mordred Matarreyes, los humanos se ensañaron con los demás. Los fey perdieron la guerra. Su derrota fue total. La reina Morgana murió en el campo de batalla. Auberon tan solo era un bebé, así que Mordred se lo llevó a Francia y sus magos volcaron toda su magia en crear Brocelianda, el reino donde el imperio fey viviría con su fracaso. Creemos que Mordred perdió la cabeza al morir Morgana y acabó quitándose la vida. Ya estaba loco, claro, pero con aquello empeoró. Eso fue hace ya mucho tiempo. Imagino que Auberon lleva siglos revolcándose en su sed de venganza. Además, la profecía sigue viva.

Una antigua bóveda cubierta de musgo se alza sobre nosotros. En la piedra hay palabras talladas, pero están tan desgastadas que no consigo leerlas. Me he quedado embelesada, muerta de curiosidad y con los pelos de punta. Tengo la sensación de haber viajado atrás en el tiempo, y una parte de mí no quiere regresar nunca al presente.

–¿A ti te preocupa la profecía?

–No si destruimos el linaje de Morgana. No pude salvar a mis padres, pero todavía estoy a tiempo de proteger este lugar. –Me lanza una rápida mirada y sus iris destellan en la oscuridad–. Algún día, yo mismo acabaré con sus descendientes.

Me gustaría pedirle más detalles, pero ya hemos llegado al final del pasadizo. Cuando deja la antorcha en uno de los soportes de la

pared, su luz ilumina una puertecita roja tan pequeña que parece hecha para niños. Raphael se agacha y cruza el umbral. Una ráfaga de aire fresco me embiste cuando me conduce a un puente de piedra cubierto de musgo. No estamos lejos de la orilla del lago. El puente se alza muy por encima de su superficie y cuenta con unos muros bajos de piedra a cada lado. El aire está cargado del aroma de los robles y los manzanos.

En cuanto mis ojos se acostumbran a la oscuridad, veo que en la piedra del puente hay runas grabadas, desgastadas por el paso de los años. Camelot es un reino vasto, hermoso y milenario. A veces me cuesta asimilar que esté viviendo en un lugar con tanta historia.

Raphael se impulsa para sentarse sobre el amplio borde de piedra del puente, se saca una petaca plateada del bolsillo y me la ofrece con una media sonrisa traviesa.

–Es fuerte –me advierte.

–¿Esto forma parte del entrenamiento?

–Pues sí.

Acepto la petaca y me siento a su lado estirando las piernas hacia el borde. Voy vestida con el uniforme típico de las mujeres fey: un vestido semitransparente y poco más. Aunque ya casi me he acostumbrado a llevar este tipo de ropa, ahora me siento algo cohibida. Porque aquí, sentada al lado de Raphael disfrutando de la calidez del verano, soy muy consciente de que tengo las piernas y el escote al descubierto.

En el cielo hay una cascada de estrellas y el aire nocturno me besa la piel.

–¿De verdad que esto es un ejercicio más?

–En parte sí. Necesitas entrar en sintonía con la fuerza creadora y admirar la naturaleza, ver su trabajo enraizado en el cielo y la tierra, ayuda. Desde aquí, también puedes conectar con la historia de este lugar. El hidromiel es solo para que te relajes.

Doy un sorbito. Es más seco que el del comedor y su ardor me quema la garganta.

–Sí que es fuerte, sí.

–No bebas mucho o perderás los papeles. Sé muy bien cómo os ponéis los estadounidenses cuando las cosas se os van de las

manos.

–Los ingleses son todavía peores –mascullo. La bebida ya ha empezado a calentarme el pecho. Doy otro trago–. ¿Crees que mi problema es que me cohíbo demasiado?

Asiente.

–Tiendes a estar bastante tensa.

–A lo mejor es que sigo algo desorientada –digo apretando los dientes–. En estos últimos cuatro meses, mi vida ha tomado un ritmo vertiginoso. Te recuerdo que, en un abrir un cerrar de ojos, pasé de estar de vacaciones a navegar en un barco que acabó siendo atacado por un monstruo marino. Además...

Me detengo en seco. No quiero hablar de la carta enajenada de mi madre que me ha llegado hoy. Me ha dicho que se morirá si no vuelvo a casa. Es una manipuladora de manual. Aunque no me ha quedado muy claro cómo va a morir, ha mencionado un par de veces la posibilidad de meterse en el mar.

–¿Qué no me estás contando? –me pregunta Raphael inclinándose hacia mí con un brillo de curiosidad en la mirada.

–¿Qué le pasó a tu familia? –pregunto yo para cambiar de tema.

Se encoge de manera casi imperceptible.

–Mi madre me crio sola, porque mi padre nunca se hizo cargo de nosotros. Auberon la consideraba una enemiga de la corona, por lo que salíamos adelante con lo justo. Todavía no entiendo qué tenía contra ella, salvo que era humana y Auberon culpa a todos los humanos de las desgracias de los fey.

Se recuesta contra el muro y contempla el río. Consciente de que él también necesita un trago, le ofrezco la petaca.

–No esperábamos que fuera a llegar tan lejos –dice después de beber–. Todo esto pasó antes de que los fey invadieran Francia, cuando nuestro mundo todavía era un secreto. Nunca imaginamos... Mi madre pensaba que la dejaría tranquila si pasaba inadvertida, así que nos aislamos. Pero, un día, los soldados de Auberon irrumpieron en nuestra casa. No le dieron la opción de defenderse, de someterse a un juicio o de redimirse. Mataron a mi madre en el jardín con la primera luz del alba.

Aprieta los dientes, pero sigue hablando como si hubiera olvidado que estoy aquí.

–Estábamos en la cama cuando alguien llamó a la puerta. –Toma otro trago de hidromiel–. Querían matarnos a todos. Mi hermana me dijo que huyera al bosque, que mi madre ya no estaba y que venían a por nosotros. Salí corriendo, pensando que venía detrás de mí. –Frunce el ceño–. Pero me equivocaba. Volví corriendo a casa a buscarla, pero no la encontré.

–¿Cuántos años tenías? –pregunto sintiendo una punzada en el pecho por él.

–Nueve. Mi hermana, dieciséis.

Trago saliva con fuerza.

–¿Y nunca la encontraste?

–La busqué por todo el bosque –dice devolviéndome la petaca–, sobreviviendo a base de bayas y agua del arroyo. No volví a verla. Estaba medio muerto cuando una familia mestiza me encontró y me llevó a Francia. Supongo que tuve mucha suerte. Estaba desconsolado, pero me llevaron a la casa señorial, donde empecé a trabajar en la vendimia. –Me mira–. El resto ya lo sabes. Y ahora este es mi hogar, así que lo defenderé con mi vida.

Esta versión de Raphael es distinta a la que acostumbro a ver. Es mucho más vulnerable. No creo que deje que mucha gente vea su verdadero yo, y la idea hace que un calorcillo se me extienda por el pecho.

–Te toca –dice con suavidad.

Doy otro trago de hidromiel y me paso la lengua por los labios.

–No sé si mi madre será capaz de salir adelante sin mí.

–¿Por qué?

–Porque necesita que cuide de ella.

–Eso es lo que te ha hecho creer.

Tengo un nudo en la garganta.

–Por desgracia, es la verdad.

–Tienes derecho a vivir tu propia vida. Nuestra esperanza de vida es mayor que la de los humanos gracias a nuestra sangre mestiza, pero también llegará un día en que abandonemos este mundo.

Morirás cuando llegue tu momento y nadie podrá hacer nada para impedirlo. Igual que no pueden impedir que vivas tu propia vida.

–¿Y tú vives de esa manera? ¿Preocupándote solo por ti mismo?

El viento le revuelve el cabello.

–No.

–Ya, pues entonces no eres quién para hablar.

–Cada cual tenemos nuestras circunstancias.

Dejo volar la mirada por el lago Ávalon. El aire de finales de verano está cargado de humedad y unas volutas de vapor parecen escapar de la superficie del agua. Huele a tierra y a roble.

Se supone que el hidromiel debería ayudarme a relajarme, pero solo está consiguiendo ponerme triste. Puede que sea culpa de las largas garras de los remordimientos que me estrujan el corazón. Pienso en uno de mis desastrosos cumpleaños. Walter nos echó de su mansión y mi madre se pasó semanas tirada en el suelo sin comer ni ducharse. Recuerdo que tuve que asearla con paños húmedos.

La tristeza se apodera de mí. A veces me decía que yo era lo único bueno que había hecho en la vida, lo único de lo que podía sentirse orgullosa.

Raphael me apoya una mano en la espalda. Le echo un vistazo mientras noto su magia trepándome por la columna y calentándome la piel. Su poder, que me baña como un torrente de agua caliente, me acelera el pulso. Hay algo en ese gesto que hace que se me entrecorte la respiración.

–¿Por qué usas tu magia conmigo? No me duele nada.

–Percibo tu tristeza –dice inclinándose hacia mí con la boca entreabierta.

Su mirada es tan intensa que por poco me trago su numerito. Intenta hacerme creer que se preocupa por mí, pero en realidad no es más que un rompecorazones.

–O sea, que tu magia no solo es sanadora, sino también antidepresiva –bromeo intentando sonar indiferente.

–No podrás entrar en sintonía con la fuerza creadora si estás demasiado triste –explica apartando la mano.

–Ah.

–Deja la mente en blanco –me pide con delicadeza–. No pienses en lo que quiero que digas. No pienses en lo que los demás esperan de ti. Tienes que despejarte.

Me lo quedo mirando ensimismada, admirando sus labios carnosos y su mandíbula marcada. El viento le revuelve el cabello negro y, por primera vez, me fijo en que el borde exterior de sus iris tiene un tono azulado.

–Di lo primero que se te venga a la cabeza –murmura.

–Eres guapísimo.

Se le iluminan un poco más los ojos.

–Tú también. –El fantasma de una sonrisa se adueña de sus labios. El rico aroma de las manzanas flota en el aire–. Te reto a saltar.

–¿Al agua?

–No, al puente –dice poniendo los ojos en blanco–. Pues claro que al agua.

Se pone de pie y se quita los zapatos.

–¿Está lo bastante profundo?

Me lo quedo mirando mientras se abre la camisa y bebo de su apariencia, de los tatuajes que se enroscan sensualmente en torno a sus músculos y del poder masculino de su cuerpo.

Se vuelve para mirarme con una sonrisa traviesa.

–¿Vienes, yanqui?

Se sube al muro bajo de piedra y salta. Cuando rompe la superficie del agua con un chapoteo, corro a asomarme al borde. Raphael me sonríe desde abajo.

–Está buenísima.

Es una buena caída. Calculo que de unos seis metros. ¿Será seguro? Bah, a la mierda. Me quito los zapatos y me subo al parapeto. Se me desboca el corazón. Le he dicho que es guapísimo y, literalmente, se ha tirado por un puente para escapar de mí. ¿De qué me sorprende?

Cuando me asomo al borde del parapeto, el viento me besa la piel.

A la mierda.

Salto y se me tensa el estómago al surcar el aire nocturno. Me sumerjo en el agua fría y cristalina con un sobresalto, pero me permito hundirme antes de patalear y salir a la superficie de nuevo.

Raphael, que me está esperando arriba, me sonríe. Se ha peinado el pelo hacia atrás y tiene la piel perlada de gotitas. Se me acelera el pulso y se me entrecorta la respiración. Ha sido una puta pasada. ¿Cuánto hacía que no me sentía tan viva?

Nadamos tan cerca que nuestros brazos y piernas se rozan bajo el agua.

Es un rompecorazones.

No tardo en quedarme sin aliento, así que nado hacia la orilla. Una serie de chapoteos me indican que me sigue. En cuanto llego a una zona donde hago pie, me vuelvo para mirarlo. Él también se ha incorporado y su mirada me abrasa. El agua le cae por la piel en pequeños riachuelos. El aire frío de la noche me revuelve el vestido empapado.

Al ver que Raphael me recorre el cuerpo con la mirada, bajo la vista. La prenda, ya delgada de por sí, ha quedado completamente translúcida y tengo los pezones erectos. Cierra el puño y aprieta los dientes. Cuando su mirada abrasadora encuentra la mía, me parece que, por primera vez, veo al verdadero Raphael. Un Raphael que ha dejado caer sus defensas y ha olvidado mantener a raya su expresión. Una chispa de calor prende en mi pecho.

–¿Qué te ha empujado a saltar? –pregunto–. No es nada típico de ti.

Se ha acercado mucho a mí y me estudia con atención. Casi parece desesperado.

–Porque tenía ganas de besarte y sé que no debo hacerlo. Además, haces que me resulte difícil mantener el control. Me pierdo por completo cuando estoy contigo, Nia.

Baja la mirada a mis labios.

Se me acelera la respiración. El corazón todavía me late a toda velocidad, desbocado por el salto, y su tórrida mirada prende un fuego en mi alma.

–Puedo mirar, pero ya sabes que no puedo –murmura, pero sus labios se ciernen sobre los míos y están a punto de tocarse.

Me humedezco el labio inferior y sus ojos bailan ante el movimiento. Nuestro aliento se entremezcla en el aire. Mi corazón da vuelcos rítmicos.

Va a volver a hacerme daño.

Estoy a punto de apartarme de él cuando me besa. Un torrente de calor líquido me empapa. Me entierra los dedos en el pelo con cuidado, pero no tarda en cerrarlos en torno a unos cuantos mechones. Su lengua baila sobre la mía, lánguida y sensual.

Quiero más. Aquí en el lago, se presiona su cuerpo fuerte y amplio contra el mío e introduce su lengua en mi boca para saborearme. Gimo contra sus labios y Raphael profundiza el beso, lo cual me transporta de vuelta a aquellos campos bañados de sol, donde el calor del verano me bañaba la piel en oro.

Me mordisquea el labio inferior despacio. Con un suspiro atormentado, me sujeta las caderas y me levanta para que le rodee la cintura con las piernas. El vestido se me sube hasta lo alto de los muslos.

Al devolverle el beso, se le escapa un gruñido quedo. Su cuerpo irradia calor y, mientras le paso los dedos por el pelo, noto que se le crispan las manos en torno a mi trasero. Muevo las caderas contra las suyas a medida que el beso se torna más desesperado y hambriento. Un torrente de calor brota en mi pecho y se reparte por todo mi cuerpo hasta alcanzar mi centro. Quiero que nos arranquemos la ropa y que Raphael se cierna sobre mí, que se adentre en mi interior.

Rompe el beso con una insoportable lentitud y me mira a los ojos. El plateado de sus iris casi parece brillar. Deja escapar un suspiro largo y lento con una expresión atormentada.

–Lo siento, Nia.

Me da un vuelco el corazón. Está a punto de dejarme tirada otra vez, ¿verdad?

–Estaba intentando no besarte, duendecillo –admite suavemente.

Respiro hondo, con dificultad, y desenredo las piernas de su cintura para quedarme de pie. Cómo no.

–Yo igual, pero, bueno, ha sido cosa del hidromiel –digo, aunque se me rompe un poco la voz.

Se vuelve llevándose una mano a la frente.

–Las reglas de la Torre Ávalon prohíben terminantemente las relaciones entre agentes –explica con voz ronca–. Y es algo lógico,

porque pueden llegar a comprometer nuestras misiones. No correré el riesgo de que nos echen. Y menos ahora que sé lo importante que eres. –Se pasa la mano por el pelo y me lanza una última mirada–. No volveremos a vernos de noche. No debemos permitir que esto vuelva a pasar.

Se adentra en las sombras y yo me doy media vuelta para contemplar el lago iluminado por la luna. Me pregunto si fue en uno de esos robles donde Nimue encerró al desconsolado Merlín para el resto de sus días.

Me paso los dedos por los labios. ¿De verdad habrá sido solo el hidromiel lo que le ha empujado a besarme?

Rompecorazones. El antiguo Raphael ha vuelto a hacer acto de presencia. Y eso que ya sabía a lo que atenerme.

Deslizo los dedos por la superficie tranquila y cristalina del lago. Aquí me siento como en casa. La Dama del Lago. ¿Será cierto?

En ese caso, Raphael debería andarse con cuidado, no sea que su fantasma acabe vagando para siempre entre los manzanos.

Capítulo 23



Es una noche sin luna y la única luz que ilumina las olas es el suave brillo del velo. Se me entrecorta la respiración al ver la resplandeciente neblina levantándose de la superficie del mar. La brisa cae sobre las olas mientras nos mecemos en nuestro diminuto barco de remos. Hemos dejado el velero atrás en favor de esta embarcación diminuta para atravesar el velo sin ser vistos. El agua salada me salpica la cara y el zumbido de la magia me hormiguea en la piel.

Esta es ya mi quinta misión, pero es la primera vez que cruzamos la barrera mágica por el agua, y no sé si estoy preparada para ello.

Raphael, Viviane y Freya están tranquilos, porque las sombras nos protegen, pero no ver el horizonte me está mareando más de lo

normal. Además, no dejo de pensar en que tal vez haya una serpiente marina acechando bajo el agua negra como la tinta.

La mística neblina del velo flota sobre las olas y, a medida que nos acercamos, veo que algunas de sus volutas se sumergen bajo sus aguas y se adentran en sus profundidades, hasta el fondo marino.

Las náuseas me trepan por el pecho y tengo que tragar saliva para no vomitar. Levanto la vista intentando encontrar algo que me sirva de horizonte y acabo posándola en la amplia espalda de Raphael. Viviane y él reman mientras Freya los guía desde la proa.

–¿Estás lista, Nia? –pregunta Raphael volviéndose hacia mí, aunque apenas alcanzo a oírlo por encima del zumbido del velo.

–Sí –miento.

Reprimo las náuseas y me concentro para dejar a un lado todos y cada uno de mis miedos, así como el recuerdo de los labios de Raphael sobre los míos y la incomodidad que siento después de haber pasado horas sentada en el banco de madera. Inhalo el aire salado y miro al frente. Durante unos segundos, tengo la sensación de estar en el estudio de Raphael enfrentándome al velo de práctica.

El rojo sangre y el violeta pálido de mis dos dones se entremezclan. Me centro en la tonalidad escarlata, en la magia lenta y profunda que nos ayudará a cruzar el velo. Tras una larga exhalación, imagino que la magia roja es una bestia voraz que devora la mancha violeta. El zumbido de la neblina se apaga.

–Ahora –anuncio con voz ronca.

Raphael y Viviane tiran con fuerza de los remos. Lo normal es que crucemos el velo lo más rápido posible para evitar el riesgo de que pierda la concentración. Sin embargo, hoy la situación no es tan sencilla. Pese a lo rápido que reman, las olas y las corrientes que nos arrastran a izquierda y derecha nos hacen avanzar a paso de tortuga. Aprieto los dientes y me obligo a blindar mi mente frente a todo lo que no sea el pulso lento de magia que me azota el pecho.

La proa del barco se adentra en el velo y la niebla nos engulle. Ahora ni siquiera veo a los demás. Solo oigo el chapoteo de los remos al golpear el agua. Cada vez que los sumergen, una luz bioluminiscente parpadea a su alrededor y dibuja espirales en las resplandecientes corrientes submarinas.

Por fin atravesamos el velo. Me permito relajarme un poco tan pronto como llegamos al otro lado y el zumbido de la magia vuelve. El frío enseguida me atraviesa la piel. Entre que es noche cerrada y que navegamos en un barco empapado, la bajada de temperatura es mucho mayor que en el estudio de Raphael. Me castañetean los dientes y el aire me aguijonea la cara. Aunque estoy envuelta en un abrigo de piel, el frío que nace en mi interior me cala hasta los huesos. Es como una ráfaga de viento invernal que me devora, que consume hasta la última gota de mi calor corporal. Me hago un ovillo y me echo a temblar, así que cierro los ojos y pienso en la chimenea de la biblioteca de Taliesin y en la luz dorada que rutila sobre los acogedores rinconcitos de lectura.

Freya deja escapar una larga exhalación y caigo en la cuenta de que ha estado conteniendo el aliento todo el rato. Confiarle tu vida a una de las novatas más torpes de la academia no debe de ser nada fácil.

Las luces del castillo de Jersey brillan en la lejanía. La isla tiene una historia larga y sangrienta. Hasta la llegada de los romanos, estuvo gobernada por una casta de druidas. Luego pasó por la invasión normanda, la guerra de los Cien Años, un asedio durante la Revolución Inglesa y una ocupación nazi antes de acabar siendo conquistada por el imperio fey. Tras décadas de independencia, ahora es el campo de juego de un aterrador príncipe descendiente de Morgana.

El príncipe Talan, el Asaltante de Sueños, gobierna hoy Jersey. Se adueñó de un antiguo castillo, lo reconstruyó para hacerlo suyo y lo llamó Château des Rêves. El Castillo de los Sueños. Es un palacio hedonista situado junto al mar donde los fey ricos y poderosos disfrutan de todo cuanto se les antoja siempre y cuando le rindan homenaje al príncipe. En sus manos, el Château des Rêves se ha convertido en un amplio e imponente refugio para los románticos y los amantes del placer.

–Muy bien –dice Raphael–. Repasemos una última vez.

En realidad, no será necesario. Como siempre, hemos repasado cada detalle de nuestras respectivas tapaderas; hemos memorizado obsesivamente el plan, y hemos pasado horas aprendiéndonos los

mapas de la zona. Pero Raphael se ciñe a su método. Es su forma de recordarnos que tenemos que trabajar en equipo y que cada uno tenemos un papel del que encargarnos. Y, esta vez, seré una más. Como no puedo esperarlos junto al velo en medio del mar, hemos llegado a la conclusión de que lo más acertado será que los acompañe pese a la reticencia de Raphael.

–Yo soy Mabel de la Rue –dice Freya–. Soy una doncella humana que trabaja en el castillo. Me han contratado porque otras tres trabajadoras han sufrido un repentino virus estomacal.

Lo del virus ha sido cortesía del contacto que tenemos infiltrado en el castillo, un mestizo que vive en Jersey y trabaja con Camelot.

–Tan pronto como me deis luz verde, entraré en los aposentos del príncipe con la excusa de ponerme a limpiar para buscar los mapas –continúa Freya.

Según la información que tenemos, el rey Auberon ha decidido hace poco que quiere que su hijo se implique más en la dirección del ejército fey. Por eso, le ha enviado mapas actualizados con la ubicación de todas las bases militares repartidas por el territorio ocupado. Es una oportunidad única para nosotros. Una vez que nos hagamos con esos mapas, nuestros agentes podrán infiltrarse en las bases y sabotearlas. Los fey necesitarán años e incluso décadas para recuperarse después de incapacitar a su ejército.

Aunque Raphael también tiene sus propios motivos para llevar a cabo la misión. Lleva años recabando información acerca del paradero de su hermana, recopilando cualquier rumor o detalle que pueda encontrar, sin importar lo insignificante que sea. Con todo lo que ha ido averiguando, ahora está convencido de que su hermana está viva. Y el lugar donde la tienen encerrada podría estar marcado en uno de esos mapas.

–Yo soy Elizabeth Fallaise –dice Viviane–. Una de las nuevas artistas que participarán en el espectáculo de variedades del Palacio del Placer con un chispeante espectáculo que incluye dos serpientes aladas y un orbe de cristal con el que puedo hacer cosas de lo más incómodas. Por desgracia, como soy nueva, me he perdido buscando mi camerino y he acabado en la cámara acorazada del sótano. Si los mapas no están en los aposentos del príncipe, estarán allí.

Raphael enarca una ceja.

–Yo soy lord Agravain Lyoners, un aristócrata fey que se aburría y ha dejado Brocelianda atrás para tomarse unas vacaciones. Yo seré el intermediario y me informaréis de cualquier cosa fuera de lugar que veáis durante la operación.

Trago saliva intentando reprimir las ganas de vomitar y deseando llegar a tierra de una vez. Al menos ya estoy empezando a entrar de nuevo en calor.

–Y yo soy lady Ingraine Lyoners, la esposa de Agravain, que está igual de aburrida que él y espera ver una de las famosas orgías que se celebran en el castillo. Mi marido no para de ponerme los cuernos y es incapaz de satisfacer mis necesidades, así que estaré entre el público del espectáculo de variedades, deseosa por ver al príncipe heredero y descubrir más sobre sus conocidos apetitos sexuales. En realidad, vigilaré a su séquito para no perderlos de vista mientras registráis sus aposentos.

–Silencio –murmura Viviane–. Nos estamos acercando.

Los remos golpean las olas rítmicamente. Al volverme, veo el castillo sobre una colina escarpada, que se cierne sobre las numerosas hileras de casas de madera que hay junto a la costa. A nuestro alrededor, los veleros se mecen sobre las aguas.

Mi mirada se ve atraída hacia el palacio. El castillo lleva ocho siglos ahí, pero estoy segura de que el edificio original no tiene nada que ver con esta nueva construcción. Parece salida de un cuento de hadas y brilla como una estrella en el cielo nocturno. Sus imponentes paredes desprenden un brillo plateado que baña las olas de blanco. Los chapiteles perlados se alzan hacia la luna y las enredaderas trepan por la piedra pálida.

La suave música que escapa del interior flota en el aire marino. Me lamo la sal de los labios mientras avanzamos hacia un muelle vacío. Me da un vuelco el estómago. Esta misión es una locura, tremendamente peligrosa, pero Raphael ha prometido no alejarse mucho de mi lado. De ahí que haya adoptado el papel de mi marido como tapadera.

Me daré con un canto en los dientes si salimos los cuatro del castillo con la cordura intacta. Nuestros profesores ni siquiera nos

dejan pronunciar el nombre del príncipe. Nos han entrenado para evitar pensar en él a toda costa e impedir que se cuele en nuestros sueños. De lo contrario, invadiría nuestras pesadillas y nos arruinaría la vida. Según parece, se le da de maravilla torturar a sus víctimas tanto en la vida real como en el mundo de los sueños. Es un artista del dolor.

Llegamos hasta un muelle de madera que se adentra en el mar.

Me ciño el abrigo de piel al cuerpo. Las inseguridades comienzan a arremolinarse en mi mente. ¿Y si nuestro contacto se equivocaba? ¿Y si los soldados fey se han fijado en nuestra barca y nos están esperando para prendernos? ¿Y si...?

–Vamos –dice Raphael bajando de un salto para amarrar la barca al muelle.

Freya y Viviane lo siguen. Yo desembarco la última.

Voy prácticamente desnuda bajo el abrigo de piel: solo llevo un vestido de gasa plateado y un tanga de hilo. Así es como suelen vestir las aristócratas fey que visitan el Château des Rêves. Aunque me gustaría dejarme el abrigo puesto, sé que no voy a poder permitírmelo. A lady Ingraine Lyoners le importa una puta mierda que la gente le vea los pezones o el culo.

Muy a mi pesar, dejo la prenda de piel en el barco y cruzo los brazos sobre el pecho antes de volverme hacia los otros agentes. Raphael lleva una camisa almidonada y un chaleco, dos prendas que al menos lo protegen de la brisa marina y le permiten esconder unas cuantas armas. Los hombres tienen una gran ventaja en ese aspecto. Freya viste el uniforme blanco y negro del servicio del castillo, que se compone de una falda corta, un top negro pegado y poco más. Y, en cuanto al modelito de cabaretera de Viviane..., digamos que un vestido de malla habría sido menos revelador. Basta con decir que, pese a lo que dijo en clase, está claro que esta noche no lleva ninguna daga escondida en las bragas.

Raphael le pasa lo que parece ser una bolsa de lavandería blanca con nuestro equipo y nuestras armas a Freya.

–¿Listas? –susurra.

No podemos dejarnos ver juntos, así que Freya se aleja primero en dirección a la larga escalera de piedra que sube en zigzag por la

colina escarpada. A medio camino, en una terraza con arcos oscuros, está la entrada del servicio. Nuestro contacto dejará entrar a Freya y a Viviane por ahí.

Viviane se vuelve para mirarnos, asiente con la cabeza una vez y se aleja trazando los pasos de Freya. Se me acelera el pulso al contemplar el castillo. La piedra resplandeciente y los chapiteles puntiagudos brillan como si fueran hojas afiladas de un azul plateado perforando el cielo nocturno.

Raphael me echa un vistazo por encima del hombro y sé que está intentando averiguar cómo me siento. La idea de incluirme en la misión no le convencía mucho y temía que fuera a cagarla. Si nos atrapan, nos torturarán despacio, de la forma más sádica posible, para que revelemos las claves para destruir el MI-13. Y todo ello bajo la atenta y malévola mirada del príncipe Talan.

Permanezco en completo silencio mientras subimos por la escalera que recorre la escarpada pendiente con vistas al mar. Las antorchas iluminan cada una de las terrazas de piedra desgastada, de manera que la luz y las sombras se retuercen sobre los escalones en una danza fantasmal.

La música del castillo vibra en el aire y se mezcla con el sonido de las olas al romper.

Dejamos atrás los arcos de piedra oscura encajados en las rocas por los que Freya y Viviane han accedido al castillo y seguimos subiendo en dirección a la entrada principal reservada para los invitados. En nuestro camino, el aire salado me azota y me irrita la piel. Me siento prácticamente desnuda con este vestido.

–¿Estás segura de esto? –me pregunta Raphael en voz baja.

–Creo que ya es un poco tarde para preguntar –susurro.

–Pareces tensa.

Me fuerzo a relajar la mandíbula, ya que es donde, según él, más se me notan los nervios.

La escalera nos ha conducido hasta lo alto de la colina, donde una verja de plata forjada está encajada entre dos imponentes muros de piedra. Al otro lado de la verja, hay un jardín compuesto de flores de luna, rosas negras, algodoncillos y eléboros bañados por el brillo del propio edificio. Las torres y torretas de piedra blanca se alzan sobre

nosotros, salpicadas de ventanas estrechas e iluminadas por una luz cálida.

Levanto la vista y dejo escapar una larga y lenta exhalación. Si todo va según el plan, nuestro contacto debería habernos incluido en la lista de invitados.

Raphael toca una campanilla junto a la entrada. Unos minutos más tarde, un guardia ataviado con una armadura de gala sale a recibirnos.

–¿Sí? ¿En qué puedo ayudaros, mis señores?

–Somos lord Agravain Lyoners y lady Igraine Lyoners, de Brocelianda. Nos están esperando –anuncia Raphael utilizando un tono aburrido, como si le molestara tener que entablar una conversación tan trivial. Se mete la mano en uno de los bolsillos y saca dos invitaciones de color crema con letras plateadas–. Aquí tenéis.

Esperamos un momento mientras el guardia inspecciona las invitaciones. El viento frío me azota la piel desnuda y la suave fragancia de las flores de luna se entremezcla con la sal del mar. Por fin, el guardia abre la verja y nos deja pasar.

El corazón me late a toda velocidad al cruzar el camino de gravilla del jardín hasta las puertas del castillo. Wrythe nos ha grabado a fuego en la cabeza todos los métodos de tortura que utilizan los fey (algunos de ellos, de hecho, incluso consisten literalmente en grabar a fuego a las víctimas con un hierro candente) y, llegados a este punto, me empiezo a preguntar si no habrá sido contraproducente. Es difícil pensar con la cabeza fría cuando el miedo te petrifica. La sensación es lo bastante visceral como para llevarte a tomar las decisiones más terribles.

Al otro lado del jardín, se encuentra una puerta de roble terminada en un arco apuntado que debe de tener unos seis metros de alto. Aunque hemos memorizado cada centímetro del castillo antes de embarcarnos en la misión, en el plano no daba la sensación de ser tan gigantesco. La puerta se abre ante nosotros y encontramos a un mayordomo en el umbral con el cabello negro peinado hacia atrás. Lleva un jubón de terciopelo negro y una espada a la cintura.

–¿Las invitaciones? –dice lanzándome una mirada de desdén.

Raphael se las ofrece y el mayordomo nos invita a entrar con un gesto, pero no le doy las gracias al pasar por delante de él. Lord y lady Lyoners jamás se rebajarían a dirigirle la palabra al servicio.

Recorremos el pasillo de piedra iluminado por candelabros despacio, cogidos del brazo y siguiendo el sonido de la música. La presencia tranquila y poderosa de Raphael me calma, así como el contacto de su brazo cálido y fuerte. Puede que lady Igraine Lyoners esté harta de su marido, pero yo siento una poderosa atracción magnética hacia él.

Dentro del castillo, el aroma del jazmín que florece en la noche impregna el aire.

Cuando por fin llegamos al final del largo pasillo, la resplandeciente escena que se desarrolla ante nosotros me acelera el pulso. Es el espectáculo de variedades fey.

Capítulo 24



Entramos en el salón de techos altos cogidos del brazo. Las paredes, que parecen estar hechas de ramas retorcidas y blancas como el hueso, se alzan a más de sesenta metros del suelo y se encuentran con una bóveda de crucería de estilo gótico. Las luces flotan en el aire y centellean desde las paredes arbóreas. Unas columnas color marfil flanquean un escenario enmarcado por un telón diáfano.

Hay invitados repartidos por todo el salón de suelos de mármol. Algunos permanecen sentados bebiendo cócteles, mientras que otros están de pie y contemplan el escenario rodeando despreocupadamente a sus respectivos acompañantes con un brazo. Sobre nosotros se cierne un balcón donde la gente bebe y baila.

Le lanzo una rápida mirada a Raphael y descubro que su expresión permanece tan hermética como siempre. Está estudiando el escenario, pero baja la vista despacio para encontrar mis ojos, y me pregunto si se habrá dado cuenta de que todavía no he conseguido relajarme. El truco aquí consiste en observarlo todo mientras finges mecerte medio borracha al ritmo de la música y dejarte llevar por el momento. La misión me exige ser un lago tranquilo surcado de corrientes bajo la superficie.

Raphael me ofrece una perezosa media sonrisa. Entonces me coge de la mano, me conduce hasta una de las sillas que hay frente al escenario, se sienta y me coloca sobre su regazo. Me recuesto contra su amplio pecho e inhalo su embriagador aroma: un olor rico y amaderado que se mezcla con el de los libros encuadernados en piel. Notar su cuerpo esculpido en contacto con el mío me ayuda a relajarme, así que sospecho que ese era su objetivo. Me rodea la cintura con un brazo y deja escapar un suave suspiro anhelante.

Intento prestarle atención al espectáculo mientras busco al príncipe disimuladamente. La actuación es encantadora. Veinte bailarinas fey vestidas con túnicas translúcidas dan vueltas sobre la plataforma. Sus movimientos son fluidos como el agua y, cada vez que agitan las faldas, muestran un poco de pierna, de muslo, un atisbo fugaz de sus curvas. Cuatro de ellas cuelgan de unas tiras de tela carmesí sujetas al techo y hacen acrobacias complicadas sobre la multitud. La orquesta acompaña el espectáculo con pericia e interpreta una melodía alegre y feroz. Es la catedral de la lujuria.

Raphael me apoya la mano despreocupadamente en la cadera y ya no puedo pensar en otra cosa que no sea el calor que me transmite a través de la delgada tela del vestido. Evoco el beso que compartimos en el lago. ¿Lo de aquella noche fue cosa del hidromiel y el sofocante aire del verano? ¿O quizá del encanto del lago?

Levanto la vista y, por un instante, sus ojos encuentran los míos. Flexiona los dedos contra mi cadera y aprieta los dientes antes de obligarse a concentrarse de nuevo en el escenario.

Claro. Tenemos que estar alerta. Prestar atención a cualquier indicio de alarma entre los fey, por muy mínimo que sea. Una distracción podría suponernos la muerte.

Me hace cambiar de posición ligeramente y baja la cabeza para pegar el rostro al mío.

–¿Ves a los guardias? –pregunta en un susurro que me calienta la oreja.

Peino el salón con la mirada y localizo a ocho ataviados con el uniforme del servicio para no llamar la atención, aunque todos esconden espadas de hoja corta bajo sus ropas. El movimiento que hay en los balcones me empuja a pensar que debe de haber dos arqueros como mínimo vigilando la multitud. Hay mucha más seguridad de lo que nuestras fuentes nos habían comunicado, y la explicación es evidente.

Se me hiela la sangre al ver al príncipe Talan, el Asaltante de Sueños, cruzando el salón como un depredador.

A Raphael se le crispan los dedos sobre mi piel.

El príncipe se alza sobre los demás como un dios y se mueve con una despreocupada arrogancia. Tiene el cabello negro y un par de mechones le caen casi a la altura de la mandíbula cincelada. Su boca carnosa dibuja una tenue sonrisa. El silencio se adueña de la estancia, pues atrae todas las miradas. Noto el poder que emana de él corriéndome por la piel semidesnuda. Se rumorea que es una de las únicas personas en el mundo con verdadera magia primordial.

Lleva a dos mujeres guapísimas agarradas a su elegante traje, que es azul oscuro y verde, como el mar. Los muchos anillos que le decoran los dedos deben de costar un riñón cada uno.

Se me acelera el corazón. Tiene los ojos tan oscuros que casi parecen negros, enmarcados por unas pestañas igual de oscuras y unas cejas espesas. Con la piel morena, los pómulos altos y unos tatuajes que le trepan por el cuello, resulta tan atractivo que cuesta apartar la mirada de él.

Me obligo a posar la mirada en el escenario, pero no dejo de buscarlo por el rabillo del ojo. Lo veo sentarse en la cabecera de una mesa larga en los límites de mi campo visual. Una mujer rubia se deja caer sobre su regazo y, tras permitirme echarles un rápido vistazo, me fijo en que él le acaricia las costillas perezosamente mientras disfruta del espectáculo. El príncipe es la viva imagen de la seducción. ¿Será así como se mete en los sueños de la gente? ¿De la

mano de un sueño húmedo? El problema es que su cometido no es dar placer, sino infligir dolor.

Alguien le ofrece una copa de vino y él se recuesta y toma un sorbo. A su alrededor, los fey ríen y charlan, pero, por mucho que se esfuerzan por actuar con naturalidad, es evidente que nadie le quita ojo. Que intentan ganarse su aprobación con un chiste o un comentario. Las mujeres bailan en su campo de visión contoneándose de forma sugerente. El príncipe es el claro centro del grupo. Bueno, de todo el salón. Por muy bueno que sea el espectáculo, el Asaltante de Sueños es la verdadera alma de la fiesta. Y lo único que está teniendo que hacer es holgazanear con aires de libertino, tener a una mujer en el regazo y engullir toda la atención como un agujero negro.

–¿Mi señora? ¿Mi señor? –Una mujer vestida de uniforme negro se inclina para dirigirse a nosotros–. ¿Cóctel de champán?

Asiento de manera cortante para no salirme del papel de lady Lyoners.

Recorro el resto del salón con la mirada desde el regazo de Raphael, que entierra la cara en mi cuello y pega los labios a mí.

–¿Salidas estratégicas? –murmura.

Su aliento me calienta la piel. Me atrae contra su cuerpo.

Veo tres: la puerta por la que hemos entrado, la que utiliza el servicio para traer las bebidas y una junto al escenario que imagino que conduce al espacio reservado entre bambalinas para los artistas. Me fijo también en que hay más fey armados que antes y tomo nota mentalmente de sus posiciones. Daría lo que fuera por tener mis propias armas conmigo, pero no habría tenido dónde esconderlas con el modelito que llevo.

Un fey se tropieza y sus pantalones de terciopelo me rozan por un instante, de manera que sus pensamientos se derraman sobre mí como un torrente de deseo y entusiasmo. Se vuelve para mirarme con las pupilas dilatadas de lujuria, pero yo aparto la mirada, abochornada ante las emociones del desconocido. En este lugar, los pensamientos de los demás son más estruendosos de lo normal. Lo que me resulta raro es que no oigo los de Raphael, y eso que tiene un brazo a mi alrededor.

Debe de mantenerlos ocultos, igual que sus emociones.

Permanezco arropada entre sus brazos, recostada contra su pecho firme y amplio. Es tan grande que mi cabeza encaja perfectamente en la curva de su cuello.

La camarera de antes regresa con una bandeja con dos copas de champán y nos ofrece una a cada uno.

–Espero que sea champán del bueno –digo, porque lady Lyoners es una zorra de mucho cuidado.

La mujer se pone blanca.

–Es vino espumoso del monte Bryn Yr Ellyllon, de Brocelianda.

–Está bien –concedo con un escalofrío antes de ordenarle que se retire con una sacudida de la mano.

Un brillo divertido baila en los ojos de Raphael al tiempo que una suave sonrisa se adueña de sus labios. Echa un rápido vistazo por encima del hombro al príncipe y yo sigo la trayectoria de su mirada. Todos estamos pendientes del atractivo fey, así que a nadie le llama la atención que lo observemos embobados. El grupo que acompaña al Asaltante de Sueños se compone de tres hombres y cinco mujeres. Uno de ellos luce una insignia que Wrythe nos hizo memorizar y que lo identifica como el general de la división norte del ejército fey. Su nombre es Shaelan y, según la información que tenemos, es uno de los amigos íntimos del príncipe. Cuando se recuesta contra una columna mientras bebe vino, el cabello plateado le cae a la altura de la barbilla. El *châtelain* del castillo también anda cerca. Se le reconoce por el sigilo de su chaqueta, bordado con unas llaves maestras doradas. Él es el encargado de gestionar los terrenos del castillo y sus defensas.

Cuando la melodía llega a su fin, las bailarinas saludan. El príncipe se acaba su copa con expresión aburrida y las luces del escenario se atenúan mientras seis fey musculosos suben un depósito de cristal para la siguiente actuación. Dentro hay varias fey de agua con los pechos desnudos y la melena flotando a su alrededor como un halo seductor. Comienzan a moverse en espiral por el tanque en cuanto la orquesta toca una nueva melodía más lenta, extraña y conmovedora. Una nada hasta el centro del tanque, donde una roca

sobresale del agua, y trepa por ella para sonreír al público, que se ha quedado mudo.

Entonces, se pone a cantar.

Por lo que he oído acerca de las sirenas y lo poco que he estudiado sobre ellas en la Torre Ávalon, sé que se suele decir que su canto es «hermoso», «casi hipnótico». Sin embargo, ahora me doy cuenta de que su sonido es imposible de describir. Al menos, no con palabras.

La música se desliza por mi cuerpo como si fuera un torrente de agua caliente y me siento como si la fey me estuviera dedicando la canción a mí y solo a mí. Aunque no entiendo su idioma, pues habla en algo mucho más antiguo que el fey, la historia sobre la que canta es una que enseguida identifico. La sirena habla del día en que Raphael me llevó a explorar los campos con diecisiete años.

Me acurruco contra su cuello y me dejo llevar por el recuerdo. Aquel día fue perfecto. Exploramos los calabozos y remoloneamos tirados en la hierba alta empapándonos del aire húmedo del verano. Saboreando el rico olor de la tierra y el embriagador aroma de las uvas maduras. Me miró con una sonrisa en esos labios tan perfectos mientras la hierba me hacía cosquillas en la piel. Nuestros dedos se rozaron y, antes de que me diera cuenta, Raphael se había acercado a mí. El beso le prendió fuego a mi cuerpo y me calentó como la luz calienta las viñ...

El único motivo por el que no me dejo llevar por completo por la canción de la sirena es un incesante murmullo. Alguien no ha dejado de hablar ni por un momento y me está volviendo loca. Entiendo que no todo el mundo se vea reflejado en una canción que habla sobre mi idilio con Raphael, pero ¿por qué no disfruta de la melodía en silencio? Desvío mi atención para buscar al maleducado que se está cargando el espectáculo.

–Mantente alerta, Nia –me susurra Raphael al oído–. No dejes que la canción te nuble el juicio.

Dejar de hacerle caso a la sirena me ayuda a abrir los ojos: no está cantando sobre el día que pasé con Raphael hace tanto tiempo. Esa es la magia de su canto, de la música al mezclarse con mis recuerdos. Incluso después de haber despertado del trance, una parte de mí sigue queriendo sumergirse de nuevo en la belleza de

aquel momento. Pero tengo que blindarme frente al efecto de su voz. Miro a mi alrededor y veo que todos los invitados están obnubilados. A algunos incluso les caen lágrimas por las mejillas. Otros intentan subirse al escenario con una expresión de pura lujuria grabada en el rostro mientras los guardias los mantienen a raya. Unos guardias que llevan tapones en los oídos para protegerse de la magia.

Raphael acerca mi rostro al suyo y susurra:

–Quiero seguir a uno de esos guardias, pero necesito que te mantengas alerta. No le quites el ojo de encima al príncipe y no le hagas caso a la sirena.

Me levanto de su regazo y se aleja. Es una suerte que no haya estado oyendo mis pensamientos. Sujeto con fuerza la copa de champán y hago todo lo posible por aislarme del embriagador efecto de la música. Me dejo caer sobre la silla y le lanzo una mirada rápida al hermoso príncipe. A diferencia del resto de espectadores, él permanece impasible. No parece que la melodía lo haya atrapado tanto como al resto. Mientras bebe vino, me doy cuenta de que hace gala de la misma belleza oscura que Mordred, con sus pómulos marcados, sus labios sensuales y sus ojos oscuros y almendrados. Solo le falta la corona de pinchos para ser la viva imagen de uno de esos retratos macabros de la academia. El linaje de Morgana...

Al lanzarle otro vistazo, veo que está examinando la multitud. Pese a que no ha posado su atención en mí, la intensidad de su mirada es como una descarga eléctrica.

Ladea la cabeza y vuelve a centrarse en el escenario. Cuando un mechón de cabello negro cae sobre uno de sus pronunciados pómulos, un escalofrío me sacude el cuerpo.

Un murmullo profundo se abre paso entre mis pensamientos y el corazón me da un vuelco. Es esa sensual voz fantasmal que oigo de vez en cuando. Está hablando en fey sobre una fiesta y sobre el calor del deseo, que hizo que los cuerpos adoptaran los colores sobrenaturales del crepúsculo. También menciona a una mujer de cabello rojo como el fuego, tan obsesionada con el placer que él le proporcionaba con la lengua que se desnudó tan pronto como se quedaron a solas. Recuerda que se deleitó mucho ante las distintas

posturas que adoptó para él aquella noche, dispuesta a ofrecerle su cuerpo de todas las maneras posibles. A la mujer le gusta que le tire del pelo. Aun así, el hombre siente que le falta algo.

Se me acelera el pulso. Es él, ¿verdad?

La voz que llevo tantos años escuchando cuando estoy sola y cansada. La voz que tan pronto se muestra violenta como sensual y libertina y que me habla con una cadencia aterciopelada cuando me sumo en ese espacio liminal entre la vigilia y el sueño.

No me sorprende nada que sea el Asaltante de Sueños. Tiene sentido. Los sueños se forjan a partir de nuestros peores temores y nuestros mayores deseos. Y eso es justo lo que su voz ha simbolizado siempre para mí.

El corazón me late desbocado, fuera de control. Llevo oyendo sus pensamientos poéticos, oscuros e increíblemente guarros desde los dieciocho. Dioses, en ocasiones, incluso he disfrutado de su voz. En ocasiones, ha llegado a ponerme cachonda.

¿Cómo es posible? Mis poderes telepáticos solo funcionan por medio del contacto físico. ¿Cómo he estado oyendo sus pensamientos durante tantos años si nos separaban miles de kilómetros de distancia?

De pronto parece tensarse, como si se hubiera puesto alerta. Como si buscara algo. A mí.

Estamos tan cerca que debe de percibir mi presencia.

Un pequeño grupo de bailarines se interpone entre nosotros y me esconde de él. Por lo que sé, el príncipe Talan es capaz de crear sueños y pesadillas, así como de extraer miedos y fantasías de los rincones más recónditos de la mente de sus víctimas. No quiero que se fije en mí, y menos ahora que he descubierto que ya ha estado dentro de mi cabeza antes. Temo que su subconsciente entre en contacto con el mío y se ponga a rebuscar entre mis secretos.

¿Quién está en mi mente?, susurra su voz seductora. *¿Quién eres, telépata?*

Percibo su magia buscándome, filtrándose en mi cabeza como una mancha de tinta en el agua y explorando los sentimientos que albergo en mi psique. A medida que ahonda en mis emociones, un torrente de imágenes confusas invade mi cerebro.

Veo a mi madre lanzándome un vaso que me da en la frente...

Me veo leyendo un libro en la librería, desesperada por escapar muy muy lejos...

Oigo a Raphael hablando con su amigo y el eco de la palabra «gentuza» resuena contra las paredes...

Aparto mi mente de su alcance y me estremezco visiblemente.

Hasta donde yo sé, el príncipe no es un telépata, pero se ve atraído por las emociones ajenas. Al conectar con las mías, saca a la luz los recuerdos que he intentado reprimir.

Veo un atisbo de su figura entre la multitud. Está agitando su copa de vino, muerto de aburrimiento. Las sombras le marcan los pómulos y, aunque su expresión fría es imposible de leer, sus ojos oscuros me hielan la sangre.

No creo que sea Auberon quien está destinado a destruir la Torre Ávalon, sino el atractivo Asaltante de Sueños que remolonea con elegancia en su silla. Con sus anillos resplandecientes y su postura relajada, da la imagen ostentosa y libertina de quien sería capaz de conducirte a tu propia muerte con sus dotes de seducción. Pese a la distancia que nos separa, percibo su presencia maligna enroscándose en torno a mí como el humo y buscando a la persona que ha invadido sus pensamientos.

Me pierdo entre la multitud con el corazón desbocado. Me mezclo entre el resto de los invitados manteniendo una expresión embelesada, sin apartar la mirada de la sirena. Por el rabillo del ojo, veo que el príncipe le susurra algo a la mujer que tiene sentada en el regazo. Cuando se la quita de encima, el fey se levanta y se vuelve hacia la puerta. *Mierda*. Tengo el presentimiento de que se la va a llevar a sus aposentos para acostarse con ella.

Tengo que advertir a Freya.

Una de las mujeres de su grupo lo agarra por la manga y le pide que se quede con una sonrisa, lo cual me ayuda a ganar unos valiosos segundos. Me encamino hacia el pasillo manteniendo un paso relajado para no llamar la atención. Cuanto más me alejo de la melodía de la sirena, más fácil me resulta concentrarme. Por suerte, el pasillo está desierto.

Bajo los arcos abovedados de marfil, corro en dirección a la escalera. Los aposentos del príncipe están en el tercer piso, así que allí es donde encontraré a Freya. Lo único que necesito es asegurarme de llegar allí antes que Talan.

Me recojo el bajo del vestido y subo los escalones de dos en dos. Una vez en el tercer piso, empujo la puerta que me encuentro en el rellano. Las ventanas con parteluces se extienden desde el suelo hasta los techos altos y las enredaderas trepan por los muros de piedra. Finjo tropezarme para hacerme la borracha, porque hay dos guardias apostados ante los aposentos del príncipe y necesito una coartada convincente. La puerta mide seis metros de alto y está pintada de verde. Me acerco a ellos tambaleándome en zigzag y esbozando una sonrisa atolondrada.

–Disculpadme, pero creo que me he perdido. ¿Me podríais indicar dónde está mi habitación? –farfullo con actitud relajada, pero hablando lo bastante alto como para que Freya me oiga desde dentro.

Uno de los guardias me sonríe, divertido ante mi estado de embriaguez.

–¿Cuál es la vuestra?

Frunzo el ceño, confundida.

–No me acuerdo exactamente –digo en voz alta, arrastrando las palabras como una borracha–. Es la que tiene un tapiz con un halcón en plena caza.

«Halcón en plena caza» era el código que habíamos acordado para indicar que el príncipe regresaba a su habitación.

–No os sabría decir dónde está ese tapiz exactamente –se disculpa el guardia–, pero, si me esperáis en el salón principal, os ayudaré a buscar vuestra habitación cuando termine mi turno.

La puerta se abre y Freya sale cargando con una montaña de sábanas.

–¿En qué puedo ayudaros? –me pregunta.

–Se ha perdido –explica el guardia–. No sabe dónde está su habitación.

Freya gruñe como si fuera un incordio.

–Venid conmigo, *madame*.

Pone los ojos en blanco y el guardia le sonríe. Luego, me agarra del brazo y tira de mí en dirección a la escalera.

–El príncipe se ha retirado –susurro– y temía que viniera hacia aquí.

–No pasa nada –dice ella–. El mapa no está en sus aposentos. He registrado hasta el último centímetro de la habitación.

Nos detenemos a un lado de la escalera de caracol. Todavía estoy intentando recuperar el aliento.

–Creo que lo he visto antes –murmura–. Al Asaltante de Sueños. Me pone los putos pelos como escarpias.

Trago saliva.

–Normal.

En algún momento tendré que contarle lo que ha pasado, pero ya lo haré más adelante. Se adelanta cuando llegamos a la planta baja, porque no tiene sentido que una doncella se pasee por ahí con una dama. Dejo pasar un minuto antes de salir a la terraza con vistas al mar. Más abajo, las olas rompen contra las rocas negras. El viento salado me azota cuando me acerco a mis tres compañeros. La puerta se cierra a mi espalda.

–No está en sus aposentos –susurra Freya.

Raphael suelta una palabrota entre dientes.

–Y tampoco en la cámara. Hemos comprobado el libro de registro y el príncipe lleva un tiempo sin guardar nada allí abajo.

Se vuelve para contemplar el mar iluminado por la luna. Gracias a su expresión sombría, no me hace falta tener poderes telepáticos para saber lo que está pensando. Si quiere encontrar a su hermana, el mapa es su única esperanza.

Para Raphael, cumplir con la misión del MI-13 va mucho más allá del deber, porque las prisiones señaladas en los mapas que hemos venido a robar podrían ayudarlo a localizar a la única familia que le queda.

Capítulo 25



Tenemos que irnos –dice Freya.

–Esperad –susurra Raphael–. Puede que el mapa esté en las dependencias del *châtelain*. Tendría sentido, ¿no?

Freya echa un rápido vistazo al interior del castillo.

–Podría estar en cualquier parte, Raphael. –Suena cortante–. No podemos permitirnos deambular por el castillo. Si nos quedamos aquí más tiempo, la patrulla costera nos cortará el paso. Además, alguien acabará preguntándose por qué Viviane no aparece en el escenario...

–Id yendo a por el barco. Si no aparezco en diez minutos, marchaos sin mí –dice desesperado.

–Ni en broma –replica ella frunciendo el ceño–. No nos iremos sin ti.

–Es una orden. Voy a registrar la habitación del *châtelain* y vais a esperarme fuera. Si os ve algún guardia, os marcháis. Si tardo más de diez minutos, os marcháis también.

Abre las puertas de cristal que conducen al salón y desaparece de nuestra vista.

Viviane se cruza de brazos.

–A la mierda. Me quedaré vigilando el pasillo donde se encuentra el despacho para asegurarme de que no viene nadie.

–He visto al *châtelain* entre los asistentes al espectáculo de variedades. Volveré allí para asegurarme de que no se marcha.

Freya nos mira y niega con la cabeza.

–Estamos cometiendo un error, pero vale. Vigilaré la seguridad del castillo.

Yo echo a andar la primera en dirección al salón principal. De camino allí, retomo el papel de lady Lyoners, aunque finjo estar un poquito más borracha.

En el fondo, sé que Freya tiene razón. Raphael no sabe dónde está el mapa, pero está desesperado. Es posible que el príncipe Talan ni siquiera guarde el mapa en el castillo. Localizar un único pergamino a ciegas en un lugar tan enorme como este va a ser tan difícil como encontrar una aguja en un pajar.

Pero no consigo quitarme la expresión desconsolada de Raphael de la cabeza.

Al llegar al salón, descubro aliviada que el acuario y la sirena han sido sustituidos por tres mujeres fey que dan vueltas por el escenario en poco más que unas delgadas cadenas doradas. El séquito del príncipe está disfrutando del espectáculo, pero no hay ni rastro de Talan. Ahora que el Asaltante de Sueños no está, unos cuantos invitados se han acercado al grupo e intentan ganarse a su círculo de confianza por medio de zalamerías.

El *châtelain* sigue presente y le da vueltas a un cóctel rojo. Al menos tenemos la certeza de que no pillará a Raphael registrando sus aposentos.

Una repentina idea de lo más temeraria se me viene a la cabeza.

¿Y si alguien del grupo sabe dónde está el mapa? En ese caso, a lo mejor puedo encontrar la manera de averiguarlo.

Me acerco a la mesa tambaleándome como una borracha, respiro hondo para concentrarme y dejo que la magia violeta y frenética que albergo en mi interior se extienda por todo mi cuerpo.

A medida que la magia fluye a través de mí, empiezo a percibir las emociones de la gente que me rodea. No puedo leerles la mente sin tocarlos, pero puedo sentir sus miles de emociones, ideas y deseos a la espera de ser encontrados. A la espera de ser vistos.

Bailo alrededor de la mesa e intento parecer otra fey hedonista más. Paso a su lado y rozo el hombro de uno de ellos con muchísima delicadeza.

Puede que Aenor acceda a invitar a una de esas bailarinas a pasar la noche con nosotros. Si se lo propongo como si fuera una concesión que estoy dispuesto a hacer en su favor...

Me adentro un poco más en su mente, pero no percibo nada relacionado con el mapa. Sigo moviéndome con un contoneo y, fingiendo haberme quedado ensimismada disfrutando del espectáculo, rozo a una mujer con un vestido verde.

No debería haber bebido tanto. Ya es el quinto día consecutivo que me paso con el hidromiel...

En su mente tampoco encuentro nada. Avanzo un par de pasos y toco el hombro de otro fey al pasar.

No consigo sacarme esa melodía de la cabeza. Me está volviendo loco...

Todos esos pensamientos invasivos y ensordecedores surcan el interior de mi cráneo. Cada uno de ellos está cargado de emociones ajenas, de imágenes extrañas del pasado de estas personas. Es como si en mi cabeza se estuviera sucediendo una estruendosa conversación en la que yo no participo. Apenas consigo mantener la concentración, pero tengo que continuar.

Toco a otro hombre con la punta del dedo.

Voy a echar a ese desgraciado de Orhan a los lobos para que lo despedacen. ¿Se cree con derecho a hacerme algo así?

Y a otra mujer.

Echo tanto de menos a Alarice...

Y a otra.

Madre, ¿por qué nos abandonaste?

El rutilante brillo de tu pira funeraria todavía permea mis retinas e interfiere con mi vista. Ya han pasado dos meses, pero no soy capaz de seguir adelante. Todavía recuerdo nuestra última conversación. Tengo la sensación de que siempre estábamos discutiendo sobre los temas más triviales. También nos peleamos la última vez que hablamos. Y por la falda que llevaba, ya ves tú. De haber sabido que no volvería a oír tu voz, me habría cambiado de ropa. Habría quemado esa falda solo para verte sonreír.

Quiero recordar los momentos felices que compartimos.

Quiero recordar lo mucho que te dolió que me negara a bailar contigo en aquella fiesta de verano. Por aquel entonces, me preocupaba mucho lo que mis amigos pudieran decir de mí. Ahora daría lo que fuera por bailar una última vez contigo...

Me aparto de la mujer con el corazón desbocado. Mientras sus turbulentos pensamientos siguen haciendo estragos en mi mente y mezclándose con los de las demás personas que he tocado, ella sigue hablando con la persona que tiene enfrente, comentando algo fútil sobre la ensalada de prímula y violeta. Avanzo casi de manera automática para pasar al siguiente.

Me quiero morir. Nunca olvidaré lo humillada y avergonzada que me he sentido. ¿Por qué?

¿Por qué lo he hecho? La camarera me ha dicho «Que aproveche» y yo le he respondido con un «Lo mismo digo».

Lo mismo digo.

Como si ella fuera a comer también.

No paro de pensar en su sonrisa, en esa condenada sonrisa compasiva que me ha dedicado. Ahora está al otro lado del salón hablando con otra camarera, y sé de sobra lo que está diciendo. Se lo está contando. Le está contando que he respondido con un «Lo mismo digo» como una imbécil. ¡Y se están riendo! No me extraña. Me quiero morir. ¿Me habrá oído alguien más? No podré volver a dejarme ver en público. Debería tirarme al mar desde lo alto de los acantilados para evitar ponerme todavía más en evidencia. Ay,

dioses, ahora me he manchado los pantalones de vino. ¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Me alejo con torpeza de ese torrente de pensamientos ansiosos que truenan en mi cabeza como una tormenta. Las tribulaciones de la mujer se entremezclan con el deseo, la irritación y la rabia. Las emociones de todas esas personas empiezan a ahogar mis propios pensamientos, pero Raphael me necesita.

No recuerdo por qué, pero toco a alguien más.

Dice que soy su amigo, su primo, pero ¿de verdad me respeta tanto como dice? Siempre está con «Lumos, lleva esto a mis aposentos» o «Lumos, tráenos algo de comer» o «Lumos, comprueba que mi caballo está listo». Soy el tercero en la línea sucesoria. ¿Por qué me carga a mí con todo en vez de repartir todas esas tareas entre el resto de su séquito? Si él muriera, sería segundo en la línea sucesoria. Estoy seguro de que el hecho de que nunca haya conseguido tener descendencia es una señal de los dioses.

En fin, no toleraré estos desaires durante mucho más tiempo. La próxima vez que me pida que haga algo, le diré que se encargue él mismo. ¡Ja! Debería estar sirviéndome él a mí y no al revés. Sería toda una sorpresa para él. «Talan, ¿por qué no vas a buscar a un par de chicas para que nos hagan compañía?». «¿Sabes qué, Talan? ¿Por qué no me llevas tú a mí la bolsa como un buen perrito faldero?».

Claro que él es el príncipe, pero yo soy su primo, y padre solía decirme que hay que tener un poco de carácter para que la gente no te pise. Y tenía razón. Ya va siendo hora de que le eche un buen par.

Me alejo de él sin estar muy segura de quién soy, pero sabiendo bien qué es lo que puedo hacer. Toco a la gente y me adueño de sus pensamientos. Soy todos ellos al mismo tiempo. Extiendo la mano para asimilar a otra persona más.

Por mucho que lo intento, no soy capaz de dejar de pensar en ella. Incluso ahora, con las bailarinas en el escenario, no puedo apartar la vista de ella. De sus ojos turquesa y su sonrisa dulce. Me encanta cómo ladea la cabeza cuando se está divirtiendo... justo como está haciendo ahora.

¿Cómo le confieso a Elora lo que siento?

¿Y si le enseño los poemas que he escrito sobre ella? Dioses santos, me estremezco solo de pensarlo. Son terribles. Me moriría de vergüenza si alguien los encontrara. Debería quemarlos, aunque sería como quemar el amor que siento por ella.

Tal vez debería enviarle unas flores. De parte de un admirador misterioso. Le enviaré una docena de nomeolvides cada tarde para que siempre se acuerde de mí. Luego, una noche, tras agasajarla con cientos de flores, llamaré a su puerta con una docena más de vibrantes pétalos azules. Entonces se dará cuenta...

Ay, dioses, se dará cuenta de que soy un rarito y que estoy profundamente obsesionado con ella. Eso será lo único que sacará en claro.

Oh, Elora. Llevamos años siendo amigos. ¿Cómo puedo tenderte la mano para cruzar juntos el puente que separa la amistad del amor?

Mi cuerpo ha desaparecido y ya no sé quién soy; he acabado reducida a una nube de pensamientos. ¿Me estoy comiendo una fresa ahora mismo? ¿Estoy bebiendo hidromiel? ¿Estoy siquiera aquí, o es todo un sueño? Hubo un tiempo en que tuve un propósito y un nombre, pero ya no lo recuerdo. Me llamo Lumos, ¿verdad? Soy el primo del príncipe y el tercero en la línea sucesoria.

Tengo que regresar a mi cuerpo, pero no lo encuentro y hay una infinidad de pensamientos colándose en mi cabeza. Estoy perdida en un laberinto de emociones. No soy Lumos, qué tontería. Ni siquiera me cae bien. Una vez me tocó el culo para impresionar a Talan.

No, un momento, nunca me ha tocado el culo. Eso se lo hizo a otra persona. ¿Quién soy? Por mucho que me busco, ya no hay esperanza para mí.

Lo único que me queda por hacer es añadir más y más mentes al coro de voces de mi cabeza.

Este salmón está pasado. Debería comentárselo al camarero, pero entonces todos volverán a decir que soy un aguafiestas. ¿Qué culpa tengo yo de que mi paladar sea más sofisticado? Seguro que...

Sé que he olvidado comprar algo. Veamos. Ya tengo un vestido para Callice y unos cuantos cálices. Por supuesto, también el collar para Astrid y...

–Nia. –Una voz familiar me llama a lo lejos.

La espada para Marcus. ¡Ah, ya sé! He olvidado el...

Puedo aprenderme este baile. Un paso adelante, dos hacia atrás y luego extiendo las manos. Me pondré a practicar más tarde en mi habitación...

–Nia, vuelve a la realidad –insiste la voz. Es dulce y encantadora, pero no deja de escaparse. Tengo que concentrarme para aprenderme los pasos de baile.

Pero ¿cómo lo hacen para mover así las caderas? ¿Yo puedo hacer eso? Probaré a practicar delante del espejo...

–¡Nia!

Un hombre de lo más atractivo me zarandea. Lo miro confundida, atrapada en la cacofonía compuesta por un millón de voces de mi cabeza. ¿Quién es este hombre? No me apetece prestarle atención, pero es guapísimo y parece preocupado. A pesar de que el coro ensordecedor de voces me impide pensar con claridad, quiero tranquilizarlo y decirle que estoy bien.

El problema es que no lo estoy. Ni siquiera me veo capaz de hablar, porque siento que mis labios no me pertenecen. O que tengo demasiadas bocas. Si lo intento, estoy segura de que hablarán veinte personas a la vez.

–¿Qué ha pasado? –susurra.

En sus encantadores ojos plateados brilla una chispa de preocupación que despierta algo en mi interior.

Raphael. Suspiro. Siento algo por Raphael, aunque sé que no debería. Puede que todavía no esté segura de quién soy, pero eso lo tengo muy claro. El hombre de los ojos plateados es Raphael y, cada vez que lo miro, me flaquean las piernas.

–Estoy... Estoy... –intento explicarme–. Demasiados... pensamientos.

Me observa confundido, pero entonces abre mucho los ojos.

–¿Le has leído la mente a alguien? ¿Aquí?

–A alguien no... –Trato de hacer memoria–. A todos.

–Dioses santos, ¿por qué has hecho eso?

Me sujeta por la cintura y me recuesto contra él. Huele de maravilla.

–Quería... encontrar el mapa. Por tu hermana. Y pensé...

Apoyo la cabeza en su amplio pecho sin ser muy consciente de lo que hago. ¿No se suponía que debería estar evitando a este chico tan fuerte y guapo?

Por fin, un pensamiento claro como el agua se abre camino a través del caos.

–¡Ya sé dónde está!

–¿Dónde?

–En mi bolsa de cuero.

–No tienes ninguna bolsa, Nia.

–Talan siempre intenta hacerme cargar con sus cosas –susurro–. No para de darme órdenes. Lumos, haz esto. Lumos, coge aquello. Lumos, cuida de mis documentos...

–¿Quién coño es Lumos? ¿Te refieres al *comte* Lumos de Morlune?

–¡Sí, ese es mi título, botarate! –le espeto. Entonces sacudo la cabeza–. No, espera, no soy Lumos. Ese tipo es un imbécil con la mano muy larga. Pero tiene el mapa.

Me vuelvo hacia el conde. Las personas que están sentadas a la mesa charlan y ríen sin saber que he invadido su mente. Me parece increíble que permanezcan ahí sentados como si nada mientras el caos hace estragos en su mente. Lo veo. Veo a Lumos con su mata de pelo rojo brillante cayéndole por los hombros y su bolsa al lado. Su resentimiento es palpable.

Me pego un poco más a Raphael.

–¿Ves a ese tipo pelirrojo de ahí? –susurro–. Ese es Lumos y esa, su bolsa. El mapa está ahí dentro.

–¿Estás segura? –responde también en un susurro.

–Sí, Talan me ha hecho... –Carraspeo–. Le ha pedido que se lo guarde. –Me cuesta concentrarme y hablar–. Está ahí. El mapa está ahí.

–Vale, pero no levantes la voz –me pide en un murmullo–. Iré a por la bolsa y saldremos cagando leches de aquí.

–Vale –mascullo.

Supongo que tiene razón. Deberíamos irnos, aunque no recuerdo por qué. Me quedo mirando los candelabros. Cuando me suelta, estoy a punto de derrumbarme y tengo que concentrarme al máximo para mantener el control de mis extremidades. Me siento como si

tuviera treinta brazos y treinta piernas. Una parte de mí espera que la gente que está alrededor de la mesa pierda el equilibrio conmigo, porque estamos todos vinculados, ¿no es así?

Bajo la vista al suelo justo cuando Raphael pasa como si nada junto a Lumos. Con un movimiento rápido y discreto, pesca su bolsa del suelo de mármol. Unos segundos más tarde, regresa a mi lado.

–Vale, vámonos –dice agarrándome la muñeca–. ¿Nia? Vamos. ¿Qué estás mirando?

Su cabello negro le enmarca el rostro perfecto.

–Elora –farfullo–. ¿No te parece maravillosa? ¿Crees que algún día corresponderá mis sentimientos?

Raphael tira de mí hacia la escalera sujetándome la muñeca con fuerza. No entiende lo mucho que estoy sufriendo por Elora, pero no me sorprende. Nadie podría entender una amistad como la nuestra.

–¿Te ves capaz de bajar la escalera corriendo? –me susurra al oído–. Vamos a salir por la entrada del servicio.

–Creo que sí –digo en un hilo de voz–, pero ni siquiera sé quién soy.

Tira de mí y echamos a correr. Sin embargo, no sé dónde está mi cuerpo, así que pierdo el equilibrio y me tropiezo tras bajar un par de escalones. Raphael me levanta en volandas y me derrito contra él.

Capítulo 26



Estoy sentada en una silla con los ojos cerrados, sosteniéndome la cabeza entre las manos con la esperanza de darle un punto de apoyo y mantenerla en su sitio.

–Tenemos que irnos, Raphael. –Oigo a Viviane a través de la cacofonía, pero su voz se mezcla con el resto de las voces de mi cabeza.

Raphael está sentado a mi lado y me acaricia la espalda.

–Nia necesita un momento.

Los oigo hablar a lo lejos y me pregunto quién será esa tal Nia. Tardo unos segundos en recordar. ¡Anda! Puede que sea yo.

–¿Qué le pasa? –escupe Viviane–. ¿Qué ha hecho?

–Enseguida se pondrá bien –dice él.

–¿Por qué no me cuentas la puta verdad? –insiste ella con tono firme–. Está sufriendo una sobredosis de magia, ¿no? La noto emanando de ella. Pero no puede ser cosa de su don de centinela, porque ahí dentro no había ningún velo, así que ¿qué está pasando?

Raphael suspira.

–Es telépata y les ha leído la mente a demasiadas personas de golpe. Pero no le puedes contar a nadie que tiene poderes antitéticos, porque la necesitamos. –Suena brusco e impaciente–. Ya sabes que echan de la academia a cualquiera con dos dones. Dirán que acabará convirtiéndose en otra Mordred. No ha estado ejercitando su poder, así que no sabía de los peligros que entraña. Hemos estado intentando hacer que lo reprima, pero supongo que ha pensado que nos sería útil en este caso. La necesitamos, Viviane.

Freya suelta una palabrota.

–¿Cuántas mentes ha leído? ¿Tres? ¿Cuatro? Si son cuatro, puede que ya no tenga remedio. Es fuerte, pero no sé si será capaz de lidiar con los pensamientos de tantas personas al mismo tiempo.

–No lo sé –dice Raphael–. Puede que hayan sido más de cuatro.

–Creo que han sido doce –farfullo–. O trece. Perdí la cuenta cuando empezaron a mezclarse entre sí.

Se hace un silencio y, por un momento, me pregunto si mis compañeros estarán aquí conmigo de verdad o si no serán más que otra voz en mi cabeza.

Abro los ojos y veo que Raphael, Viviane y Freya me están mirando estupefactos.

–¿Qué pasa? –pregunto con un hilo de voz.

–Por favor, dime que no es verdad. –Los dedos de Raphael se crispan sobre mi espalda–. Los telépatas no deben leer más de una mente o dos en un intervalo corto de tiempo, porque pueden acabar perdidos en el mar del subconsciente.

–El mar del subconsciente –repito con la vista clavada en el suelo adoquinado.

Suena bien. Apropiado. Eso es justo lo que tengo en la cabeza ahora mismo. Un mar embravecido que me lo está poniendo todo patas arriba.

–No han podido ser doce –insiste Raphael con firmeza.

–Han sido doce como mínimo –insisto, aunque he estado a punto de creerme sus palabras.

–Es imposible –espeta Freya.

–He leído la mente de Lumos, de Gaia y de Belrior. –Cuento con los dedos–. También la de Calixto y la de Nia...

–¡Nia eres tú! –gruñe Viviane.

–Ay, es verdad. Yo soy Nia. En fin, que al menos he leído doce mentes. Trece contando a Nia, aunque supongo que ella no cuenta, ¿no? O sea, yo. Yo no cuenta. Mí no cuento.

Frunzo el ceño. Eso tampoco suena bien, pero las palabras me resultan confusas. Hay demasiadas. Nia sabe hablar varios idiomas, al igual que Calixto y Gaia, así que tengo un batiburrillo de estructuras gramaticales y vocabularios en la cabeza.

–Dioses –dice Freya.

–Vamos a necesitar una nueva ruta de escape –dice Viviane–. No va a poder controlar el velo estando así.

La estancia en la que nos encontramos es toda sombras y arcos de piedra, como una cripta bajo una catedral.

–¿Por qué? –pregunto intentando centrarme en la conversación. Me ayuda a mantener los pies en la tierra y me recuerda quién soy en realidad. Calixto.

No, un momento. Nia. Soy Nia.

–Porque tenemos que cruzar el velo –explica Viviane, que suena muy cabreada.

–Vale. Ya lo hemos hecho una vez, así que podemos volver a hacerlo –apunto.

Raphael me mira.

–Coincido.

–Pero ¿cómo va ayudarnos a cruzar estando así? –pregunta Viviane con firmeza–. Si lo que dice es cierto, está perdida. Es una suerte que todavía pueda hablar, pero ya no sabemos quién es. Y ya os digo que no va a ser capaz de utilizar su poder de centinela ni de coña.

–Sí que voy a poder.

Sé que es verdad. Noto mis dos dones vibrando en mi interior, bien despiertos.

–Sí que va a poder –repite Raphael–. Nos ayudará a cruzar el velo. Tampoco nos queda otra opción. Seguro que el príncipe ya ha descubierto que el mapa no está. Tenemos que marcharnos de aquí esta misma noche.

–¡El mapa! –recuerdo de repente–. ¿Tenemos el mapa?

–Sí, gracias a ti –dice él lanzándome una sonrisa radiante.

–Vale, bien.

Raphael me pasa un brazo por la cintura y me ayuda a ponerme de pie. Contemplo la luz de las antorchas que baila en las paredes.

–¿Dónde estamos?

–En una sala vacía de la planta baja del Château des Rêves –dice Freya.

Es una doncella. La miro con suspicacia. No, está fingiendo formar parte del servicio. ¡Es una agente humana! Debería decírselo enseguida a Talan. Seguro que así por fin me ganaré su respeto.

No, un momento. Soy Nia. Cierro los ojos y respiro hondo para intentar liberar mi propia mente de la maraña de voces.

Salimos a uno de los pasillos del castillo. Me siento tan desorientada que ni siquiera recuerdo cómo hemos llegado aquí, pero Raphael encabeza la marcha con paso seguro. Avanza con la suficiente rapidez como para escapar lo antes posible, pero la suficiente tranquilidad como para no hacer ruido y llamar la atención de cualquier miembro del servicio que pase por nuestro lado.

Dejamos atrás una cocina pequeña y una alfombra raída. Aquí los techos son mucho más bajos que los del piso superior. Pasamos por delante de una infinidad de estancias idénticas a la cripta vacía de la que hemos salido. Un escudo de armas decora una de las paredes. Intento seguirles el ritmo a mis compañeros, pero las voces de mi cabeza no dejan de aullar. Aunque veo el mundo a través de una neblina, tener el brazo de Raphael en torno a mi cintura me ayuda a mantenerme estable.

–Un momento. –Se detiene en seco–. Creo que nos hemos pasado.

–¿Estás seguro? –pregunta Viviane.

–Sí, tenemos que dar la vuelta –dice girando sobre los talones–. Vamos.

Lo sigo y volvemos a dejar atrás la alfombra raída, el escudo de armas y unas veinte o más habitaciones. Hay muchísimas.

–¿Qué narices? –masculla mirando a su alrededor.

–Creo que nos hemos vuelto a pasar.

–No había más pasillos, Viviane –digo.

–¿Qué dices? –me espeta–. Había como una decena de ellos. ¿Dónde está Freya?

Me da un vuelco el corazón. Freya ya no está con nosotros.

–Algo va mal –dice Raphael.

–Seguro que ha salido ya y no se ha dado cuenta de que no íbamos con ella –sugiere Viviane, aunque la duda permea sus palabras–. Vamos. Yo iré delante. Es por aquí, ¿veis?

Señala una bifurcación en el pasillo que, de algún modo, antes hemos pasado por alto. Ahora es Viviane quien encabeza la marcha con paso seguro. Una vez más, dejamos el escudo de armas atrás.

–Hemos pasado por aquí hace un segundo –digo.

–No. –Me fulmina con la mirada–. Además, no podemos fiarnos de tus indicaciones según estás.

–No, mira. –Señalo el escudo de armas–. Tiene la misma cornamenta que el de antes. Y esa es la alfombra raída de antes. Estamos recorriendo un mismo pasillo todo el rato.

Raphael me sujeta la cintura con más fuerza.

–Nos hemos desorientado. ¿Creéis que nos habrán drogado? Lo único que tenemos que hacer es encontrar la salida.

–Bueno, hemos venido por el camino de la izquierda, así que deberíamos seguir por el de la derecha.

Echo a andar, pero todo parece moverse despacio, muy muy despacio, a mi alrededor. Apenas consigo avanzar, y eso que camino todo lo deprisa que puedo. Bajo la vista y me doy cuenta de que he quedado atrapada en la alfombra, que tira de mí hacia atrás cada vez que intento avanzar. Se ha convertido en una especie de masa pastosa.

–¡Me estoy hundiendo! –grito alarmada.

–No levantes la voz –me pide Raphael–. Aguanta ahí. ¿Dónde está Viviane?

Ya solo quedamos nosotros dos. Estoy metida hasta las rodillas en la alfombra y cada vez me hundo más deprisa.

–Nos han tenido que drogar.

Raphael sigue sujetándome la cintura con firmeza, pero a él, por algún motivo, la alfombra no se lo está tragando.

–No. –Me da un vuelco el estómago–. El castillo de los sueños se ha convertido en el castillo de las pesadillas. Esto es obra del príncipe.

Ahora lo tengo claro. El Asaltante de Sueños debe de haberse dado cuenta de que su mapa ha desaparecido y nos ha dejado atrapados en el castillo.

–Es imposible –dice Raphael–. Ni siquiera sabe dónde estamos.

–No le hace falta saberlo. –He entrado en una docena de mentes, muchas de sus amigos más cercanos, así que he descubierto bastantes cosas de él–. Tiene la capacidad de percibir el subconsciente de los demás cuando andan cerca. Estamos intentando escapar, nos da miedo que nos pillen, y eso nos diferencia del resto. Ha localizado nuestra mente y nos ha encerrado en este sueño.

–¿Y sabe dónde estamos? –pregunta estrechándome la cintura.

Niego con la cabeza.

–Creo que no. Al menos, no todavía. Pero, si no conseguimos salir de aquí, acabará encontrándonos. –Ahora estoy metida hasta los muslos en la alfombra fundida–. Raphael, esto está a punto de tragarme.

–Está todo en nuestra cabeza –dice despacio–. Los sueños también se pueden controlar si eres consciente de que estás soñando.

–¡Pero no puedo salir!

Entro en pánico cuando noto que me escurro de entre sus dedos y empiezo a hundirme más. Pero entonces cambia de posición y me agarra del brazo con todas sus fuerzas.

–No te muevas.

Flexiona los músculos y me saca lentamente de la viscosa alfombra, que deja escapar un asqueroso sonido de succión. Entonces caigo sobre él y me aferro a su pecho firme respirando con dificultad.

–Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

–Un momento. –Cierra los ojos y sus pestañas negras le proyectan sombras sobre las mejillas–. Concéntrate. Estamos dentro de nuestra mente, ¿no? Pues intenta visualizar la salida. E imagina que nos encontramos a Viviane y Freya por el camino.

Cierro también los ojos y hago lo que me pide. Aunque me cuesta concentrarme, pongo todo mi empeño en imaginar que nos reencontramos con nuestras compañeras. Que las agarramos de la mano y huimos del castillo.

–Vale –susurro.

–Vamos.

Avanzamos cogidos de la mano y, allí, en el extremo opuesto del pasillo, vemos una puerta que conduce a la escalera exterior y al mar. Veo incluso las olas centelleantes a través de la ventana.

–Está funcionando –digo con un hilo de voz.

Raphael asiente.

Cruzamos la puerta a toda prisa y oímos que alguien grita pidiendo ayuda. Al volvernos, vemos que Viviane y Freya vienen corriendo hacia nosotros y que un muro de fuego ruge a su espalda. Un ataque de tos me sacude el cuerpo y, aunque sé que todo es un sueño, no logro extinguir las llamas. El calor me abrasa la piel. Vamos a acabar quemados vivos.

Alguien me agarra de la muñeca y me insta a correr. El humo hace que me lloren los ojos. ¿La puerta ha vuelto a desaparecer? Estamos atrapados en una pesadilla. Por encima de mis toses, oigo que Raphael les está explicando a gritos a Viviane y a Freya que nada de esto es real y que tienen que visualizarse escapando del castillo.

Hemos vuelto a perdernos. No conseguimos encontrar la puerta y me da miedo volver a la casilla de salida, a la alfombra raída y el escudo de armas. El Asaltante de Sueños está jugando con nosotros. No somos más que un hatajo de marionetas, y él es quien mueve los hilos.

–No, ahí no –dice Raphael–. ¡Por aquí!

Me tira de la muñeca para que nos desviemos hacia la puerta de una cocina y, al abrirla...

El aire salado me empapa la cara. Las estrellas salpican el cielo nocturno y una escalera de piedra zigzaguea hasta el mar. Somos libres.

Respiro hondo mientras el viento me azota. El aire de la noche es increíblemente fresco y por fin puedo llenarme los pulmones como es debido. Raphael nos ha sacado de la pesadilla.

–Vamos, no nos queda mucho tiempo –dice.

Bajamos por la escalera corriendo para llegar al muelle donde hemos dejado la barca. Casi se me escapa un sollozo de alivio cuando llegamos allí. Lo hemos conseguido. No me puedo creer que hayamos escapado. En cuanto me subo al barco, Viviane corta el amarre con un cuchillo y nos adentramos en el mar. Los remos se sumergen en las olas con cada impulso de Viviane y Raphael.

Las salpicaduras me empapan y me aferro a los bordes de la barca mientras el velo resplandeciente se aproxima. Resulta extraño, pero la vaporosa barrera mágica no me da ninguna seguridad.

–¿Podrás ayudarnos a cruzar, Nia? –pregunta Raphael.

–Sí, vosotros seguid.

–Esta corriente es dura de pelar –gruñe Viviane tirando de su remo–. Cuesta muchísimo remar con esta cosa.

–Ya –coincide Raphael, que se estremece cuando el agua le empapa la camisa.

Presto atención al sonido de los remos al golpear el agua, pero no le quito el ojo de encima al velo. No parece que estemos acercándonos.

Echo la vista atrás.

–¡Pero si no nos hemos movido!

–Es por la maldita corriente –grita Raphael para hacerse oír por encima del ruido de las olas.

–¿No estamos en una bahía? –jadea Freya sin aliento–. No debería haber corrientes.

Contemplo las aguas turbias. Aunque está oscuro, veo que el mar opone resistencia contra los remos. Las nubes de tormenta se arremolinan sobre nuestras cabezas y ocultan la luna y las estrellas. Las sombras se ciernen sobre nosotros.

Ahora sí que nos estamos moviendo. La poderosa corriente tira de nosotros, pero no nos aleja de la costa, sino que nos arrastra en círculos.

–Estamos atrapados en un remolino –dice Raphael en tono alarmado.

El miedo se apodera de mi corazón mientras me agarro con todas mis fuerzas a la barca. El remolino es enorme, como un vacío. El barco gira más y más deprisa, da vueltas y vueltas pese a lo mucho que Viviane y Raphael intentan sacarnos de la corriente.

–No –susurro–. No estamos atrapados en un remolino, sino en una pesadilla. No hemos llegado a salir del Château des Rêves.

Capítulo 27



La lluvia cae del cielo, el agua cada vez está más revuelta y nuestra diminuta barquita se bambolea atrapada en la vertiginosa corriente. Raphael grita una serie de órdenes que soy incapaz de descifrar mientras intenta sacarnos de este mortífero atolladero. El agua le arranca el remo de las manos a Viviane. Cometo el error de echar un vistazo rápido al enorme remolino. Es un abismo a la espera de devorarnos. Un vacío. La mismísima nada. Nuestro fin.

Con el agua salpicándome la cara y el corazón desbocado de miedo, me cuesta convencerme de que nada de esto es real. Pero no lo es. Estoy segura de ello. En el mundo real, los remolinos no alcanzan estas dimensiones. Es todo un producto de la pesadilla.

Raphael se ha equivocado. Aunque el sueño se está desarrollando dentro de nuestra mente, no tenemos ningún control sobre él. Nuestra huida no ha sido más que una fantasía. El Asaltante de Sueños nos ha dejado creer que estábamos huyendo, como el gato que juega con un ratón, pero no nos hemos movido del castillo. Nuestro cuerpo sigue en el Château des Rêves, atrapado en una horrible pesadilla. Antes o después, el príncipe y sus guardias nos encontrarán. El miedo me electriza los nervios.

Si sé que estoy soñando, ¿podré obligarme a despertar? Me pellizco, pero no sirve de nada. El dolor es real en esta pesadilla. No hay forma de escapar. Si nos ahogamos, por muy perturbador que me resulte, estoy bastante segura de que será el fin para nosotros.

¿Qué es lo que quiere? Llevo años escuchando los pensamientos del Asaltante de Sueños. El placer y la belleza son sus mayores anhelos, pero siempre se siente solo. Si estoy en lo cierto y sigo en el castillo, ¿podría colarme en su mente como ya he hecho antes sin querer? A lo mejor solo así encontramos una manera de salir de esta pesadilla.

La idea de acercarme a él, por no hablar de adentrarme en sus pensamientos, me da un miedo terrible. Ya he estado a punto de perder la cabeza por colarme en la mente de demasiadas personas. Correr el riesgo de ahogarme de nuevo en el mar del subconsciente sería una estupidez, pero ¿acaso tengo otra opción? Si quiero escapar de aquí, no.

Me agarro con fuerza al borde resbaladizo de la barca, cierro los ojos y busco la magia que albergo en mi interior, ese poder frenético, agudo y de tonalidad violeta que me permite escuchar los pensamientos de los demás.

Al invocar mi poder, pienso en la sensación que me ha transmitido la mente del príncipe al entrar en contacto con la mía. Era oscura, inquietante. Con una obsesión por el sexo. Canalizo mi telepatía hacia ahí y noto que algo, la sombra de otra entidad, me roza los pensamientos. Es oscura, atrayente, seductora. Pero en estos momentos, ante todo, está furiosa.

Me cuesta concentrarme con la barca subiendo, bajando y amenazando con lanzarme al abismo. Me sujeto a la madera mojada

con más fuerza. Con la respiración acelerada, extendiendo mi poder con torpeza hacia la oscura tentación de esa otra mente como nunca he hecho antes.

Entonces, a lo lejos, oigo una voz.

¿Dónde estáis, pequeños soñadores? ¿Dónde os escondéis?

Su voz suena aterciopelada, pero esconde una intensa rabia bajo su superficie. Percibo la cólera con la que nos tiene cautivos.

Os ahogaré y desearéis estar muertos, pero seguiréis ahogándoos, incapaces de respirar y con los pulmones encharcados de agua. La muerte no podrá salvaros en vuestros sueños.

Me aferro a sus pensamientos e ignoro el miedo que se adueña de mi corazón al imaginar ese infierno eterno. Estoy convencida de que tiene que haber una forma de escapar.

Ah, eres tú otra vez, ¿no es así? La pequeña telépata que se cuela en mis pensamientos. Percibo tu presencia. Puede que no te vea, pero te siento. Dime dónde estáis y os sacaré de ahí.

El miedo me hace vibrar. Aprieto los dientes e intento tranquilizarme. No puede leerme el pensamiento, pero percibe mi subconsciente. Y mi subconsciente está aterrorizado.

Dime, pequeña telépata, ¿dónde estás escondida con tus amigos? Si me lo muestras, te dejaré despertar. Nos ahorrarás a todos un buen rato... y a vosotros, una buena cantidad de dolor. No te conviene pasar mucho más tiempo en esta pesadilla, créeme. Puedo hacer que sea sumamente dolorosa.

El barco cruje y tiembla antes de partirse por la mitad. Caigo al mar y me hundo. Pataleo para volver a la superficie, desesperada, pero una ola desciende sobre mí. Lucho para emerger de nuevo jadeando en busca de aire. Me resulta casi imposible concentrarme en los pensamientos del príncipe. El agua está helada y los músculos se me agarrotan.

No tenéis escapatoria, pequeña telépata. Tengo el control total tanto de tu cuerpo como de tu mente. Solo yo tengo el poder de mataros o dejaros vivir, así que ríndete ante mí.

Otra violenta ola me arrastra a las profundidades. Sé la verdad. Si Talan nos encuentra, se encargará de despejar toda nuestra agenda para torturarnos lentamente hasta la muerte.

Trato de contener la respiración, pero es demasiado tarde. La boca se me llena de agua. También la garganta y los pulmones. No puedo respirar; la oscuridad me engulle y el frío me cala hasta los huesos. Sé que el príncipe dice la verdad. Él es el único capaz de sacarme de esta pesadilla, pero no moverá un dedo hasta que descubra dónde nos escondemos.

Movida por el miedo y la desesperación, echo mano de mi poder para intentar ahondar más en sus pensamientos. Pero no consigo concentrarme. En vez de recurrir a la magia violeta, canalizo sin querer mi don de centinela.

Me arden los pulmones mientras la magia roja y violeta se entremezcla hasta formar una madeja que no soy capaz de desenredar. El resultado es un retorcido híbrido de magia que no debería existir, una telepatía capaz de romper, de destruir. Apunto a la mente del príncipe con esa energía en estado puro y permito que erupcione.

Percibo su sorpresa cuando la descarga de poder lo alcanza. Me las he arreglado para hacer estallar algo en su mente, de manera que el dolor lo hace retroceder y romper el contacto. La oscuridad que me envuelve parpadea y abro los ojos con un jadeo.

Estoy tirada en el suelo de una de las habitaciones del Château des Rêves. Raphael, Viviane y Freya están a mi lado y también abren los ojos. Freya toma aire como si todavía no pudiera respirar y Viviane agita las manos como si siguiera intentando nadar. Entonces, los tres se quedan de piedra.

Viviane es la primera en incorporarse. Mira a su alrededor con el rostro pálido como el papel.

–¿Hemos vuelto?

Me castañetean los dientes y el frío me zurce la piel. No noto los dedos.

–No habíamos llegado a salir de aquí –les explico–. Todo ha sido una pesadilla, tanto el momento en que creíamos haber escapado como lo del barco.

–¿Y ahora qué? –pregunta Raphael con tono sombrío.

–Creo que he conseguido sacarnos de la pesadilla –digo tras aclararme la garganta.

–¿Qué? –Enarca las cejas, sorprendido–. ¿Cómo...?

Me obligo a ponerme de pie temblando violentamente de pies a cabeza.

–Os lo explicaré más tarde. No tenemos mucho tiempo. Nos están buscando y el Asaltante de Sueños sabe que seguimos aquí. Solo es cuestión de tiempo que se recupere y vuelva a atraparnos.

Freya lanza una mirada hacia la puerta.

–¿No enviará a sus guardias a buscarnos?

Pienso en el destello de dolor y sorpresa que he notado al dejar que mis poderes estallaran y rompieran algo en la psique del príncipe.

–He conseguido ganar algo de tiempo, pero tenemos que irnos ya.

Hace dos meses, habrían opuesto cierta resistencia. Viviane me habría preguntado que quién coño me creía. Freya habría puesto los ojos en blanco discretamente. Pero ahora acatan mi sugerencia sin rechistar. Me las he arreglado para ganarme su confianza durante el tiempo que he pasado en la Torre Ávalon.

Esta vez, cuando salimos de la estancia, vamos directos a la puerta y la alfombra no me engulle por el camino. Al salir por fin, el aire nocturno me azota la piel. Aunque no es un viento polar, la sensación es la misma.

¿Se habrá enterado ya alguien más de que un ataque mágico ha derribado al príncipe? ¿Habrá enviado a sus hombres a por nosotros? Dioses, espero que no. No me quiero ni imaginar las represalias.

Echo un vistazo al castillo, pero nada hace que me salten las alarmas. Tomo una bocanada de aire fresco y salado pensando en lo mucho que me gustaría poder arrebujarme en el abrigo calentito de pelo.

Raphael me ve temblando y me rodea con un brazo mientras bajamos por la escalera.

–¿Te ha visto? –me pregunta–. ¿Sabrán identificarte los guardias si los envía tras una telépata?

Niego con la cabeza.

–No, no me ha visto. Ha estado husmeando entre mis recuerdos, pero eso es todo.

Al abrigo de las sombras, bajamos a toda prisa por el zigzag de escaleras que desciende paralelo a la costa rocosa. Pese al frío, me siento eufórica. Hemos escapado por los pelos.

Levanto la vista y contemplo las estrellas. ¿Cómo es posible que todavía no haya salido el sol? Tengo la sensación de que hemos pasado días en vez de horas atrapados en la pesadilla. Cuando llegamos al muelle, una parte de mí espera encontrar la barca hecha añicos, destrozada después de enfrentarnos al enorme remolino. Pero sigue intacta, a la espera de nuestro regreso. Mi abrigo de pelo sigue seco sobre uno de los bancos. Los cuatro nos subimos a bordo y enseguida me cubro con la prenda para intentar entrar en calor. En menos que canta un gallo, Viviane y Raphael ya han empezado a remar.

Esta vez, zarpamos sin complicaciones. Ante el azote de la brisa marina, me abrazo con fuerza a mí misma e intento recuperar el flujo sanguíneo y la movilidad en los músculos agarrotados por el frío glacial que siempre acompaña a la magia. Sin embargo, no consigo que los dientes dejen de castañetearme.

–Un barco –nos advierte Freya en voz baja.

Echo la vista atrás y veo que un barco bastante grande surca el agua a toda velocidad. La bruma nacarada del velo brilla detrás de él, por lo que solo alcanzo a distinguir su silueta. Pero está claro que viene directo a por nosotros.

–Por allí viene otro –añade Viviane señalando al norte con la cabeza, donde otra enorme sombra surca el mar en nuestra dirección.

Se me cae el alma a los pies. Ambos barcos se interponen entre el velo y nuestra barca. Al otro lado de la barrera mágica se encuentra el velero que hemos dejado anclado a la espera de nuestro regreso.

–¿Cómo nos han encontrado? –se lamenta Raphael.

–El príncipe. –Trago saliva–. Sabía que iríamos a por la barca. La ha visto en la pesadilla y ha adivinado nuestras intenciones. Debe de haberles dado la orden a sus hombres de buscarnos por mar.

–Nos están alcanzando –masculla Freya.

Oímos el estruendo de unos cañones en la lejanía, seguido de un silbido estremecedor que crece y crece.

–¡Metralla! –exclama Raphael–. ¡Agachaos!

Me pego contra el suelo de la barca de remos y, un segundo más tarde, algo pasa aullando por encima de mí. Los mortíferos proyectiles, diminutas balas de cañón pensadas para herir y matar, caen al agua en un coro de chapoteos. La ventaja de la metralla es que vuela en todas direcciones y no hace falta apuntar al disparar. Nuestros perseguidores no necesitan hundir nuestro barco, solo herirnos y ralentizarnos para poder alcanzarnos.

–Hay que acelerar –gruñe Viviane incorporándose.

Raphael y ella reman tan rápido como pueden hacia la neblina brillante. El zumbido del velo hace que me vibre la piel congelada.

–Se están acercando –exclama Freya.

–Viviane está herida –dice Raphael.

–Estoy bien –replica ella, aunque le cae sangre por el brazo.

El remo se le escapa de las manos tras unos segundos y gruñe de dolor, así que me lanzo a por él para que no se pierda en las profundidades del mar.

–¿Te ves capaz de remar, Nia? –me pregunta Raphael–. Tendrás que hacerlo al tiempo que inutilizas el velo.

Lo mejor sería que me cambiara de sitio con Freya, pero no tenemos tiempo.

–Sí, puedo hacerlo.

Tengo los músculos agarrotados por el frío, pero, si no lo intento, ya podemos darnos por muertos.

Clavo la mirada en el velo y me pongo a remar, aunque solo lo he hecho un par de veces y en trayectos cortos en lagos o estanques. Remar en el mar no tiene nada que ver. Sé que tengo que moverme al mismo ritmo que Raphael, así que hago todo lo que puedo por seguirlo.

El velo me pone los pelos de punta mientras tiramos de los remos y los cañones vuelven a detonarse con un estruendo. Me agazapo sobre el banco y sigo remando mientras recito una plegaria. Una de las ráfagas de metralla impacta contra la barca y Freya aúlla de dolor. No sé si está muerta o solo la han herido, pero no puedo permitirme comprobarlo. Ya casi hemos llegado al velo. De hecho, está más cerca de lo que pensaba. Los navíos enemigos casi nos han

alcanzado. No voy a tener tiempo de detenerme y concentrarme en mi poder.

Raphael y yo seguimos remando y canalizo mi atención hacia mi interior para hacerme con el control de la creciente magia carmesí. Tras dejarla crecer, la lanzo desesperada en dirección al velo.

El zumbido se apaga y nuestra barca se adentra en la niebla, pero no me permito mirar hacia atrás con una lenta y temblorosa exhalación hasta que la corriente no nos ha arrastrado hasta el otro lado. Freya sigue viva. Los barcos que nos perseguían están cambiando de rumbo. Disparan sus cañones de nuevo, pero la oscuridad de la noche y el velo nos esconden y les impiden alcanzarnos.

Me doy el lujo de relajarme con un escalofrío. No solo hemos conseguido escapar, sino que nos hemos hecho con el mapa que veníamos a buscar.

Capítulo 28



Parpadeo despacio para tratar de centrarme en Wrythe, que se acaricia la barba rubia ante el atril. La luz que entra por los altos ventanales baña las hileras de estudiantes. El senescal sigue parloteando con voz monótona. Creo que está explicando algo sobre el velo.

Han pasado cuatro días desde que regresamos de la misión de Jersey, pero todavía tengo la cabeza un poco embotada. Incluso ahora, los pensamientos residuales de la docena de personas que toqué aquella noche resuenan en mi mente como un ruido blanco y me causan unos horribles dolores de cabeza que me dejan para el arrastre. Lo único que me alivia es el suministro constante de infusiones de Tana. Me resulta casi imposible concentrarme, lo cual

es una faena, porque la Purga está al caer y no soy capaz de retener nada de información pese a quedarme estudiando cada noche hasta las dos de la madrugada.

–Ningún muro ha sido jamás tan efectivo como el velo –dice Wrythe–. Los agentes del MI-13 no pueden sortearlo ni nadando ni excavando un túnel ni volando por encima de él. Existen objetos mágicos muy difíciles de conseguir, como orbes y cristales, que proporcionan cierta protección frente a su poder, pero son inestables. Muchos han muerto intentando usarlos. Los magos de Auberon mantienen el velo en pie para que los humanos no invadan su territorio. Por desgracia, la única forma segura que tenemos de atravesarlo es con la ayuda de los centinelas y, en estos momentos, solo disponemos de una lo bastante cualificada para la tarea. Como mi brillante sobrina Ginevra y yo acabamos de comentar, los altos mandos se han visto obligados a recurrir a sustitutas no cualificadas que dejan mucho que desear.

Me lanza una mirada cargada de significado, y el resto de la clase se vuelve para observarme como si hubiera hecho algo terrible.

–Aunque todos sabemos que los y las cadetes no demuestran su valía como agente de Camelot hasta haber superado la Purga –continúa–. Pero son tiempos difíciles. Muy difíciles.

Encuentro su mirada con tranquilidad. ¿Una sustituta no cualificada que deja mucho que desear? Esa soy yo, pero, sin mí, la última misión no habría salido bien.

Veo que Tarquin y Horatio sonríen en los bancos que tengo enfrente. «No cualificada», articula Tarquin en silencio. Serana, que está sentada a mi lado, aprieta el puño y parte por la mitad el lápiz que sostiene. Le paso el que guardo de repuesto con una sonrisa.

–Todos los agentes deben estar familiarizados con el velo –prosigue Wrythe–. No podemos permitirnos que un agente de incógnito se lo quede mirando como un bobo y atraiga miradas indeseadas. Por eso, vamos a salir a verlo en una misión de entrenamiento esta misma noche.

Un murmullo emocionado recorre la sala. La misión de entrenamiento es prácticamente de lo único que ha estado hablando todo el mundo en los últimos días. Todos los cadetes y la mayoría de

los profesores partirán en barco para pasar tres días recorriendo la frontera.

Todos los cadetes salvo yo.

Raphael ya me ha comentado que no tiene sentido que vaya, porque ya me conozco el velo más que de sobra. En vez de eso, quiere que aproveche para ejercitar mi magia de centinela y prepararme para la Purga. Con lo embotada que he tenido la cabeza estos días, un poco de tiempo extra no me vendrá nada mal.

Todos hemos estado durmiendo poco, metiéndonos mapas, datos y reglas gramaticales a presión en el cerebro. Yo he estado ayudando a Serana con el fey mientras practicaba con las ganzúas para una de las pruebas. Ella, por su parte, está haciendo todo lo posible por ayudarnos a Tana y a mí a mejorar en el combate.

Me froto los ojos para luchar contra el cansancio. Cuando Wrythe enumera las ciudades colindantes con el velo, a Serana se le empiezan a caer los párpados. Le doy un codazo al verla cabecear, pero se despierta ella sola, sobresaltada ante uno de sus propios ronquidos.

–Señorita O'Rourke. –La voz seria de Wrythe sacude la clase.

–¿Sí, señor? –dice ella, todavía adormilada.

–Dado que ha estado tan atenta, ¿qué tal si enumera cuatro de las ciudades francesas por las que pasa la frontera sur del velo?

–Eh...

–Respuesta incorrecta.

–No era... Solo estaba pensando en voz alta...

–Supongo que esa es la única manera en que es capaz de pensar –replica él con tono burlón.

Los Pendragon se vuelven a reír y Serana rompe también el lápiz que le he prestado.

Wrythe retuerce la boca en una mueca.

–Antes de que partamos, quiero que escriba una redacción en la que enumere cuatro de esas ciudades junto a los nombres de los enlaces que tenemos allí y la mejor manera de ponernos en contacto con ellos. Usted también, señorita Melisende, que es bien sabido que la ignorancia puede ser de lo más contagiosa. Eso es todo.

El sonido de los papeles y los murmullos de nuestros compañeros inundan la estancia mientras nos levantamos para ir a cenar.

–Será capullo –masculla Serana al tiempo que guarda los apuntes en su bolsa sin ningún cuidado.

–Ándate con ojo –le susurra Darius–. Podría oírte.

De camino al comedor, Serana me toca el brazo.

–Lo siento, Nia. No era mi intención meterte en problemas.

–No te preocupes. –Me recoloco la bolsa que llevo al hombro–. El velo es una especie de U invertida, así que yo elegiría Burdeos, Poitiers, Bourges y Marsella o Aviñón. Ya me sé el nombre de los contactos y todo, así que tendremos el trabajo listo enseguida.

–Eres maravillosa –me dice aliviada–. Ya estaba convencida de que me llevaría horas, y todavía tengo que prepararlo todo para la misión de entrenamiento.

–¿Cómo te las arreglas para mantener la sangre así de fría? –me pregunta Darius–. Wrythe no para de lanzarte comentarios con segundas. Los Pendragon odian a los mestizos en general, pero está claro que a ti te la tienen jurada.

Me encojo de hombros. La verdad es que, después de haber sido víctima del tormento del Asaltante de Sueños, las pullitas de Wrythe me resbalan.

–Me da igual lo que piense de mí.

Nos adentramos en el majestuoso comedor, donde la luz del sol que entra por los imponentes ventanales baña las mesas abarrotadas de comida. Los retratos de la reina Ginebra y el rey Arturo se alzan sobre todos nosotros.

Me acerco a la mesa de los cadetes haciendo todo lo posible por no tocar a nadie, porque lo último que me apetece ahora es añadir más voces a las que todavía resuenan en mi cabeza.

–Me muero de ganas de ver el velo –dice Darius–. Todavía no he tenido oportunidad de hacerlo.

–Yo solo quiero salir de Camelot –apunta Serana–. Llevo un año sin moverme de este sitio.

–Os voy a echar de menos cuando me quede sola en nuestra habitación –suspiro.

Serana se sienta ante una mesa vacía.

–Sí, claro. Me apuesto lo que quieras a que estás deseando tener toda la habitación para ti sola, sin tener que aguantar mis ronquidos o esperar a que Tana deje de acaparar el cuarto de baño.

Le lanzo una sonrisa. No se hace una idea de lo mucho que valoro tenerlas como amigas.

–¡Hola, Nia! –exclama una mujer desde el otro lado del comedor.

Se encuentra al lado de un hombre de cabello rubio platino. Los dos me sonríen de oreja a oreja y me saludan con la mano. Yo se lo devuelvo aturdida.

–Admiradores –dice Serana–. Se ha corrido la voz sobre lo de la misión y ahora todo el mundo sabe que has derrotado al Asaltante de Sueños.

–No tengo admiradores –rio– y, por desgracia, no he derrotado al príncipe. Os recuerdo que sigue vivito y coleando.

Pero puede que sienta una chispa de orgullo mientras me sirvo un poco de ensalada de flores silvestres. Es un clásico de la Torre Ávalon y se compone de una mezcla de pensamientos, violas, hojas de diente de león y vinagreta de saúco. El plato principal son champiñones silvestres con arroz, aderezados con mantequilla y tomillo. El rico aroma que desprende hace que me rujan las tripas. Se me hace la boca agua y empiezo a animarme un poco.

Al principio, cuando me enviaban a alguna misión, los demás me miraban con suspicacia y cierta envidia. Tarquin y los Pendragon difundieron lo de compararme con una barra de autobús, además de acuñar el mote de «Cerdinela» entre muchos otros. Durante meses, el resto de los cadetes les siguieron el juego susurrando los motes de Tarquin o incluso escribiéndolos en la puerta de nuestra habitación.

Pero todo ha cambiado después de la última misión. El rumor que corre ahora sobre mí es muy distinto. No entiendo cómo se han enterado de lo ocurrido, porque se suponía que era alto secreto, pero lo poco que saben les ha dejado claro que mi participación fue clave para la misión.

Tomo un bocado de los untuosos champiñones con arroz y disfruto de su ligero sabor a aceite de trufa.

Serena ya me ha contado algunos de los descabellados rumores que circulan sobre la misión. Algunos dicen que me enfrenté sola al Asaltante de Sueños, que me encaramé sobre él y le partí el cuello. Otros, que salvé a mis compañeros cruzando al galope la isla de Jersey, a lomos de un caballo robado. Sin embargo, la historia que más descabellada le ha parecido a Serana es la que asegura que los agentes quedaron atrapados en una de las pesadillas interminables del príncipe y que yo, de alguna manera, me las arreglé para ayudarlos a escapar solo con mi mente.

Doy un trago de hidromiel. La cuestión es que la opinión que mis compañeros tienen de mí ha cambiado indudablemente para mejor y que, por mucho que Tarquin se esfuerce en mantener vivas las burlas, los demás parecen estar perdiendo el interés en ellas.

Tana coge una *pavlova* de frutos rojos y la deja caer en su plato.

–¿Y qué tal estaba hoy Wrythe?

–Insoportable –responde Darius–. Como no podía ser de otra manera.

–¿Estás lista para el viaje, Tana? –pregunto.

Ella no va a ver el velo, porque también se lo conoce de sobra, pero la necesitan para dar la voz de alarma en caso de peligro. A la academia no le interesa perder una hornada entera de cadetes solo por no tomar las debidas precauciones.

–Sí, ya lo tengo todo. –Tana le da un suave empujón a Serana–. Se te va a olvidar meter calcetines, así que te he guardado unos cuantos pares.

–Ahora que me lo has dicho, seguro que me acuerdo –dice nuestra amiga con la boca llena–. Me gusta hacer lo contrario a lo que la gente espera de mí.

–No, se te va a olvidar. Las cartas no mienten. –Tana posa la mirada en mí–. Y ya que estamos con el tema, sigo preguntándome a qué vendría lo de la carta de los enamorados. ¿Te acuerdas? Te dije que tenía que ver con un amor del pasado. No se referiría a Raphael, ¿verdad?

Me da un vuelco el corazón. Tener una amiga con poderes psíquicos a veces es un auténtico incordio.

–Pero tiene pareja, ¿no? –pregunto alborozada–. Cuando me llevaste aquella primera vez a su dormitorio, Ginevra estaba allí, ¿verdad, Serana? –Me esfuerzo por parecer despreocupada mientras doy golpecitos en la mesa con los dedos–. Raphael estaba sin camisa. Además, ¿no estaban las relaciones románticas estrictamente prohibidas en la academia? Supongo que no deberíamos contárselo a nadie ni volver a sacar el tema.

Serana arquea una ceja ante mis frenéticos balbuceos.

–¿Qué está pasando aquí? ¿Estáis liados?

Me encojo de hombros tratando de aparentar tranquilidad.

–No seas tonta. Te recuerdo que me odia.

Tana me estudia con los ojos entornados.

–Pero os conocíais de antes, ¿verdad? Y lo vuestro no fue una mera amistad.

Me da otro vuelco el corazón.

–¿Qué? Pero si estamos hablando de Ginevra. De Ginevra –repito.

–No has respondido a mi pregunta.

–Te lo dice porque no quiere que te echen por hacer alguna tontería, como tirarte a un profesor –dice Serana–. Así que más te vale ni olerlo mientras estéis los dos solos.

–El amor del pasado... –repite Tana.

–Vale, sí, nos conocimos hace años en Burdeos –admito con las mejillas encendidas–. Me besó una vez, me llamó yanqui mimada y no volvió a dirigirme la palabra hasta que nos reencontramos en el sur de Francia. Fue el mismo día en que nos conocimos, Tana. Desapareció de la faz de la Tierra y nunca me acosté con él.

–Qué cabrón. ¿Le has visto la picha? –pregunta Serana–. Es que me causa mucha curiosidad, porque me la he imaginado y...

–No. No se la he visto.

Darius apoya la barbilla en las manos.

–No os voy a mentir. Yo me arriesgaría a la expulsión por estar con alguien como él.

Tana clava en mí su mirada penetrante.

–Las cartas apuntaban a que ese amor de tu pasado también formaría parte de tu futuro.

–Bueno, en fin –digo tras tomar un buen trago de hidromiel–. ¡Buenas noticias, chicos! Ya no me duele la cabeza. Me siento fresca como una lechuga.

–Lo estás volviendo a hacer –me acusa Serana.

Tana sujeta su vaso de hidromiel con tanta fuerza que está a punto de romperlo.

–Bien, porque necesitarás estar a punto para las pruebas. No puedes meter la pata ni perder la concentración. Tú y yo tenemos que pasar las pruebas, Nia. Y hay que evitar que te echen.

–Lo pillo –digo sonando un poco más cortante de lo que me gustaría–. Estoy estudiando tanto como puedo. Sin presiones.

–¿Por qué estás tan obsesionada con que Nia pase las pruebas? –pregunta Darius–. O sea, creo que estamos todos igual. ¿Por qué mareas tanto a la pobre chica con ello?

Tana, Serana y yo intercambiamos miradas.

–Ya, es que a Tana le preocupa mucho que Nia no supere las pruebas de combate –explica Serana–. Pero yo no dejo de repetirle que no tiene de qué preocuparse. Ahora Nia es capaz de machacar a cualquiera que se le ponga por delante. Incluido el Asaltante de Sueños. A estas alturas, podría dejar a un demonio del abismo hecho papilla en una pelea cuerpo a cuerpo.

–En realidad, algunos demonios son pacifistas y se niegan a luchar incluso cuando se ven acorralados –comenta Tana mirando por la ventana.

–No ha sido más que una forma de hablar –dice la otra, que la mira confundida–. Los demonios no existen, Tana. –Se ha puesto pálida–. ¿Verdad?

–Claro. –Tana da un trago de hidromiel y esboza una suave sonrisa–. Es mejor pensar que no.

–Ahora no nos lo vamos a poder sacar de la cabeza –murmura Darius.

–Bueno, no hay de qué preocuparse.

Pincho una fresa con el tenedor, a pesar de que he perdido el apetito. La profecía de Tana ya me tiene bastante agobiada como para que no deje de traerla a colación o añada nuevas predicciones que me agobien más.

La triste verdad es que no estoy en mi mejor momento y mis poderes antitéticos siguen siendo impredecibles e imposibles de controlar. Me consuela saber que este mes estaré fuera de peligro. Lo único que tengo que hacer es volverme una experta en todas y cada una de las habilidades requeridas para el espionaje y memorizar la historia completa de los fey.

Darius pierde el interés en la conversación y sigue con la mirada a Nolan, un cadete alto que va conmigo a la clase de lengua fey avanzada que imparte Amon. Serana pone los ojos en blanco, porque nuestro amigo lleva semanas obsesionado con él.

–Hablamos luego, chicas –farfulla Darius antes de ponerse de pie e ir detrás de Nolan.

–No entiendo el gusto de Darius –dice Serana–. Ese chico es muy normalito.

–No sé, parece majo y es muy muy listo.

–Eh, me gustan los chicos con más espalda.

–¿Más de una? –le pregunto divertida antes de terminarme lo que me queda de ensalada en el plato.

Cuando levanto la vista, Tana me está mirando con los ojos abiertos como platos y el miedo se me asienta en el estómago.

–¿Qué pasa?

–Las sombras se ciernen sobre ti. La muerte te acecha. Durante las pruebas, la oscuridad te envolverá. Si no sobrevives, todos moriremos. Inglaterra estará acabada, al igual que Escocia y Gales. La putrefacción trepará por los acantilados de Dover y se extenderá hasta las Tierras Altas. Todo comenzará durante las pruebas.

Da un mordisco enorme de su *pavlova* de frutos rojos sin romper el contacto visual mientras mastica. No sé qué me pone más nerviosa: la escalofriante profecía o la forma en que me mira mientras come.

Una gélida ola de pavor me cala los huesos.

Capítulo 29



Querida mamá.

Muerdo el extremo del bolígrafo.

Los únicos sonidos que se oyen esta noche en la Torre Lothian son el golpeteo de la lluvia contra las ventanas y el estruendo de algún que otro trueno. Me pone los pelos de punta. Tengo la sensación de estar en un lugar abandonado. Durante estos tres días, he pasado casi todo el tiempo sola en mi habitación, hincando los codos y practicando mi poder de centinela.

Un rayo ilumina el cielo. Segundos más tarde, un trueno sacude las paredes de piedra y hace que las velas de los candelabros parpadeen.

Dejo la vista clavada en la página en blanco. No me había dado cuenta hasta ahora de la cantidad de ruido que me rodea normalmente. Pienso en Serana dando golpes, diciendo palabrotas entre dientes e incluso poniéndose a cantar de repente. Pienso en Tana echándole las cartas por millonésima vez a Darius para ver cómo le irá en el amor. Al otro lado de la puerta, suelo oír la voz de los cadetes, cuyo eco resuena por los enormes pasillos de la academia. Ahora el silencio es espeluznante. De vez en cuando, me sugestiono y me parece oír a lo lejos los gritos de las víctimas de Mordred Matarreyes, el eco que flota por la piedra desde hace cientos de años.

Es un buen momento para escribir a mi madre.

Sin embargo, contemplo la página sintiendo que no tengo nada que decirle. Quiero tranquilizarla, hacerla entrar en razón, pero sus últimas cartas, repartidas sobre el escritorio, destilan rabia y todo tipo de trastornos emocionales. Además, tampoco puedo decirle que regresaré pronto. Joder, ni siquiera puedo contarle dónde estoy.

Suspiro y vuelvo a intentarlo.

Este viaje me ha abierto los ojos. La ruta de playas y ciudades costeras que...

El bolígrafo escupe un pegote de tinta que mancha el papel y emborrona mis palabras. Intento secar la mancha, pero las letras se desdibujan y ahora, en vez de «ruta», parece que he escrito «puta».

Cojo una nueva hoja en blanco y empiezo de nuevo.

Querida mamá:

Espero que puedas perdonarme...

Otra mancha de tinta. En vez de «perdonarme», se lee «olvidarme».

Saco otro bolígrafo y una tercera hoja de papel.

Querida mamá:

Por fin he escapado de ti, vieja patética. Ya no necesito escuchar tus quejas constantes ni lidiar

con tus desmadres narcisistas. Tampoco tengo que limpiar tu vómito de...

Contemplo el papel, horrorizada. No sé qué me ha empujado a escribir algo así. Me tiemblan las manos. Me pongo de pie y la silla se vuelca y cae al suelo de madera con un estrépito. Al agacharme para recogerla, tiro sin querer una pila de libros de Serana, que se desparraman por el suelo junto con varios papeles. Me cago en la leche. ¿Qué me pasa? Lo único que quería era ponerme en contacto con mi madre, y ahora se me está yendo la cabeza.

Mientras coloco los libros, el retrato de Merlín se suelta de la pared y cae sobre la mesita de noche de Tana. Me lanzo a por él de un salto, pero llego demasiado tarde y provoca un fuego al desplomarse sobre una vela encendida. Las llamas envuelven la mesita de noche y el olor acre del humo inunda la estancia.

Tiro una manta sobre el fuego con el corazón desbocado para tratar de extinguirlo. ¿Qué narices está pasando?

La habitación parece estar desmoronándose a mi alrededor mientras intento apagar las llamas. Las enredaderas se marchitan y se desprenden de las paredes. Las hojas romboidales de las ventanas se rompen y una lluvia de cristales lo salpica todo. La madera del armario y los escritorios se oscurece y se reblandece como si se estuviera pudriendo. La mesa que tengo ante mí queda reducida a un montoncito de pedazos carcomidos.

Me cuesta respirar; la sangre me atruena en los oídos.

Se forman grietas en las paredes de piedra, la argamasa se desmenuza. Al otro lado de la estancia, una de las pesadas vigas del techo cae al suelo. La habitación se está desmoronando como si un terremoto asolara Camelot. Un pedazo enorme de yeso se desprende del techo y por poco me aplasta. Grito aterrada e intento salir, pero la puerta no se abre. La madera se ha abombado y se está pudriendo. Se abren agujeros en las paredes y secciones enteras de ellas se derrumban sobre las ventanas, dejando a la vista el cielo estrellado y salpicado de nubes en la lejanía.

En el exterior, las sombras bailan y una enorme silueta opaca la luna y las estrellas. Es una figura descomunal, un vacío que ha

adoptado la forma de un guerrero monstruoso, tan alto como la mismísima torre en la que me encuentro. Puede que incluso más. Cuando la vasta silueta levanta uno de sus gigantescos brazos y me señala, noto una presencia en mi mente que se regodea ante mi sufrimiento.

Ahí estás, pequeña telépata. Te he encontrado. Yo te he oído gritar, pero nadie va a acudir en tu ayuda.

Percibo en él una rabia gélida, pero también cierta fascinación. Todavía no sabe qué aspecto tengo, aunque puede colarse en mi mente y saborear mi miedo. Es un gato que se ha topado con un ratón particularmente enérgico.

Y ahora quiere jugar conmigo.

No puedes escapar de mí, pequeña telépata. Te encontraré cada vez que te duermas. Este es mi territorio. Mis dominios. Mi reino de miedo y deseo. Aquí, estás a mi merced.

La sombra cierra el puño y, de pronto, el suelo se llena de serpientes que reptan siseando entre mis pies. El miedo me tiene tan paralizada que apenas puedo respirar.

No deberías haber robado lo que es mío. No te haces una idea del poder con el que estás jugando. ¿Dónde estás, telépata?

La silueta tiene los ojos de un color azul oscuro. Igual que el príncipe...

Abro la boca para gritar cuando las serpientes trepan por mi cuerpo.

Me incorporo sobre la silla de golpe, aullando aterrorizada. El corazón me late a toda velocidad y me aporrea el pecho. Me he quedado dormida ante el escritorio. Las velas se han consumido y la oscuridad envuelve la habitación, pero mi entorno ha recuperado la solidez. La carta que le estaba escribiendo a mi madre descansa ante mí. La lluvia sigue tamborileando contra las ventanas.

Busco los pensamientos del Asaltante de Sueños con la respiración entrecortada, pero ya no está. Estoy despierta, sola.

Entonces, las sombras se mueven y me doy cuenta de que no estoy tan sola como creo.

Capítulo 30



Hay una silueta junto a la cama de Serana. Al principio, pienso esperanzada que es mi amiga, que ya ha vuelto del viaje. Pero no tiene sentido.

Sobre todo, porque la silueta mide casi dos metros y va vestida de negro de pies a cabeza. Solo le veo los ojos, dorados y de aspecto malévolo. Además de eso, de su cuerpo emana una extraña vibración. Me da un vuelco el corazón. Se lanza a por mí sin que casi me dé tiempo a reparar en las cimitarras de hoja curva que sostiene en cada mano. A su espalda, un rayo surca el cielo y un trueno sacude las paredes de piedra de la torre.

Me dejo llevar por mis propios reflejos, pues los entrenamientos diarios con Viviane han empezado a dar sus frutos. Cojo lo primero

que encuentro (una taza de té) y se lo lanzo a la cara. El atacante intenta esquivarla, pero lo he pillado por sorpresa y acierto a darle en el lateral de la cabeza. Al hacerlo tambalearse, gano el tiempo suficiente para ponerme fuera del alcance de sus cimitarras.

El hombre deja escapar un extraño siseo que, un instante más tarde, identifico como una risa. El corazón me late desbocado y respiro entre jadeos. Trato de evaluar su lenguaje corporal, tal y como Raphael me ha estado enseñando. A juzgar por su postura relajada, la forma en que me mira y la despreocupación con la que sujeta sus armas, está claro que no me considera una amenaza. Y no lo culpo. Yo soy una chica pequeñita, desarmada y en pijama que estaba durmiendo ante su escritorio cuando ha entrado, mientras que él es un guerrero que me saca varias cabezas y sostiene un arma en cada mano. En cualquier caso, que me subestime me dará ventaja.

Finjo tropezarme y caer de rodillas junto a mi cama antes de proferir un alarido aterrado y levantar la mano izquierda para protegerme la cara. Él da un paso adelante y levanta una de sus cimitarras para atacar. La sangre me truena en los oídos cuando cojo la daga que guardo bajo la almohada y le lanzo una cuchillada directa al vientre tan pronto como me aseguro de tener la suave empuñadura de obsidiana bien agarrada.

Aunque bloquea mi ataque con la otra cimitarra, me las arreglo para hacerle un corte en los dedos que le arranca una palabrota ronca y lo empuja a soltar una de sus armas. Cuando vuelve a arremeter contra mí, yo ya estoy rodando por el suelo y poniéndome en pie de un salto.

Nos miramos el uno al otro durante una fracción de segundo.

Para mi desgracia, ha dejado de subestimarme. La mano herida, cerrada en un puño, no le deja de sangrar, pero todavía sostiene una de sus cimitarras con la otra.

Me he detenido junto a la cama de Serana, que, para variar, está hecha un desastre. Sin embargo, también para variar, hay todo tipo de armas tiradas tanto por encima como alrededor de ella. Me apresuro a coger una espada y la sostengo ante mí disimulando lo mucho que pesa. Tampoco tiene por qué enterarse de que mi

dominio de la espada es bastante pobre. Esbozo una pequeña sonrisa que transmite una seguridad que no siento para ocultar mis verdaderas emociones.

En vez de abalanzarse sobre mí de inmediato, se toma su tiempo y me observa con cautela. Entonces susurra algo que suena a fey, pero apenas alcanzo a distinguir sus palabras.

A nuestro alrededor, el aire empieza a zumbar y la electricidad me corretea por la piel. Una bruma resplandeciente se levanta del suelo y sus volutas reptan por el suelo hacia mí.

Se me cae el alma a los pies. Es la misma neblina que la del velo. Mi atacante es un mago del velo. La vibración que he notado antes es el zumbido que mana del interior de su cuerpo. No le hace falta usar armas para matarme. Le bastará con su magia.

O eso piensa él.

Aúno mi poder de centinela sin mucho esfuerzo, porque tengo emociones intensas para dar y regalar gracias al muy desgraciado que se ha colado en mi habitación en plena noche para intentar matarme.

Focalizo mi magia en la niebla para anular su poder cuando las volutas me tocan. El zumbido desaparece y el velo se enrosca en torno a mí sin hacerme ningún daño. El mago vacila y aprovecho su desconcierto ante mi reacción para lanzarme a por él y atacarlo, pero se las arregla para bloquearme. Ha estado a punto de arrancarme la espada de la mano. Doy un salto hacia atrás cuando me lanza un tajo con torpeza.

Desde que hemos empezado a pelear se ha estado asegurando de cortarme el paso e impedirme llegar hasta la puerta, pero no ha hecho más que perder el tiempo. Mi grito por fin ha dado sus frutos: oigo unos pasos apresurados por el pasillo, aporreando las baldosas. Aunque todavía está lejos, percibo las vibraciones de unas pisadas. Además, a través de los muros, oigo la voz amortiguada de Raphael llamándome.

El intruso ni siquiera se vuelve. ¿Acaso no lo ha oído? Entonces susurra algo más y la niebla trepa por la puerta.

Lo miro horrorizada cuando deja escapar una risita espeluznante y me doy cuenta de lo que está a punto de pasar. Raphael entrará

corriendo, se topará de bruces con la neblina y esta lo matará en segundos.

Dejo que la rabia se adueñe de mis extremidades e invoco el poder que anulará su magia, pero esta vez el mago sabe a lo que atenerse. Me ataca antes de que me dé tiempo a actuar, obligándome a retroceder y haciéndome perder la concentración. La niebla trepa por la puerta y la envuelve en sus extraños y resplandecientes colores.

–¡Nia! –grita Raphael, que ya casi ha llegado.

Me recompongo y el mago vuelve a arremeter contra mí. Sin embargo, me agacho, desconcentrada de nuevo, y su cimitarra vuela con un silbido a escasos centímetros de mi garganta.

–¡Ya voy, Nia! –exclama Raphael al otro lado de la puerta.

Invoco mi poder por tercera vez y el mago ataca. En esta ocasión, decido ignorarlo y dirigir mi magia hacia la neblina.

El zumbido se apaga y el velo parpadea.

El mago me entierra la cimitarra en el vientre y un dolor abrasador se extiende por mi cuerpo a medida que me atraviesa. Intento gritar en vano. Dejo escapar un sonido estrangulado cuando el hombre saca el arma de mi interior. Entonces, la puerta se abre de un bandazo y Raphael entra corriendo en la habitación.

Caigo de rodillas al suelo, ciega de dolor. El mago gira sobre los talones y se me embota la cabeza; mis pensamientos quedan enterrados bajo la ola de pavor que desata la herida de mi vientre. Al intentar hablar, la boca me sabe a sangre.

Raphael le corta el cuello al mago. Empiezo a ver borroso cuando se arrodilla a mi lado y me rodea con sus fuertes brazos.

–Te tengo, amor, no te preocupes. Te tengo.

Trato de responder, pero no puedo respirar. No puedo moverme. Y noto que la vida se me escapa entre los dedos.

Capítulo 31



Un calorcillo se extiende por mi cuerpo a medida que el dolor amaina. Estoy sobre el regazo de Raphael, acurrucada entre sus brazos. Derrama su magia curativa sobre mí a través de la mano que ha apoyado sobre mi vientre. Tanto la respiración como el corazón se me aceleran. El beso de su magia cálida sobre mi piel es tan intenso que por poco me olvido de la horrorosa situación que acabo de vivir.

Ya casi no siento ningún dolor. Raphael está blanco y en su expresión advierto una emoción que jamás habría esperado ver.

Miedo.

O sea, que no es un hombre sin emociones.

–¿Estás bien? –Se le rompe la voz–. ¿Te sigue doliendo?

Niego con la cabeza. Ahora mismo el dolor no es más que un pavoroso recuerdo, sustituido por el calor que brota de sus dedos y se vierte sobre mi vientre y sobre el hueco entre mis caderas. Me tiene rodeada en actitud protectora y me siento totalmente segura entre sus brazos musculosos.

–¿Qué tal pinta tiene? –pregunto.

Baja la vista a mi vientre y aparta la mano.

–Mejor que antes. Ya casi estás curada.

Noto la vibración de su voz grave a través de su pecho y me relajo contra él. Su magia es embriagadora. Me pregunto si su poder de sanación siempre resultará tan sensual o si solo tiene ese efecto en las mujeres que, aun sabiendo que Raphael solo trae problemas, no pueden resistirse a sus encantos.

Me mira con atención, con el rostro retorcido por la preocupación. A lo mejor es porque tengo la camisa y el pantalón corto del pijama empapados de sangre.

–Estoy bien –insisto. Nunca habría esperado tener que tranquilizarlo.

Él asiente, pero permanezco acurrucada en su regazo, con su mano presionada contra mi piel. Un pulso de calor mana de su palma y hace que se me entrecorte la respiración.

–Estás bien –dice, y me pregunto si estará intentando convencerse a sí mismo de ello.

–Convendría que me limpiara toda esta sangre. –Asiente una única vez, y me pega contra su amplio pecho para levantarme en volandas, así que protesto–: Oye, que ya puedo andar.

Pero no me escucha. Se las arregla para abrir la puerta del cuarto de baño con una mano sin soltarme. La luz de la luna que se cuela por la ventana baña la estancia.

–Voy..., eh... –carraspea después de dejarme con cuidado en la bañera–. Aunque está oscuro, voy a darme la vuelta. Debería dejarte sola, pero quiero asegurarme de que te encuentras bien de verdad.

Es la primera vez que le veo tan alterado, despojado de su gélido autocontrol. Después de dejarme en la bañera, enciende algunas de las velas que hay repartidas por los estantes. Su cálida luz baila por las paredes y le confiere un brillo de lo más acogedor a la estancia.

Raphael se sienta dándome la espalda. Una punzada de dolor me atraviesa cuando cambio de posición y me retuerzo para quitarme el pijama y la ropa interior empapados de sangre. Dejo toda la ropa en el suelo junto a la bañera, horrorizada ante el desastre. La sangre mancha el suelo de piedra.

Abro el grifo y la bañera se llena de agua caliente. Las sinuosas volutas de vapor trepan por el aire mientras la lluvia sigue golpeando las ventanas. Me siento a gusto.

–Tienes un poder milagroso, Raphael. La herida podría haberme costado la vida.

–El poder no me pertenece –murmura–. No soy más que un mero canalizador.

–Bueno, pues, si no fueras tan buen canalizador, ahora estaría muerta.

–Lo sé –dice con un hilo de voz, con la vista clavada en la pared.

Contemplo sus amplios hombros. Me da rabia admitirlo, pero me encantaría que se metiera en el agua conmigo.

Mientras la bañera se llena, me echo agua por el cuerpo para quitarme los restos de sangre y me paso los dedos por la zona donde he sido apuñalada. La piel curada no presenta ni una sola imperfección. Puede que note un ligero relieve, pero nada más.

–Era un mago del velo –digo.

–Ya hablaremos de eso luego. Olvida lo que ha pasado por ahora. Yo me aseguraré de que permaneces a salvo. Ese puto... –Su voz termina por apagarse.

–Nunca te había visto tan alterado.

–No sé si esa es precisamente la palabra más acertada.

Es muy raro, pero ya no me acuerdo del dolor que sentía hace apenas unos minutos. La sangre dibuja espirales en el agua mientras respiro hondo. No quiero quedarme en la bañera sucia durante mucho más tiempo. Me pongo de pie y dejo que el agua cálida trace riachuelos en su descenso por mi cuerpo.

–¿Me pasas un paño para lavarme?

Raphael se incorpora, coge el paño y la toalla que hay doblados sobre una silla y me los pasa sin mirarme. En este caso, desearía

que fuera menos caballeroso. Quiero que vuelva a tocarme. Que vuelva a rodearme con sus brazos musculosos.

Pero, según parece, hay ciertas normas que acatar.

Me lavo con el paño y un poco de jabón y, cuando quedo limpia, quito el tapón de la bañera y me seco con la toalla. Al salir, me envuelvo con ella.

Raphael se pone en pie de nuevo y se frota la frente, todavía sin mirarme.

–¿Me dejas verte la herida? Quiero asegurarme de que está bien curada.

–Claro.

Me bajo la toalla hasta las caderas y me la sujeto a la cintura. Cuando se vuelve, se deja caer sobre la silla como si le hubieran golpeado, sin quitarme el ojo de encima. El frío aire del castillo me endurece los pezones todavía húmedos. Raphael me recorre el cuerpo con la mirada muy despacio, desde mis pechos desnudos hasta mi vientre. Aunque él está sentado y yo de pie, es tan alto que quedamos prácticamente a la misma altura.

Me toca la cintura con delicadeza y me pasa los dedos por el vientre como si todavía me estuviera curando, como si su cálida magia me lamiera la piel.

–Perfecta –murmura antes de encontrar mi mirada–. Eres perfecta.

Se le dilatan las pupilas y a mí se me dispara el ritmo de los latidos. *No te olvides de cómo es, Nia. En el fondo, no es más que un rompecorazones que no sabe lidiar con sus propias emociones.*

Le basta con clavar sus penetrantes ojos plateados en mí para desatar un torrente de lava ardiente por mis venas y hacerme olvidar el tiempo en que desapareció de la faz de la Tierra. Y todo porque su contacto desarma todas mis defensas. Tira de mí para que me acerque más. Es un gesto muy suave, pero, cuando quiero darme cuenta, estoy sentada de nuevo en su regazo. Una de sus manos trepa hasta mi nuca y la sensación me electriza la piel. Llegados a este punto, el mago que yace muerto en la habitación ha pasado a la historia, al igual que todo el odio que he albergado durante años hacia este hombre tan atractivo. Lo único que sé es que el poder que irradia de su cuerpo robusto me deja sin aliento. Pero no es solo

su aspecto lo que me atrae. Es todo él. Es la forma en que se ha desmoronado al verme herida. La forma en que por fin ha bajado la guardia.

Me acurruco contra él, con la toalla todavía colgando holgadamente de las caderas. Raphael agacha la cabeza y su boca queda a centímetros de la mía. Su magia, un cálido torrente de poder que baña mi piel desnuda, me acaricia el cuerpo. Tras enterrar los dedos en mi pelo y tirar de mi cabeza hacia atrás, deja escapar un suspiro agonizante y posa sus labios sobre los míos. Todo mi ser se ilumina y prende fuego. Mis pechos rozan su poderoso torso y una profunda tortura estalla en lo más hondo de mi vientre. Mientras nuestras lenguas bailan, paso una mano por sus abdominales, en dirección a la cinturilla de sus pantalones. Gime contra mi boca.

Profundiza el beso con una serie de caricias sensuales hasta que lo único que quiero es arrancarle la ropa de cuajo. Con una mano me agarra del pelo y con la otra me rodea la cintura con delicadeza, como si todavía temiera romperme. Pero entonces sube poco a poco por mi espalda.

Tras mordisquearme el labio inferior, se aleja un momento, me dedica una expresión abrasadora y me besa el cuello. Dejo caer la cabeza hacia atrás y aprieto los muslos.

Un rayo ilumina el cuarto de baño y el estruendo ensordecedor de un trueno sacude las paredes. Raphael aparta la boca de mi cuello y busca mi mirada. Al besarnos, el sabor del *whisky* me ha inundado las papilas gustativas.

Una sombra de incertidumbre se adueña de mí.

Raphael apoya la frente contra la mía, con los dedos todavía enredados en mi pelo, y profiere otro suspiro tan desesperado como el anterior.

–Nia. –Pronuncia mi nombre en un susurro y traga saliva–. No deberíamos estar haciendo esto. La Torre Ávalon no puede permitirse perderte. –Cuando vuelve a encontrar mi mirada, sus ojos plateados me atraviesan–. Pero debo protegerte, así que te quedarás en mi habitación esta noche. Te dejaré mi cama. –Me recorre el cuerpo de arriba abajo–. Eso sí, como no te vistas cuanto antes, volveré a perder la puta cabeza.

Me cubro con la toalla y se me forma un nudo en el pecho. Ya vuelve a hacerlo. Se bate en retirada.

En el fondo sé que tiene razón. Tana dijo que todo el mundo moriría si me expulsaban. La Torre Ávalon no tolera las relaciones románticas entre sus miembros. Además, tampoco quiero ponerle las cosas difíciles a Raphael. Hay demasiado en juego. No logro quitarme de la cabeza la imagen de la oscuridad y la gotita de agua siendo devorada por las sombras.

Me ciño la toalla todo lo que puedo al cuerpo.

–Dame un minuto.

–Claro –dice asintiendo con la cabeza–. Es evidente que el asesino ha ido a por ti porque eres una centinela, así que voy a ir a comprobar que la otra está a salvo. –Parece aturdido–. Aunque me desharé del cadáver primero.



Permanezco tumbada en la cama de Raphael, envuelta en sus mantas, mientras él enciende las velas que descansan sobre las ordenadas estanterías de su habitación. El brillo cálido hace que los lomos de letras doradas de los libros resplandezcan. Sus sábanas huelen a limpio y ligeramente a jabón. Todo está bien colocado. Su escritorio está despejado; sus estanterías, ordenadas, y en el suelo de baldosas no hay ni una mota de suciedad.

Las gotas de lluvia siguen golpeando las ventanas y trazando diminutos riachuelos por sus paneles de cristal. Me quito la manta de encima y me pongo de pie para asomarme al exterior. Las luces de las casitas de madera de Camelot brillan a lo lejos. A unos cuantos metros de distancia, en el suelo, un puente de piedra da paso a una calle adoquinada, bañada por la luz ambarina de las lámparas de gas. Una mujer encapuchada está cruzando el puente bajo la lluvia, acompañada de dos hombres armados con espadas.

Cuando levanta la cabeza, me fijo en que su pelo es de un rojo intenso, del color de las cerezas. Ya he visto a esa mujer antes. Recuerdo que también se me quedó mirando.

Mientras contempla la torre, descubro que hay algo en ella que tira de mí, como si compartiéramos una conexión a través de un delgado hilo.

–¿Quién es esa? –pregunto.

Raphael se asoma a la ventana salpicada de lluvia.

–¡Ah! Lo has notado, ¿no? Esa es nuestra otra centinela, Nivene. Auberon no habría enviado a un mago del velo para asesinar a cualquiera. Algo me dice que venía a por las dos, así que le he asignado a esos guardias para que cuiden de ella.

Me estremezco. Dudo que haya intentado asesinarme por ser centinela, pero supongo que no puedo contarle lo de la profecía. Lo más seguro es que Nivene no corriera peligro. Han intentado matarme porque, según Tana, soy la Dama del Lago.

–Después de esta noche, me aseguraré de apostar guardias ante tu puerta –continúa–. Tenemos que asegurarnos de mantenerte bien protegida.

Lo contemplo mientras se desabrocha la camisa blanca. Dioses, tiene un cuerpo perfecto y la luz de las velas no hace más que acentuar todos y cada uno de sus músculos esculturales. Coge una manta de la cama y se la lleva al diván de terciopelo rojo colocado bajo una ventana. Tras ponerse cómodo, su mirada vuela hasta mí.

No nos estamos tocando. Cada uno nos encontramos en una punta de la habitación. Y no sé si será cosa del *whisky*, pero me siento cómoda con él.

Me ofrece una sonrisa amplia y genuina, distinta a las que le he visto esbozar hasta ahora. Creo que jamás la superaré.

–Buenas noches, duendecillo.

El golpeteo de la lluvia me arrulla y hace que se me cierren los ojos. Sin embargo, justo cuando empiezo a relajarme, un horrible pensamiento se me viene a la cabeza. En cuanto me duerma, el Asaltante de Sueños podría volver a aparecer.

–Oye, Raphael, ¿sabes si hay alguna manera de protegerse frente a la magia del Asaltante de Sueños?

Él niega con la cabeza.

–Hasta donde yo sé, lo único que se puede hacer es evitar llamar su atención.

Pues estoy jodida.

Capítulo 32



Ha pasado casi un mes desde el intento de asesinato y, por si el miedo a recibir una visita por parte del Asaltante de Sueños no hubiera sido suficiente suplicio, los nervios por la Purga también han estado atormentándome de lo lindo.

Ha llegado la hora.

Nos esperan dos semanas de pruebas, exámenes y noches sin dormir. Aprobar o suspender. Vivir o morir. Ninguna opción queda descartada.

Aunque hoy no soy más que una mera espectadora, tengo el cuerpo agarrotado.

Las nubes cubren el cielo y la húmeda brisa veraniega me acaricia la piel. Los bancos de piedra del Campo de los Caballeros, la antigua

arena de Camelot, están abarrotados. Hubo un tiempo en que aquí se celebraban letales torneos de justa. Aquí se han reventado cabezas, perforado cascos y cortado brazos y piernas, pero esperemos que la primera ronda de la prueba de combate no sea tan violenta como en tiempos de Arturo.

De las cuatro pruebas que debo superar, el examen escrito de mañana es la única que no me preocupa, porque sé que lo voy a bordar. Sin embargo, las otras tres me tienen cagada de miedo. En tan solo un par de días, me enfrentaré a la misteriosa «prueba de sombras», que cambia cada año, y una semana más tarde, combatiré aquí en la arena. Finalmente, en la prueba de magia, valorarán mis dotes de centinela, que todavía flaquean.

Pero yo no soy la única que está preocupada. La tensión se masca entre los cadetes ante lo que se nos viene encima.

Respiro hondo. Un rayo surca el cielo y varias personas dan un respingo. Yo me ciño la chaqueta más al cuerpo. Después del estrépito del trueno, una ligera llovizna me salpica la cara.

Aunque odio el mal tiempo, me recuerda a la noche en que dormí en la cama de Raphael con la lluvia golpeteando en la ventana. Me abrazo a mí misma con fuerza y lo miro de reojo por encima del hombro. Está sentado detrás de mí, con la vista tan clavada al frente que no sabría decir si ha reparado en mi presencia o no. Desde la noche del ataque, ha sido la viva imagen de la formalidad y la cautela. Además, ha vuelto a las andadas con lo del desapego emocional. A lo mejor solo baja la guardia cuando hay alcohol de por medio.

Me vuelvo hacia la arena con los pelos de punta por el nerviosismo que se respira en el ambiente. ¿Acaso hay alguien preparado para esto? Los tres jueces que evaluarán a los cadetes esperan al otro lado del campo, en un palco cubierto. Viviane, Wrythe y Amon están sentados en tres amplias sillas de madera que bien podrían pasar por tronos, ataviados con unas largas túnicas bordadas de tonos azules y plateados que me recuerdan al retrato de Merlín. Wrythe está sentado en medio y su torques dorado resplandece cuando otro rayo surca el cielo.

En apenas unos minutos, dos cadetes se batirán en duelo y su desempeño determinará qué torques obtendrán al final del enfrentamiento. ¿Recibirán un torques de oro o plata y serán nombrados caballeros? ¿O acabarán como escuderos con uno de latón o cobre? A lo mejor lo hacen tan mal que se llevan uno de hojalata... O sea, que los purgarán.

–Dioses, no puedo ni respirar –masculla Serana a mi lado.

La lluvia empieza a caer con más fuerza y me empapa el pelo y la chaqueta.

–Yo hace rato que he dejado de intentar hacerlo –dice Darius. Puede que esté sufriendo un ataque de pánico, pero tiene el delineado plateado de los ojos perfecto–. A mí me toca combatir mañana. ¿Sabéis que ha muerto gente?

Se me revuelve el estómago.

–Estoy segura de que eso ha pasado en contadas excepciones –digo–. No creo que quieran matar a toda una promoción.

¿Verdad?

Posamos la vista en la arena. Los primeros dos cadetes entran despacio: son Horatio, el perrito faldero de mejillas sonrosadas de Tarquin, y Nolan, el chico por el que Darius está coladito. Los dos son altísimos y tienen la camisa empapada por la lluvia. Horatio carga con una espada enorme con el filo romo y Nolan lleva un estoque en una mano y un estilete en la otra. La larga melena castaña le cae por la espalda.

–¡Aplástalo, Horatio! –grita Tarquin desde los bancos.

–¡Vamos, Nolan! –replica Darius–. ¡Tú puedes! –Se vuelve hacia nosotras y masculla–: Dioses, qué bueno está.

La multitud los ovaciona hasta que Wrythe se pone de pie y levanta la mano.

–¡Esperen a nuestra señal para comenzar!

Se hace un silencio. El corazón me late tan deprisa como si yo misma estuviera en el campo de batalla.

Al ver que Wrythe parece estar alargando el momento, un murmullo nervioso vuela por la arena. La espera se hace eterna y me forma un nudo en el pecho.

Casi puedo imaginarme a mí misma en la tierra enfrentándome a uno de los cadetes mejor entrenados, preparada para la posibilidad de que una espada me atraviese las tripas. Ahora que ya sé lo que se siente, esa es una experiencia que prefiero no tener que repetir.

Mientras me abrazo el cuerpo para protegerme de la lluvia, la advertencia de Tana resuena en mi cabeza. «La muerte te acecha. Durante las pruebas, la oscuridad te envolverá. Si no sobrevives, todos moriremos».

Ahora la lluvia cae con ganas y está convirtiendo la arena en un barrizal. Sin esperar a la señal, Nolan se abalanza sobre Horatio y le clava el estoque en el hombro. La multitud ruge y me doy cuenta de que yo también me he puesto a gritar para animar a Nolan. Ha atacado con rapidez para aprovecharse del factor sorpresa. Horatio no se lo ha visto venir.

Creo que a Nolan le va a ir bien hoy.

–¡Comenzad! –grita Viviane a pesar de que los combatientes se han adelantado.

Los espías del MI-13 no le damos importancia al honor. Peleamos sucio y nos enorgullecemos de ello. Es mejor ser astuto y seguir vivo que morir con honor. Sospecho que Nolan se llevará algún punto extra por atacar antes de que la prueba haya dado comienzo oficialmente.

Horatio blande su espada y Nolan la esquiva por los pelos rodando por el barro. Dado que su arma es enorme y muy pesada, esperaba que Horatio tardara un segundo en recuperarse, pero, cuando Nolan vuelve a atacar, Horatio frena su golpe con facilidad y le lanza un espadazo al pie. Comprendo, apesadumbrada, que es mucho más fuerte y rápido de lo que parece. Está blandiendo ese gigantesco trozo de metal como si no pesara nada. Me cago en todos los dioses.

Nolan, que parece volverse más prudente, estudia a su contrincante con atención y da un salto hacia atrás cuando Horatio le asesta un nuevo espadazo. Luego rueda por el suelo para esquivar un segundo golpe. Está ganando tiempo. Intenta agotarlo.

–¡Vamos, Nolan! –lo anima Darius.

Miro a los jueces al otro lado de la arena. Se mantienen impasibles y no demuestran emoción alguna. Viviane es la única que reacciona

mínimamente al combate, porque tiene los labios apretados en una fina línea. Después de haber pasado horas y horas entrenando con ella, reconozco esa expresión. Ya sé lo que está pensando. Se siente frustrada porque Nolan no va a conseguir cansar a Horatio.

Puede que el tipo parezca un cabeza hueca, pero es incansable. Podría pasar horas combatiendo. Yo misma lo he visto durante los entrenamientos, y si Nolan hubiera prestado más atención, también lo sabría. En la medida de lo posible, se espera que los cadetes conozcamos bien a nuestro oponente y, en este caso, eso incluye a nuestros compañeros.

Como es de esperar, Horatio sigue blandiendo su espada sin romper siquiera a sudar. Aunque sus ataques lo hacen parecer torpe, su juego de pies y su postura demuestran lo contrario. Está intentando engañar a Nolan, hacerle creer que es un bruto sin muchas luces. Empiezo a pensar que Horatio es mucho más inteligente de lo que da a entender.

Nolan por fin bloquea uno de sus ataques y lanza una estocada con una elegante floritura. Horatio da un par de pasos atrás.

–¡Vamos! ¡Así se hace, Nolan! –grita Serana.

–No... –mascullo–. No te confíes...

Pero ya es tarde. Envalentonado por el tropiezo de Horatio, se lanza hacia adelante y lo ataca al pecho descubierto. Pero Horatio lo bloquea con la espada y, en un abrir y cerrar de ojos, le arranca el estoque de la mano. El arma sale volando por los aires.

Entonces golpea a Nolan en el brazo. Aunque no tiene filo, el peso de la espada le arranca un grito de dolor. Es un alarido tan desgarrador que me pregunto si le habrá roto el brazo.

Ahora son Tarquin y sus amigos quienes vitorean emocionados, desatados ante la inminente victoria de Horatio.

Darius, Tana y yo guardamos silencio. Miro a los jueces preguntándome cuándo darán por finalizado el combate, porque está más que claro que Nolan no va a poder continuar. Parece que Viviane y Amon están discutiendo con Wrythe, pero desde aquí no tengo forma de saber qué están diciendo.

Nolan deja el brazo colgando junto al costado. Solo le queda el estilete que sostiene en la mano izquierda, la no dominante.

Este sería el momento perfecto para rendirse, pero, en una prueba como esta, le supondría el suspenso. Lo peor que un agente encubierto puede hacer es rendirse, porque, cuando los fey te hacen prisionero, te torturan para extraerte hasta la última gota de información. Se espera que luchemos hasta morir o, en este caso, hasta que los jueces den el combate por terminado.

Cosa que no están haciendo. Podrían, pero no parecen querer intervenir.

Wrythe permanece de brazos cruzados, negando con la cabeza, mientras que Viviane le grita con la cara roja. A lo mejor ella sí que quiere interrumpir la pelea.

Entonces Horatio se lanza a por Nolan, aunque no se limita a asestarle un solo golpe, sino que lo ataca con una sucesión de movimientos implacables, rápidos y expertos. Le acierta en el pecho, en la pierna y en el brazo roto. Nolan tropieza hacia atrás y se derrumba.

Wrythe por fin asiente y Viviane se vuelve hacia los combatientes.

Pero Horatio golpea a Nolan en la cabeza con su voluminosa espada.

Viviane se lo queda mirando con rostro inexpresivo.

Darius se levanta de un salto y se abre camino entre la multitud para tratar de llegar hasta su amigo. El sanador de la torre ya está arrodillado junto a Nolan para intentar curarlo.

Sin embargo, hay demasiada sangre y Nolan tiene la mirada vacía clavada en el cielo. Horatio lo contempla sin demostrar emoción alguna.

–Ay, dioses –farfulla Serana.

El sanador niega con la cabeza y Darius se queda llorando de pie ante el cuerpo de su amigo.

–Lo ha matado –digo–. Estaba claro que Nolan no tenía nada que hacer. No le hacía falta seguir. Habría ganado de sobra sin ese último golpe.

Serana se mantiene con la mirada al frente.

–Deberían haber interrumpido el combate.

–Viviane y Amon querían hacerlo, pero Wrythe no opinaba lo mismo. ¿Qué sentido tiene dejar que tus cadetes mueran?

–Ninguno –dice Serana–, pero es inevitable. Estas pruebas son atroces y Horatio ha demostrado que lucha bien. Obtendrá una buena puntuación.

Wrythe le da una palmada en el hombro a Horatio, cuya cara rubicunda muestra una diminuta sonrisilla.

Cuando Tana me dijo que la oscuridad vendría a por mí durante las pruebas, pensaba que me enfrentaría a otro intento de asesinato. Pero en ningún momento me había planteado la posibilidad de morir a manos de otro cadete.

Capítulo 33



En la noche de la prueba de sombras, me encuentro junto a otros cadetes ante las ruinas de una iglesia no muy lejos de la Torre de Londres. El examen escrito de hace unos días fue bastante fácil, pero no sé qué esperar de la prueba de esta noche, salvo que tendrá lugar al aire libre.

Sin un techo que nos resguarde, la luz de la luna brilla sobre nosotros. Las enredaderas de flores blancas con cierta tonalidad verdosa trepan por los arcos de piedra semiderruidos.

La última vez que estuve en Londres fue antes de la invasión fey, cuando tenía diez años. Mamá y yo nos quedamos durante una semana en una de las propiedades de Walter. No tuve oportunidad de ver mucho de la ciudad. En la mansión se celebraban muchas

fiestas, y recuerdo que la gente se quedaba a dormir en el suelo o en los sofás, rodeada de botellas de alcohol vacías y cigarrillos encendidos. Lo único que vi de Londres fueron las calles que recorrimos durante el trayecto entre el aeropuerto y la casa.

Ahora, por fin, voy a poder disfrutar de la antiquísima ciudad. Veré la Torre de Londres, el Támesis y un pub llamado The Hung, Drawn & Quaretered en honor a un lugar de ejecución cercano donde, como señala el nombre del establecimiento, ahorcaban, arrastraban y descuartizaban a los prisioneros.

Wrythe pasa por debajo de uno de los arcos de piedra y sale a la hierba.

–Esta noche –aúlla–, su tarea consistirá en robar la réplica de Excálibur que hemos escondido en esta parte de la ciudad. Puede que esté en la torre. Puede que esté junto al río o incluso dentro de él. Como en un caso real, los detalles con los que cuentan son pocos, pero los contactos que hemos repartido por toda la ciudad les proporcionarán más información. Tal vez incluso se crucen con alguien que tenga algo que aportar sin ser consciente de ello. En este caso, se aplican las normas típicas para las misiones en ciudad y no podrán llevar armas encima. La fuerza bruta no les servirá de nada en esta prueba. La clave es la astucia. –Da media vuelta y se pone a caminar de un lado a otro–. Por supuesto, solo uno de ustedes encontrará la espada, pero el ganador tendrá todas las papeletas para llevarse un torques dorado o plateado. También es posible que nadie la encuentre. En cualquier caso, sus notas dependerán de sus logros individuales, por deficientes que sean –concluye lanzándome una mirada cargada de significado.

–Qué tío más paternalista –susurra Serana.

Estoy a punto de responder cuando me fijo en que hay alguien más entre las sombras: es la mujer de cabello rojo cereza que he visto en la Torre Ávalon. Nivene, la otra centinela. ¿Qué está haciendo aquí?

–La prueba dará comienzo en quince minutos –anuncia Wrythe–. Les recomiendo que aprovechen este tiempo para planificar su estrategia, si es que son capaces de pensar por sí mismos.

Enseguida nos repartimos en pequeños grupos. Serana, Tana, Darius y yo nos adentramos en las sombras de la sacristía, que todavía cuenta con sus muros de piedra y sus ventanales góticos intactos, pero que carece de techo. Aquí tendremos algo más de privacidad. Las enredaderas trepan por las paredes y la luz de la luna desciende sobre nosotros.

Me asomo por uno de los ventanales sin cristales y veo que Tarquin, Horatio y otros tres de sus esbirros más cercanos se han reunido en la nave cubierta de hierba. Las volutas de niebla bailan en el aire.

Wrythe pasa junto al grupito Pendragon y le susurra algo a Tarquin. Me quedo boquiabierta al ver que sonríe y asiente.

–Creo que Wrythe le acaba de dar una pista a Tarquin.

–No me sorprende –masculla Serana–. Los Pendragon nunca consiguen sus torques dorados porque se los merezcan de verdad. Pero nosotros tendremos que tomarnos muy en serio lo de trazar un plan.

–Sí –coincide Darius con apatía.

Desde la muerte de Nolan, apenas habla y ya nada parece importarle. Ni siquiera las pruebas.

–¿Has tenido alguna visión, Tana? ¿Algo que aportar?

Ella niega con la cabeza.

–Hay algo difuso en torno a la prueba. Una neblina. No veo nada concreto, pero siento su presencia. Lo que no sabría decir es si es real o mágica.

–Bueno, en Londres suele haber mucha niebla, ¿no?

–Además hay una puta feria descomunal aquí cerca –dice Serana–. Hay atracciones a vapor y todo tipo de juegos recreativos repartidos por toda la zona de la Torre Verde. Estoy segura de que Wrythe ha planeado la prueba de tal manera que el ambiente sea lo más caótico posible.

Un destello rojo me llama la atención y, al volverme, veo que Nivene me está mirando desde uno de los arcos de entrada de la iglesia. Da una sacudida con la cabeza para que la siga antes de desaparecer entre las sombras que hay al otro lado de la nave.

–Dadme un segundo –les digo a mis amigos–. Ahora mismo vuelvo.

–¿Qué dices? –Serana me agarra del brazo–. La prueba está a punto de empezar, Nia. Necesitamos un plan.

–Solo serán un par de minutos –insisto ofreciéndole una mirada de disculpa–. Empezad sin mí.

Serpenteo entre los grupos de cadetes reunidos bajo la luz de la luna hasta que veo la melena escarlata de la centinela. Me conduce hasta una torre derruida y cubierta de plantas. Noto el corazón a punto de salírseme del pecho. Esto es una locura. Mi primera prueba va a dar comienzo de un momento a otro, y todo depende de que la supere. No puedo perder el tiempo con lo que tenga que decirme. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Nivene se vuelve para mirarme. Sus ojos verde jade son mucho más penetrantes en la oscuridad.

–Hola, Nia.

Se recuesta contra una pared y me estudia con los brazos cruzados y una mirada insondable. Ahora que la veo de cerca, me fijo en que una cicatriz larga y pálida le recorre la mejilla izquierda. Un colgante en forma de gota le cuelga del cuello.

–Hola –digo. Al estar tan cerca, la conexión que siento con ella se vuelve más fuerte–. Eres Nivene, ¿verdad? La otra centinela.

–Eso es. –Tiene una voz suave y melancólica–. La otra centinela.

–Me alegro de conocerte por fin, pero este no es un buen momento. La prueba de sombras está a punto de empezar, y si no la supero...

–Necesito que me ayudes ahora mismo. La vida de todas estas personas está en juego.

La miro estupefacta.

–¿De qué estás hablando?

–Durante todo este tiempo, has estado entrenándote para convertirte en una agente de Camelot –dice–. Para cruzar el velo que conduce a la Francia fey y espiar a las fuerzas de Auberon. Pero estoy segura de que eres consciente de que esa moneda tiene otra cara.

Tardo un instante en comprender lo que dice.

–Sí. –Se me rompe un poco la voz–. Mientras nosotros espiamos a los fey, ellos también nos vigilan a nosotros.

–Exacto –confirma con un asentimiento–. Nos enfrentamos a espías fey, saboteadores y asesinos. Se está librando una guerra a ambos lados del velo. Si no me equivoco, tú misma has sido el objetivo de uno de esos agentes, ¿no es así?

–Un mago del velo se coló en mi habitación e intentó matarme.

Descruza los brazos y da un paso hacia mí.

–Pues ahora Auberon nos ha enviado a otro de esos magos. Está aquí. He notado su presencia... cerca de la zona, justo hace diez minutos. Los espías de Auberon han debido de enterarse de lo de la prueba. La verdad es que es una oportunidad de oro para ellos, puesto que todos los cadetes y una buena parte de los caballeros estamos reunidos en un mismo lugar. Y, lo que es peor, estamos a punto de dividirnos. Un asesino con experiencia debería ser capaz de matarnos a todos uno a uno.

–Si eso es cierto, tenemos que detener la prueba. Tenemos que avisar de que...

Nivene deja escapar una risotada amarga.

–Ojalá. ¿Te crees que no lo he intentado ya?

–¿Y por qué siguen adelante?

–Porque el protocolo y el politiqueo son un lastre para la Torre Ávalon. Sé que tú también lo habrás notado a estas alturas. –Nivene contempla los grupitos de cadetes–. Lo de la persuasión era la especialidad de mi hermana, no la mía.

No se me escapa que habla en pasado.

–¿Ella también estudió en la Torre Ávalon?

–Se llamaba Alix.

Ese nombre me suena.

–Era la otra centinela, ¿no? La que murió.

–Así es –dice Nivene convirtiendo su voz en un susurro–. No fui consciente de lo bien que se le daba nuestro trabajo hasta que la perdí.

–¿Te refieres a lo de inutilizar el velo?

–Ser una centinela va mucho más allá de eso, Nia. Los centinelas del MI-13 siempre han estado a cargo de vigilar para mantener a

todo el mundo a salvo. Inutilizar el velo no es más que una pequeña parte de nuestro cometido. Siempre era Alix la que se encargaba de dar la voz de alarma y convencer a los caballeros para que nos escucharan. Yo no soy una persona diplomática y Wrythe me odia con todo su ser, así que se ha negado a hacerme caso cuando he intentado advertirle de lo que está pasando.

–Raphael te escuchará.

–Raphael no está aquí ahora mismo y no siempre se muestra receptivo. En fin, Wrythe es un cabrón de lo más cabezota. –Nivene frunce los labios–. Ya no nos va a dar tiempo a convencer a nadie. Tendremos que trabajar juntas, porque yo sola no voy a poder parar esto. En unos minutos, cuando la prueba dé comienzo, los cadetes se dividirán y se convertirán en objetivos. El mago del velo pasará al ataque.

–¿Qué necesitas que haga? –pregunto después de tragar saliva.

–Nuestro poder nos ayudará a rastrearlo.

Recuerdo el zumbido que oí cuando el otro mago vino a por mí y asiento.

–Deberíamos separarnos para encontrarlo. Tú busca por la feria y yo trataré de peinar todo el terreno que pueda hacia el norte. Si lo ves, no vayas a por él. Invocará el velo para causar una distracción en cuanto se sienta arrinconado y, estando en pleno Londres, eso sería un desastre. Causaría cientos de muertes. Toma. –Me ofrece una caracola diminuta.

–¿Qué es?

–¿Te acuerdas de los micrófonos y auriculares que había antes de la guerra? Esto es el equivalente fey. Nos permitirá comunicarnos. Póntelo en la oreja.

Pienso en los auriculares conectados por bluetooth de antaño que, a diferencia del aparatito fey, eran la mar de cómodos. Este me araña el oído y me lo tengo que meter hasta el fondo para evitar que se me caiga.

–Ay, ya le podrían haber puesto una goma o algo alrededor.

–Es lo que hay. –Al hablar, oigo su voz brotando de la caracola como un extraño eco en el interior de mi oreja–. Ve. Comienza la

prueba, busca al mago del velo y, si lo encuentras, avísame. Ya veremos qué hacemos en ese caso.

–De acuerdo.

Gira sobre los talones y cruza el arco apuntado de entrada de la torre con grandes zancadas. Después de perderse en la oscuridad, su voz mana en un susurro del interior de la caracola mágica que tengo en la oreja.

–Buena suerte, Nia.

Capítulo 34



Me da igual lo que haya dicho Nivene: tengo que intentar detener la prueba. Bastaría con que la Torre Ávalon la posponga un día para que la operación que Auberon planea llevar a cabo esta noche fracase.

La brisa nocturna sopla a mi alrededor mientras camino hasta Wrythe, que está mirando su reloj de bolsillo. Está solo, plantado en medio de la hierba oscura, con una expresión aburrida que no tarda en transformarse en una mueca molesta cuando repara en mí.

–Tiene usted tres minutos, señorita Melisende. Sé que es poco probable que supere la prueba, pero le conviene fingir que se está esforzando.

Me inclino hacia él.

–Nivene, mi compañera centinela, cree que hay un asesino fey por aquí –le digo–. Las fuerzas de Auberon saben que la prueba va a tener lugar en la ciudad y van a aprovechar la oportunidad para eliminar a los cadetes.

Wrythe me mira y una arruga aparece entre sus cejas.

–Como ya sabrá, un mago del velo intentó acabar conmigo en la Torre Ávalon hace poco –continúo–. Los fey han iniciado una ofensiva. Dado que la advertencia viene de una centinela experimentada, ¿no le parece que tenerla en cuenta es lo más sensato?

–Hay algo que tener en cuenta, desde luego –dice al final.

–Bien –exhalo aliviada.

–Viendo que está dispuesta a inventarse una amenaza ridícula con tal de evitar que la prueba se celebre, debemos valorar cómo se las ha arreglado para llegar tan lejos. ¿No se da cuenta del peligro que supone hacer correr semejantes infundios?

Una chispa de irritación prende en mi pecho.

–Acabo de hablar con Nivene...

–¡Qué disparate! Soy el senescal de la Torre Ávalon y, como tal, debería suspenderla fulminantemente por intentar sabotear la prueba. Le daré una última oportunidad, pero no vuelva a molestarme con sus tonterías.

–Sé que yo soy una simple cadete, pero Nivene es mucho más que eso. ¿De verdad va a poner en riesgo la vida de todos los cadetes al dejar que su arrogancia le impida escucharnos? –pregunto sin pensar.

Tardo un segundo en darme cuenta de lo alto que he hablado. A nuestro alrededor se ha hecho un silencio sepulcral. Serana y Tana me miran boquiabiertas, horrorizadas.

–Se arrepentirá de lo que acaba de decir, señorita Melisende –susurra Wrythe–. Está usted acabada. Me da igual que participe o no. Esta misma noche, después de la prueba, me aseguraré de que la expulsen.

Doy un paso atrás con expresión desencajada. Me cuesta respirar.

Wrythe se vuelve hacia el resto de los cadetes.

–¿Qué están mirando? La prueba ya ha dado comienzo. Pónganse en marcha.

Los cadetes se alejan a toda prisa de la iglesia en ruinas y desaparecen en las calles de la ciudad. Tana, Serana y Darius se quedan rezagados y Wrythe, por supuesto, se retira para apoyarse contra un muro de piedra con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Noto los pulmones contraídos de camino hasta la sacristía donde me esperan mis amigos. Saco mi inhalador y tomo dos pulsaciones.

–¿Acaba de expulsarte? –pregunta Serana.

–Como mínimo, me ha amenazado con hacerlo. –Tengo ganas de vomitar–. Pero, lo creáis o no, tenemos cosas más importantes con las que lidiar ahora mismo.

Si Nivene está en lo cierto, el resto de los cadetes, incluidos mis amigos, corren un grave peligro. Por si fuera poco, el ataque podría destruir el futuro del MI-13.

Me obligo a centrarme.

–Olvidaos de Wrythe. Necesito vuestra ayuda y que confiéis en mí. Nivene me acaba de decir que un mago del velo anda cerca, igual que el que intentó matarme. Y está aquí para acabar con todos nosotros.

Les doy el resto de los detalles rápidamente y ellos me escuchan mudos de conmoción. Justo cuando estoy a punto de terminar de hablar, oigo que un susurro escapa de la caracola y me llevo un dedo a la oreja para aguzar el oído.

–Nia, voy a ir a Whitechapel –dice Nivene–. ¿Cómo pinta la feria?

Carraspeo sin apartar el dedo del auricular fey.

–Todavía estoy en la iglesia.

–¿Por qué? El mago del velo no está ahí. No te tomes esto a mal, pero ¿eres tonta o te lo haces? –pregunta ella.

Ante su tono afilado y sentencioso, no tardo en comprender a qué se refería al decir que la «diplomacia» no es lo suyo.

–Espera un momento, Nivene. –Miro a mis amigos–. Tengo que irme, pero necesito vuestra ayuda. ¿Podéis encontrar a Raphael o a algún otro miembro de la Torre Ávalon y pedirle que venga aquí? Estaba en el barco con nosotros cuando llegamos a Londres. Sé que os estoy pidiendo un favor muy grande teniendo en cuenta que la

prueba ya ha empezado, pero, si lo que dice la otra centinela es cierto, estamos metidos en un buen lío.

–¿Y cómo se supone que vamos a encontrarlo? –pregunta Serana–. Yo no tengo ni idea de dónde está.

–Casi todos los caballeros estarán en los muelles de Santa Catalina, donde hemos atracado –digo tras pensármelo un momento–. Si no, estarán en Westminster o en Downing Street. –Mi mente trabaja a toda velocidad–. O en esa armería secreta donde el MI-13 compra suministros, en Artillery Lane. –Miro a Tana–. Vale, hay varias posibilidades, pero intenta localizarlos como puedas. Con el té, con el tarot, con lo que sea. Quizá deberíais dividiros para cubrir más terreno. Lo importante es que os pongáis en marcha lo antes posible, por favor.

–¿Y tú qué vas a hacer? –pregunta Serana.

–Nivene y yo tenemos la capacidad de percibir la magia de los magos del velo. Voy a ayudarla a encontrarlo. Daos prisa. –Echo a andar, pero me vuelvo para mirarlos sin detenerme–. No tenemos mucho tiempo.

Salgo del decrépito patio de la iglesia a toda velocidad y sigo la calle curva que conduce a la torre. Las volutas de niebla se retuercen a mi alrededor. Paso por delante de un pub por cuyas ventanas empañadas brota una luz cálida y el murmullo de quienes están bebiendo dentro. Echo a correr hasta que la feria aparece ante mí.

La niebla cubre las atracciones de intensos colores. Desde que la tecnología moderna dejó de funcionar, hemos recuperado algunos placeres de la antigüedad, como las atracciones y los barcos propulsados por vapor y los carros tirados por caballos. De hecho, si Wrythe cumple la promesa de expulsarme, para regresar a Estados Unidos tendré que subirme a uno de esos barcos de vapor muy pronto.

Un grupo de hombres pasa por delante de un carrusel bebiendo cerveza en vasos de plástico. Cuando me cruzo con ellos, uno se tropieza conmigo y me dice algo. Creo que me pide una sonrisa. Pero apenas lo oigo por encima de sus estruendosos pensamientos.

QUIERO ENTERRARLE LA CARA EN LAS TETAS.

–Vete a tomar por culo –le digo fulminándolo con la mirada.

–¿Qué he hecho? –pregunta Nivene.

–No te lo digo a ti.

La feria está abarrotada y todo el mundo apesta a cerveza. Mi poder telepático estalla y temo que interfiera con mi otro don, que me impida oír la magia del velo.

Paso junto a una atracción compuesta de dos barcos que se balancean de atrás adelante e intento aplacar mi telepatía cuando la gente me roza al pasar. Al mismo tiempo, invoco mi poder de centinela y aguzo el oído para tratar de captar el quedo zumbido del mago del velo. Me detengo ante un puesto y me compro una cerveza. Me parece que me va a hacer falta para pasar inadvertida.

Me pierdo entre la multitud, cerveza en mano.

–Ya estoy en la feria –le digo a Nivene–, pero no noto nada junto a la torre.

Las luces destellan a mi alrededor y los gritos desgarran el aire.

–Vale –responde ella. Su voz emite una extraña vibración–. Yo estoy cerca de Brick Lane, pero tampoco he percibido nada.

–¿Cuál es nuestro rango de alcance?

–Depende de lo entrenada que estés. Yo podría sentir la magia del mago a unos sesenta metros o más. Pero ¿tú? Calculo que tu radio será de unos veinte o treinta metros como máximo.

Ahí está otra vez su falta de diplomacia.

Pero tiene razón. Ni siquiera oigo el zumbido del velo hasta que no estoy a unos diez metros de él. Y, con la cantidad de borrachos gritones que me rodean, me cuesta incluso pensar con claridad.

Un enorme órgano aúlla a mi izquierda, mientras que una máquina desprende un chorro de vapor rosa con un siseo estruendoso a mi derecha. Por si fuera poco, Nivene no deja de susurrarme al oído. Me dice que ande más deprisa, que me concentre. Me recuerda que tengo que avisarla en cuanto note algo, me increpa por no haber encontrado al mago todavía y...

Es un visto y no visto. Un siseo, un murmullo, tan débil que, más que oírlo, lo percibo. Pero es una sensación familiar que resuena con mi magia. He captado el zumbido del velo a mi derecha, pero ya empieza a disiparse.

Me abro camino en la dirección de la que me ha parecido que provenía y cruzo la feria hacia el río. Al chocarme con un hombretón, capto un atisbo de sus pensamientos, algo sobre un reloj de cuco que desearía no haber comprado. Destierro su voz de mi cabeza e intento reprimir mi poder telepático al mismo tiempo que avivo mi don de centinela. Ignorar las distracciones que me rodean me parece una tarea tan imposible como la de enhebrar una aguja saltando a la comba, pero... ¡ahí! Vuelvo a oír el zumbido. Sigue siendo tenue, pero ahora es más constante y me permite seguir su rastro entre la multitud.

–¡Sonríe, preciosa! –me grita un hombre–. Solo se vive una vez.

Pero ya lo he dejado atrás y he llegado al paseo que transcurre junto al río. Aquí no hay atracciones, sino puestos de *fish and chips* y pastel de carne.

Sé que está por aquí, en algún lugar cerca de las aguas oscuras y resplandecientes del Támesis.

Ahora el zumbido suena mucho más alto.

–Nia, estoy en Whitechapel –dice Nivene–. Creo que voy a darme la vuelta y...

–Lo tengo –anuncio sin aliento.

–¿Qué? ¿Dónde?

Respiro hondo. Tardo un segundo en recordar el nombre que se le da a esta entrada de la torre.

–Estoy ante la Puerta de los Traidores. Todavía no lo he visto, pero he percibido su magia. Se dirige al puente de la torre.

–Joder, estoy demasiado lejos –se lamenta ella–. No le pierdas la pista y, pase lo que pase, no te enfrentes a él. Espérame, ¿vale?

–Eso está hecho.

Hay un montón de gente caminando por el paseo junto al río, así que me voy fijando en cada persona con la que me cruzo para buscar posibles riesgos o detalles importantes y así recopilar cualquier tipo de información que pueda serme útil. Un policía pasea por el camino adoquinado con total despreocupación. También hay una pareja dándose el lote contra un árbol y un hombre intentando hacer *jogging* pese a moverse al mismo ritmo que los viandantes que caminan tranquilos.

Entonces lo veo.

Tanto sus ropas como su altura lo hacen destacar. Lleva una capucha que le oculta el rostro y va vestido de negro de pies a cabeza, igual que el otro mago del velo. No hay nada en él que lo diferencie demasiado del resto de los transeúntes... para quien no presta atención, claro.

Ahora que lo he localizado, el zumbido se intensifica. Me escondo detrás del hombre que hace *jogging* a paso de tortuga, justo cuando el mago echa un rápido vistazo por encima del hombro. Al arropo de las sombras, me doy cuenta de que está volviendo sobre sus pasos y se dirige al corazón de la feria.

Seguir a alguien en solitario no es una tarea sencilla. Lo normal es hacerlo en equipo para que los agentes puedan irse turnando. Basta con que un buen número de personas colabore en una misión para que el objetivo ni siquiera se entere de que lo están siguiendo. Pero, como estoy sola, me toca improvisar. Dejo que el mago se pierda de vista constantemente. Hago todo lo posible por confundirme entre la multitud y bebo cerveza como cualquier otro borracho. La ventaja es que no me hace falta verlo para seguirlo, porque su magia todavía me zumba en los oídos y me hace cosquillas en la piel.

Mantengo a Nivene informada entre susurros sobre las atracciones y puestos por los que voy pasando. Ella está intentando coger un taxi para regresar lo más rápido posible. Me repite tantas veces que no debo enfrentarme a él que desearía que la caracola tuviera un botoncito con el que silenciarla.

Por suerte, todavía oigo al mago. Se está alejando del centro de la feria, en dirección norte. Se mueve a toda velocidad entre las atracciones, pero permanece a mi alcance. Me parece que el zumbido sale del interior de una iglesia de piedra y ladrillos. Un cartel azul la identifica como la All Hallows by the Tower, fundada en el año 675.

Estoy bastante segura de que el mago está dentro, pero Nivene todavía no ha llegado. Permanezco junto a la feria, justo delante de un puesto donde hay que lanzar herraduras para ganar unas muñecas sin ojos que ponen los pelos de punta.

Mientras finjo estar interesada en el juego, me concentro en el zumbido que oigo detrás de mí para asegurarme de que no se mueve de sitio. No es una tarea fácil. Es como intentar saborear la música o escuchar la luz del sol. El rastreo no es el verdadero cometido de la magia de centinela. Aun así, si no me equivoco, el mago todavía sigue dentro de la antigua iglesia.

Le ofrezco una sonrisa al hombre calvo vestido de chándal que regenta el puesto y pago una partida.

–Aquí tienes, guapa –dice ofreciéndome tres herraduras de hierro.

Cuando las toco, si me concentro con todas mis ganas, noto un suave hormigueo en la yema de los dedos. Pero, como no soy una fey de sangre pura, es casi imperceptible.

–Esto está chupado –digo.

–Seguro que lo haces de maravilla.

Fallo estrepitosamente al lanzar la primera herradura.

–¡Mierda! ¡Casi lo consigo!

–La clave está en girar la muñeca, cielo.

–Oiga, no sabrá, por casualidad, si esa iglesia está abierta, ¿verdad? ¿Sabe si tiene aseo?

–¿Qué?

–Que si sabe si tiene un cuarto de baño o algo. Tengo que hacer pis, pero odio los baños portátiles.

Lanzo la segunda herradura y, aunque me acerco un poco más a mi objetivo, sigo sin acertar.

–Pues no tengo ni idea, la verdad. Creo que nunca he entrado. Las iglesias no son lo mío. En cualquier caso, estoy bastante seguro de que ya estará cerrada.

–¿Ha visto entrar a alguien? –le pregunto.

–Nah, está todo a oscuras –dice con escepticismo–. Lleva un rato sin entrar nadie.

Todavía oigo el zumbido saliendo de la iglesia.

Lanzo la tercera herradura y el tiro se me desvía tanto que por poco derribo una de las muñecas sin ojos.

–¡Jo! No pienso irme sin una de esas muñecas. Déjeme intentarlo de nuevo –digo pagándole otra partida.

Me pasa tres herraduras más.

–Estoy seguro de que esta vez lo conseguirás. Ya estás empezando a cogerle el tranquillo, guapa.

–¿Verdad que sí?

Casi le vuelo la cabeza de un golpe con la primera herradura.

–La iglesia estaba abierta antes, porque he visto a gente entrar. No tengo intención de hacerme el gracioso ni nada, y te prometo que soy una persona sin prejuicios, pero te diré una cosa: no hay que fiarse ni un pelo de los mestizos, ¿eh? No tengo nada en contra suya, pero hay algo que no está bien en ellos. Se les ve en los ojos. –El hombre se estremece–. Parece que te van a robar el alma o algo, los muy cabrones.

–Vaya, ¿mestizos? Nunca he visto uno. ¿Qué aspecto tenían?

–Eran raros de cojones, y perdón por la expresión. El hombre tenía las orejas puntiagudas, claro. También tenía el pelo negro, los brazos cubiertos de tatuajes y unos ojos plateados como el metal que ponían los pelos de punta. Iba acompañado de una mujer rubia muy guapa. Las mestizas no me molestan tanto, la verdad. De hecho, a esa le habría echado un buen polvo –dice pensativo–. Y perdóname otra vez por mi vocabulario.

Lanzo otra herradura y esta cae al suelo del puesto con un estrépito. Entonces se me ocurre algo.

–¿Llevaban algo con ellos?

–No lo sé –responde encogiéndose de hombros–. ¿Por qué lo preguntas?

Lo miro con los ojos muy abiertos.

–Bueno, como muy bien ha dicho, los mestizos son peligrosos y ya sabe que, si uno ve algo sospechoso, tiene que denunciarlo.

El hombre del puesto levanta un dedo.

–¿Sabes qué, guapa? Ahora que lo pienso, el tipo ese sí llevaba algo. Era un estuche, como el de un instrumento musical o algo así. Y, cuando se han marchado, ha salido sin él. –Se le desencaja la mirada–. ¿Crees que estarían planeando algo? No sería una bomba o algo así, ¿verdad? –Se pasa la mano por los labios–. Con toda la gente que hay aquí... ¿Debería llamar a la policía?

Lanzo las dos herraduras que me quedan, pero se me vuelven a desviar y por poco tiro otra muñeca.

–Seguro que no es nada. Dudo que los mestizos sepan siquiera fabricar una bomba. Además, no conviene que la policía cierre toda la feria por un estuche vacío.

Ahora sé que Raphael y Viviane han estado aquí antes para dejar un paquete.

Debía de ser la réplica de Excálibur.

El plan del mago del velo empieza a tomar forma en mi cabeza. Si ha averiguado que la prueba termina aquí, ¿para qué iba a molestarse en perseguir a los cadetes por las calles cuando todos vamos a acabar en un mismo lugar?

Me apoyo con actitud despreocupada contra el lateral del puesto y contemplo la iglesia envuelta en sombras.

Entonces se me cae el alma a los pies. Al otro lado de la calle, veo que Tarquin y Horatio están husmeando por la fachada del edificio. Wrythe debe de haberles dado la ubicación aproximada de la réplica, pero no parece que sepan en qué edificio está escondida exactamente.

Una minúscula parte de mí desearía dejarlos caer en la trampa, pero, por mucho que los odie, no voy a permitir que ningún cadete muera a manos de nuestros enemigos.

–¿Dónde estás, Nivene? –susurro.

–¡El maldito taxista se ha confundido de camino! –exclama–. ¿Quieres dar la puta vuelta, pedazo de zoquete? No te lo digo a ti, Nia, sino al conductor. No pienso calmarme...

–No puedo esperar más.

–¿Qué? Para, Nia...

Me quito la caracola de la oreja y me la guardo en el bolsillo.

–¿A la tercera va la vencida? –dice el hombre del puesto, que me ofrece otras tres herraduras.

–Sí, ¿por qué no?

Las lanzo nada más aceptarlas y acierto el tiro con dos de ellas, que caen la una sobre la otra con un golpeteo metálico.

–Hostia, ¿cómo has hecho eso?

–Supongo que por fin le he pillado el tranquillo.

Después de recogerlas, mira a su alrededor en busca de la tercera.

–Oye, ¿te importaría hacerme un favor? –le pido inclinándome hacia él para hablar en voz baja–. ¿Ves a esos dos de ahí? –Señalo a Tarquin y a su amigo–. Son dos compañeros de clase a los que quiero gastarles una broma. –Saco dos billetes de veinte libras del bolsillo y se los paso por el mostrador–. Yo voy a esconderme. ¿Podrías llamarlos y hacer como si tuvieras algo muy importante que contarles?

El hombre se guarda el dinero.

–¿Qué quieres que les diga?

–Diles que tienes la espada del rey Arturo. Excálibur, ¿te suena?

–No lo pillo –dice enarcando una ceja.

–Es una broma nuestra. Diles que se llevarán la espada si adivinan la contraseña. –Le paso otro billete de veinte más–. Va a ser desternillante, te lo prometo. Dales la muñeca que acabo de ganar y diles que es una pista. Solo necesito cinco minutos. Ayúdame a ganar tiempo.

Él se encoge de hombros y se mete el tercer billete en el bolsillo. Tana ha insistido en que cogiéramos dinero para un soborno y, como siempre, no podría haber estado más acertada.

–Será un placer.

Rodeo la iglesia a toda prisa para llegar a la entrada más alejada, acompañada solo del golpeteo de mis pisadas contra los adoquines. Mientras corro, oigo que el hombre del puesto llama a Tarquin y a Horatio.

Cuando llego al arco de entrada, empujo la puerta y me adentro en la iglesia. El mago del velo la ha dejado abierta. No quería que ningún cadete se perdiera por el camino, claro.

El edificio está tan oscuro que no veo nada, pero el zumbido de la magia lo inunda todo.

Capítulo 35



El corazón me aporrea las costillas mientras la vista se me acostumbra a la pálida luz de la luna que se cuela por las vidrieras.

–¿He ganado? –El eco de mi voz resuena en los altos techos de piedra–. ¿Soy la primera?

El mago sale al pasillo central. Le brillan los ojos dorados y, tan pronto como me acostumbro a la penumbra, me fijo en que está sonriendo. Cree que soy la primera presa del día, una cadete tonta que ha caído de bruces en su trampa. Doy dos pasos hacia él.

–¿Tienes la espada? –le pregunto emocionada–. ¿Tengo que darte una contraseña o algo?

Sostiene la réplica de Excálibur, pero, en vez de ofrecérmela, levanta la mano y susurra un conjuro. El zumbido se intensifica a medida que las resplandecientes volutas del velo aparecen ante mí.

Pero lo estaba esperando.

Desato el poder que había estado conteniendo y me ensaño con el velo recién tejido para anular su magia. El zumbido se apaga y el mago del velo retrocede sorprendido antes de dejar caer la espada al suelo de piedra con estrépito.

Me abalanzo sobre él agarrando con fuerza la herradura que he robado hace unos minutos, lo golpeo en la cara y su nariz emite un crujido. Los aullidos que escapan de él mientras retrocede resuenan por las altas bóvedas de la iglesia. El aire huele a carne quemada.

Cuánto me alegro de ser inmune al hierro.

Sin perder un solo segundo, corro hasta él y le estampo la herradura en la mejilla. Intenta apartarme la mano con un alarido de pánico, pero yo le aprieto más el metal contra la piel. Noto que se debilita. Tan pronto como cae al suelo del pasillo, salto encima de él para volver a pegarle la herradura a la cara. Me obligo a reprimir las ganas de vomitar al oír el siseo perturbador que escapa de su piel.

Continuamos forcejeando. El mago no deja de gritar y de arañarme la cara y las manos sin mucho éxito. Tengo los dientes apretados de rabia y los brazos me tiemblan del esfuerzo.

Entonces se queda inmóvil, deja caer los brazos e interrumpe sus gritos.

¿Estará fingiendo? Si lo suelto, ¿se lanzará a por mí para apuñalarme? Resuello sin apartar la herradura, enterrándosela en la cara. ¿Sigue respirando?

La puerta de la iglesia se abre de un bandazo a mi espalda y unas manos fuertes me apartan del mago. Me doy la vuelta, preparada para blandir la herradura de nuevo, pero entonces me encuentro con el atractivo rostro de Raphael. Me agarra del brazo con el que sujeto mi arma improvisada para impedirme que lo golpee.

–Tranquila. No creo que el mago vuelva a levantarse, y preferiría que no me abrieras la cabeza con ese cacharro.

Dejo escapar una exhalación entrecortada, sintiéndome repentinamente mareada. Raphael me rodea la cintura con un brazo

para ayudarme a mantenerme de pie.

Nivene por fin entra en la iglesia, con la melena escarlata empapada de sudor. Recorre el pasillo a toda prisa, con la respiración agitada, y se agacha junto al mago del velo.

–Está bien muerto –dice pasados unos segundos.

Me entran ganas de vomitar. Una recóndita parte de mi cabeza cae en la cuenta de que es la primera vez que le quito la vida a alguien. No me ha quedado más remedio, claro, pero tengo la sensación de haber cruzado una línea que jamás habría esperado pasar.

Wrythe entra en la iglesia.

–¿Qué está pasando? –El eco de su voz resuena en los arcos de piedra.

–Deberías... haberme... hecho caso –jadea Nivene, que sigue intentando recuperar el aliento. Debe de haberse bajado del taxi a medio camino para continuar corriendo.

Tarquin aparece en la entrada.

–Nia ha sobornado a un tipo para distraernos. Eso no está permitido, ¿verdad? ¿Desde cuándo es legal recurrir a un puñetero soborno?

Raphael se vuelve para mirarlo.

–Largo de aquí, Tarquin. No te necesitamos.

–¡Quiero que se me reconozca como el primero en llegar! –exclama el otro.

Nivene gira sobre los talones y le cierra la puerta en las narices. Al otro lado, se oye un gritito amortiguado acompañado de un fuerte golpe.

Raphael se aparta sin previo aviso de mí y se pasa la mano por el pelo. La luna confiere a sus facciones perfectas un brillo plateado y hace que le brillen los ojos.

–Infórmanos sobre lo ocurrido, Melisende.

Han pasado seis meses desde la primera vez que me pidió información de esta manera. Fue cuando viajábamos en el barco con los refugiados, y todavía recuerdo la torpeza con la que le resumí lo ocurrido. Raphael sigue despertando en mí todo un torrente de emociones confusas, sobre todo ahora que ha entrado en modo caballero y me ha llamado «Melisende».

Pero ya debería saber cómo se pone en estos casos, ¿no?

Me las arreglo para relatar lo ocurrido haciendo referencia a los detalles más importantes. Mientras hablo, Nivene, Wrythe y Raphael me escuchan sin pronunciar palabra.

Cuando por fin termino, Raphael se vuelve hacia el senescal.

–¿Y bien?

El hombre lo mira con desdén.

–Y bien, ¿qué?

–Nia y Nivene te han avisado de que los fey convertirían la prueba en una trampa. ¿Por qué no la has pospuesto?

–No tenían pruebas que las respaldaran. No puedo permitirme hacer caso a histerismos con base en meras percepciones. Mi mujer vaticina una catástrofe inminente diez veces al día. Ayer mismo, dijo que iba a sufrir un ataque al corazón. ¿Y sabes por qué era? Porque estaba nerviosa. Nada más. Pasamos diez horas en urgencias solo porque estaba nerviosa. ¿Y sabes otra cosa? Me parece totalmente indignante que la señorita Melisende se haya enfrentado al mago del velo sin contar con la ayuda de un caballero. Debería haber dado media vuelta tan pronto como lo ha localizado y haber ido a buscar a alguien con más experiencia. En ese caso, teniendo pruebas irrefutables, datos tangibles, habría cancelado la prueba. Si no lo hubiera matado a la primera de cambio, habríamos capturado al asesino para interrogarlo. Pero esta señorita ha decidido enfrentarse sola al mago y nos ha puesto en peligro a todos en su intento desesperado por salvarse de la expulsión. Lo único que ha conseguido es dejarnos sin una valiosa fuente de información.

–Charlatán comemierda –masculla Nivene en voz tan baja que apenas llego a oírla.

–¿Quién ha hablado de expulsarla? –pregunta Raphael con incredulidad.

Wrythe me mira con los ojos entornados.

–Tenía intención de echarla de la Torre Ávalon por insubordinación y, aunque sigo pensando que sería lo mejor para todos, sospecho que los demás caballeros de la Mesa Redonda no se mostrarán de acuerdo. Dadas las circunstancias, estoy dispuesto a darle una última oportunidad.

Me agacho y cojo la réplica que yace en el suelo de piedra. Si fuera tan diplomática como Nivene, le diría cuatro palabritas sobre lo que pienso de él.

Pero me limito a asentir secamente.

–Pues gracias.

–Por supuesto, tendremos que fijar otra fecha para repetir la prueba –suspira–. La señorita Melisende podrá participar como es debido con el resto de sus compañeros.

–No –interviene Raphael.

Wrythe frunce el ceño.

–Bueno, no me digas que quieres que la expulsemos de todas maneras.

–No la obligaremos a repetir la prueba. Ha demostrado sus dotes de liderazgo al enviar a otros cadetes en busca de refuerzos –dice Raphael–. Ha seguido a un enemigo por la feria sin llamar la atención, se las ha arreglado para frenar a dos Pendragon y ha recurrido a un arma improvisada. Por último, le ha tendido una emboscada a un poderoso agente enemigo y ha conseguido derribarlo. Por no hablar de que ha cumplido con el objetivo de la prueba al localizar la réplica de Excálibur. No solo ha superado el examen, sino que se merece recibir la puntuación máxima según las reglas que hemos establecido de antemano.

Wrythe levanta la barbilla.

–Por mucho que seas un caballero de la Mesa Redonda, este es un flagrante caso de favoritismo. La cuestión es ¿de dónde nace ese sentimiento exactamente?

–Estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que, cuando informemos a los demás caballeros de lo ocurrido, nos conviene pasar por alto el momento en que has tachado a nuestras dos centinelas de histéricas cuando te han informado de la presencia del asesino solo porque estás harto de tu mujer –continúa Raphael sin inmutarse.

Wrythe aprieta los dientes de rabia.

–Si la señorita Melisende no hubiera sobornado a alguien a traición para frenar a Tarquin, él habría sido el primero en llegar. Lo mínimo

es darle la máxima puntuación a él también. Lo dejaremos en empate.

Raphael suelta un suspiro exasperado.

–De acuerdo.

–Tana, Darius y Serana también se merecen una buena puntuación –digo–. Me han procurado los refuerzos que necesitaba.

Wrythe me fulmina con la mirada.

–Estoy dispuesto a darles la prueba por superada, pero no vamos a regalar más puntos, señorita Melisende. Tenemos que ceñirnos al método y protocolo decididos en la sagrada Mesa Redonda.

–Gilipolleces –dice Nivene–. Gilipolleces, gilipolleces y más gilipolleces.

–Me parece bien –interviene Raphael lanzándonos a las dos una mirada de advertencia–. Iré a ver si prefieren repetir la prueba o si se conforman con el aprobado. Eso es todo. Hemos acabado por hoy.

–Así es, señor Launcelot –dice Wrythe–, pero todavía quedan más pruebas. El tiempo nos dirá quién encaja de verdad entre nuestras filas y quién debe abandonarlas.

Capítulo 36



Recorro el túnel de piedra que conduce hasta el Campo de los Caballeros. Tana, que camina a mi lado, tiene los labios apretados en una línea adusta además de crispada.

–Las dos tenemos que pasar la prueba como sea –dice echándome una mirada de reojo–. Nuestro cometido va a ser importante. Lo sé.

Trago saliva con fuerza.

–Seguro que sí, pero tranquila, que todo saldrá bien. Quitémonos esta prueba de en medio de una vez por todas.

El túnel pasa por debajo de las gradas. Antaño, los caballeros de la Mesa Redonda recorrían el pasaje a caballo para enfrentarse los unos a los otros con lanzas. Es probable que hasta el mismísimo

Arturo haya caminado por aquí. Pero algo me dice que él lo hizo con mucha más seguridad en sí mismo.

Los combatientes que han estado participando en la prueba en los últimos días parecían muy bien entrenados. Y despiadados.

Las dos llevamos la misma armadura de cuero acompañada de una cota de malla. Las protecciones me lastran al caminar y ejercen una presión sobre mis hombros y mi pecho.

Hoy me enfrentaré a Tana, y que ella sea mi contrincante es lo único que hará la prueba un poco más llevadera. Estoy segura de que nos han emparejado por nuestra estatura. Además, ninguna tenía nociones de combate previas y las dos somos unas luchadoras bastante mediocres en comparación con los demás cadetes.

Cuando salimos al terreno de la arena, la intensa luz del sol me ciega. A pesar de que estamos en septiembre, el cuero y la cota de malla me asfixian y me hacen sudar la gota gorda.

Le lanzo una rápida mirada a mi amiga y ella me sonríe. Con un poco de suerte, pasados unos diez o veinte minutos de combate, los jueces estarán tan aburridos que nos harán parar por puro hartazgo.

El viento me revuelve el pelo. Tengo los nervios a flor de piel, y que el público no nos quite ojo no me está ayudando en nada. Todo el mundo ha estado muy pendiente de mí desde que encontré la réplica de Excálibur. Odio ser el centro de atención.

Raphael también me observa con los dientes firmemente apretados desde las gradas.

–Lo haremos bien –le digo a Tana, aunque lo que busco en realidad es darme ánimos a mí misma.

–Sí, claro. –La voz le tiembla cargada de preocupación–. Acabemos con esto de una... –Se interrumpe y se le desenfoca la mirada–. ¿Qué? No pueden hacer esto en el último momento.

–¿El qué? –Miro a nuestro alrededor intentando ver qué es lo que la ha alterado tanto, pero todo parece normal. Los jueces están en su palco y el público, en las gradas.

Parpadea y frunce el ceño confundida.

–Me ha parecido... Da igual.

Estoy a punto de preguntarle qué cree haber visto, pero Amon nos ruega a todos que le prestemos atención.

–La prueba de combate de hoy tendrá lugar entre Nia Melisende y Tana Campbell. Empezaremos en...

De pronto, Wrythe se inclina hacia él y le susurra algo al oído. Amon se vuelve negando con la cabeza, más confundido que otra cosa, y Viviane se pone de pie, hecha una furia.

–¿Qué pasa? –le pregunto a Tana.

–Nada bueno.

Amon está asintiendo con expresión abatida. Wrythe, por su parte, cruza las manos a la altura de la cintura con aire satisfecho.

–Ha habido un cambio en la prueba de hoy –anuncia Amon–. Según parece, hay una misión en marcha que requiere urgentemente las habilidades psíquicas de Tana Campbell, así que el combate de hoy tendrá lugar entre Nia Melisende y Tarquin Pendragon.

Se me cae el alma a los pies.

–¿Qué? No pueden hacer esto en el último momento –exclama Tana.

–Tana Campbell –brama Wrythe–, es una orden.

El corazón se me acelera. Al volverme, veo que Tarquin ya se está abriendo paso entre la multitud, con su espada preparada. Él ya sabía que esto iba a pasar, pero Wrythe ha esperado hasta el último momento para anunciar el cambio.

–Esto es ridículo –mascullo.

La última vez que Tarquin y yo nos batimos en duelo, no tardó más que unos minutos en tirarme al suelo e inmovilizarme. Es mucho más grande, fuerte y rápido que yo y lleva entrenando desde que aprendió a andar. Por si fuera poco, carga con una espada larga y pesada contra la que no voy a poder defenderme con mi endeble estoque. Estoy bien jodida.

Tana me agarra con fuerza del brazo.

–Recuerda que tienes que superar la prueba, Nia.

–¿Cómo?

–Aprovéchate de todas tus armas –dice, y su sugerencia me recuerda tanto al consejo que Viviane me dio al poco de llegar a la academia que un escalofrío me recorre la espalda.

Gira sobre los talones y se aleja por el túnel para salir de la arena y unirse a una misión que, sin duda, Wrythe debe de haberse inventado para amargarme la vida.

Me quedo sola en el viejo campo de justas empapándome la ropa de sudor. Respiro tomando bocanadas de aire cortas y bruscas mientras me pregunto cuánta sangre habrá derramado Arturo en esta misma arena.

Despacio, con una sonrisilla, Tarquin avanza hacia mí. Tras cerrar la distancia que nos separa, se inclina para susurrar:

–Ah, la barra de autobús. –Habla en voz lo bastante baja como para que solo yo lo oiga–. ¿Te acuerdas de la prueba de Horatio? Pues yo voy a hacerte algo mucho peor. Considéralo un sacrificio en honor a Arturo. Este nunca ha sido tu sitio, Nia.

Se me queda la mente en blanco, pero mantengo una expresión inescrutable mientras le echo un vistazo a su espada. Efectivamente, la hoja no está afilada, pero, al igual que el arma que Horatio utilizó durante su combate, es tan pesada que podría matarme a golpes con ella. Y no me cabe duda de que ese es justo el plan de Tarquin.

Superar la prueba ha pasado a un segundo plano. Ahora lo importante es sobrevivir. Y no puedo permitirme cometer un solo error.

–¡Que comience el combate! –grita Amon.

Doy un salto y le lanzo una estocada a la cara apuntándole a los ojos. Él retrocede, pero se las arregla para bloquear mi ataque y por poco me arranca el arma de la mano. Enseguida me planta cara con un espadazo que consigo esquivar por los pelos.

Los dos retrocedemos y estudiamos al otro. En su mirada se aprecia un diminuto atisbo de sorpresa.

Se lanza a por mí blandiendo su espada con unos cinco o seis movimientos consecutivos que voy esquivando con varios saltos atrás. El problema es que él apenas se está esforzando y yo ya estoy sin aliento. He utilizado el inhalador antes de salir a combatir, pero, con el esfuerzo inmenso que me va a suponer la prueba, sé que no va a ser suficiente. Como siga saltando de acá para allá, me quedaré sin aliento enseguida. Bloqueo su siguiente ataque con el estoque,

pero me lo arranca de la mano y mi arma sale volando hasta quedar fuera de mi alcance.

Mierda.

Me las arreglo para agacharme justo cuando traza otro arco con la espada, y aprovecho para lanzarle un golpe desde abajo apuntándole de nuevo a la cara. Sin embargo, ahora ya sabe a lo que atenerse y me clava su empuñadura en el hombro. Me tropiezo y me echo hacia atrás con un gruñido para esquivar por los pelos su siguiente acometida.

Sabe predecir mis movimientos.

El miedo me atraviesa el pecho como una estaca y comprendo que voy a tener que derribarlo lo antes posible. Podría arrancarle un ojo y partirle la nariz. Con la hoja roma y delgada que blando, no me queda más opción que ir a por su cara. Pero ya no va a dejarme acercarme a ella ni por asomo.

Tengo que aprovechar todas mis armas..., aunque solo tengo este estoque endeble. No he podido esconderme ningún cuchillo para la prueba, porque el reglamento lo prohíbe. Sí, soy más rápida y fuerte de lo que era al llegar a la academia, pero Tarquin también. Noto que se me pone la cara roja y que el cuerpo se me sobrecalienta. Estoy empapada de sudor.

Y mis pulmones están empezando a pitar y a cerrarse...

Una última idea se abre paso por mi mente desesperada. Con su siguiente ataque, me lanzo hacia un lado y le hago una finta para obligarlo a bloquear mi estoque. En cuanto queda a mi alcance, presiono el dorso de la mano contra la suya y desato mi poder telepático.

Te voy a enseñar cuál es tu sitio, mestiza. El eco de sus pensamientos resuena en mi cabeza. *Quítame la mano de encima.*

Oigo lo que está pensando. Cree que estoy intentando agarrarle la muñeca. Ahora sé qué planes tiene. Va a retirar el brazo y a levantarlo hacia la izquierda.

Trazo un arco descendente con el estoque orientándolo hacia la derecha. Es un movimiento ilógico teniendo en cuenta mi posición actual, pero Tarquin reacciona y se deja el abdomen desprotegido. Le asesto una estocada en el vientre.

–Uff –gruñe.

Retrocedo con una sonrisa y veo que he conseguido lo que quería: causarle un arrebato de furia. Ahora me ataca con muchas más ganas. Lo esquivo una, dos, tres veces y luego me giro. Con un rápido movimiento, consigo tocarle el cuello con la yema de los dedos y sus pensamientos se derraman en mi cabeza como un torrente de rabia calculada.

Percibo su siguiente ofensiva, me muevo para esquivarlo y, antes de que tenga siquiera la oportunidad de ponerse manos a la obra, me coloco detrás de él. Consigo clavarle el estoque otra vez.

Por muy capullo que sea, Tarquin no es ningún imbécil y parece haberse dado cuenta de que lo estoy manipulando. Se da la vuelta para quedar frente a mí, pero no me ataca. Me estudia cautelosamente. Respira con dificultad y un mechón de cabello liso y castaño se le mete en los ojos. Presiona los labios en una fina línea mientras su respiración le dilata las fosas nasales.

Intenta averiguar qué está pasando con el rostro pálido retorcido en una mueca confundida.

Tengo que urdir un plan que no consista solo en reaccionar a sus ataques. Cuando lo toco, noto sus pensamientos. Cuando me alejo, estos se disipan, aunque no de inmediato. De hecho, casi siento el vínculo que se ha establecido entre nosotros distendiéndose hasta romperse.

¿Podré usar mi poder para mantener viva esa conexión? ¿Para tener acceso a su mente pese a no estar tocándolo? Tengo que aprovechar hasta la más mínima ventaja.

Se lanza a por mí con la espada en ristre y utiliza la longitud de su hoja para impedir que me acerque y lo toque. No sabe que soy telépata, pero parece intuir que tengo motivos para intentar establecer contacto con él.

Ya empieza a costarme respirar. Tengo que ponerle fin a la pelea pronto.

Por eso, cuando me ataca, permito que me golpee en el costado de la armadura con la espada roma. El impacto me deja sin aliento y sé que me saldrá un moratón enorme. Estoy a punto de caerme al suelo, pero logro agarrarle la mano y rozarle los dedos.

Ya puedes darte por muerta, puta.

Aunque sé cuál será su próximo movimiento, apenas me da tiempo a agacharme cuando blande la espada contra mi cabeza. Luego retrocedo y me concentro en mantener viva la conexión entre nosotros. No lo estoy tocando, pero sigue ahí.

El hilo telepático que nos une se estira y lo refuerzo con toda la energía que soy capaz de reunir. Llevo mi poder al límite. Esta vez, el vínculo no se rompe. Sigo oyendo los pensamientos de Tarquin, que me ponen los pelos de punta, pero me resultan de lo más útiles.

Entre el odio que siente por mí y sus enajenaciones mentales, alcanzo a ver destellos de sus ataques antes de que los ponga en práctica, lo que me permite esquivarlo con más facilidad e incluso devolverle algún que otro golpe. Sin embargo, no me basta para darle la vuelta al combate, no solo porque una buena parte de mi mente está centrada en utilizar la magia, sino también porque sus insulsos pensamientos no dejan de distraerme.

Cada vez respiro con más dificultad. Desde el golpe en el costado, siento que no consigo llenarme del todo los pulmones y está empezando a pasarme factura. Me estoy mareando. Calculo que me quedan uno o dos minutos antes de que logre derribarme, pero dudo que los jueces detengan el combate a tiempo. Ya les da igual todo.

Aprieto los dientes, alimento mi poder telepático y vuelco toda mi concentración en la conexión que he establecido con Tarquin. Cribo sus pensamientos más superficiales, su odio, su rabia y sus propósitos. Ahondo, ahondo y ahondo en su psique en busca del origen de todas esas emociones. Busco algo de lo que aprovecharme.

Un recuerdo.

Una cena familiar. Tarquin es un niño pequeño y está sentado ante una larga mesa decorada con velas. Sus padres se retiran a la sala de estar y lo dejan con sus primos. Está encantado de quedarse con los mayores. Quiere enseñarles su colección de monedas fey, así que mete la mano en el bolsillo y saca unas pocas. En cuanto se las enseña, uno de sus primos le da un manotazo y le tira las monedas al suelo. Tarquin deja escapar un quejido.

–Mira cómo llora el niñito mimado –dice su primo con tono pijo–. Al pobre se le han caído sus peniques.

–¿Niño mimado? Querrás decir bebé mimado –apunta otro de sus primos.

Tarquin se sorbe la nariz y se agacha para recoger una de las monedas. El mayor de sus primos le da una patada en el culo y él se cae de bruces con la cara roja de rabia. Se queda tirado sobre la alfombra bordada reprimiendo las ganas de llamar a su madre, porque sabe que, si lo hace, se meterán más con él.

–Ay, el pobre bebé mimado se ha caído.

–¿Sabéis una cosa? Que el niñito mimado apesta. ¿Se habrá hecho caca encima?

–¿Es eso verdad, bebé? –se burla otro de sus primos–. ¿Qué pasa que todavía no estás adiestrado?

–Deberíamos llevar al cachorrito cagón a la caseta con los demás perros, ¿no os parece? –Sus primos lo rodean y él retrocede sintiéndose acorralado. Lo miran con expresión cruel. Vengativa. Depredadora–. Pero más te vale estarte calladito, porque los *rottweiler* te matarán si lloras.

Una espada pasa rozándome la cara y me tambaleo hacia atrás con un jadeo. Tarquin ha estado a punto de derribarme durante los segundos que he pasado perdida en su horrible recuerdo. Gracias a los dioses, he conseguido volver en mí a tiempo.

Supongo que ahora entiendo por qué ha acabado siendo tan desgraciado. La crueldad solo engendra más crueldad. Por primera vez desde que lo conozco, casi siento pena por él.

Pero no puedo permitírmelo. Da igual lo que viviera en el pasado, porque ahora mismo está intentando matarme y tengo que derribarlo como sea.

–¿Qué pasa, niñito mimado? –le pregunto imitando la cadencia de su primo–. ¿No deberías estar en la caseta con los otros perros?

Se le desencaja la mirada.

–¿Qué acabas de decir? –ruge.

–Pobre niñito mimado. Ya sabes que los *rottweiler* te matarán si lloras.

Tengo que moverme con rapidez, porque aúlla de rabia e intenta abrirme la cabeza de un porrazo. El poder de su cólera es tal que rompe de un plumazo la conexión telepática que compartimos. Sus pensamientos desaparecen de mi mente mientras viene a por mí.

Pero ya no me estoy enfrentando al Tarquin cuidadoso y astuto. Ahora está ciego de rabia, es un niño furioso con una pataleta. Todos los años de entrenamiento han quedado olvidados. Utiliza su espada como un hacha de guerra y la balancea sin cuidado para tratar de aniquilarme. Los jueces se percatan de su cambio de actitud y gritan para dar la prueba por concluida, pero Tarquin no los escucha. Puede que, en estos momentos, ni siquiera sepa dónde está. Ya no se está enfrentando a mí. Vuelve a ser un niño pequeño y está desatando su cólera contra los matones de sus primos.

Salto hacia la izquierda cuando lanza otro ataque y su espada acaba clavada en el suelo. Cuando intenta desencajarla, aprovecho la oportunidad para golpearlo en la cara con mi estoque y su nariz emite un crujido. Luego, le doy una patada en la muñeca y le rompo un hueso.

Tarquin grita de dolor mientras retrocedo de nuevo. La mano le cuelga a un costado, inútil, y su espada permanece enterrada en la arena.

Por fin, Wrythe da el combate por concluido. Los demás cadetes prorrumpen en rugidos y gritos.

Miro a los jueces mientras intento recuperar el aliento a duras penas. Wrythe y Amon parecen horrorizados.

Pero Viviane encuentra mi mirada y esboza una diminuta sonrisa.



Contemplo el enfrentamiento de Tana y Serana en el campo de justas con una pequeña sonrisa en los labios. Esta es ya su última prueba. Han superado todas las demás con holgura y, a juzgar por los giros y ataques claramente coordinados que las dos llevan a cabo, sé que han coreografiado la pelea. La melena pelirroja de Serana vuela a su alrededor mientras se da media vuelta con gracilidad.

El sol estival brilla sobre nosotros. Han pasado unos cuantos días desde que me batí en duelo con Tarquin y todavía me duele todo el cuerpo. Pero hoy el combate es un baile, no un enfrentamiento. Serana incluso le ha permitido a Tana que le haga un poco de sangre para que la lucha parezca más real, pero sé que ninguna acabará herida de verdad.

Darius se acerca a mí y susurra.

–Si Serana se estuviera esforzando de verdad, seguramente ya habría matado a Tana. Esperemos que nunca tenga que enfrentarse a una amenaza real durante sus misiones.

–Nosotros nos encargaremos de mantenerla a salvo. –Carraspeo–. Si supero la Purga, claro.

–Verás como sí –dice–. ¿Te puedes creer que me hayan dado un torques de cobre? Pensaba que no iba a superar las pruebas. Estaba convencido de que me purgarían.

Darius tiene la costumbre de mendigar cumplidos, y yo, de ceder y hacérselos.

–No seas bobo. Por supuesto que ibas a pasar. Todos sabemos que eres brillante.

–Gracias, cielo. ¿Estás nerviosa por la prueba de magia de mañana?

Se me contrae el estómago y me entran ganas de vomitar.

–Para nada.

–Mentirosa.

–¡Detened el combate! –exclama Amon–. La prueba ha terminado. Serana O'Rourke es la ganadora, pero solo por una ligera diferencia.

Se me entrecorta la respiración. Están a punto de anunciar qué torques recibirán.

Los tres jueces deliberan durante unos minutos en un estrecho corrillo. Viviane ha sacado unos papeles y los está señalando.

Trago con fuerza.

Por fin, la mujer se vuelve hacia la arena y el viento le revuelve la melena rubia.

–Tana Campbell –brama–. ¡Plata!

Darius me agarra del brazo con tanta fuerza que me corta la circulación.

–¡Va a ser caballera! –exclama con una amplia sonrisa–. ¡Una puta caballera!

–Serana O'Rourke –continúa Viviane–. ¡Plata!

Una sonrisa de oreja a oreja se adueña de mi rostro.

–¡Madre mía! Ya solo esto casi compensa que Tarquin y Horatio se hayan llevado un torques de oro cada uno.

–No va a haber quien los aguante. Pero, bueno, ellos no se los merecían, ¿verdad? Tarquin perdió el combate contra ti. Al menos esta decisión tiene sentido. –Darius da saltitos en su asiento y se agacha para coger un libro de bolsillo azul–. Lo sabía. Lo sabía, joder. No esperaba que fueran a conseguir un torques de plata, pero sabía que superarían las pruebas. Claro que sí.

Saca una botella de champán y la descorcha con un grito de júbilo. Su contenido sale despedido y baña a la gente que tenemos delante, que exclama molesta.

–¿Por qué no esperas a las homenajeadas? –digo ahogando una carcajada.

–No, esto me lo voy a beber ahora mismo. También he traído tarta del crepúsculo. Ya es hora de celebrarlo, joder. Además, ahora son caballeras, a lo mejor ya ni se dignan a relacionarse con nosotros. Tendrán que comer en el comedor de los caballeros. –Me acerca la botella a los labios–. Y usted, señorita Nia, no se preocupe, que lo va a hacer genial. Lo vas a bordar.

Después de dar un trago del líquido burbujeante, él me quita la botella.

–No bebas demasiado, querida –me regaña–, que tienes que estar despejada para mañana. Seguro que Wrythe intenta ponerte la zancadilla de nuevo.

Levanta la botella y deja que el champán le baje por la garganta.

¿Qué tendrá Wrythe planeado para mí?

Capítulo 37



Me encuentro en un balcón con vistas al tranquilo lago envuelto en niebla. Los robles y manzanos crecen a lo largo de sus apacibles orillas y el aire otoñal arrastra el olor de las manzanas que empiezan a crecer.

He salido para despejarme antes de la última prueba, que tendrá lugar delante de todos los profesores y cadetes de la Torre Ávalon. Por si no tuviera bastante ya con que me recuerden cada dos por tres que todo el mundo morirá si no supero la Purga. Pierdo el apetito solo de pensar en que todos me estarán mirando. Me noto los pulmones tirantes al respirar el aire neblinoso.

El cielo está encapotado y el frío se me cuela por debajo de la ropa y se asienta sobre mi piel. La niebla se retuerce y cubre la superficie

cristalina del lago.

Todavía no tengo ni la menor idea de lo que supone ser la Dama del Lago, si es que es algo real siquiera, pero siento que la tranquila masa de agua ejerce una atracción sobre mí. Me siento como en casa. ¿El reino de Morgana se extendería al otro lado del lago? Nunca he explorado esa zona.

Mientras pienso en ella, oigo el susurro de la voz sombría del príncipe en mi cabeza:

Las sombras juguetean en la soledad pétrea y silenciosa de mis aposentos. La noche fría me habla, susurra sobre mi último beso. La retorcida diosa de la muerte bendice mi lengua con la suya...

–Vete a la mierda, Talan.

Me estremezco mientras el aire frío y silencioso del lago me cala hasta los huesos. Pero he conseguido lo que quiero, porque se me ha despejado un poco la mente.

Me vuelvo hacia la puerta del balcón para regresar dentro y recorro los imponentes pasillos de estilo gótico abrazándome a mí misma.

A estas alturas, la mayor parte de los cadetes se han enfrentado ya a la Purga.

Pero a mí me queda una prueba más, la de centinela. De camino a la sala de entrenamiento donde evaluarán mi don, mi sistema nervioso zumba como el velo.

Empiezo a oírlo un poco antes de llegar.

La vibración de la neblina mágica se extiende por el pasillo. En unos diez minutos, tendré que demostrar cómo me las arreglo con el velo. El nudo que me oprime la garganta me obliga a tragar saliva con fuerza. Si apruebo, seré nombrada oficialmente agente de Camelot. Si no, más allá del horrible dolor físico que el velo de prácticas suele causar, seré purgada y todo el mundo morirá.

Mientras cruzo el pasillo abovedado, no hago contacto visual con nadie, pero noto todas las miradas clavadas en mí. No debería estar preocupada. He hecho esto ya varias veces con el velo real, pero siempre me pongo más nerviosa cuando tengo público.

Esta última prueba se ha convertido en la comidilla de todos, porque marcará el fin de la Purga. Serana me ha dicho que hay gente haciendo apuestas y que la cosa no pinta muy a mi favor. No

sé muy bien por qué piensan que estoy condenada a cagarla, porque todas las misiones en las que he participado han salido bien.

Cuando estoy a punto de llegar a la sala de entrenamiento, veo que Raphael está esperando frente a unas enormes puertas dobles de madera de roble tallada. Nivene está a su lado y lleva la melena rojo cereza recogida en un moño.

–Nia –me saluda.

–Hola –respondo con un hilo de voz.

–Estás bien jodida –me espeta Nivene–. Tu magia es diamétrica. Estás maldita.

–Tu don de gentes es pasmoso, ¿lo sabías? –le digo enarcando una ceja.

–Lo que quiero decir es que ser centinela y telépata debilita tus poderes y acabará volviéndote loca.

Me presiono un dedo contra los labios y le lanzo una mirada cargada de significado a Raphael.

–¿No me habías dicho que no debía contárselo a nadie? ¿Por qué me sacáis este tema justo ahora que debería estar concentrándome?

–Nivene puede ayudarte –explica él–. Todavía quedan unos minutos para que empiece la prueba.

El cambio de planes lo trastoca todo. Mi intención era dejar la mente en blanco, no aprender algo nuevo en el último momento,

–No hace falta. Ya me he enfrentado al velo antes. Y me refiero al de verdad, no al falso. No tenéis nada de lo que preocuparos. –Sé que es lo que Raphael necesita oír–. Esto va a estar chupado.

–No lo entiendes –insiste y, por primera vez desde lo del intento de asesinato, casi parece... aterrado–. No vas a enfrentarte al velo de la caja con el que hemos estado entrenando. Tenemos a un mago del velo trabajando para el MI-13, y él es quien se encargará de crear una barrera para la prueba. El problema es que los Pendragon lo tienen comiendo de su mano y Wrythe está que echa humo desde que ganaste a Tarquin. Su derrota ha hecho que parezca que les han regalado los torques de oro, así que se ha encargado de manipular al mago. El tipo es increíblemente hábil y va a hacer que la prueba sea casi imposible de superar.

Ah..., ahora entiendo por qué todo el mundo ha estado apostando en mi contra.

Nivene está blanca como el papel.

–Acabo de estar ahí dentro. Te juro que el velo que está creando es idéntico al real. Te matará si no lo inhabilitas por completo. –Me agarra con fuerza del brazo y me clava las uñas en la carne–. Te matará, ¿me oyes?

El miedo se me asienta en los huesos, pero me obligo a encogerme de hombros y ofrecerles una sonrisa plácida.

–Vale, pero tampoco puede ser mucho más difícil de anular que el real, ¿no? Pensad que el otro abarca miles de kilómetros, se alza por encima de las nubes y se hunde en el mar. No puede fabricar una barrera más poderosa que esa. Además, su poder estará contenido dentro de la sala de entrenamiento.

–¿No habías dicho que tenía dos dedos de frente? –le pregunta Nivene a Raphael volviéndose hacia él con mala cara.

–Nivene –suspira–, así no es como...

–¡El problema es, precisamente, que es más pequeño que el real! –Las palabras de Nivene resuenan al alcanzar el techo alto del pasillo–. El velo de la frontera es muy largo, así que está dado de sí. Tú misma te habrás dado cuenta de que el tejido del velo tiene agujeros y puntos débiles en su estructura por la cantidad de terreno que abarca.

La tensión cae como un peso sobre nosotros y se vuelve palpable en el aire. Tiene razón. Eso es justo lo que siempre me ha llamado más la atención.

–Este está condensado en una única estancia –sisea–. Es una fuerza tan poderosa que te desintegrará de un plumazo si lo cruzas sin la protección de tu magia. Te evaporará. Tendremos que enviarle tus restos a tu madre en una caja de cerillas. Quedarás reducida a un montoncito de polvo.

Noto que la sangre abandona mi rostro.

–¿Estás intentando asustarme para que el miedo me nuble el juicio?

–Lo que intento es hacerte ver que necesitarás concentrarte todo lo posible para inhabilitarlo, ¿vale? Y, ahora mismo, tus poderes son

inestables justamente porque hablamos de «poderes». En plural. Es una putada.

–Vale.

Todavía no sé qué quiere de mí, pero me están entrando ganas de vomitar.

Raphael me está estudiando con atención. En sus ojos se aprecia un contraste mucho más marcado que nunca entre la plata pálida y el anillo azul intenso que la rodea. Sus oscuras pestañas caen un poco. Por la forma en que me está mirando, siento que está desenterrando todos mis secretos. Como si fuera él el telépata y no yo. A veces tengo la sensación de que sabe perfectamente lo mucho que pienso en él y en las veces en que nos hemos besado. También en la forma en que me envolvió con sus fuertes brazos mientras me curaba, con la mano apoyada sobre mi vientre.

En aquel momento, me sentí segura con él.

Ahora, no tengo ni la más remota idea de lo que está pensando, pero la intensidad de su mirada me está poniendo los pelos de punta. Su expresión inescrutable suele tener ese efecto en mí.

–No pasa nada, chicos. Ya sé que tengo que reprimir mi telepatía.

–Pero no te está funcionando, ¿verdad? –interviene Raphael con frialdad.

–Por eso estoy aquí –dice Nivene–. Los centinelas no solo inhabilitamos los velos, sino la magia en general. Si cooperas, puedo extirparte tu poder telepático. Para siempre.

El corazón me da un vuelco y retrocedo.

–Un momento.

Nivene avanza hacia mí.

–Los centinelas somos cirujanos. El profesor Throckmorton descubrió esta técnica hace unos años mientras intentaba extirparles su poder a unos prisioneros fey. Ahora, por supuesto, no quiero quitarte el don de centinela, pero ¿y si puedo librarte de la telepatía? Admitiré que nunca lo he intentado antes, pero creo que es viable. Noto la magia en tu interior. Es violeta, ¿verdad? Y tiene una energía frenética. Dame la mano –me pide al tiempo que extiende la suya–. Veré lo que puedo hacer.

La sangre me truena en los oídos. No era consciente del apego que siento por las voces que oigo, por el poder que albergo. Aunque es posible que mi instinto trate de decirme que me conviene no perder mi don.

Nivene me mira confundida.

–Yo te guiaré durante el proceso. Venga, que no tenemos mucho tiempo. –Sacude la mano–. Coge mi mano, Nia.

–Creo que me las arreglaré sin tu ayuda. –Como no les diga lo que quieren oír, me arrancarán una parte de mi ser–. La verdad es que ya sé controlar mi poder telepático. Ya ni siquiera lo noto. Te prometo que lo he reprimido.

–Mientes –dice ella.

–Nia –interviene Raphael–, tienes que hacerlo. La Torre Ávalon necesita otra centinela. No pienses en ti, sino en todas las vidas que dependen de tu poder.

El corazón me aporrea las costillas. La telepatía forma parte de mi ser y no dejará que me la arrebaten. Mi don me salvó durante la prueba de combate. Además, ¿qué hay de aquella misión? Jamás habríamos encontrado el mapa sin él. Pero eso no es lo que Raphael necesita oír, ¿verdad?

Mi reacción es prácticamente instintiva, así que no sé ni cómo explicarle lo que estoy sintiendo.

Me fuerzo a esbozar una sonrisa.

–¿Para qué molestarnos si lo tengo todo bajo control?

–Pero si me dijiste que odias escuchar esas voces –dice Raphael–. Mira, sé que la situación está lejos de ser la ideal –me toca el brazo y me lanza una mirada suplicante mientras vierte su magia cálida en mi interior–, pero, si no haces esto, no sobrevivirás.

–Ni siquiera yo podría anular la magia del velo que está tejiendo ahí dentro –insiste Nivene–. Bueno..., tal vez sí, pero solo porque soy muy buena. Además, mi magia no es antitética y estoy mucho más entrenada que...

–Nivene, para –la interrumpe Raphael.

–Vale –dice ella dilatando las fosas nasales–. Encárgate tú de hacerla entrar en razón. Pero más te vale darte prisa, porque la

prueba está a punto de comenzar. Y presiento que su magia está más en conflicto que nunca.

Gira sobre los talones y entra en la sala de entrenamiento.

–No estás siendo sincera, ¿verdad?

Raphael escudriña mis ojos como si estuviera intentando leer lo que siento. Está examinando todos y cada uno de mis secretos. Un escalofrío me recorre la espalda al ser consciente de lo que está haciendo. ¿Sabrá que pienso en él cada noche justo antes de irme a dormir y que me imagino acurrucada entre sus brazos e inhalando su aroma?

El tañido de una campana en el interior de la sala de combate indica que la prueba va a empezar.

Trago saliva. *Diles a los demás lo que necesitan oír para tranquilizarlos.* Esa es la estrategia a la que siempre puedo recurrir.

–Voy a ir entrando –le digo con el tono dulce que solía utilizar para apaciguar a mi madre antes de ofrecerle una sonrisa igual de empalagosa–. No me va a pasar nada, Raphael. Has sido un profesor excelente y me has enseñado todo lo que necesito saber.

Reparar daños. Eso es lo que hago. Mantengo a los demás tranquilos, felices y a salvo. Soy el bálsamo que alivia el pánico, la rabia y las heridas de cristal roto en los pies descalzos. Soy el manto de niebla que enfría el sofá que se quema por culpa de un cigarrillo encendido. Soy la persona que sonríe a los policías cuando llaman a la puerta y hago que se marchen contentos.

–Todo saldrá bien –repito tocándole el hombro.

Su mirada gélida no se suaviza.

Las pesadas puertas de madera de la sala de entrenamiento principal están cerradas, así que las empujo con todas mis fuerzas para abrirlas. Anuncian mi llegada al golpear las paredes con un estrépito. La gente guarda silencio y se vuelve para mirarme.

Hay cadetes y profesores por todos lados, sentados en las gradas que rodean la sala. Y todos están aquí por mí. Han venido a verme miembros del MI-13 con los que no recuerdo haberme cruzado nunca. Algunos incluso llevan torques dorados. En el centro de la estancia, el velo se retuerce ante el mago.

Su poder es inmenso y su zumbido amortigua cualquier otro sonido. La tormentosa niebla mágica de colores es tan espesa y opaca que resulta imposible ver lo que hay al otro lado. No es muy grande. Tendrá unos tres metros de alto y dos de ancho, pero se alza ante mí como un resplandeciente muro de magia.

Wrythe se encuentra a unos pasos del velo y está acompañado de una figura envuelta en una túnica negra: el mago del velo.

–Nia. –La voz grave de Raphael me frena en seco y me obliga a volverme para mirarlo–. Te he dado una orden, Nia. Tienes que decirme la verdad.

Lo contemplo estupefacta. ¿Por qué está tan obcecado en hacerme perder la puta concentración justo antes de una prueba tan decisiva? Y, encima, va y lo hace delante de todo el mundo.

–Ahora no es el momento –susurro.

Noto todas las miradas posadas en nosotros.

–¿Cómo que no? –Habla con voz fría y queda. Tengo la sensación de que ya no lo conozco tan bien como antes–. Soy un caballero, no tu amigo. Te traje a esta academia por un motivo, y no porque me cayeras bien. Necesito que seas nuestra centinela. No sé qué tonterías te estarán pasando por la cabeza, pero deberías haber hecho lo que te he ordenado. Te das cuenta de que tenía razón sobre ti desde el principio, ¿no? Eres una niñata mimada y egoísta y, como te has criado en el más absoluto caos, no sabes nada ni del mundo real ni de la guerra ni de lo que supone sacrificarse por otras personas. Para ti, esto no es más que un juego.

Lo miro conmocionada. Me arden las mejillas y las náuseas me retuercen el estómago.

–¿Qué te ha pasado?

Su rostro se ha transformado en una máscara inexpresiva.

–¿Que qué me ha pasado? Me parece que no lo entiendes. –Se inclina hacia mí–. Creo que no me gustas. De hecho, nunca me has gustado. –Parece dudar durante un momento, pero aprieta los puños con fuerza–. Con todo lo que he visto hasta ahora, lo de «gentuza» te va como anillo al dedo.

Ahí está. El mazazo que había estado esperando desde el principio. El momento en que me acabaría rompiendo el corazón. Me arden los

ojos y se me forma un nudo en la garganta. El cabrón no ha cambiado nada. Es el mismo Raphael que me destrozó la vida hace tantos años.

Una descarga de rabia me azota la mente y me impide pensar con claridad. Le doy la espalda y me adentro en la estancia. Los latidos rítmicos de mi corazón han amortiguado el zumbido del velo. Me duele el pecho y lo noto hueco.

Mi mirada vuela hasta el enorme retrato de Merlín que cuelga de la pared. Lleva una túnica de color azul oscuro decorada con estrellas plateadas. Pienso en él, encerrado en un roble a manos de su amada. Atrapado, abandonado, con raíces creciéndole en el pecho.

Soy la niebla fría que baila sobre el lago, me digo.

Hago una pausa mientras la rabia le prende fuego a mi sangre.

Me vuelvo hacia Raphael y veo que hay una mujer de cabello rubio platino a su lado. Tardo un instante en recordar cómo se llama. Creo que es Ginevra, la Pendragon de torques dorado. Es alta y elegante y lleva la melena recogida en una especie de tiara. Le está susurrando algo a Raphael al oído mientras me recorre de arriba abajo con la mirada.

Ahora ya sí que he perdido de vista por completo la tarea extremadamente importante a la que estoy a punto de enfrentarme. Pero no soy la Nia tranquila y conciliadora que quiere hacer sentir mejor a todo el mundo. Ahora soy una tempestad que agita las aguas del lago. Soy la espada forjada con el fuego que arde bajo su superficie.

Miro a Raphael con los ojos entornados.

–¿Sabes qué, Launcelot? –Mi voz resuena por la estancia.

Posa la atención en mí y Ginevra me estudia enarcando las cejas.

El calor abandona mis venas; me parece que me estoy transformando en un témpano de hielo.

–Has demostrado ser el capullo que no ve más allá de su propio ombligo por el que siempre te había tomado. No te hace falta tener dinero para creerte mejor que el resto del mundo, ¿verdad? A las personas como tú, hacer gala de vuestra arrogancia os resulta tan natural como respirar. Y la realidad, Raphael, es que te he salvado el culo más de una vez, cabronazo egomaniaco, solipsista y estirado.

No vuelvas a dirigirme la palabra a no ser que sea para darme una orden. A no ser que sea cuestión de vida o muerte. No eres lo bastante bueno como para que me digne a hablar contigo. Nunca lo has sido.

Mis palabras son un rugido que resuena por la sala de combate. Raphael se encoge de dolor. *Así me gusta.*

El zumbido del velo regresa, pero la cólera todavía me inunda las venas. Me vuelvo hacia el mago del velo. Sé que todo el mundo me está mirado estupefacto. Sé que hablarán de lo ocurrido durante semanas.

Pero ahora mismo me importa una puta mierda lo que piensen de mí.

Capítulo 38



Tengo las mejillas rojas de rabia y la sangre me fluye como lava líquida por las venas.

Amon me está diciendo algo, tal vez me esté explicando las reglas de la prueba, pero el pitido de mis oídos es ensordecedor.

En cualquier caso, no necesito que me dé instrucciones.

Wrythe interrumpe a Amon recitando una introducción a voz en grito. Dice algo sobre su papel como senescal y explica que su deber consiste en impedir que nos hagamos demasiadas ilusiones. Que esta prueba separa el grano de la paja. Como es evidente, yo entro en la categoría de lo segundo.

En realidad, no oigo nada más allá del estruendoso siseo de mi propia furia. «Creo que no me gustas. De hecho, nunca me has

gustado».

–La prueba del velo está a punto de comenzar –anuncia Wrythe–. Dentro de esta barrera mágica hemos dejado una réplica de la varita de Merlín. La señorita Melisende tendrá que...

Me acerco al velo antes de que termine de hablar e invoco mi magia hasta que estalla como una nube furiosa. Roja, como el color de la ira. Al dar otro paso más, entiendo lo que Nivene ha querido decir hace un momento. Las resplandecientes hebras de energía que componen el velo tejen un tapiz tan denso que no se aprecia ni un solo punto débil en él. No hay zonas un poco más delgadas o frágiles. No tengo hacia dónde canalizar mi magia. Este velo es como un muro de la muerte.

Las palabras de Raphael todavía resuenan en mi mente. «Para ti, esto no es más que un juego. Con todo lo que he visto hasta ahora, lo de "gentuza" te va como anillo al dedo».

Mi corazón ruge como un tambor de guerra.

Con la sangre hirviéndome de rabia, tiro de mi magia y esta aviva el calor carmesí que arde en mi interior. Lanzo mi poder hacia el velo apretando los dientes con fuerza, sin molestarme en buscar un punto débil. A mi derecha, el mago se tambalea y cae de espaldas al suelo. El zumbido de la barrera se entrecorta y se apaga. La estancia se queda en completo silencio salvo por el rugido de mi propio pulso.

Atravieso el velo en cuanto dejo de oírlo y de notar su cosquilleo en la piel.

La niebla blanca e iridiscente se enrosca en torno a mi cuerpo. Le doy una patada a algo con el pie y, cuando el objeto rueda por el suelo, me agacho a coger la varita de madera retorcida.

Cuando salgo del velo, la tiro a los pies de Wrythe, donde aterriza con estrépito.

–Ahí tiene su varita, señor –le digo cargando mi voz de sorna al pronunciar la última palabra.

La niebla del velo se disipa poco a poco; el mago parece haberse quedado inconsciente.

Un coro de susurros inunda la sala de combate y alcanzo a oír fragmentos sueltos de sus conversaciones:

–¿Has visto...?

–El mago del velo ha caído como un fardo...

Wrythe, que no se ha movido del sitio, permanece con los brazos cruzados, fulminándome con la mirada. Le tiembla el bigotillo rubio.

–Digo esto con una profunda decepción –su voz resuena por la sala–, pero, como senescal de esta institución, mi deber es velar por la seguridad de nuestros agentes. Mi deber es protegerlos de tramposos y embaucadores. Está claro que la señorita Melisende ha encontrado la forma de hacer trampas. Nadie podría cruzar un velo tan poderoso sin preparación previa. Es bien sabido que inhabilitar este tipo de magia requiere tiempo. Como ven, este es el riesgo que corremos al dejar que cualquiera, independientemente de su procedencia, se una a nuestras filas.

–Siento decepcionarlo –digo levantando la voz–, pero a lo mejor el problema es que su mago del velo es un inútil. No hay una sola persona con la que usted comparta algún tipo de vínculo que no forme parte de esta organización gracias al nepotismo.

Se le crispan los dedos.

–¿De verdad piensa que voy a tolerar que una cadete se dirija así al senescal de la Torre Ávalon? ¿No le parecía bastante con lo que le ha dicho a otro de nuestros caballeros? –ruge mirando a su alrededor en busca de apoyo–. Esta institución tiene un método y un protocolo a los que debe adherirse. Sus miembros deben mostrarles respeto a sus superiores y jamás hacen trampas. Así que ¿por qué no me dice quién ha estado ayudándola? ¿Ha sido Nivene, la otra centinela?

La rabia todavía arde en mis venas por lo de Raphael.

–Ya no soy una mera cadete. He superado la prueba, así que soy una agente de Camelot. En ningún momento me he tomado mi formación como un juego y, pese a lo que piensen algunos caballeros, este sí es mi lugar.

Wrythe se lanza hacia adelante.

–Como senescal, le digo que no la ha superado.

Me agarra el brazo hecho una furia. Como el poder no ha dejado de vibrar en mi interior, mi telepatía se activa ante su repentino contacto y se vincula con su mente. Una espiral de zarcillos violeta

escapa de mi interior y se cuela en los pensamientos de Wrythe. Es la primera vez que me asomo a su psique.

Lo que más me sorprende es lo hueca que está. Es como un vacío.

Incluso Tarquin tenía sus convicciones y miedos. Cuando le leí la mente, descubrí que se consideraba mejor que yo, pero en su fuero interno temía no ser capaz de demostrarlo. Creía en su familia, en la importancia de ser un Pendragon y de demostrar su valía ante ellos. Y, aunque es un auténtico imbécil, era consciente de lo importante que es derrotar a Auberon para evitar la caída de la humanidad.

Pero en Wrythe no encuentro nada de eso. Lo único que lo mueve es la desesperada necesidad de trepar en la jerarquía del MI-13. Quiere dirigir la Torre Ávalon solo porque está sediento de poder. Le da igual que los agentes o los humanos que se supone que debe proteger vivan o mueran. Para mi sorpresa, ni siquiera siente nada por Tarquin o el resto de los Pendragon. Si les da un trato diferente es por el prestigio de formar parte de la familia. Valora su lealtad porque afianza su posición.

Pero en la mente de Wrythe solo hay espacio para una persona: él mismo.

Desde su retorcida perspectiva, yo no soy más que un obstáculo que se interpone en su camino a la cima. Está tan obsesionado con demostrar que no encajo aquí solo porque eso es lo que pensó cuando llegué a la academia, y necesita convencer a la gente de que su juicio es infalible. De que es el único líder en quien pueden confiar. Necesita que piensen que solo profesarle una lealtad inquebrantable asegurará la subsistencia de la Torre Ávalon. Porque nadie más que él cuenta con todas las respuestas.

Yo nunca he querido tener a esta mestiza entre nuestras filas.

¿Por eso ha montado Raphael el numerito de decirme que este no es mi lugar? ¿Para demostrar su valía ante Wrythe?

Empieza a considerar a Nia un estorbo inútil o vete olvidando de mantener tu puesto...

Por si la rabia que sentía no fuera poca, oír los pensamientos narcisistas de Wrythe no hace más que echarle leña al fuego.

Un volcán de cólera estalla en mi interior. Mi magia roja y violeta se fusiona, de manera que mi telepatía y mi poder de centinela se

combinan para dar lugar a una fuerza híbrida y caótica. Me abalanzo sobre la mente de Wrythe y me vierto en su cráneo. Como su mente es simple y no ve más allá de su patética motivación, no me cuesta nada manipularlo. Tiro abajo los débiles muros que ha erigido en su interior y me adueño de sus pensamientos.

Ataré a mis enemigos a los robles para alimentar a la tierra hambrienta. Derramaré tu sangre en el lago.

Wrythe tropieza hacia atrás y parpadea confundido. Entonces abre la boca y grita para que todo el mundo lo oiga:

–¡Nia Melisende es increíble! Ha superado todas mis expectativas, ha demostrado ser digna de convertirse en una agente de Camelot, y no cabe duda de que ha superado esta prueba también. Además, me gustaría añadir que soy un tarugo que se cree el ombligo del mundo. Haber sido nombrado senescal es un insulto para la formidable historia de esta academia y... y...

La conexión entre nosotros se rompe y su mente me abandona.

En la sala se hace un silencio sepulcral, como si toda la academia estuviera conteniendo el aliento.

Me echo a temblar por culpa del estallido de magia, así que me abrazo a mí misma y aprieto los dientes para que no me castañeteen.

Wrythe me señala con un dedo tembloroso.

–¡Ha entrado en mi mente! –aúlla–. Me ha obligado a decir eso. ¡Ha sido un ataque en toda regla contra el senescal! Un ataque psíquico. Y atacar a un caballero de la Mesa Redonda es como atacar a la mismísima Torre Ávalon. Este es, precisamente, el motivo por el que los mestizos han estado tanto tiempo vetados de nuestra institución.

La expresión de Amon es de absoluta confusión.

–¿De qué estás hablando, Wrythe? ¿Cómo iba a controlarte la chica con su poder de centinela?

A Wrythe se le desencaja la mirada al comprender lo que implican esas palabras.

–¡Tus poderes son antitéticos! –escupe–. Albergas dos tipos de magia, igual que ese monstruo de Mordred Matarreyes. Cómo no.

Sabía que había algo muy malo en ella. Ahí está, la confirmación de que no encaja aquí. ¿No os dais cuenta de lo peligrosa que es?

Amon me observa con atención, confundido.

–Estoy seguro de que debe haber otra explicación. Si la magia de Nia fuera antitética, sería débil e inestable. Su poder la destruiría. Pero ya la hemos visto en sus pruebas y, como bien has dicho, ha superado nuestras expectativas en todas ellas, incluida esta. Los poderes antitéticos no funcionan así.

–¡Pero no ha superado la prueba! –grita Wrythe–. Me ha obligado a decir que las ha superado. La he sentido en mis pensamientos. He notado su presencia maligna, tan podrida y corrupta como la del mismísimo Mordred.

Se hace un silencio tras su acusación. Pero luego, un coro de murmullos emocionados recorre la sala.

El torques dorado de Amon brilla bajo la luz de las lámparas de araña.

–¿Estás diciendo...? ¿Estás diciendo que tiene el poder de controlar la mente? ¿De coaccionar a los demás por medio de su poder?

Me pilla por sorpresa incluso a mí. ¿Control mental? No, qué tontería. Es que... la mente de Wrythe es tan simple, está tan sesgada, que incluso un niño podría manipularla.

¿Verdad?

El propio Wrythe nos habló de los cinco poderes primordiales: manipulación meteorológica, amoromancia, transmutación, control mental e ilusionismo. Esos cinco dones ya no existen ni en Brocelianda ni en ningún otro lugar y, como es lógico, no puedo disponer de una magia extinta.

Wrythe se mantiene en sus trece.

–Como he dicho, es un enemigo de la Torre Ávalon. Deberíamos encarcelarla de inmediato. Ha cometido un acto de traición.

Raphael se acerca a nosotros, pero evito mirarlo porque la rabia todavía hierve en mi interior. Parece seguir tan furioso como antes. Se vuelve hacia la multitud y la recorre con su mirada gélida.

–¡Todo el mundo fuera! –Su voz inunda la sala–. Este asunto concierne únicamente a los caballeros de la Mesa Redonda. A nadie más.

Su tono tranquilo pero imperativo levanta a los espectadores de su asiento y los empuja a salir apresuradamente.

–Tú no, Nia –me dice cuando ve que me dispongo a seguirlos–. Tú te quedas.

Me cruzo de brazos y contengo las ganas de fulminarlo con la mirada, porque no quiero echar más leña al fuego con mi mal humor y tenemos cosas mucho más importantes de las que encargarnos en estos momentos.

Encuentro la mirada preocupada de mis amigas cuando se marchan y me fijo en que alguien está ayudando al aturdido mago del velo a incorporarse. Por fin, la puerta se cierra. Ya solo quedamos Viviane, Raphael, Wrythe, Amon y yo. Un puñado de caballeros de la Mesa Redonda y yo.

–Tú lo sabías –acusa Wrythe a Raphael en un siseo.

–¿El qué? –responde él arqueando una ceja.

¿Ahora se digna a apoyarme? Capullo.

Wrythe lo mira entornando los ojos.

–¿Hay algo entre vosotros dos? ¿Algo que pueda suponerte una expulsión de la Torre Ávalon?

–No diga ridiculeces –le espeto.

–Como me habrás oído decir antes, Nia no es santo de mi devoción y su personalidad me resulta de lo más irritante –dice en tono gélido–. En cualquier caso, nos guste o no, su magia será un valioso recurso para el MI-13.

Me lo quedo mirando mientras la ira hierve en mis venas.

–La magia de la chica es diamétrica –insiste Wrythe–. ¿Lo sabías? ¿Has estado encubriéndola?

–Sí, lo sabía –confiesa Raphael con voz queda.

Se me cae el alma a los pies. ¿Por qué se lo está contando?

–¿Y no se te ocurrió comunicárnoslo? ¿Informar al senescal de lo que estaba pasando?

Al tío le encanta hablar de sí mismo en tercera persona.

–He compartido la información con quien he considerado necesario –dice Raphael–, y tú no tenías por qué saberlo.

–Técnicamente, soy tu superior. Trajiste a una sucia mestiza a la Torre Ávalon, una con magia antitética. ¿Hace falta que te recuerde

lo de Mordred? Has dejado que participe en misiones importantes, has puesto en peligro la vida de otros agentes...

–Y yo te recuerdo que estuve presente en todas y cada una de esas misiones, Wrythe –dice Raphael–. Si alguien ha corrido algún riesgo, he sido yo.

–Y yo –añade Viviane.

Raphael le lanza una mirada cargada de significado.

–Y los poderes de Nia nos han salvado. Varias veces, además.

–Dejando a un lado lo que Raphael debería habernos dicho o dejado de decir, yo tengo algo muy claro –dice Viviane–. Nia ha superado la última prueba y ahora es una de nuestras agentes. Son las normas. Nuestro método y protocolo. –En esa última parte, estoy bastante segura de que imita la cadencia remilgada de Wrythe.

El hombre menea la cabeza con indignación.

–Está claro que ha hecho trampas para llegar hasta aquí. ¿Cómo iba a hacer una persona cualquiera que prácticamente habéis sacado de la calle a hacer algo así?

–No he hecho trampas –insisto.

–Silencio, niña. Ni siquiera sé por qué sigues aquí –me espeta Wrythe–. Está bien. Aprovecharemos su poder de centinela como sugeriste cuando la trajisteis aquí, Raphael. Que les abra camino a sus compañeros más experimentados. No es más que nuestro transporte y, como tal, estoy dispuesto a concederle un torques de latón. Pero me niego en redondo a...

–¿Perdón? ¿Cómo que de latón? –lo interrumpe Viviane–. ¿No habíamos concluido que se merecía la máxima puntuación en la prueba de sombras?

–También ha superado el examen escrito con la máxima puntuación –apunta Amon.

Raphael asiente.

–Y, en la prueba de combate, venció a Tarquin Pendragon. Si la memoria no me falla, él ha recibido la máxima puntuación por su desempeño, así que lo justo es valorarla en consecuencia.

–Por otro lado, en lo que respecta a esta prueba... –Viviane enarca una ceja–. Bueno..., no sé vosotros cómo calificaréis lo que acaba de demostrar.

–No me lo puedo creer. –Wrythe está hecho una furia–. ¿De verdad queréis darle a esta niñata un torques de mayor rango que el latón?

–Uno de oro iría acorde a sus resultados –dice Viviane.

Yo no puedo hacer otra cosa que quedármelos mirando con la boca abierta. ¿Un torques de oro? ¿Como el de Raphael? Se me acelera el pulso.

–No –interviene Amon.

Todos nos volvemos para mirarlo.

–Por fin, alguien con cabeza –escupe Wrythe.

–Como historiador de Ávalon –dice Amon asintiendo con solemnidad–, conozco bien todas nuestras normas y ceremonias. Para este caso, solo contamos con un referente. En la historia de nuestra institución, no ha habido más que otro fey con poderes primordiales.

El hombre clava la vista en la pared, en el retrato que preside la sala de entrenamiento. Merlín.

–Nuestros fundadores fueron muy claros –continúa–. Hay ciertos individuos que merecen llevar un torques distinto. A saber, los fundadores de la Torre Ávalon, el rey Arturo, sir Galahad y los hechiceros primordiales de Camelot, como Merlín.

–Nada de «como Merlín» –le espeta Wrythe–. Merlín fue el único hechicero primordial de Camelot.

–Merlín superó las pruebas de la torre, que corrían a cargo de la Dama del Lago por aquel entonces –explica Amon–. Habría recibido un torques dorado de no haber sido porque tenía la capacidad de manipular el estado de la atmósfera. Esa era la magia primordial que él manejaba. La Dama del Lago le concedió un torques de acero avalino, forjado con fuego de dragón.

–¿Quieres darle a la señorita Melisende un torques de acero avalino? ¿Has perdido la cabeza? –farfulla Wrythe.

Amon se encoge de hombros y baja la vista al suelo.

–No es que quiera, sino que tengo que hacerlo. Debemos ceñirnos al protocolo.

–Al método y al protocolo, Wrythe –apunta Viviane imitándolo de nuevo.

–Acabas de contarnos lo que ha hecho. –Amon frunce el ceño–. Que te ha obligado a decir algo hace unos minutos.

–No nos digas ahora que hablabas en serio al llamarte a ti mismo «tarugo» –dice Viviane.

–¿De qué sirve ser el senescal si dos mestizos van a acabar compinchándose en mi contra? –gruñe Wrythe, que le lanza una mirada asesina a Amon–. Ayudados por un idiota con barba de clase baja. Esta institución se está yendo al garete, ¿lo sabíais? Se desmorona ante nuestros ojos.

–Bueno, Nia Melisende, bienvenida a la Torre Ávalon –me dice Amon con una sonrisa de oreja a oreja–. El acero avalino debe forjarse sobre una piedra del lago utilizando fuego de dragón, así que es bastante difícil de conseguir, pero las reglas son las reglas y te haremos entrega de tu torques lo antes posible.

Viviane se vuelve para cruzar la sala y abrir la puerta de par en par. La academia entera espera al otro lado. Tras contemplar a todos mis compañeros un momento, levanta la barbilla y grita:

–¡Acero avalino!

Y entonces se desata el caos.

Capítulo 39



Llamo tres veces a las imponentes puertas, cuya gruesa madera de roble está reforzada con clavos.

Les lanzo una rápida mirada a Tana y Serana por encima del hombro. Tienen la vista clavada en la puerta, con postura encorvada y expresión tensa. Serana tiene una mancha de café en la camisa, pero ya no le va a dar tiempo a cambiarse.

Estamos en el último piso de la Torre de Merlín, esa en la que está prohibido entrar a no ser que te hayan mandado llamar.

Ninguna de las tres sabemos por qué nos han hecho venir hasta aquí. Lo único que tenemos por seguro es que los caballeros de la Mesa Redonda nos están esperando al otro lado de esta puerta.

–¿No te han dicho nada tus visiones sobre lo que quieren? –le pregunto a Tana, desesperada.

Ella niega con la cabeza y se cruza de brazos. Ha estado muy callada y encerrada en sí misma en los últimos días. Además, la he oído gimotear unas cuantas veces mientras dormía, así que sé que hay algo que no me está contando.

–Espero que no hayan cambiado de idea con lo de nombrarnos caballeras –masculla Serana, que juguetea nerviosamente con su torques de plata–. Es demasiado tarde para que hagan eso, ¿verdad?

La luz de las antorchas arde en las columnas que flanquean la puerta y baila sobre las tallas que se alzan a más de seis metros. A uno de los dos lados de la puerta hay símbolos de la realeza esculpidos en la piedra: espadas, coronas y un cetro. Al otro, en una retorcida representación de la naturaleza, hay un rostro masculino hecho de hojas y plantas con tres hojas. Recorro la parte superior de la puerta con la mirada. Grabadas en la piedra, están las distintas fases del ciclo lunar.

Las sombras de las antorchas encendidas bailan sobre las paredes y la puerta.

Por fin, alguien nos abre y las tres cruzamos el umbral despacio.

Admiro la estancia con la boca abierta, porque tiene el tamaño de una catedral enorme. Una luz azul blanquecina se cuela por una intrincada vidriera a unos treinta metros de altura. Los rayos iridiscentes inciden sobre una mesa redonda de madera pulida, tan amplia que da cabida a unas cincuenta sillas. Solo hay unas diez vacías; el resto están ocupadas por caballeros, que nos miran fijamente. Nivene está entre ellos y su cabello escarlata destaca como una llama bajo la luz del sol.

Cruzo el suelo de losa flanqueada por Tana y Serana. Para intentar no mirar a Raphael, mantengo la mirada clavada en los amplios retratos que cuelgan de la pared más alejada y que abarcan unos seis metros desde el suelo. En ellos aparecen Arturo, Merlín y Ginebra, y cada uno lleva un torques de metal pálido con un ligero tono rosado. Es acero avalino.

Mi torques todavía no está preparado, así que soy la única en la estancia que no lleva uno.

Recorro la mesa con la mirada de nuevo. No era consciente de la cantidad de caballeros que conforman la Mesa Redonda. Por mucho que intento pasar por alto a Raphael, lo quiera o no, mis ojos siempre acaban aterrizando en él. Su atractivo es como una orden que no puedo ignorar. La luz pálida se refleja en sus iris y los hace brillar como el metal. Estoy en presencia de los agentes más importantes del MI-13 y yo no tengo ojos para nadie más.

Se me parte el corazón al fijarme en que Ginevra Pendragon está sentada a su lado. Lleva la melena suelta, decorada con trencitas salpicadas de gemas. Con esta luz, está más guapa que nunca. Al mirar el retrato de Ginebra de la pared, aprecio un claro parecido entre ellas. Ahora entiendo por qué decidieron darle prácticamente el mismo nombre de su antepasada.

Se inclina para susurrarle algo a Raphael con la mirada clavada en mí y una sonrisa en los labios. Noto que se me encienden las mejillas.

Por esto está prohibido entablar relaciones en la academia. Lo último en lo que estoy pensando ahora mismo es en la misión, y me está costando dioses y ayuda no darme media vuelta.

Ha pasado una semana desde la última vez que hablé con él, y fue cuando nos gritamos. Al poco de que terminara la prueba, empecé a preguntarme si su arrebato habría sido premeditado. ¿Sabía que me haría enfadar al mencionar lo de mi poder? Sin embargo, cuando perdí la esperanza de que viniera a darme explicaciones, comprendí que había sido una ilusa. Ha tenido tiempo más que de sobra para explicarse a lo largo de la última semana, en caso de no haber ido en serio. Porque no ha salido de misión. Lo he visto por la academia. Y, cuando nos hemos cruzado, él se ha limitado a mirar hacia otro lado.

Respiro hondo y recorro el resto de la mesa con la mirada. De las cuarenta y tantas personas presentes, Raphael y Ginevra son los únicos que llevan torques de oro. Los otros lo llevan de plata. Entonces, ¿dónde están los demás Pendragon?

Viviane señala las sillas vacías.

–Sentaos, por favor.

Las tres nos acercamos a la mesa y nos acomodamos justo cuando las puertas se cierran con un chirrido. Noto el poder de la mesa vibrando en mi piel.

Al otro lado de la sala, el retrato de Merlín se abre con un chasquido. Un hombre sale del hueco como un guerrero que ha viajado en el tiempo. Tiene la barba larga y gris y el rostro surcado de arrugas. A diferencia de los demás, lleva una armadura de cota de malla con una coraza plateada donde brilla el escudo de armas de la Corte de Merlín. El mismo diseño, que está repartido por toda la torre, se compone de un búho, varias estrellas y las distintas fases de la luna. Su armadura chirría cuando cruza la amplia estancia.

Por un momento, me pregunto si los rumores serán ciertos. A lo mejor Merlín no ha muerto y ha regresado a nosotros a través del retrato. Pero el hombre no se parece nada a Merlín y lleva un torques de plata.

–¿Quién es ese? –le susurro a Serana.

–Sir Kay –responde ella también en voz baja–. Es el líder del MI-13.

Cruza la estancia hasta la silla vacía que preside la mesa.

–Gracias a todos por venir con tan poca antelación. –Su voz grave y firme resuena por toda la sala–. El tema sobre el que vamos a hablar hoy es de máximo secreto. Les pido que no compartan nada con el resto de los miembros de la academia. Y mucho menos con alguien ajeno a ella, por supuesto.

Intercambio una mirada con Tana y Serana. ¿Qué estamos haciendo nosotras tres aquí?

Nivene enarca una ceja y asiente.

–Los magos del velo se encargan del mantenimiento de la barrera mágica –continúa sir Kay–. Hasta hace dos meses, eran diez. Sin embargo, el mago que intentó acabar con una de nuestras centinelas ha muerto. –Desvía la vista un segundo en mi dirección–. Igual que el que trató de atentar contra toda nuestra promoción de cadetes. –Carraspea y me lanza otra mirada–. Ocho magos son mucho más manejables que diez.

Diez menos dos son ocho. Mi profesora de primaria, la señora Mermenstein, estaría orgullosísima de todos nosotros.

–Según nuestros académicos, ocho magos son suficientes para mantener el velo alrededor de la Francia fey –continúa–, pero siete no.

Un murmullo recorre la estancia a medida que los demás se ponen a hablar entre sí. Entonces, sir Kay da un golpe en la mesa y todos guardan silencio.

–Los dos ataques que hemos sufrido demuestran que los fey están intensificando sus ofensivas –añade–. Por si esto no bastara para empujarnos a pensar que tienen algo mucho más grande planeado, una de las videntes más poderosas del MI-13, que ahora también es una caballera y está en esta sala, ayer compartió conmigo una información de vital importancia. Señorita Campbell, ¿le importaría repetírselo a nuestros compañeros?

Todos nos volvemos hacia Tana.

En su boca se aprecia una evidente tensión, pero levanta la barbilla con orgullo.

–He visto una fuerza terrible saliendo del reino fey en el futuro próximo. La Torre Ávalon caerá, quedará reducida a escombros piedra a piedra y la sangre de nuestros agentes alimentará la tierra. He visto morir a todos y cada uno de los valerosos caballeros y agentes que estamos presentes en esta sala. Nuestros cuerpos yacerán en el suelo, sin enterrar, a disposición de los saqueadores. Poco después, la humanidad caerá también.

Un horrible silencio sucede a sus palabras. A mi amiga le brillan los ojos oscuros. No me cabe duda de que dice la verdad. La he oído llorar en sueños. Ahora sé por qué.

–¿Es inevitable? –pregunta Nivene–. ¿Hay algo que podamos hacer?

Tana niega con la cabeza.

–El futuro nunca deja de estar sujeto a cambios, pero no tenemos mucho tiempo. Solo unas pocas semanas.

–Joder –se lamenta Nivene.

–Sí –coincide sir Kay–. Como nuestra elocuente centinela ha dejado claro, la situación no pinta bien.

–Tenemos que reforzar nuestras defensas –interviene un caballero de pelo blanco.

–Ya no es momento de adoptar posiciones defensivas –dice Kay–. Gracias al esfuerzo de nuestros agentes, hemos conseguido un mapa que señala las bases militares clave repartidas por el territorio fey. Hemos estado analizando sus respectivas ubicaciones y recogiendo información. Seis de ellas están situadas en la frontera, y cada una cuenta con un mago del velo. Como ya he explicado, en cuanto uno de ellos muera, el velo se volverá inestable y, entonces, podremos desplazar equipos más grandes para atacar uno de los emplazamientos clave y detener el ataque fey que la dama Campbell ha visto en sus visiones.

Estamos celebrando una reunión informativa para la misión más grande y decisiva en la que he participado nunca. Y ya ha quedado claro qué es lo que quiere que hagamos.

–Ustedes son los mejores agentes del MI-13 –dice sir Kay recorriendo la estancia con la mirada para hacer contacto visual con cada uno de nosotros–. Y van a participar en la misión más arriesgada que hemos llevado a cabo desde la invasión fey. Enviaremos a dos equipos a dos de las ubicaciones de la frontera. Una vez allí, nuestras centinelas les abrirán camino para que crucen hacia la Francia fey. Después, se dividirán en tres equipos más pequeños y se dirigirán hacia la ubicación de cada mago. En total habrá seis operativos. Necesitamos que maten a los magos. Con uno bastaría, pero acabar con seis sería mucho mejor. Una vez que hayan completado la misión, el velo caerá y llevaremos a cabo un ataque sorpresa a gran escala contra los fey.

–¿Y qué hay de los Pendragon? –pregunta Nivene–. No he podido evitar fijarme en que no hay prácticamente ninguno presente. Aunque, ahora que lo pienso, ha dicho que los que estamos aquí somos los mejores agentes, ¿verdad? Supongo que ahí tengo mi respuesta.

Ginevra parece ponerse furiosa, lo cual me causa un ligero escalofrío de satisfacción.

Sir Kay deja escapar un suspiro exagerado, y sospecho que no es la primera ni la última vez que tocan el tema. A lo mejor por eso consideran que Nivene es «una negada para la diplomacia». Si no

dependieran tanto de los centinelas, estoy bastante segura de que la habrían echado hace tiempo.

–A excepción de Ginevra, los Pendragon permanecerán en la Torre Ávalon para supervisar nuestros avances –dice sir Kay al final.

–Ya –resopla Nivene–. Los muy incompetentes se quedarán con el culo pegado a la silla mientras nosotros ponemos en peligro nuestra vida para que ellos se lleven todo el...

–Gracias, Nivene –la interrumpe sir Kay–. Como siempre, valoramos mucho tus aportaciones. Los equipos de trabajo ya están hechos, así que pasaré a comunicároslos sin más dilación. Grupo uno, Freya y Serana. Grupo dos, Nivene, Meliahad y Tana. Grupo tres, Viviane y Antoreau. Grupo cuatro, Nia, Ginevra y Raphael. Grupo cinco...

Continúa leyendo en voz alta la lista de equipos, pero yo dejo de prestar atención. Me han puesto con Raphael y la mujer que tal vez sea su amante.

Encuentro su mirada y el corazón se me parte en dos.



Capítulo 40



Me agacho detrás de una roca mientras el fresco aire de septiembre me corretea por la piel a través de la delgada tela de mi vestido. La temperatura ha bajado lo suficiente hoy como para que el rocío haya estado a punto de convertirse en escarcha, y mi elegante disfraz de fey no me sirve de mucho frente al aire helado.

Ginevra y yo estamos vigilando un pueblecito encajado entre dos colinas de colores ardientes, tocadas por el otoño, justo dentro de la frontera de la Francia fey. Junto a nuestro escondite en una de las colinas, pasa un pequeño camino de tierra que baja hasta un modesto asentamiento compuesto de casas de piedra, unas cuantas tiendecitas y una iglesia cuyo campanario brilla bajo el sol.

A través de un catalejo de metal, vigilo una mansión de marfil situada en el límite del pueblo, así como los muros cubiertos de hiedra que la rodean. La mansión del mago del velo no ha sido nada difícil de encontrar. Con sus tres pisos, se alza por encima de la mayoría de los edificios del pueblo y la verja de entrada parece digna de un rey. Es preciosa, hecha de piedra color crema con postigos de un tono azul claro que hacen juego con las puertas dobles.

Y ahí dentro, en algún lugar, se encuentra el fey al que hemos venido a matar.

Estudio la mansión de nuevo. Está a unos trescientos metros, pero el catalejo me permite controlar quién entra y sale y hacer un registro mental de cada movimiento.

Llevamos aquí más de una hora, vigilando por si hay indicios de una emboscada, y me duele todo el cuerpo de estar agazapada. En algún punto de ese pueblecito, Raphael está recabando información de primera mano. Al poco de haber cruzado el velo, se alejó al galope para hacer de avanzadilla y nos dejó solas a Ginevra y a mí para que nos hiciéramos compañía durante la mayor parte del viaje. Ninguna de las dos ha agradecido ese gesto.

La luz dorada del sol brilla sobre su piel morena.

–Bueno, señorita estadounidense, me da igual lo que digan de vosotros. Nunca había conocido a nadie tan elocuente como tú. –La miro de reojo y enarco una ceja, pero no digo nada, así que continúa–: No, mira, ¿sabes qué? Lo que quería decir es que, después de llevar dos días viajando contigo, tengo claro que me vas a acabar matando de aburrimiento. ¿Es que no os enseñan a conversar en Estados Unidos? ¿Os plantan ante la tele cuando sois pequeños y cruzan los dedos para que aprendáis solitos a hablar?

Ginevra se niega a dirigirse a mí por mi nombre y, a estas alturas, estoy harta de lo maleducados que son los Pendragon, así que apenas he abierto la boca.

Dejo que se haga el silencio entre nosotras y centro mi atención en la taberna. Esa será nuestra primera parada durante la misión.

–Es una pena que no me enviaran aquí a solas con Raph –añade–. Él y yo nos llevamos a las mil maravillas. No es como los demás

mestizos, ¿no te parece? Es inteligente. Pero, por desgracia, me ha tocado aguantarte a ti.

Aprieto los dientes.

–Todavía no he visto nada fuera de lo normal –digo con tono afilado, sin hacer caso de sus chorradas–. No me ha parecido que ninguna de las personas que han entrado o salido del establecimiento llevara armas escondidas.

–Uno de los hombres tenía una daga en la bota –dice con su propio catalejo pegado al ojo–. Quizá ese sea uno de los detalles en los que solo te fijas cuando tienes más experiencia, pero no me ha parecido preocupante.

–Bien.

Se vuelve hacia mí entornando los ojos azules como el zafiro.

–¿De verdad te han dado un torques de acero avalino por una única prueba?

–He conseguido la puntuación máxima en las tres –le digo obligándome a sonreír–. Me lo he ganado.

–Qué ridiculez –masculla–. No me creo que tengas un poder primordial. Deberían haberlo comprobado más a fondo. ¿Cómo saben que no has sobornado a alguien más para que atacara a Wrythe?

–Ah, ¿que hay alguien más con poderes primordiales? ¿A quién te refieres?

Ella se encoge de hombros.

–Yo qué sé. A lo mejor lo drogaste para hacer que creyera que lo estaban manipulando. Lo único que digo es que deberían haber hecho alguna comprobación más antes de tomar una decisión tan precipitada. Es una puta vergüenza.

Me giro al oír el sonido de las hojas al ser aplastadas y veo que Raphael viene hacia nosotras. El corazón se me acelera al verlo, porque está guapísimo con su camisa blanca impoluta y sus pantalones color azul marino. Me está mirando a mí directamente y la luz dorada del sol le ilumina los ojos grises. Lleva una pequeña maleta que formará parte de nuestro disfraz.

–Ahí estáis –susurra.

Ginevra se levanta y le ofrece una sonrisa encantadora.

–Gracias a los dioses que estás aquí. ¡No sabes lo mucho que he echado de menos tu compañía, Raph! Siempre me lo paso en grande contigo.

–¿En serio? –murmuro.

–No hemos visto nada preocupante en la taberna –continúa ella–. Han entrado cuatro hombres y dos mujeres en esta última hora. Luego han salido tres. Imagino que es la clientela habitual en un día como hoy. Nada apunta a que estén organizando una emboscada.

–Bien. –Raphael aprieta los dientes–. Ginevra, voy a necesitar que te quedes aquí vigilando. Al menos hasta que Nia y yo lleguemos a la casa de campo. Si ves cualquier indicio de emboscada o ataque, corre a buscar refuerzos.

Ginevra se cruza de brazos.

–¿Estás seguro de que no quieres ir acompañado de una agente más experimentada? ¿Alguien que te conozca mejor?

–Ya hemos hablado de esto. Puede que la magia de Nia nos sea útil. Y tú eres la jinete más rápida de los tres. Te necesitamos para enviarnos mensajes con el centro de mando. A partir de ahora, permanecerás escondida y vigilarás para dar la voz de alarma en caso de que llegue alguien sospechoso al pueblo.

Se da media vuelta y se aleja colina abajo. La luz dorada del sol baña el paisaje otoñal de tonos ardientes.

Lo sigo con cuidado de evitar las ramas espinosas.

El vestido de color azul claro que llevo puesto forma parte de mi disfraz y no quiero desgarrármelo sin querer.

–Bueno, regresamos a la casilla de salida, ¿eh? –dice Raphael lanzándome una mirada intensa.

–Tu amiga Ginevra es un encanto, por cierto –mascullo.

Tengo un millón de preguntas que hacerle sobre lo que me dijo antes de la prueba de magia, pero no es el momento. Estamos a punto de embarcarnos en una misión muy peligrosa y tenemos que mantener la concentración. No me apetece acabar convertida en la próxima Alix por culpa de una crisis emocional.

Cuando estamos a punto de llegar al pueblo, Raphael me mira de reojo.

–Para nuestra tapadera, seremos una pareja de recién casados. Daremos una vuelta primero para reconocer el terreno y luego iremos a la taberna para reunirnos con nuestro contacto. Intenta fingir que no me odias.

–Tranquilo, soy una gran actriz.

–Créeme que lo sé de sobra. –Su voz aterciopelada esconde un tonillo afilado. Me está mirando con una expresión que no sé cómo interpretar.

Como ya hemos llegado al camino adoquinado que rodea el pueblo, Raphael entrelaza nuestros dedos y me dedica lo que parece una sonrisa enamorada.

Caminamos por las calles cogidos de la mano como una pareja de recién casados. Y eso es lo que ve la gente que nos rodea mientras nos asomamos a los escaparates de las tiendas y las panaderías. Cuando nos detenemos a admirar una pastelería, Raphael me rodea la cintura con el brazo. Hago todo lo posible por ignorar lo bien que huele y lo a gusto que me siento al apoyarme en su musculoso cuerpo. Intento no pensar en él en absoluto. Tengo que estudiar a las personas que me rodean para analizar las miradas que nos echa la gente y tratar de averiguar si suponen un peligro.

Aprovecho el reflejo del escaparate para comprobar que nadie nos está siguiendo. De entre todas las personas que pasan por nuestro lado, me fijo en dos que me resultan sospechosas: una mujer que pone todo su empeño en mirar hacia otro lado y un hombre que nos sigue durante un rato antes de alejarse.

Nos detenemos a mirar una floristería que expone preciosas flores silvestres y coronas en su escaparate. Me pongo de puntillas y Raphael se agacha un poco.

–Dos posibles informantes –le susurro al oído–. Una mujer y un hombre.

–Me he fijado en ellos –murmura–. El hombre nos ha seguido porque te estaba mirando el culo, y no lo juzgo por eso. La mujer nos evitaba porque ha pasado por una ruptura hace poco y las parejas de enamorados hacen que le entren ganas de ponerse a gritar.

–¿Cómo sabes lo de la mujer?

–Porque sé reconocer un corazón roto cuando lo veo –dice con tono sombrío.

–Si supiera lo que ha pasado entre nosotros, se habría ahorrado el disgusto –suspiro.

–Como bien has dicho, será mejor que nos centremos –dice tras esbozar otra expresión inescrutable–. Vayamos a la taberna.

Me coge la mano y me conduce hasta un edificio de piedra con los postigos azules y una serie de mesas iluminadas con velas repartidas por una amplia terraza de piedra. La luz de los farolillos baila sobre las paredes.

Aunque llevamos más de una hora vigilando el establecimiento, una parte de mí sigue temiendo que sea una trampa. Con actitud despreocupada pero los músculos agarrotados, miro a izquierda y derecha para asegurarme de que no hay ningún guardia armado esperándonos. Luego escudriño tanto la pared cubierta de hiedra que se curva a mano izquierda como a los fey que pasean por la acera de la derecha.

Raphael abre la puerta azul de la taberna. La luz del sol se cuela en el interior a través de las ventanas y se derrama sobre las mesas de madera y los suelos de loseta. El techo está surcado de toscas vigas de madera.

De camino a la barra de roble pulido, le echo un vistazo a la puerta trasera para trazar la mejor vía de escape en caso de que nos toque salir corriendo.

–Buenas tardes –dice el tabernero en francés sin dejar de limpiar la barra con un trapo. Aunque es humano, es casi tan alto como un fey y lleva la media melena pelirroja peinada en una trenza–. ¿Nuevos en el pueblo?

–Estamos aquí de luna de miel –responde Raphael en francés, aunque marca más de lo normal su acento fey–. Nos hemos casado hace poco.

–Enhorabuena.

–Fue una boda maravillosa –comento pasándole un brazo a Raphael por la cintura. Noto que se le tensan los músculos bajo la camisa–. La celebramos en la playa, con la arena entre los dedos de los pies.

El tabernero hace una pausa al reconocer la clave acordada.

–Suena genial. Puede que yo también haga lo mismo cuando me case –responde con la segunda parte de la clave.

Raphael se apoya sobre la barra en actitud despreocupada.

–Estamos alojados cerca de aquí –comenta.

El hombre asiente.

–Este es un buen lugar para pasar la luna de miel. Hay muchos sitios para hacer pícnic y cosas así.

–No sé si saldremos mucho de la casa –dice Raphael con una sonrisa.

Yo levanto la vista y recorro su marcada mandíbula con la mirada.

–O de la cama –añado.

Un hombre que está sentado ante la barra ahoga una risita dentro de su vaso de vino y se vuelve hacia Raphael meneando las cejas.

Perfecto. Todos los humanos y fey del pueblo habrán oído hablar de la parejita de salidos que se hospeda en la casita de campo antes de que acabe el día. Tenemos la excusa perfecta para no salir de allí.

–¿Qué os pongo? –pregunta el tabernero.

–Me encantaría tomar un poco de hidromiel –digo.

–Y una *baguette* con queso –añade Raphael–. Para llevar.

El hombre nos sirve dos vasos de hidromiel, se retira a la parte de atrás y regresa unos minutos más tarde con una bolsa de papel de la que sobresale una barra de pan. Raphael y yo nos terminamos el hidromiel, cogemos la comida y nos marchamos.

Fuera, parto la barra por la mitad. Como esperábamos, la han horneado dejando un hueco en el interior donde hay una llave y un mapa diminuto. Escudriño el mapa con atención y luego recorro la calle con la mirada hasta dar con una pequeña casita con jardín situada justo enfrente de la mansión del mago del velo. El edificio es estrecho y cuenta con un tejado de dos aguas de pronunciada inclinación. Los postigos están abiertos de par en par en las dos amplias ventanas que hay tanto en el piso superior como en el inferior. Aunque estamos en septiembre, hay flores de lavanda en la entrada y hiedras trepando por los muros de piedra.

–Esa es –digo antes de arrancar un pedazo de pan y darle un mordisco, porque me muero de hambre.

Al cruzar el jardín, el aire huele a flores silvestres con un cierto toque a mejorana. Meto la llave en la cerradura de la puerta delantera y la giro. El viejo mecanismo parece estar oxidado y las bisagras de la puerta chirrían al abrirse.

La luz se cuela a través de los postigos azules de una diminuta habitación blanca decorada con una alfombra bordada y revestida de estanterías. Las motitas de polvo que flotan en el aire captan la luz. Apenas hay muebles salvo por unas cuantas sillas de madera y un clavicémbalo desgastado.

Al otro lado del vestíbulo hay una cocina, también diminuta, que cuenta con un armario verde pálido, una mesa de madera y un fogón que recuerda a una estufa de leña. De las vigas de madera del techo cuelgan cacerolas y sartenes de cobre. Hay tan poco espacio que Raphael ni siquiera puede mantenerse erguido.

–Tenemos que ir a por los caballos –digo.

–Iré esta noche. El tabernero me dejará resguardarlos en sus establos.

Me vuelvo hacia la escalera de desgastados escalones de madera. Cuando llego arriba, descubro que hay una única habitación. Es un ático de lo más acogedor con un techo de madera en forma de A. Y, por supuesto, solo hay una cama.

Oigo el crujido de los escalones a mi espalda y la voz grave de Raphael me hace cosquillas en la piel.

–Yo dormiré en el suelo.

–No tienes por qué hacerte el mártir. Podemos turnarnos para dormir en la cama.

Me acerco a la ventana y me asomo a través del cristal viejo y abombado. Las nubes plomizas cubren el cielo y proyectan sombras en la calle.

Al otro lado hay una amplia mansión de imponentes columnas de entrada y un muro de piedra alrededor. Dos enormes fey montan guardia ante la propiedad, armados con alabardas. Estudio el edificio en sí. Es espacioso y consta de tres alturas por cuyos muros trepan las enredaderas. Por una de las ventanas, veo una figura. Una persona lee un libro sentada junto a una chimenea. Saco mi catalejo de mi petate y me lo acerco a la cara. Me da un vuelco el corazón al

apreciar sus rasgos: el cabello naranja como la calabaza le cae por debajo de los hombros y tiene un brillo metálico en los ojos. Lleva la túnica oscura característica de los magos del velo. Conozco su nombre gracias a la información que nos ha proporcionado el MI-13.

–Es él –le digo a Raphael–. Es Caradoc.

Oigo el zumbido que mana de él incluso desde la distancia.

Ese es el hombre al que voy a matar.

Capítulo 41



No ha parado de llover desde hace unas horas. Me pregunto si Raphael, que ha salido en una misión de reconocimiento, estará empapándose. Creo que incluso está empezando a granizar.

En el piso superior de la casita no hay chimenea, así que el viento se cuela entre las grietas de la ventana. Son las diez de la noche y he dejado las luces apagadas para que nadie me vea asomada a la ventana.

El frío otoñal me envuelve y me hace estremecer mientras contemplo el brillo cálido que irradia de la mansión al otro lado de la calle. La luz de la chimenea baila sobre Caradoc, que vuelve a estar

en su biblioteca disfrutando de una copa de hidromiel y una pila de libros. Menudo suertudo.

Fuera, los soldados calados por la tormenta están haciendo su relevo. Dos guardias vestidos con capas ocupan el lugar de los que se alejan, empapados y aliviados. Llevo catorce horas vigilando la casa y ya reconozco a los cuatro hombres que montan guardia incluso con la capucha puesta. Cada uno tiene su propio apodo: Madurito, Barbarroja, Rubicundo y Rascahuevos. He bautizado a cada uno según sus cualidades físicas, menos en el caso de Rascahuevos, que se ha ganado ese nombre gracias a su pasatiempo favorito. Madurito y Rubicundo son los que llegan ahora. Compruebo la hora y la anoto en el registro.

«10 p. m.: cambio de guardia».

Raphael y yo nos hemos ido turnando para quedarnos junto a la ventana sin apenas intercambiar palabra, pero una cosa está clara: matar a Caradoc (o acercarnos mínimamente a él) va a ser una tarea muy pero que muy complicada. Solo ha salido de la mansión dos veces y, en ambas ocasiones, iba acompañado de un séquito de seis guardaespaldas armados. La mansión en sí está fortificada, no solo por medio de muros y guardias, sino también por unos hechizos de protección. Desde mi posición, he localizado las inscripciones mágicas y las runas que blindan las ventanas y las puertas. Tal vez pueda inhabilitarlas por medio de mis poderes de centinela, pero no me atrevería a poner la mano en el fuego. Nunca he intentado algo así.

Por ahora, lo único que podemos hacer es montar guardia y esperar a que se nos presente la oportunidad de actuar.

La escalera cruje y echo mano de una de mis dagas, pero me relajo un poco al ver que solo es Raphael. Tiene la camisa blanca y el pelo empapados por la lluvia.

–Joder, no veas cómo graniza.

–¿Ya ha salido Ginevra? –pregunto, cortante.

–Sí, está de camino.

Ginevra ha salido con nuestro caballo más rápido para poner al puesto de mando al día de nuestros avances y para informarse sobre la situación de los demás equipos. Echaré de menos su compañía.

Ja. No, qué va.

–¿Qué has descubierto? –le pregunto.

–Caradoc conoce a todos los miembros del servicio personalmente. Cuando uno de ellos se pone enfermo o desaparece, contratan a un fey del pueblo para que lo sustituya. Jamás aceptarán a un desconocido.

–¿Y si todos enferman al mismo tiempo? Entonces no les quedaría más remedio que contratar a otra persona.

Mi cabeza ya está valorando las implicaciones éticas de provocarle una intoxicación alimentaria a un pueblo entero.

Raphael considera mi sugerencia.

–Tal vez, pero levantará sospechas. Los fey no enferman con tanta facilidad como los humanos.

Deja una caja blanca sujeta con un cordel sobre el alféizar de la ventana y la desliza hasta mí. Está algo húmeda.

–¿Qué es esto?

–He pasado por delante de una pastelería que vendía tarta de lavanda y me he acordado de que dijiste que te gustaba.

Me quita el catalejo y mira por la ventana.

Tomo la caja y me siento en la cama arrastrándome hacia atrás para sentarme con las piernas cruzadas. Desato el cordel y abro la caja.

–¿Me has comprado una tarta? –No entiendo nada. Esto no encaja con el discursito en el que dejó bien claro que no le caigo bien–. ¿Por qué?

–Porque dijiste que te gustaba. Me contaste que habías pedido tarta de lavanda y te la habían traído de mora.

Me quedo mirando su amplia espalda, estupefacta.

–Eso fue hace seis meses.

–Ya.

La luz plateada de la luna se cuela por la ventana y me fijo en que se le ha quedado la camisa translúcida por la lluvia.

Bajo la vista de nuevo. El glaseado blanco está decorado con diminutas flores de lavanda.

–Me dijiste que nunca te he caído bien. Por eso no entiendo lo de la tarta. –Se vuelve para mirarme y sus ojos plateados atraviesan la

oscuridad–. Me dijiste que no sabías qué «tonterías» me estarían pasando por la cabeza. Dijiste que soy una niñata mimada que se crio en un ambiente caótico y que no sabe nada del mundo. Dijiste que esto no es más que un juego para mí. Así que explícame lo de la tarta, Raphael, porque, si aquello no fue más que una estratagema para desatar mi poder, me lo podrías haber explicado después.

Sé de sobra que pasó toda una semana entera en la Torre Ávalon tras lo de la prueba. Igual que yo.

Se agacha para apoyar las manos sobre el colchón, a cada lado de mis muslos. La luz que se cuela por la ventana resplandece al incidir en las gotitas de lluvia que le penden de las pestañas y le salpican los pómulos.

–Nunca me contestaste a las cartas que dejaba en tu habitación.

Se me entrecorta la respiración.

–¿Qué cartas?

–Las que te he estado escribiendo cada día desde la última prueba –dice despacio–. Wrythe no nos quitaba el ojo de encima y no podía hablar contigo en privado. No dejaba de decir que eras mi ojito derecho e incluso dio a entender que nos estábamos acostando, por lo que podría haber hecho que nos expulsaran a los dos. –Me recorre el cuerpo con la mirada y una gota de lluvia cae desde su pelo mojado a mi regazo–. Te lo expliqué todo en la carta que te dejé después de la prueba. –Se incorpora y se cruza de brazos–. Serana me dijo que te la haría llegar.

Me lo quedo mirando.

–Pues, como es evidente, nunca me la entregó.

El corazón me late a toda velocidad mientras empiezo a atar cabos. A Tana y a ella les preocupaba mucho que me echaran. Tana vio algo en las cartas y sabía que estaba relacionado con Raphael.

Se incorpora y se empieza a soltar los botones de la camisa mojada.

–Te diré que no me sorprende. Wrythe había estado haciendo correr el rumor de que nos estábamos enamorando e iba a utilizarlo como excusa para quitarnos de en medio a los dos. Viviane intentó convencerlo de que tú sentías algo por mí, pero que no era correspondido.

–Ya podía haberlo hecho al revés –refunfuño enarcando una ceja.

Raphael coge una toalla para secarse y yo me quedo mirando su pecho mientras se me acelera el pulso. La luz de la luna salpica sus músculos de plata y sombras. Se pasa la toalla por el pelo.

–Mi intención con lo que te dije era cortar los rumores de raíz, aunque también necesitaba que te enfadaras. Eso también te lo explicaba en las cartas.

–Entonces, no me equivocaba al pensar que querías enfadarme. –Intento reorganizar mis pensamientos con todo lo que sé ahora–. Después de lo mucho que insististe en que dejara a un lado mis emociones.

–Nunca fue mi primera opción. –Se detiene en seco y clava sus ojos plateados en mí–. Te negaste a dejar que Nivene anulara tu telepatía, así que tuve que recurrir a tu rabia para ayudarte a superar la prueba. Fue un gran riesgo, pero funcionó.

Pasa a desabrocharse los pantalones y, aunque siento la tentación de mirar, sé que uno de los dos debería mantenerse atento a la mansión. Me pongo de pie, me acerco a la ventana y cojo el catalejo. Miro a través de la lente intentando centrarme en Caradoc, pero una parte de mi cabeza no deja de pensar en que Raphael se está quitando la ropa mojada conmigo delante. Además, estoy esforzándome por entender lo que está diciendo.

–Explícate, porque no he leído las cartas y da igual lo claro que me lo hayas dejado todo ya.

–Intenté enseñarte a doblegar tus emociones, como hago yo, para dejar que la fuerza creadora asumiera el control de tu cuerpo y que así no gastaras tanta energía. La rabia consume la fuerza mágica en un abrir y cerrar de ojos. Pero tú no funcionas así, ¿verdad? Tú destinas una gran parte de tu energía a decirles a los demás lo que crees que quieren oír, a intentar apaciguarlos. Analizas lo que quieren y te aseguras de dárselo para que mantengan la calma. Así fue como te criaste, ¿verdad?

Se me forma un nudo en la garganta.

–Tal vez.

Lo miro discretamente por el reflejo de la ventana. Me está dando la espalda y se está poniendo un par de pantalones secos. Recorro

su cuerpo desnudo de arriba abajo.

–Cuando por fin me gritaste y me dijiste lo que pensabas, te desprendiste de la importancia que les das a las emociones y necesidades de los demás. Dejaste de una vez por todas de gastar energía en tratar de controlar lo que sienten y pudiste utilizar más poder en tu propio beneficio. –Se abrocha los pantalones y se da la vuelta–. Y fue increíble. –Lo veo acercarse a mí por el reflejo–. ¿Me estabas mirando, Nia? –murmura.

Se me acelera el corazón.

–No. –Carraspeo–. Vale, sí.

Apoya una mano en el marco de la ventana y se asoma para mirar por encima de mi hombro. Su cuerpo irradia calor.

–Al conocerte, he descubierto que no todos utilizamos la magia de la misma manera. Tú canalizas la fuerza creadora empapándote de tus emociones en vez de conteniéndolas. Recuerdo haber leído un escrito de Merlín en el que hablaba sobre la magia que nunca había tenido sentido para mí. Merlín decía que utilizaba sus emociones, que su dolor, su amor y su rabia fortalecían su magia. En nuestra primera misión, te vi inutilizar el velo entero al alimentarte de tu propio miedo. Y, durante tu última prueba, fue tu rabia lo que te permitió usar esa magia tan explosiva. Fue lo que te convirtió en la primera persona capaz de manejar un poder primordial en más de mil años, Nia. Eres igual que las uvas de Douloureuse Garde.

–¿Cómo que soy igual que las uvas?

Una de las comisuras de su boca se curva en una sonrisa.

–¿No te acuerdas de que los viticultores las estresaban para hacerlas crecer? Las dejaban sin nutrientes o sin agua y las uvas crecían más fuertes y con más sabor. En tu caso, el estrés hace que tu magia prospere.

Le lanzo una mirada pícara.

–Entonces, lo que me ha convertido en la sucesora de Merlín... ¿ha sido pensar que eras un imbécil?

–Yo no he dicho que seas «la sucesora de Merlín» –dice él con una sonrisa burlona.

–Ah, ¿no te he comentado lo del acero avalino?

–Me pregunto si Nimue encerraría a Merlín en aquel roble para que parara de alardear sobre su torques de acero avalino –reflexiona en voz alta–. Pero sí. Que pensaras que era, como tú dices, un «imbécil» te ayudó a superar la prueba de centinela. Aunque he de admitir que no esperaba enfadarte tanto como lo hice.

–Es que fuiste muy convincente.

Al otro lado de la calle, la luz de la biblioteca de Caradoc se apaga.

En la oscuridad, solo veo los ojos plateados de Raphael.

–Lo mejor será que aprovechemos que se va a dormir para descansar también un rato –dice–. Quédate tú con la cama.

Capítulo 42



Como un bocado de tarta de lavanda y su dulzor floral se me deshace en la lengua.

–¿Quieres un poco?

–No, toda tuya.

Ya se ha tumbado en el suelo. Mientras como, echo un vistazo por la ventana y me da un vuelco el corazón. Madurito me está mirando directamente a través de un catalejo.

–Raphael –susurro–, ¿por qué están espiándonos los guardias de Caradoc?

–¿Qué? –Se levanta de un salto y se acerca a la ventana–. Retírate un poco.

–No pueden vernos en la oscuridad, ¿verdad?

Niega con la cabeza, despacio.

–No, pero tal vez sea ese el problema. Saben que hay una pareja de recién casados aquí y hemos tenido la luz apagada durante toda la noche. Puede que les parezca raro. Haz como si te estuvieras preparando para irte a la cama. Vamos a tener que darle un toque de realismo a nuestra tapadera.

Dejo el catalejo y Raphael enciende una vela. Me coloco de espaldas a la ventana y me quito el vestido que he estado usando todo el día. Debajo llevo una camisola de seda y ropa interior. Hace un frío que pela, así que se me pone la piel de gallina en cuanto me desvisto.

Raphael se vuelve para mirarme y sus ojos plateados arden como un par de llamas gélidas. Se acerca a mí y apoya las manos en el cristal de la ventana, a ambos lados de mi cabeza. El calor que desprende su cuerpo me calienta la piel mientras baja la mirada hasta mis labios.

–Voy a tener que besarte.

–Por darle realismo a la tapadera –susurro.

Me acaricia el labio inferior con el pulgar.

–Por la misión.

–Por Inglaterra.

Presiona los labios contra los míos y se adueña de mi boca. Su beso transmite una avidez que desata un ardiente torrente de deseo en mi vientre. Me agarra del culo y me levanta para sentarme en el alféizar y profundizar el beso. Mientras tanto, yo le paso las manos por los abdominales, aunque no creo que Madurito lo vea desde donde se encuentra. Cuando Raphael me entierra los dedos en la melena, le rodeo la cintura con las piernas.

Entonces me echa la cabeza hacia atrás con un suave tirón de pelo para profundizar todavía más el beso. Se presiona entre mis piernas y noto que se le pone dura. Muevo las caderas contra él. Desprende un olor a almizcle que se mezcla con el del agua de lluvia, y ya no recuerdo exactamente qué estoy haciendo aquí. Lo único que sé es que lo necesito, que lo llevo necesitando desde que me besó por primera vez. Un escalofrío me sacude de pies a cabeza.

Raphael se aparta, con la mirada encendida y la respiración entrecortada. Todavía tiene una de las manos en mi culo y la otra, en mi pelo.

–Llevaba mucho tiempo queriendo besarte.

–Pero no está permitido –susurro.

Raphael, que parece sumido en un trance, niega con la cabeza.

–¿Y qué hay de Ginevra? –pregunto como si nada–. La vi saliendo de tu habitación, y tú estabas sin camisa.

–¿Cuándo ha pasado eso? –pregunta enarcando las cejas.

–Cuando me conseguiste un nuevo fondo de armario.

Todavía no me ha dejado bajar del alféizar y tiene los dedos ligeramente flexionados en torno a mis nalgas.

–Eso fue hace seis meses.

Me encojo de hombros.

–Tú te acordabas de lo de la tarta y también fue hace seis meses.

La luz de las velas bruñe sus facciones perfectas.

–Ginevra no tiene respeto por nada –comenta con un hilo de voz–. Aquel día, tenía que entregarme un informe de campo y se metió en mi habitación sin que estuviera listo para recibirla. Es una persona superficial e insoportable.

Asiento con la cabeza.

–Anda, tú también te has dado cuenta.

Deja escapar un suspiro atormentado.

–Creo que con eso bastará para persuadir al guardia, ¿no te parece?

–Sí.

Echo de menos el calor que desprende su poderosa silueta en cuanto me suelta y me bajo del alféizar. Apago la vela y, al volverme, veo que Madurito se está apartando el catalejo de la cara con una expresión decepcionada. Tiene pinta de que le habría gustado que el espectáculo continuara. Y la verdad es que yo opino lo mismo.

Me meto debajo de las sábanas con mi camisola y me envuelvo con ellas. La lluvia golpea incesantemente la ventana.

Con una punzada de remordimiento, veo que Raphael coge la manta delgada que hay extendida sobre la cama y se cubre con ella para dormir sobre el suelo de madera.

–Esta casa no tiene calefacción –digo.

–Tranquila, he dormido en peores condiciones.

Me siento en la cama y recorro sus hombros anchos y sus poderosos bíceps con la mirada.

–No puedo compartir cama contigo –dice con voz ronca–. Puede que tus amigas hicieran bien al destruir mis cartas. Al fin y al cabo, Tana es capaz de predecir el futuro y, después de lo que le pasó a Alix... –Devora mi cuerpo con los ojos deteniéndose en mis pezones erectos bajo la seda–. Mierda.

Se le forma una arruguita entre las cejas, pero sus ojos claros irradian el mismo calor que las estrellas.

–¿Qué pasa? –pregunto dejando que una de las tiras de mi camisola caiga.

–Que eres perfecta, joder. –Se pasa una mano por la boca, tira de la manta para cubrirse con ella y se vuelve para darme la espalda–. Me voy a dormir.

Fuera, la lluvia fría y el granizo no arrecian.

–Esa manta no te va a dar nada de calor, y hay espacio de sobra en la cama para los dos. –No es del todo cierto. Es una cama de matrimonio sencilla, así que tendremos que dormir pegados–. Te prometo que yo no me muevo nada.

–Buenas noches, duendecillo.

El suelo de madera cruje cuando rueda para tumbarse sobre la espalda.

Sin el calor de una chimenea, la temperatura en la habitación no debe de superar los diez grados, y la manta que ha cogido Raphael es más apropiada para el verano.

Estoy bastante segura de que no voy a ser capaz de pegar ojo. No voy a dejar de pensar en lo que he sentido cuando me ha besado, en la forma en que se ha presionado contra mí y en las ganas que me han entrado de gemir cuando su lengua ha acariciado la mía. Me imagino tumbada en la cama con él, con la cara enterrada en su cuello. Aprieto los muslos. Hasta el último centímetro de mi piel se ha vuelto más sensible de lo normal, desesperado por sentir su contacto.

–Sigues despierto –digo.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque ya hemos dormido juntos en la misma habitación y roncas como una marsopa.

–Y una mierda.

–¿No te lo habían dicho nunca? –pregunto con una sonrisilla.

–No suelo tener muchas visitas durante la noche.

Me alegro.

Se me forma un nudo en la garganta.

Ha dicho que ha dormido en peores condiciones. Ahora me lo imagino de niño, traumatizado, esperando en vano a su hermana al borde del bosque de Brocelianda. Hambriento. Durmiendo en la tierra cubierta de musgo.

Se me parte el alma al pensar que tendrá que pasar la noche tirado en el suelo frío. Se merece un hueco en la cama.

–¿Quieres hacer el favor de subir aquí? Déjate ya de tonterías.

Profiere un profundo suspiro.

–Bueno, supongo que no voy a poder resistirme a una invitación tan encantadora. ¿Ha estado Nivene dándote clases de buenos modales?

El suelo cruje cuando se levanta, y se me acelera el pulso. Me doy media vuelta para quedar de cara a la ventana, de espaldas a él. Me concentro en la lluvia que cae por el cristal cuando hunde el colchón al subirse a la cama. Noto el calor de su cuerpo cerca del mío.

Me quedo totalmente inmóvil. Si cambio de posición, lo asustaré, huirá de vuelta al suelo y tendré que imaginármelo otra vez como un niño pequeño durmiendo en la tierra. Extiende la manta fina sobre los dos para arroparnos.

Su aroma seductor empapa el aire. En realidad, ahora que está en la cama, lo último que se me pasa por la cabeza es verlo como un niño pequeño. Pienso en lo condenadamente perfecto que es el hombre adulto que tengo a mi lado. En la forma en que la luz cálida de la vela le acaricia los músculos al proyectar sombras sobre ellos. Pienso en el movimiento de sus caderas entre mis muslos.

Aunque no está tocándome, lo noto muy cerca.

No lo hago a propósito (al menos, eso creo), pero inclino las caderas un milímetro hacia atrás, hasta que le rozo la cadera con el

culo.

–¿Estás intentando tentarme? –pregunta en un murmullo.

–¿Eh? Qué va.

Lo miro por encima del hombro. Está apretando los dientes y sujetando la manta con tanta fuerza que podría desgarrarla de un momento a otro.

–Ni se me pasaría por la cabeza –continúo–. Es que hace frío, nada más.

Aun así, todos mis sentidos se han concentrado en el punto exacto donde mi trasero le roza la cadera, y soy incapaz de moverme.

Me estás atormentando a propósito, y no dejo de pensar en la silueta perfecta de tus pechos debajo de esa camisola o en lo que sentiría al meterme tus pezones en la boca.

Caigo en la cuenta, con un estremecimiento de asombro, de que estoy oyendo sus pensamientos por primera vez.

Deja escapar un suspiro torturado y se vuelve hacia mí para curvar su cuerpo contra el mío. Ay, dioses, el roce de sus músculos gruesos en la espalda es maravilloso. Me rodea con los brazos y me pega contra su pecho duro como el acero.

Al echar las caderas hacia atrás un poquito más, noto su enorme miembro pegado a mi culo.

Dioses santos, Nia. Quiero explorar cada centímetro de tu cuerpo perfecto.

La tiene tan dura que un delicioso calorcillo se acumula entre mis muslos. Pierdo el hilo de todos mis pensamientos. Según parece, los hombres mestizos están por encima de la media en todos los sentidos.

Me pregunto qué hará si le meto la mano en los pantalones y lo toco por encima de la ropa interior. No sería más que una ligera caricia de arriba abajo por esa gloriosa longitud. Ahora sí que ya no soy capaz de pensar en nada más.

Juro que no lo estoy haciendo a propósito, pero vuelvo a mover las caderas hacia atrás. Raphael se tensa y me rodea la cintura en un abrazo protector. Cierra los dedos justo por encima del hueso de mi cadera.

–Nia –dice con voz grave y ronca.

–¿Sí?

–Esto una idea terrible. –Su aliento me calienta la nuca–. Y más teniendo en cuenta lo que me gritaste. Me dijiste que nunca había sido lo bastante bueno para ti y que jamás lo sería.

Me pongo colorada.

–¿Yo dije eso?

–Sí, y me pareció que ibas bastante en serio.

–Tú me besaste hace diez años y dejaste de hablarme de un momento para otro. Todo apuntaba a que me ibas a volver a hacer lo mismo.

–No sabes por qué dejé de hablarte por aquel entonces, ¿verdad? –murmura acercándose más a mí.

–Porque pensabas que era una estadounidense mimada.

–No, empecé a enamorarme en cuanto posé la vista en ti. Me pareciste perfecta. Todavía me lo pareces. Pero tu madre me dijo que estabas cometiendo un error, que pensabas que yo era rico. Ella sabía la verdad y me avisó de que buscabas a alguien con una buena fortuna. Me dijo que, en cuanto te dieras cuenta de que no era más que un pobre vendimiador, me dejarías tirado. Por aquel entonces, tu madre tenía un don para la persuasión. Pero ahora sé que cometí un error al creerla.

Me quedo boquiabierta.

–Dios, ¿de verdad te fue con esas? –Daría lo que fuera por poder decir que no era nada típico de ella–. En realidad, no me sorprende tanto como debería.

Me presiono contra él.

Tú eres lo que me ha faltado todos estos años. El eco de sus pensamientos revolotea por mi mente.

¿Seguro que esta es la primera vez que me cuelo en su cabeza? Pienso en el momento que compartimos en los viñedos hace ya tanto tiempo, cuando nuestros dedos se rozaron y oí una voz que decía: «Qué belleza, qué belleza, qué belleza...».

–Te estoy oyendo pensar –susurro.

–Pues más te vale dejar de prestar atención –dice con una queda risita–, porque mis pensamientos están a punto de volverse de lo más inapropiados.

Quiero oírte gemir mi nombre.

Baja la mano hasta tocar el borde de mi ropa interior. Ahora mueve el pulgar lentamente de arriba abajo por mi cadera. Con la mano libre, me aparta el pelo de la nuca.

–Esto es una idea terrible –insiste.

Porque voy a perder la cabeza como no te desnude y te folle.

Me vuelvo para mirarlo; su boca está a escasos centímetros de la mía.

–¿Por qué? –susurro. La luz de la luna se derrama sobre él y me descubro trazando las curvas sinuosas de los tatuajes que le cubren el hombro y el pecho–. Tenemos frío. Nadie podría culparnos por tener frío. No querrán que nos congelemos, ¿verdad?

Estoy desesperado. Desesperado como el hombre hambriento que ansía una pieza de fruta. Llevo años soñando con este momento y quiero saborear cada centímetro de tu piel.

–Claro –coincide–. Lo único que estamos haciendo es ayudarnos a entrar en calor. Por la misión.

–Por Inglaterra.

Me pega todavía más contra su cuerpo firme y abrasador.

Suspiro y cierro los ojos. Me lo imagino arrancándome la ropa interior, separándome los muslos y llenándome. Agradezco de corazón que él no oiga mis pensamientos, porque los suyos suenan mucho más románticos que los míos. La realidad es que mi cabeza gira prácticamente en torno a su pene ahora mismo.

Me acaricia de arriba abajo el hueco de la cadera y un torrente de calidez se extiende por mi cuerpo. Mis pezones se presionan contra mi camisola de seda. Intento mantener la calma, pero aprieto los muslos de deseo y no puedo pensar en nada que no sea lo desesperada que estoy porque me folle.

A pesar de que tiene la mano muy arriba, con cada una de sus caricias, mi sexo se tensa. Me pasa los dedos por la parte superior de las braguitas en un roce casi imperceptible de calidez sobre la seda. Se me entrecorta la respiración.

Me tomaré mi tiempo contigo...

Me lo imagino besándome entre los muslos. Me vuelvo hacia él y le enredo los dedos en el pelo a la vez que me pego a su erección.

Necesito sentir tus labios en torno a la polla.

Se me acelera el pulso y el deseo me inunda el pecho.

Quiero que me quite toda la ropa. Quiero sentir el calor, el brillo y la deliciosa caricia de su piel desnuda contra la mía.

Me vuelvo para estudiarlo y me humedezco los labios. Él me mira la boca.

–La camisola me está dando frío.

–Pues quítatela.

Cojo el bajo de la prenda y me la saco por la cabeza antes de tumbarme sobre la espalda y levantar la vista para contemplarlo. El aire frío me endurece los pezones en contraste con la mirada ardiente que Raphael deja volar por mi cuerpo.

Joder, vas a ser mi más dulce y maravillosa perdición.

–Eres impresionante –le digo.

–Tú tampoco estás mal.

Eres la persona más preciosa que he visto nunca.

Baja la cabeza y se mete uno de mis pezones en la boca. Lo lame moviendo la lengua en círculos a su alrededor. Se me entrecorta la respiración. Lo necesito en mi interior.

No te haces una idea del tiempo que llevo deseándote, Nia. Me rodea las costillas con ambas manos sin sacarse mi pecho de la boca. *Y, después de llevarte al lago, no pude dejar de pensar en aquel vestido mojado. En las gotitas que te perlaban las pestañas. Parecías una criatura nacida en el mismísimo lago. Nunca había visto nada tan atractivo.* Aparta la boca de mí y admira mis pechos. *O así era, hasta ahora.*

Me lame el labio inferior. El deseo corre como un torrente por mis venas cuando abro la boca para él. Es un beso vacilante, un roce seductor. Torturador. Se está conteniendo, pero mi cuerpo arde por él. Profundiza el beso y su lengua explora mi boca. Cuando nos encontramos, las sensuales corrientes de su magia bañan nuestros cuerpos y nos colman. Sabe a gloria.

Me acaricia los pechos mientras me besa y gimo contra sus labios. No quiero parar... nunca.

Por esto precisamente tuvo el poder de arruinarme la vida al besarme hace ya tantos años, porque mi cuerpo lo ansía

desesperadamente y apenas recuerdo cuál es nuestra misión. Sus besos se vuelven insistentes, desesperados. Me desliza la mano entre los muslos y, cuando encuentra mi humedad, gruño contra su mano. Mis caderas se mecen ante su contacto.

Mientras me acaricia, sus pensamientos resuenan en mi mente.

Llevo tanto tiempo esperando esto que no me importa nada que no seas tú.

Me muevo contra su mano y mi cuerpo se llena de placer. Juguetea conmigo con una agónica dulzura que prende un fuego febril.

Se aparta dándome un pequeño mordisco en el labio inferior. Mi sexo se contrae mientras me mira a los ojos. La diferencia entre el color plateado y azul oscuro de sus iris es evidente incluso en la oscuridad.

–¿Todavía oyes lo que pienso? –susurra.

¿Y si te follo ya?

–Directo al grano.

Se pone de rodillas y yo ni siquiera espero a que se quite los pantalones. Extiendo la mano y, al liberar su erección, me quedo boquiabierta.

Paso un dedo por la longitud de su miembro.

Dioses benditos, esta mujer va a ser mi perdición. Me agarra la ropa interior con fuerza, pero no me la quita de inmediato. *Me voy a tomar mi tiempo...*

Se coloca entre mis muslos y se agacha para besarme la garganta. Me recorre la piel con lametazos lentos y perezosos. Noto el cuerpo electrificado; el corazón me bombea con fuerza y el pecho se me calienta de deseo. Echo la cabeza hacia atrás mientras me besa.

Me masajea los pechos con delicadeza y, cuando me lame uno de los pezones, un calor líquido corre por mi interior. Necesito tenerlo dentro de mí.

Quiero tomarme mi tiempo contigo... Tengo que controlarme... Quiero enterrarme en tu interior...

Pero yo no quiero esperar más. Le rodeo la cintura con las piernas, anhelando su contacto, y extiendo la mano para masajearlo de nuevo.

–Nia –dice con la voz ronca tras alejar la boca de mi cuello. Pronuncia mi nombre con cierta reverencia.

Se incorpora y me acaricia el cuerpo con la mirada. Aprieta los dientes y me desliza la ropa interior por los muslos, las rodillas, los tobillos, hasta quitármela. Se coloca entre mis piernas y sus ojos plateados resplandecen en la oscuridad mientras admira mi cuerpo desnudo. Casi parece sobrecogido.

Separo las piernas un poco más a modo de invitación y comienzo a tocarme mientras me mira.

¿Alguna vez has pensado en mí mientras te das placer?

–A menudo –respondo en voz alta.

Quiero oírte gemir.

Me agarra por la cintura y me pega contra su cuerpo. Todavía oigo sus pensamientos, pero han quedado reducidos a una sarta de incoherencias y lo único que alcanzo a entender es «Te deseo».

Despacio, con cuidado, se introduce en mi interior. Jadeo por lo grande que es mientras me penetra, centímetro a centímetro.

–Raphael.

El deseo que despiertas en mí me consumirá vivo.

Clava sus ojos metálicos en mí, escudriña mi expresión. Un placer dolorosamente intenso se adueña de mí cuando me llena por completo.

–Nia. –Pronuncia mi nombre como si fuera una plegaria.

Voy a perderme en tu calor.

Se mueve lentamente y yo le enredo los dedos en el pelo mientras respiro con fuerza. Mi deseo es incendiario, peligroso.

Vas a ser mi ruina.

Cuando se agacha para adueñarse de mi boca, me siento en perfecta sintonía con él. La forma en que me besa, así como la lentitud y la delicadeza con las que me lo está haciendo, me permiten saber exactamente lo que siente. El cuidado con el que me trata me resulta abrumador; es como si estuviera vertiendo su magia sanadora sobre mí al tocarme y acariciarme. El contacto sensual de su poder me envuelve.

–Llevo mucho tiempo soñando con esto –susurra–. Contigo.

Meciéndome de placer, muevo las caderas contra él en busca del orgasmo. Me agarra del pelo, me da un suave tirón y acelera el ritmo de sus embestidas sin apartar los ojos de los míos.

–Nia. –Mi nombre es un susurro sobre su lengua.

Lo envuelvo con ambos brazos y dejo que mis manos bailen sobre los músculos firmes de su espalda. Vuelve a encontrar mis labios para besarme mientras persigo ese estallido de placer.

Mi cuerpo se tensa a su alrededor, los muslos se me cierran, y le araño la espalda al tiempo que alcanzamos el orgasmo al unísono. Me arqueo contra él cuando una explosión de estrellas me nubla la vista. La mente se me queda en blanco a medida que las olas de placer rompen contra mí. Le rodeo la cintura con las piernas. Me niego a dejarlo ir.

–Raphael –jadeo.

Su mirada escudriña la mía mientras me aparta un mechón húmedo de la frente.

–¿Quién podría echárnoslo en cara? –susurra–. Teníamos que mantener el calor.



Una semana más tarde.

Estoy de pie ante la ventana vigilando con el catalejo. Esta vez, son Madurito y Rubicundo quienes montan guardia.

Llevamos toda la semana dándoles un poco de espectáculo. De vez en cuando, nos acercamos a la ventana para darnos el lote como un buen par de recién casados. En realidad, llegados a este punto, yo misma tengo la sensación de estar viviendo una luna de miel, porque, tan pronto como Caradoc apaga la luz, Raphael me lleva a la cama para desnudarme.

Y no me quejo.

La puerta se abre con un chirrido. Cuando me vuelvo, veo que Raphael está de pie ante el umbral con expresión sombría y se me acelera el pulso.

–¿Qué pasa?

–Me temo que se nos ha acabado la diversión. Acabo de estar con Ginevra, que ha traído una actualización del MI-13. Dicen que han descubierto a uno de nuestros equipos.

Me da un vuelco el estómago.

–¿A cuál de todos?

Pienso en mis amigas y se me encoge el corazón de miedo.

–El sexto. Estaba formado por un nuevo agente llamado Benedict y un caballero llamado Aldous. La única buena noticia es que no han permitido que los atraparan con vida. Se cortaron ellos mismos el cuello antes de que los fey tuvieran oportunidad de torturarlos en busca de información.

Conocía a Benedict. Era dulce, tímido y con un sentido del humor increíble. Ni en mis sueños más locos me lo habría imaginado cortándose el cuello. ¿Habrá tenido que encargarse Aldous de hacerlo por él?

De pronto, me siento como si me hubiera caído un jarro de agua fría encima. Llevamos aquí una semana entera y sí, aunque hemos estado vigilando a Caradoc, también nos lo hemos estado pasando en grande cada noche, cuando Raphael me da todo el placer posible. Es raro, pero había empezado a tener la sensación de estar de vacaciones de verdad, de que el nuestro era un viaje de ocio. Sin embargo, la realidad es muy distinta. Y ahora la noticia me ha dejado helada.

¿Qué pasaría si tuviéramos que hacer lo mismo? ¿Se encargaría Raphael de cortarme el cuello?

Esta es precisamente la razón por la que el amor no está permitido: ninguno de los dos querría ver morir al otro. Y a los agentes a veces no nos queda más remedio que sacrificarnos.

Esto también me lleva a preguntarme si debería haberme quedado trabajando en la librería, donde habría permanecido a salvo, pero supongo que vivir una vida asfixiada por el aburrimiento y la soledad tampoco merece la pena.

–¿Algo más? –le pregunto.

–Los otros equipos también están bloqueados. Todos los magos del velo permanecen resguardados en mansiones protegidas con magia y, en las pocas ocasiones que salen, lo hacen rodeados de guardias.

Freya y Serana se las han arreglado para colarse en el perímetro interior de la mansión de su objetivo, pero no han logrado sortear las barreras mágicas.

–A lo mejor hace falta una centinela.

Él asiente.

–Y una cosa más. Tana nos ha informado de que se nos está acabando el tiempo. Si no actuamos rápido, moriremos todos.

Esta Tana es un auténtico pájaro de mal agüero.

La sangre me ruge en los oídos.

–Pues es hora de pasar a la acción.

–Lo haremos esta noche. Nos ampararemos en la oscuridad. –Aprieta los dientes–. Me gustaría mantenerte a salvo en esta casa, lejos de ese fey, pero no estamos aquí por eso, ¿verdad?

Dejo escapar una larga y lenta exhalación.

–Raphael, llevo meses entrenándome para esto.

Capítulo 43



La noche ha envuelto el pueblo en un manto de oscuridad.

Estoy dentro de la casita de campo mirando la calle a través de la ventana. Raphael ya ha salido, y rezo en mi fuero interno para que no se deje atrapar.

El corazón se me desboca mientras compruebo que llevo todas mis armas encima: una daga en la bota, otra escondida en una funda secreta bajo la manga y otra más sujeta a la espalda. Las he afilado todas antes de poner en marcha la misión, porque, aunque ya estaban afiladas de sobra, es un ritual que me ayuda a calmarme. Según parece, me he convertido en el tipo de persona que se tranquiliza afilando armas. La Nia de hace seis meses (la que

trabajaba en una librería) se habría asustado ante semejante transformación.

La mansión de Caradoc y sus enormes muros hacen que la casita que tiene al lado parezca diminuta en comparación, igual que pasa con la nuestra. Por suerte, es un edificio que pasa fácilmente inadvertido junto al ostentoso hogar del mago.

La única diferencia es que la casita que hay al otro lado de la calle ahora está ardiendo. Las llamas que trepan por las paredes y que bailan tiñendo las sombras de naranja y escarlata son obra de Raphael.

En la verja de entrada de la mansión, Madurito por fin se fija en las volutas de humo que se retuercen en el aire.

–¡Fuego! ¡Fuego! –grita en fey al correr hacia la mansión.

Contemplo el humo, que se está espesando y empieza a dar paso a una densa nube negra. A mí ya me escuecen los ojos, y eso que estoy dentro y a cierta distancia del fuego. El pueblecito no cuenta con un parque de bomberos y no hay ni una sola boca de incendios a la vista. Está a punto de desatarse un verdadero caos en la calle.

Se oye un nuevo estallido de gritos. Es mi momento.

Salgo de la casa parpadeando para que no se me meta el humo en los ojos. La brisa que corretea por mi piel sopla cargada de cenizas.

Tal y como habíamos planeado, la calle se llena de gente que trae cubos de agua para apagar las llamas. Madurito cruza la verja de la mansión con un extintor tan pequeño que resulta de lo más cómico teniendo en cuenta el tamaño del guardia y la ferocidad del incendio. Estoy verdaderamente impresionada ante la rapidez con la que Raphael ha sido capaz de desatar un fuego tan intenso.

Alguien ha dejado una torre de cubos grandes de hojalata en medio de la calzada. Cojo uno y me lo llevo adentro de la casita de campo para llenarlo en el lavabo. Una vez listo, lo arrastro afuera de nuevo. Pesa tanto que me tira del brazo hacia atrás al cruzar la calle con él en dirección a Rubicundo. Le grito para que me ayude antes de que el barrio entero quede reducido a cenizas.

Él me mira con mala cara, reacio a dejar su puesto. Levanto el cubo hacia él, pero vacilo y por poco se me cae al suelo. Contemplo al guardia sin aliento.

–¡Al menos ayúdame a cargar con él, que pesa demasiado! –exclamo.

–Está bien.

Da un paso hacia mí y agarra el cubo con una mano antes de abrirnos paso entre la multitud. Por el rabillo del ojo, veo que Raphael se coloca detrás de nosotros como una sombra en la noche. Suelto el cubo de golpe y su peso hace que Rubicundo pierda el equilibrio, lo cual permite que Raphael lo atice en la cabeza con la empuñadura de la espada. El guardia queda inconsciente y Raphael envaina el arma antes de ayudarme a arrastrarlo hasta la verja de la mansión. Con todo el alboroto de la calle, nadie se fija en nosotros.

Una vez dentro, dejamos al hombre entre unos rosales y el imponente muro de piedra que rodea el edificio, de manera que las sombras lo engullen.

–¿Y si se despierta? –susurro.

–No vamos a estar aquí tanto tiempo –asegura Raphael.

Corremos hasta la puerta delantera. Tan pronto como nos acercamos a ella, percibo una barrera invisible que nos empuja hacia atrás. Sin embargo, esta magia es muy distinta a la del velo. No oigo ningún zumbido y, cuando me concentro, no visualizo un entramado de energía, pero noto una leve vibración que me pone la piel de gallina.

–¿Te ves capaz de inhabilitarla? –pregunta Raphael.

Un torrente de adrenalina me corre por las venas.

–Puedo intentarlo.

Me concentro en invocar mis poderes de centinela. Visualizo la imagen de la barrera en mi mente, pero estimar sus dimensiones no es una tarea sencilla. No tengo adónde canalizar mi magia. Intento dirigir mi poder hacia la barrera como si estuviera intentando abrirme camino por una habitación oscura. Busco algo, cualquier cosa. Sin embargo, en lo que a mi magia respecta, no hay nada ante nosotros.

–Nada –digo negando con la cabeza–. No percibo su presencia. Tampoco su forma, color o sonido. Es como si no estuviera ahí.

Raphael me mira con el ceño fruncido y alcanzo a ver un atisbo de preocupación en su rostro. Si yo no encuentro la manera de sortear

las barreras, los otros agentes lo van a tener todavía más crudo. Los magos del velo están demasiado bien protegidos, y se nos acaba el tiempo.

–Nia –susurra Raphael, apremiante.

Me agarra de la mano y tira de mí para esconderme detrás de una columna de piedra. Desde las sombras, veo que Madurito ha regresado a la verja de entrada y mira alrededor, confundido. Se ha dado cuenta de que su amigo ha desaparecido.

–Espera aquí –me dice Raphael al oído–. Yo me encargo de él.

Tiro de su brazo para impedir que se aleje.

–¿Qué pasa?

–A lo mejor sabe cómo desactivar las barreras. Déjame comprobarlo primero.

Vacila, pero termina asintiendo con la cabeza. Espero a que el guardia nos dé la espalda para recorrer la calle con la mirada y entonces avanzo hasta él manteniéndome al arropo de las sombras. Entre el denso humo que flota en el aire y el caos que hay desatado al otro lado de la verja, el guardia no repara en mí ni me oye acercarme.

Vuelvo a concentrarme, recurro a mi telepatía y dejo que mi poder se extienda por mi cuerpo. Me escondo detrás del muro y extiendo el brazo con cuidado. Desde el lado opuesto de la verja, le rozo la espalda con la yema de los dedos, tan delicadamente como puedo, para sumergirme en su mente.

Lo que ocupa la primera plana de sus pensamientos es la preocupación que siente por su amigo, Atel.

¿Habrá ido a ayudar con el incendio también? Pero ha dicho que esperaría aquí. ¿Y si el fuego llega a la mansión? Puede que tengamos que evacuar a Caradoc. ¿Dónde estará Atel?

Aprieto los dientes y me adentro más en su mente para buscar cualquier información útil sobre las barreras mágicas. ¿Cómo las atravesamos?

La respuesta está justo ahí, bajo la primera capa superficial de preocupaciones. Las barreras son fáciles de sortear siempre y cuando uno tenga permiso para entrar a la mansión. En ese caso, lo

único que hay que hacer es tocar la puerta y recitar un hechizo para abrirla.

Como Raphael y yo no tenemos permitida la entrada, seguimos en las mismas.

El guardia, que nota mis dedos en la espalda, empieza a darse la vuelta, así que aparto el brazo rápidamente y me escondo entre las sombras. Abre la verja y entra en la finca. El tiempo avanza a paso de tortuga. Si mira a la derecha, me verá.

Entonces, un plan desesperado toma forma en mi cabeza. Doy un paso adelante y lo toco de nuevo. Sin embargo, esta vez, al hacerlo, recurro tanto a mi magia violeta como a mi magia roja. Ambas se fusionan, centinela y telépata, y dan lugar a un poder pulsante, del color de las frambuesas. Lo introduzco a la fuerza en la cabeza del guardia y derribo sus defensas mentales. Él percibe la intrusión y, aunque su cuerpo se queda inmóvil, su mente continúa tratando de escapar.

El problema es que estoy en todos lados: en sus pensamientos, en sus emociones y en sus recuerdos.

El miedo que siente por el fuego, el caos y su amigo desaparecido lo permea todo, así que le susurro una mentira:

Abre la puerta principal de la mansión y estarás a salvo.

Recorre el jardín con la mirada en busca de la persona que le está tocando e hiriéndole la mente.

No, no mires a tu alrededor. La muerte te pisa los talones.

El corazón le late aterrado y la respiración se le entrecorta.

Acércate a la puerta de la mansión. Entra y todo saldrá bien.

Avanza con paso vacilante hasta allí. Yo me mantengo cerca, sin dejar de tocarlo, mientras sube con torpeza los escalones que conducen a la puerta principal. No dejo que se aleje en ningún momento ni permito que nuestro vínculo telepático se rompa. Le susurro unas palabras de ánimo:

Eso es. Solo un par de pasos más. Abre y todo irá bien.

Toca la puerta y pronuncia el hechizo con un hilo de voz. El suave murmullo de la barrera desaparece.

Me aparto del guardia como una exhalación y, antes de que le dé tiempo a recuperarse, Raphael lo golpea en la cabeza con la

empuñadura de la espada. El frío que me embarga después de utilizar mi poder de centinela me provoca un escalofrío y una ola de náuseas. También veo doble por el esfuerzo. Raphael me agarra de la cintura y me lleva adentro para ir en busca de Caradoc.

Capítulo 44



Fuera, el aire está cargado del olor acre del humo, pero el ambiente es mucho peor dentro de la mansión. Tóxico y enfermizo. Me hace pensar en mamá, no sé por qué.

Con el alboroto de la calle amortiguado, oigo el zumbido de la magia de Caradoc con muchísima más claridad.

En el vestíbulo hay una alfombra intrincada que silencia nuestras pisadas. Después de llevar una semana espiándolo, sabemos que el mago pasa la mayor parte de su tiempo en el piso de arriba, en su biblioteca.

Raphael me mira y enarca las cejas para comprobar que me encuentro bien sin tener que decir nada.

Mi mente sigue patas arriba, mezclada aquí y allá con los pensamientos del guardia, pero levanto los pulgares y me saco la daga de la bota. Raphael desenvaina su espada y nos adentramos en el vestíbulo, en dirección a unas pesadas puertas dobles. A estas alturas, ya nos hemos hecho cierta idea de la disposición de la casa gracias a lo que hemos estado viendo a través de las ventanas.

Escogimos el mejor momento para actuar con cuidado. A las diez hay un cambio de turno y los miembros del servicio que trabajan por la tarde dan paso a los de la noche. Todavía queda un cocinero en la cocina, así como la doncella de Caradoc, pero, con un poco de suerte, se habrá retirado a su habitación.

Al pensar en ella, se me viene a la mente una imagen: me veo besándola apasionadamente, escondidos en la despensa. Ella es humana y yo, fey... Pero el recuerdo no es mío, sino de Madurito. Me marea un poco y tengo que parar un momento. Raphael echa la vista atrás y yo lo animo a seguir con un movimiento de la mano.

La puerta se abre sin problema y, gracias a los dioses, la escalera que hay al otro lado es de piedra y no de madera, así que no tenemos que preocuparnos porque cruja bajo nuestro peso. No hay ni rastro ni del cocinero ni de la doncella, pero tengo la sensación de que alguien está observándonos y oyendo todo lo que hacemos. De que la propia mansión sabe que alguien se ha colado dentro.

Al subir la escalera, el zumbido se vuelve más intenso y la magia del mago del velo me hormiguea en la piel. Al llegar arriba, Raphael se vuelve hacia la puerta de la biblioteca, pero yo lo agarro del brazo y niego con la cabeza. El zumbido proviene del dormitorio.

Retomamos la marcha tan pronto como Raphael cambia de dirección y, al tocar el pomo de la puerta, se vuelve para mirarme. El miedo ruge en mi cabeza, pero asiento y él abre de un bandazo. Irrumpe en la habitación conmigo pisándole los talones.

Las paredes de la habitación están pintadas de un color granate oscuro salpicado de negro, como una rosa en descomposición. Caradoc está junto a la ventana, de espaldas a nosotros, contemplando el incendio.

Algo va mal. Debería haberme dado cuenta antes. El zumbido es demasiado fuerte y viene de todas direcciones.

Levanto la vista.

El techo entero resplandece. Una nube neblinosa traza un arco sobre nosotros. Es una trampa. Cuando Caradoc se vuelve hacia nosotros, deja caer el velo.

Un escalofrío de miedo me recorre el cuerpo justo cuando invoco mi poder de centinela y lo lanzo contra la niebla mortal que está a punto de engullirnos. Sin embargo, llego una fracción de segundo tarde para Raphael. Las volutas de niebla lo alcanzan y él se tambalea, cae hacia atrás y suelta la espada con estrépito.

El pánico entierra sus garras en mí.

Mi poder disuelve una buena parte del velo, pero todavía se aferra a Raphael y se enrosca en torno a su pecho. Me arrodillo a su lado y recurro a toda mi energía mental para alejar la magia de él de hebra en hebra. Si le atraviesa el corazón o la cabeza, ya no podré salvarlo.

Oigo que Caradoc se acerca a mí por detrás y, cuando me vuelvo para ver dónde está, me rodea el cuello con ambas manos. Cierra los dedos con fuerza, me tira al suelo y me inmoviliza el pecho con las rodillas. Me debato contra él en un desesperado intento por respirar.

Trato de no perder de vista a Raphael y la magia que lo envuelve. Vuelco toda mi atención en las mortíferas volutas iridiscentes que trepan por su cuerpo, pero se me nubla la vista y queda salpicada de motitas de luz. Le arranco los últimos hilos de magia del velo que se aferran a él.

El tiempo se ralentiza.

La cabeza me da vueltas a medida que Caradoc me asfixia y me aplasta la garganta con dedos cada vez más implacables. Le golpeo los brazos con tanta fuerza como puedo y, en cuanto me suelta un poco, aprovecho para tomar una profunda y entrecortada bocanada de aire. Sin embargo, no he conseguido quitármelo de encima y ya vuelve a la carga.

Utilizo mi magia para colarme en su cabeza. Me adueñaré de su mente y lo obligaré a tirarse por la ventana. Pero, tan pronto como leo sus pensamientos, me doy cuenta de que va a ser imposible. La mente de Caradoc no es tan simple como la de Wrythe o la de Madurito. De hecho, me cuesta entender su funcionamiento. Tiene

cientos de años; puede que llegue a los mil. Ha sido testigo del nacimiento y la caída de numerosos imperios y ha tenido diecisiete mujeres e innumerables amantes. Le dan igual el amor, el dinero y el poder. Sus pensamientos son como un laberinto, una madeja. Intentar controlarlo es tan imposible como subir nadando por una cascada.

Empiezo a perderme en su cabeza. Me devora. Intento alejarme, muerta de miedo, pero no logro encontrar la manera de volver a ser Nia. Me estoy transformando en una parte de Caradoc y, aunque me sigue estrangulando, ya no siento dolor.

Porque ahora veo lo que sabe.

Lo que sabe sobre la invasión.

Toda una marea de imágenes y recuerdos fluye por mi cerebro a tanta velocidad que no me da tiempo a procesar toda la información como es debido. Veo una academia; herboristas fey caminando entre soldados en cama; un dragón que ruge de dolor después de que le inyecten algo; un enorme ejército que marcha con estandartes decorados con un dragón; una tintura creada por alquimistas fey; un brebaje compuesto de hierbas que no reconozco mezcladas con... hierro.

Eso es lo que Auberon ha estado haciendo. Las armas de hierro frenaron a sus soldados hace años, pero esta nueva tintura los protegerá. Está creando un ejército inmune a sus efectos.

El hierro es lo único que permite a los humanos plantarles cara a los fey. Sin esa ventaja, el ejército de Auberon arrasará con la humanidad, destruyendo todo a su paso. Sabíamos que los fey estaban tramando algo y que teníamos que detenerlos, pero nunca fuimos conscientes de que ya era tarde.

Destruir el velo como nos habíamos propuesto no servirá de nada. Los fey están a punto de inhabilitarlo ellos mismos. Van a enviar a su ejército a la frontera.

Caradoc estaba presente durante las reuniones en las que planearon la invasión; ha visto el mapa extendido sobre la mesa, marcado con los puntos por donde las fuerzas fey tienen pensado entrar. Los oigo organizar el ataque falso al sur de Francia, el que todos estábamos esperando.

Pero ese nunca fue su verdadero objetivo.

Auberon tiene Inglaterra en el punto de mira.

Ojalá pudiera avisar a Raphael de lo que se proponen, pero Caradoc me está estrangulando otra vez. Me veo a mí misma a través de los ojos del mago, tirada en el suelo, abriendo y cerrando la boca con la mirada desencajada, desesperada por respirar. Estoy a punto de morir. No hay nada que hacer. Hemos fracasado.

Una repentina punzada de dolor me atraviesa cuando alguien me clava algo en el pecho.

No, no en el mío, sino en el de Caradoc. Baja la mirada y veo que la hoja de una espada sobresale de su caja torácica. Pierde la fuerza en los dedos y se le entreabren los labios. Una gota escarlata le escapa de la boca cuando se me quita de encima.

Regreso a mi cuerpo de golpe jadeando en busca de aire en cuanto Caradoc se derrumba sin vida. Raphael está de pie ante mí, pálido como un muerto. De su espada gotea sangre cuando se arrodilla a mi lado.

–¿Estás bien?

–Sí –digo con voz rota. Me duele la garganta al hablar.

–Lo hemos conseguido. Caradoc ha muerto.

Me rodea la cintura con un brazo y me ayuda a incorporarme.

–No. –Me apoyo en él mientras me palpo el cuello magullado–. Ya da igual. He visto en la mente de Caradoc que los fey están preparando un ataque. Tienen un ejército de... de fey inmunes al hierro.

Se queda en silencio un momento.

–Eso es imposible.

Me recuesto contra su pecho firme mientras la cabeza me da vueltas.

–No, no lo es. Los herboristas fey han estado estudiando medicina humana, como la inmunoterapia. Han encontrado la forma de desarrollar su inmunidad al exponer a los soldados a dosis microscópicas de hierro y luego aumentarlas poco a poco. Miles de fey han muerto durante el proceso, pero a Auberon le ha dado igual. Lo único que le importa es su ejército. Y ahora, por fin, lo ha conseguido.

A Raphael se le acelera el corazón.

–¿Cuándo atacarán?

Trato de recordar lo que he oído en la mente de Caradoc filtrando el descontrolado aluvión de información al que me he tenido que enfrentar.

–Creo que... en una semana o dos. Pero ahora que hemos matado a Caradoc, el velo caerá en un par de horas y Auberon no dudará. Dará comienzo a la invasión tan pronto como el velo desaparezca. Lo único que hemos conseguido ha sido acelerar las cosas. Tenemos que informar a sir Kay para que nuestras fuerzas se preparen.

Raphael me sujeta con más fuerza.

–El equipo del MI-13 preparado para la invasión está esperando en el sureste de Francia, listos para atacar en cuanto caiga en velo.

–¡No deben quedarse ahí! Tienen que desplazarse al lugar donde los fey tienen pensado atacar de verdad. –Pienso en sus planes de invasión, en sus mapas–. Tienen intención de entrar por Dover.

–¿Estás segura? –Raphael suelta una palabrota entre dientes–. Va a ser difícil llevarlos a todos hasta allí. Si lo que dices es cierto, el ejército fey ya estará en la costa norte de Francia. El equipo del MI-13 está en la frontera sur, en la otra punta de Dover.

–Tenemos que avisar al ejército británico de inmediato. Hay que asegurarse de que estén preparados para que informen en Dover y evacúen la ciudad antes de la batalla. ¿Recuerdas lo que pasó en Bretaña? En cuanto los fey llegaron y estalló la guerra, lo redujeron todo a cenizas. Las calles se llenaron de cadáveres.

Se pasa una mano por la mandíbula.

–Podemos pedirle a Ginevra que le lleve un mensaje al equipo del MI-13 para que cambien de rumbo.

Asiento con la cabeza.

–Y nosotros deberíamos coger nuestros caballos y cruzar el velo tan rápido como podamos. Tenemos que encontrar un teléfono que funcione.



Miro fijamente a Raphael mientras discute por teléfono.

–¡Porque te estoy diciendo que entró en su mente! –exclama–. Es telépata... No, no es una nueva recluta cualquiera. Su torques es de acero avalino. ¿Capitán? ¿Capitán?

Oigo el murmullo del tono de llamada al otro lado de la línea. No quieren escucharnos.

Los dos estamos agotados, cubiertos de suciedad. Hemos pasado toda la noche cabalgando y, cuando hemos llegado al velo, este ya había caído.

Lo primero que Raphael ha hecho ha sido llamar al mando del MI-13 para informar sobre lo que hemos descubierto. Pero todos los agentes están repartidos por el terreno; unos forman parte de los equipos destinados a matar a los magos del velo y los demás se han unido a sir Kay en el equipo que haría frente a la invasión.

En su segunda llamada, se ha puesto en contacto con el ejército británico.

–Ha hecho oídos sordos –dice con expresión sombría–. El plan de Auberon ha funcionado de maravilla. Tan pronto como el velo ha caído, ha lanzado su ataque falso al sur de Francia. Francia e Inglaterra han respondido recurriendo a todas sus armas. La mayor parte del ejército y la marina británicos están allí ahora.

–Pero los fey inmunes al hierro no atacarán ahí –insisto, asqueada.

–El MI-13 está enviando a todo el mundo a Dover, pero la mayoría de nuestros agentes están demasiado lejos. Nosotros somos de los que más cerca estamos.

–Tenemos que reunir a tantos agentes como podamos y partir hacia Dover lo antes posible –digo tragando saliva.

Raphael asiente.

–Eso es justo lo que estaba pensando.

Me da un vuelco el estómago. Las decenas de miles de personas que viven en Dover no tienen ni la menor idea de lo que se les viene encima.

Capítulo 45



Dos días más tarde.

Con mi arco y mi carcaj sujetos a la espalda, escudriño el horizonte con la mirada entornada mientras el viento salado me azota la cara. El sol está saliendo sobre el Paso de Calais. Bajo la luz del alba, los famosos acantilados blancos son una pincelada de color oro rosa sobre el horizonte azul bígaro.

Nuestro barquito navega a toda velocidad en dirección a la costa de Inglaterra. Yo no dejo de buscar esa nube de humo y escombros que sucede a la muerte o algún grupo de barcos fey atracados en el puerto de Dover, pero todavía no hay ni rastro de la batalla. Solo la luz dorada del sol baila sobre el mar.

Es una mañana tranquila, lo cual resulta irónico teniendo en cuenta lo que está a punto de pasar.

–¿Cómo van esos mareos? –me pregunta Tana deteniéndose a mi lado.

–He estado peor –respondo agarrándome con fuerza a la barandilla del barco.

Han sido dos días muy largos. Antes de zarpar, conseguimos reunir a unos cuantos miembros de los equipos que habían sido enviados a asesinar a los magos del velo. Freya, Serana, Nivene y Tana se han subido con nosotros al barco y, aunque no somos ni de lejos los suficientes para enfrentarnos a los fey, contar con ellas es mejor que nada.

La brisa fría me revuelve el pelo al tiempo que el miedo se me asienta en el estómago.

–¿Has visto alguna novedad? –le pregunto–. ¿Algún atisbo de lo que va a pasar en Dover?

Ella niega con la cabeza.

–Las guerras empañan el futuro y nublan mis visiones. Ahora mismo, sé tanto como tú sobre lo que se avecina.

–¿Y no lo odias?

–No tanto como podrías pensar.

Respiro hondo y trato de calmar las náuseas.

–Ya casi hemos llegado –añade ella con suavidad.

Veo unas cuantas casas en la lejanía, así como el rompeolas que se adentra en el mar. Entrecierro los ojos para buscar una vez más una nube de humo, una montaña de escombros.

–¿Llegamos tarde?

–No creo –susurra pasándome unos prismáticos–. Me parece que llegamos justo a tiempo.

Miro a través del instrumento. Todo parece tranquilo; las grúas del puerto permanecen inmóviles. No hay ningún navío atracando o zarpando en los muelles, y tampoco veo rastro de barcos fey.

Las tropas británicas se han desplegado por el puerto y los soldados van armados con fusiles. Puede que nosotros no lográramos convencerlos, pero parece que el MI-13 ha tenido más suerte. Dejo escapar una lenta y profunda exhalación.

El sol sigue trepando por el cielo y bañando la costa de dorado mientras navegamos a toda velocidad en dirección al puerto, un entramado de muelles y dársenas que se adentran en el mar y parecen diminutos en comparación con los imponentes acantilados besados por la luz del amanecer. Las gaviotas pasan volando por encima de nosotros, chillando en el viento otoñal. A medida que el barco aminora la velocidad, enfilamos uno de los muelles con un ronroneo del motor. Un viejo castillo de piedra se alza sobre los acantilados, teñido de un color dorado. La Union Jack y la bandera del puerto de Dover ondean al viento en sus torres.

Tengo el estómago muy revuelto y las náuseas me hacen salivar. Me muero de ganas por bajar del barco y regresar a tierra firme, así que, en cuanto atracamos, corro hasta el muelle y apoyo las manos sobre las rodillas.

Menuda imagen: la grandiosa agente con torques de acero avalino intentando no echar la pota en medio del puerto porque no es capaz de tolerar un par de olitas.

Cuando las náuseas se mitigan, me incorporo y veo que un oficial del ejército con una espesa barba gris se acerca a Raphael. Va acompañado de cuatro hombres armados.

–¿Quién demonios sois? –ladra–. El puerto está cerrado.

–Soy el agente Launcelot, del servicio de inteligencia secreto –dice Raphael, que le muestra una tarjeta de identificación al oficial–. Tengo que hablar con la persona que esté a cargo de esta operación.

–Puedes hablar conmigo –responde el otro con impaciencia–. Soy el capitán Atkinson y soy quien está al mando aquí. ¿Dices que eres del servicio de inteligencia? ¿De qué departamento?

–Atkinson, el velo ha caído –dice Raphael ignorando su pregunta–. Y los fey están a punto de invadir Inglaterra. Tenemos que...

–Estoy al tanto de todo, pero ya no hay nada de lo que preocuparse –lo interrumpe el hombre de mala manera–. Aunque llevamos dos días preparándonos, la amenaza está controlada. Ayer tuvo lugar una batalla entre las fuerzas británicas y los fey en el sur de Francia. Un pelotón de tanques armados con munición de hierro

derribó a la mitad de sus tropas en una hora. No van a llegar hasta aquí.

Me da un vuelco el corazón.

–Ese ataque era un señuelo –intervengo–. El verdadero ejército fey viene hacia aquí y llegará muy pronto.

Arquea una ceja.

–Según tengo entendido, las fuerzas enemigas no saldrán de Francia.

–¿Han evacuado la ciudad? –pregunto.

–No voy a sembrar el pánico entre los civiles sin un motivo de peso. Como ya os he dicho, no van a llegar hasta aquí. La situación ha quedado controlada en Francia.

–Entonces, ¿dónde está todo el mundo? –pregunta Raphael.

–A salvo. La población no corre ningún peligro. Hemos recibido una alerta por el avistamiento de un dragón a unos kilómetros al sureste, así que hemos mandado a la gente a los refugios por si acaso. Además, tenemos dispositivos antidragones en caso de que el monstruo aparezca por aquí.

–¿Dispositivos antidragones? –pregunto.

El hombre pone los ojos en blanco.

–No hay de qué preocuparse, guapa. El ejército está preparado para afrontar este tipo de situaciones. Estas armas disparan una ráfaga de balas revestidas de hierro con una precisión mortal. Podemos enfrentarnos a un dragón, e incluso dos si hace falta. Pero no creo que eso ocurra.

–Estos dragones son inmunes al hierro. –Aprieto los dientes–. Y vendrán más de dos. Hay que evacuar la ciudad.

–¡Ni de broma! Para eso están los refugios. Una evacuación desataría un auténtico caos. Un auténtico caos –repite para darles más énfasis a sus palabras–. ¿Y para qué? Insisto en que la amenaza está en Francia.

–¡Capitán! –exclama uno de sus hombres.

Atkinson se ha puesto colorado.

–Mirad, no es la primera vez que trato con el «servicio de inteligencia» y, en mi opinión, me temo que no le hacéis ningún honor al nombre. Inteligencia, ¿de qué? –Señala nuestro pequeño

grupo con el dedo–. Siempre os habéis creído mejor que el resto, ¿eh, fantasmillas? Odiáis que el ejército esté al mando y que tengamos todo bajo control. Además, estamos borrando a los fey del mapa en el sur de Francia, e incluso si un par de enemigos sueltos logran llegar hasta aquí...

–¡Capitán!

–... podremos con ellos. Esto es Dover. Llevamos quince años a menos de cincuenta kilómetros de la frontera fey. ¿Os creéis que hemos estado aquí viendo la vida pasar? No, nos hemos estado preparando para esto. En esta ciudad hay tanto hierro que podríamos derrotar a todos los fey del mundo y encima sobraría para...

–¡CAPITÁN!

–¿Qué? –pregunta el capitán volviéndose hacia su subordinado.

–Acaban de llegar noticias del puesto de mando. Vienen varios dragones y una flota de barcos hacia aquí.

El capitán aprieta los puños.

–¿Cuántos son?

–No están seguros, pero son numerosos.

Señalo el horizonte.

–¿Por qué no los cuenta usted mismo, capitán?

En la lejanía, entre las nubes, aparecen al menos una decena de puntos rojos, verdes y negros. Dragones. Y, debajo de ellos, navega una resplandeciente masa de buques cuyas velas al viento han adquirido un tono rosado bajo la luz del amanecer. La bruma susurra entre las quillas y los dragones surcan el cielo sobre las embarcaciones, bañados en oro.

Se me entrecorta la respiración.

–Mierda. –Atkinson se queda mirando el imponente despliegue fey y masculla–: Que vengan si se atreven. ¡Los enviaremos de vuelta al infierno de las hadas!

–Capitán, tiene que escucharme –le digo, consciente de que está a punto de acabárseme la paciencia–. El hierro no servirá de nada con este ejército. Les superan en número en una proporción de diez a uno, y llegarán aquí en menos de una hora. Tiene que evacuar la

ciudad o acabarán con quienes se encuentren por el camino. ¿Recuerda lo que pasó en Bretaña?

–No creo que sepas tanto sobre los fey y el hierro como yo, guapa. Nuestro castillo cuenta con un buen número de cañones. Y no voy a poner en marcha una evacuación a no ser que el jefe de estado mayor o el primer ministro me lo ordene.

–Pues llámelos –escupe Raphael.

Atkinson lo fulmina con la mirada. Ambos mantienen el contacto visual durante unos segundos, pero el capitán termina cediendo.

–Buscad un lugar seguro, agentes –dice a regañadientes–. Esto se va a poner feo, y vosotros no tenéis lo que hay que tener para plantarle cara a lo que está a punto de ocurrir aquí. Yo voy a ir al castillo, y a vosotros más os vale desaparecer de mi puta vista.

Se aleja ladrándoles órdenes a sus hombres.

–Menudo gilipollas –dice Serana detrás de mí.

–Tendremos que intentar evacuar a tanta gente como podamos –sugiero volviéndome hacia mis compañeras.

Una arruguita aparece entre las cejas de Raphael.

–Tana, ¿podrías averiguar dónde están los refugios que ha mencionado el capitán?

–Sin problema –dice ella.

Raphael asiente.

–Bien. Ve a buscarlos con Serana. Nivene, Freya, habrá que encontrar la ruta más rápida para evacuar a los civiles. Se desatará el caos, pero tendremos que asegurarnos de que el camino permanezca despejado.

–Nos ponemos a ello enseguida.

–¿Y qué pasa con Nia? –pregunta Serana

–Raphael y yo os ayudaremos a ganar tiempo –digo con un carraspeo. Levanto los prismáticos de Tana–. ¿Te importa si te los cojo prestados?

–Para nada.

Los dragones se están acercando y ya alcanzo a distinguir los detalles de los buques más cercanos, así como el brillo de las armas que llevan en cubierta. No tarda en embargarme la sensación de que mis flechas no van a servir de nada.

–Sé que no somos soldados, pero, en este caso, nos habría venido de perlas estar entrenados en el manejo de armas de fuego –digo.

Raphael me lanza una mirada preocupada.

–Me temo que hoy nos va a tocar serlo. Ni se te ocurra apartarte de mi lado, ¿me oyes? No quiero que te pase nada.

Un destello de miedo surca su mirada y pienso en aquel tiempo en que lo consideré un hombre sin sentimientos.

Capítulo 46



Raphael y yo subimos a toda prisa la estrecha escalera de piedra que conduce al castillo de Dover siguiendo a una tropa de soldados británicos. Apenas he pegado ojo en los últimos días y, aunque ya me cuesta respirar, la adrenalina me empuja a seguir adelante.

Mientras corro, mis pasos resuenan al ritmo de mi corazón desbocado.

En lo alto de la escalera, la puerta da a las almenas. La brisa otoñal me revuelve el pelo mientras contemplo el mar salpicado de oro. La flota que se aproxima me deja sin aliento. Hay infinidad de buques compuestos de tres mástiles y un mínimo de veinte velas. Se acercan a toda velocidad, son una auténtica legión, y cada uno de

ellos está abarrotado de soldados fey con armadura. Los dragones que plagan el cielo tienen la envergadura de una casa y sus escamas resplandecen bajo la luz rojiza. El miedo me sacude las costillas.

Se me encoge el corazón al ver a través de los prismáticos que una de las criaturas vomita un chorro de fuego en el cielo iridiscente. Bastaría con tres de esos dragones para masacrar Dover en una hora. Y he contado quince.

Entre los buques hay serpientes marinas, monstruos venidos de otro mundo, retorciéndose con movimientos rítmicos. Se oye el rugido de los cuernos fey desde los barcos. Sus trompas de guerra miden casi dos metros de alto, se alzan sobre la cabeza de los soldados, y el extremo final de cada una, decorado con cascabeles, tiene la forma de distintas bestias salvajes. El viento marino arrastra su espeluznante sonido y hace que un estremecimiento se me cuele bajo la piel.

No estamos preparados para enfrentarnos a ellos. Inglaterra no está lista para la invasión.

Atkinson vocifera órdenes junto a uno de los cañones.

–¡Esperad a que estén lo bastante cerca! –grita–. Quiero que cada DAD apunte a un dragón distinto. Coordinaos entre las distintas torres. Tenemos seis dispositivos, así que deberían bastarnos para derribar a esas bestias antes de que nos alcancen.

DAD. Dispositivo Antidragones. Recuerdo lo que dijo Tana hace unos meses. «Estos espías y sus acrónimos». Parece que han pasado años desde el día en que los conocí. Me cuesta identificarme con quien todavía era al principio de aquel día: una chica que disfrutaba de sus vacaciones y solo quería comerse un trozo de tarta de cumpleaños y beber un poquito de champán en la playa.

Y ahora estoy viendo cómo una flota de barcos de guerra fey y un escuadrón de dragones escupefuego se aproximan a los acantilados de Dover, decididos a destruirnos.

Pero ya no hay vuelta atrás.

Me giro hacia Atkinson.

–Las escamas de esos dragones son más gruesas que la coraza de un tanque. Lo único que vais a conseguir va a ser cabrearlos.

–Juraría haberos pedido que desaparecierais de mi puta vista –escupe.

–Tienes que hacerle caso. –La voz de Raphael es fría como el acero–. Sabe más sobre esta fuerza invasora que cualquiera.

–¡Vosotros dos, fuera de las almenas!

Considero plantarle cara, pero no hay tiempo que perder. Los dragones cada vez están más cerca.

–Lo siento –digo en voz baja.

–¿Por ser un grano en el culo? –pregunta el capitán enarcando una ceja.

–No, por esto.

Extiendo la mano y le toco la mejilla para enviarle un torrente de poder a la cabeza. Lo veo todo. El niño que crecía con las historias de los héroes que lucharon contra la invasión fey se alistó en el ejército buscando aventuras. Sin embargo, cuando estuvo listo para luchar, los humanos y los fey ya habían acordado un alto el fuego. Veo las constantes decepciones que se ha llevado a lo largo de su vida. Su carrera se estancó porque nunca tuvo contactos ni fue lo bastante bueno. Al final, acabó encabezando el destacamento de Dover, que nunca ha hecho nada importante.

La de ahora es su gran oportunidad. *Esos malditos fey no saben con quién se han topado. Llevo toda la vida esperando el momento de convertirme en un héroe.*

El tamaño de la flota y los dragones que surcan el cielo lo tienen extasiado. Piensa que se le conocerá como el capitán que frenó a los fey a pesar de que sus hombres estaban más que superados en número.

Aprieto los dientes. El ego de un solo hombre va a conseguir que toda el área acabe devastada.

Pero yo no voy a permitirlo.

Me adentro más en su mente e impongo mi voluntad sobre la suya. A diferencia de Caradoc, el capitán es fácil de manipular. Los años que ha pasado en el ejército le han enseñado que siempre tendrá a algún superior ante el que responder. Y, en este caso, esa voy a ser yo.

Me inclino hacia adelante haciendo como si estuviera hablando en voz baja con él, por si alguien nos está observando, y entonces le doy un último empujón mental.

Carraspea con expresión sorprendida y dice en voz alta:

–Esta mujer es Nia Melisende, una agente de los servicios de inteligencia experta en las fuerzas fey. Ella tomará las riendas de la operación a partir de ahora.

Los soldados que nos rodean nos miran indecisos. Llevan más de un año entrenando con Atkinson y nada los ha preparado para que una desconocida asumiera el control de la situación, así que no puedo permitirme darles tiempo para pensar.

–No van a poder hacerles daño a los dragones –les digo con voz firme y autoritaria–. Sus escamas son demasiado gruesas. Además, son inmunes al hierro, de manera que ni siquiera uno de sus misiles los matará.

–¿Y qué hacemos entonces? –pregunta un soldado.

Estudio a las bestias que vuelan hacia nosotros entornando los ojos y hurgo entre los recuerdos de Caradoc hasta dar con un punto débil. Ahí.

–Ese dragón plateado con un brillo rojizo es el más viejo y débil de todos –anuncio señalando a la enorme criatura–. Sus escamas son más delgadas y los fey no consiguieron volverlo del todo inmune porque el tratamiento lo estaba haciendo enfermar. Si concentran sus ataques en él, puede que consigan derribarlo.

–¿Y qué pasa con el resto? –pregunta otro soldado.

–Los fey no tienen muchos dragones, y su plan es que la campaña vaya para largo. No querrán perder ningún dragón durante este ataque, así que, si matamos a uno, es posible que el resto retroceda para evitar más bajas y dejar que las tropas se encarguen del trabajo.

No tengo ni idea de si mi plan funcionará, pero rezo para que así sea.

–¡Tendremos a los dragones a tiro en veinte segundos! –grita alguien.

–Coordinaos con el resto de los equipos DAD –les ordeno, apremiante–. Que todos apunten al dragón plateado. ¡Ahora!

–Un momento –farfulla Atkinson.

Mierda. Se ha recuperado. Me vuelvo hacia él, lista para decirle algo, pero Raphael ya está a su lado. Le ha rodeado el cuello con una mano y le está aplicando presión de tal manera que su propio cuerpo le sirve de escudo para ocultar al capitán de la vista de sus soldados.

A Atkinson se le cierran los ojos y se derrumba en brazos de Raphael.

–Se encuentra mal –murmura Raphael–. Yo me encargo de él.

Pero, llegados a este punto, los soldados ya no le están prestando atención. Todas las miradas están fijas en los dragones.

–¡Preparados! –brama un sargento por una radio antigua, y les ordena a todos los artilleros que apunten al dragón de escaman plateadas y rojizas.

Los soldados orientan los cañones, unas armas pesadas y rudimentarias que funcionan por medio de un sistema de poleas y que nada tienen que ver con la flamante tecnología de mira automática que dejó de funcionar cuando los fey nos invadieron.

Me centro en el dragón enfermo que vuela el último de su escuadrón.

–¡Fuego! –ruge el sargento.

Me cubro las orejas, pero los estallidos son ensordecedores. El primer disparo se desvía. El segundo, mucho más acertado, alcanza el cuerpo del dragón... y rebota. Gruño desesperada.

Pero los otros dispositivos ya están disparando desde las almenas del otro lado, así como desde los puestos de vigía que hay repartidos por los acantilados.

Levanto los prismáticos y veo que un chorro de sangre brota del dragón plateado. La criatura echa la cabeza hacia atrás y cae al mar con un rugido. Mientras sigo su trayectoria a través de las lentes de aumento, espero que choque con la superficie del agua, pero consigue estabilizarse batiendo las alas con fuerza. No está muerto, pero sí gravemente herido.

Los demás dragones se dan media vuelta y trazan un círculo. La rabia que brilla en sus ojos de depredador es evidente incluso desde donde me encuentro. Durante unos segundos, permanecemos con el

alma en vilo. Si deciden bajar a la ciudad y desatar su ira, estaremos condenados a arder.

Sin embargo, veo aliviada que extienden las alas y retroceden. Han decidido que no merece la pena poner en peligro a los dragones, porque las tropas fey ya casi han llegado a la costa y se encargarán de todo.

–Bien hecho. –Raphael me toca la parte baja de la espalda–. Tengo algo que enseñarte.

Me conduce hasta el otro extremo de la torre, desde donde se ven las calles de Dover. Las carreteras están abarrotadas. Han dado comienzo a la evacuación, pero no avanza lo bastante rápido.

La gente se ha colocado en dos largas filas. Me acerco los prismáticos a los ojos y veo que Serana está guiando a una de ellas por las calles de la ciudad.

–Tenemos que conseguirles más tiempo –le digo a Raphael.

–Eh..., perdone –interviene una voz masculina–. ¿Comandante Melisende?

¿Comandante? Me gusta cómo suena, así que no pienso corregirlo. Me vuelvo hacia el hombre.

–¿Sí?

–¿Qué es eso? –pregunta señalando el mar.

Me vuelvo para ver a qué se refiere y se me cae el alma a los pies. Una neblina resplandeciente precede a los buques de guerra de los fey; su presencia hace que me zumben los oídos. Es el velo.

¿Cómo no se me había ocurrido considerar esa posibilidad? Han dejado de utilizarlo como una barrera para convertirlo en un arma.

–Ni siquiera van a tener que arriesgar la vida para conquistar Inglaterra –murmuro–. Su intención es matar a todo el mundo con el velo.

–¿Podrás inhabilitarlo? –pregunta Raphael con cierto nerviosismo.

Me flaquean las piernas. Tengo tanto miedo que apenas soy capaz de pensar con claridad.

–Durante unos segundos. Puede que incluso aguante un minuto, pero tendré que parar en algún momento. Les bastará con rodear la ciudad con él y esperar.

Raphael se ha quedado inmóvil, aunque la brisa otoñal sigue revolviéndole los rizos oscuros.

–Pensaba que el velo desaparecería para siempre al matar a Caradoc.

–Solo el de la frontera, porque abarcaba cientos de kilómetros. Este será mucho más pequeño, pero todavía lo bastante grande como para cubrir la ciudad. Solo necesitan a un mago del velo para...

Me interrumpo mientras escudriño los barcos que se aproximan a través de los prismáticos y aguzo el oído para captar los sonidos del velo y localizar la embarcación exacta donde suenan más fuertes.

–¿Qué pasa? –pregunta Raphael.

–¡Ahí! –Señalo el barco con una figura vestida de negro en la popa–. Ese es el mago del velo. Sargento, ¿cuentan con algún tirador?

–Sí –dice confundido–. Pero... ¿no ha dicho que ahora los fey son inmunes al hierro?

–Solo algunos. Sin embargo, aunque el hierro no los envenene, las balas los ralentizarán. Si les disparan las veces suficientes, acabarán muriendo igual que un humano. ¿Podrán derribar al mago?

El sargento ladra unas cuantas órdenes por la radio y sus hombres comienzan a disparar.

El aire centellea. Se inunda de disparos y de nubes de humo. El sargento suelta una palabrota al ver que el mago sigue en pie.

–¿Qué pasa? –pregunto.

–Debe de contar con algún tipo de escudo mágico –dice.

El velo ya casi ha llegado a la ciudad. Invoco mi poder de centinela y dejo que florezca en mi interior. Enseguida veo la neblina que avanza hacia nosotros, envuelta en un manto de energía mágica. Más allá de él, percibo una barrera distinta. Una que no me resulta familiar. Es en esa en la que debo centrarme.

–Tal vez pueda inutilizarla durante unos segundos. Que sus hombres disparen a mi orden, sargento.

–Eso está hecho, comandante.

Aprieto los dientes y envío una ráfaga de poder hacia la barrera. No es una maraña que pueda desenredar como en el caso del velo,

sino que me recuerda más a un muro de energía contra el que mi magia rebota.

–Nia –masculla Raphael.

Aprieto todavía más la mandíbula. Noto que hay un punto en la barrera donde la capa de energía parece menos gruesa. Concentro todo mi poder en él.

Y el escudo cae.

–¡Ahora! –grito.

Oigo el sonido de los disparos. El frío agotamiento me cala hasta los huesos. Al ver que me echo a temblar, Raphael me rodea la cintura con un brazo y me envuelve con su calor.

–No nos dejes, comandante –me susurra al oído.

Me estremezco y me apoyo en él para estudiar la flota que se aproxima. Las velas de los buques se hinchan con el viento.

Dejo escapar una lenta y prolongada exhalación. El velo ha desaparecido. El mago yace desmadejado en la proa del barco, posiblemente muerto. Rezo para que no haya ninguno más, porque no me quedan fuerzas para enfrentarme a otro.

Recorro el horizonte con la mirada, pero del mar no emergen más velos.

Me alejo de Raphael y me dirijo hacia el lado de las almenas que da a la ciudad. Todavía hay más personas de las que me gustaría abarrotando las calles de Dover.

–Las tropas tomarán las calles –dice Raphael con tono sombrío.

–Bueno –susurro–. Entonces, tendremos que ralentizarlos para que al resto de los civiles les dé tiempo a huir. De lo contrario, habrá un baño de sangre.

–Bajemos a los muelles. Hay que levantar una barricada.

Capítulo 47



Me agazapo tras la barricada que hemos improvisado con coches y vehículos militares cerca de los muelles. Una línea de soldados británicos espera conmigo, con las armas apuntando hacia adelante. Está claro que no tenemos nada que hacer contra los fey, pero al menos intentaremos frenarlos.

Me asomo por encima del capó de un coche para estudiar los buques que navegan en dirección a la costa. Nos las hemos arreglado para hundir uno de ellos con los cañones y causarle unos cuantos daños a otro, pero los demás han seguido adelante.

Una ráfaga de flechas vuela sobre nosotros y oscurece el cielo durante unos instantes aterradores. No podemos devolverles el ataque. Los fey están prácticamente blindados gracias a las barreras

mágicas que han erigido a su alrededor, y solo yo tengo el poder de inhabilitarlas, pero estoy al límite de mis fuerzas.

Los cañonazos y los disparos truenan a nuestro alrededor mientras evalúo la situación: las flechas sobresalen de los cadáveres que plagan nuestro lado de la barricada, la sangre empapa las calles y el humo flota amargo en el aire.

Me agacho un poco más tras el coche. Hay más flechas tiradas cerca de mí en el suelo, y los gritos se mezclan con los demás sonidos de la batalla. Los fey pronto se abrirán paso por Dover y matarán a todo aquel que se cruce en su camino.

Desde los muelles llega el golpeteo grave y rítmico de los tambores de guerra fey, tan sonoro como el estruendo de los cañones. Los fey tocan también sus cuernos, cuyo estridente sonido me atraviesa el pecho y hace que el miedo me ciegue.

Al ver que otra ráfaga de flechas ensombrece el cielo, me presiono contra la puerta del coche. Los proyectiles caen al suelo, a escasos centímetros de donde me encuentro.

Me asomo una vez más por encima del capó y descubro que tres de los buques han llegado a la costa. El corazón me late con fuerza cuando los guerreros salen a cubierta y la luz de la mañana baña su armadura. Cargan contra nosotros envueltos en sus centelleantes barreras mágicas mientras sus desgarradores gritos de guerra, tan aterradores como los alaridos de una banshee, son arrastrados por el viento.

El sargento me mira de reojo.

–Todavía no –digo.

–¡Aguantad! –les grita él a los soldados.

Más y más fey siguen llegando a la costa y abarrotando los estrechos muelles. Los primeros que han bajado están ya a menos de veinte metros de nosotros.

Invoco mi poder y, en cuanto su chispa escarlata prende en mi mente, lo lanzo contra sus barreras mágicas. El escudo se rompe en mil pedazos y el calor abandona mi cuerpo. Me quedo helada.

–¡Fuego! –aúlla Raphael rodeándome con los brazos.

Una decena de soldados con armas semiautomáticas empiezan a disparar a mi alrededor.

A pesar de que el hierro no tiene ningún efecto sobre este ejército y de que el cuerpo de los fey es mucho más resistente que el de los humanos, un número suficiente de disparos también puede matarlos.

Me estremezco al ver que varios de los primeros atacantes caen al suelo muertos o heridos. Puede que nos superen en número, pero nuestras armas son lo bastante eficaces como para compensar la balanza.

Raphael me pega contra su cuerpo. Aunque su intención es combatir el frío que me asola, sé que también busca protegerme, mantenerme entre algodones para asegurarse de que permanezco a salvo. Pero no estamos aquí para salvar al otro, ¿verdad?

Los fey siguen llegando, escuadrón tras escuadrón, bramando aullidos de guerra que rivalizan con el estruendo de la lluvia de balas a la que se enfrentan.

Pese a nuestra superioridad armamentística, ya casi los tenemos encima. El caos se desata en cuanto trepan por nuestra barricada improvisada y los soldados disparan de nuevo.

Raphael salta al capó de un coche y desenvaina su espada. Un fey lo sigue, pero él le corta el cuello e, inmediatamente después, desarma a otro atacante. Luego tira a un tercero del capó de una patada y lo embiste por la espalda con su acero. Raphael se ha convertido en un torbellino de violencia que atraviesa con su espada a cualquiera que se le acerque más de la cuenta.

Pero los fey ya han sorteado las barricadas que tenemos más cerca y se están adentrando en las calles de Dover.

Me quito el arco de la espalda y disparo una flecha que se entierra en el costado de un guerrero fey justo cuando está a punto de matar a golpes a un soldado humano. La siguiente flecha que disparo no consigue dar en el blanco.

Se sucede una nueva lluvia de disparos cuando los francotiradores que hemos repartidos por los edificios aledaños entran en acción. A nuestro alrededor reina la anarquía y el olor de la sangre se mezcla con el de la pólvora. Al menos he conseguido derribar la barrera que protegía a los fey.

Aun así, parece que algunos siguen siendo prácticamente invulnerables a las balas. Un guerrero fey recibe un disparo en el pecho, pero apenas lo frena cuando irrumpe en uno de los edificios donde está apostado uno de nuestros francotiradores. Unos segundos más tarde, un soldado humano cae muerto desde una de las ventanas del último piso.

Mientras cargo otra flecha en mi arco, un fey de casi dos metros y cabello plateado se planta ante mí de un salto y me lanza un hachazo con un rugido desatado. Yo ruedo para apartarme de él, pero me sigue y, cuando intenta atacarme de nuevo, se tambalea con una expresión sorprendida y cae de rodillas. Un reguero de sangre brota de su pecho. Raphael está detrás de él, con la espada manchada de escarlata.

–Tenemos que irnos, Nia.

Asiento y me pongo de pie.

–Ordene la retirada, sargento.

–El sargento ha muerto –me dice Raphael mientras limpia su espada.

Sigo la trayectoria de su mirada y veo que el hombre yace en medio de un charco de sangre a unos cuantos pasos de nosotros. Su mirada vacía permanece clavada en el cielo.

–¡Retirada! –les grita Raphael a los soldados–. ¡Vamos, vamos!

Los soldados obedecen y disparan de vez en cuando mientras se retiran. Atkinson los tiene bien entrenados. Los tiradores se cubren los unos a los otros y consiguen alejarse de los fey al tiempo que frenan su avance.

Raphael me coge de la mano y me saca a rastras de la línea de fuego. Me cuesta tanto seguirle el paso que me tropiezo prácticamente con mis propios pies. Corremos hacia los muelles con el estruendo de las armas y los gritos inundando el aire. Ya me estoy quedando sin aliento.

–¡Tenemos que llegar a los acantilados y salir de la ciudad! –le grito a Raphael.

–No lo lograremos. Ya hay demasiados fey.

–¿Tienes un plan mejor?

–Volvemos al barco.

Tiene razón. Es un milagro, pero el barco en el que hemos llegado hasta aquí sigue amarrado en el extremo de uno de los muelles. Y, aunque los fey se han traído una flota entera, casi todos han atracado al otro lado del puerto.

–¿Y qué pasa con las serpientes marinas?

–No le prestarán atención a un barco tan pequeño. Si están aquí es para proteger a su flota de la marina británica. O, al menos, eso espero.

–¿Cómo que eso esperas?

–No tenemos muchas más opciones.

Llegamos al largo embarcadero y lo cruzamos a toda prisa mientras las olas rompen a ambos lados. El barco está a unos doscientos metros de nosotros. Lo alcanzaremos en unos cinco minutos y entonces saldremos de...

Ay, mierda.

Aún quedaban algunos guerreros desembarcando. Cinco de ellos vienen hacia nosotros y nos cortan el paso.

–¡Raphael! –exclamo.

Nos detenemos casi derrapando. Los guerreros que cierran el grupo son dos de los fey más aterradores que he visto jamás. Son un hombre y una mujer de más de dos metros de altura, vestidos con armadura negra. Ambos llevan una capa roja que ondea al viento como un estandarte. La mujer sostiene un hacha de guerra en cada mano, mientras que el hombre blande una espada descomunal que resplandece bajo la luz del sol. Comparados con esos dos, los fey que los preceden parecen soldaditos de juguete.

–Los mellizos –dice Raphael con voz sombría.

–¿Quién?

–Maertisa y Vidal. Son dos de los capitanes más fieros del ejército de Auberon. Deben de ser quienes están al mando de esta operación.

–Ah –digo después de tragar saliva. Me vuelvo para emprender la retirada y descubro que tenemos otros tres soldados detrás avanzando hacia nosotros–. Estamos atrapados.

–No te separes de mí –me pide Raphael levantando la espada.

Me coloco espalda contra espalda con él para enfrentarme a los tres fey que vienen de la ciudad mientras mi mente grita muerta de miedo. Disparo una flecha y le atravieso el cuello a uno de ellos, pero los mellizos y sus esbirros se están acercando por el otro lado. Raphael se mueve a toda velocidad con un silbido de su espada. Consigue herir a uno de los soldados y mata al siguiente de una sola estocada, pero el tercero bloquea su ataque con su propia espada.

Los dos soldados fey que vienen desde la ciudad se abalanzan sobre mí y yo saco uno de mis cuchillos. Oigo a Viviane riñéndome en mi cabeza: *¿No ves que con ese cuchillito no tienes nada que hacer frente a una espada?*

Me agacho ante el primer ataque, giro sobre los talones y toco la mano del fey. Canalizo mis poderes avivándolos con el pánico que me embarga y vuelco ese mismo miedo en su mente. No puedo pararme a procesar los extraños pensamientos que me asolan al entrar en contacto con él, así que me limito a abrumar sus sentidos para aturdirlo y hacer que confunda a su amigo con un enemigo. Se vuelve y, tan pronto como atraviesa a su aliado con su espada, me libero de la mente del fey mientras este se queda mirando al soldado al que acaba de matar.

–¡Einion! –grita atormentado.

Su confusión me da la oportunidad que necesito para abalanzarme sobre él y atravesarle el cuello con mi daga. El fey abre la boca con una mezcla de sorpresa y dolor, cae del muelle al mar embravecido y desaparece bajo las olas.

Me doy la vuelta respirando con dificultad. A los pies de Raphael yacen otros tres fey muertos. Ahora está luchando con Vidal, y sus espadas entrechocan ruidosamente mientras se baten en duelo. La mujer, Maertisa, ha desaparecido, así que supongo que se la habrán tragado las olas igual que le ha pasado al último soldado que he matado. Adopto una posición de ataque antes de calcular la distancia que me separa de Raphael y su oponente. El enorme fey está a unos diez metros de mí. Cuando me preparo para ir a por él, alguien me agarra la mano y me la retuerce.

Suelto la daga con un grito de dolor y noto que un arma presiona mi cuello cuando intento alcanzar el otro cuchillo que escondo en la

bota.

–Ni lo intentes –me susurra Maertisa al oído al tiempo que me clava un poco más su arma en el cuello.

Delante de mí, Raphael bloquea un poderoso ataque de Vidal y dibuja una espiral con la espada para lanzar la de su oponente al mar. El fey forcejea para tratar de hacerse con el arma de Raphael, pero este le asesta un golpe en la cara con la empuñadura. Vidal cae de rodillas y Raphael levanta la espada para terminar el trabajo.

–¡Raphael Launcelot! –grita Maertisa, que afianza la posición del hacha contra mi cuello–. Tu reputación te precede.

Raphael echa la vista atrás y, al reparar en la situación en la que me encuentro, agarra al hermano de la fey y le pega la espada ensangrentada al cuello.

–Como le hagas daño, descubrirás lo que es ser hija única –le advierte con voz gélida.

Nos quedamos inmóviles en el muelle mientras el viento aúlla a nuestro alrededor y la sangre que me brota del cuello me gotea en la camisa. No me atrevo ni a tragar saliva.

–Vaya, esto sí que es interesante –dice la fey como si se lo estuviera pasando en grande.

–Acaba con ella, Maertisa –ruge Vidal.

–Silencio –le ordena Raphael presionándole más la espada contra el cuello–, o te cortaré una oreja.

–Bueno, bueno, tranquilidad –dice Maertisa con tono suave como la seda–. Recordemos que no somos unos bárbaros como los humanos. Hablemos.

–No tenemos nada de lo que hablar. Suelta a esa mujer y déjanos llegar al barco. Una vez allí, liberaré a tu hermano y nos marcharemos.

–No te lo crees ni tú –responde ella antes de soltar una gélida carcajada–. Suelta a mi hermano y entonces dejaré marchar a mi nueva amiguita.

–Ni en broma.

–Pues nos quedaremos aquí hasta que mis soldados vengan a ver por qué se están retrasando sus capitanes

–Como un solo fey se acerque a nosotros, mataré a tu hermano sin pensármelo dos veces –ruge Raphael.

–Uf, ¿a qué viene esa fijación con el asesinato, Launcelot? –suspira Maertisa–. Había oído rumores sobre ti, pero no esperaba que fueras tan sanguinario. Está bien. Vamos a hacer una cosa. Iremos hasta el barco juntos y, una vez allí, liberaremos a nuestros respectivos rehenes a la vez y lo dejaremos en un empate.

–De acuerdo –dice Raphael después de considerarlo detenidamente.

Canalizo mi poder a través de la mano con la que Maertisa me agarra el brazo y me adentro en su mente casi de inmediato. Me siento como si estuviera leyendo los pensamientos de una araña cuyos muchos años de vida la han vuelto muy astuta. Su pasado está plagado de fey muertos a sus manos, y tiene intención de hacernos sufrir el mismo destino.

–¡Es una trampa! –exclamo–. Tan pronto como zarpemos, enviará a una serpiente marina tras nosotros. Esas criaturas la obedecen.

–Vaya. –La fey ríe–. Mi amiguita es una telépata. ¡Qué divertido! He de admitir que tiene razón, pero ¿quién sabe? A lo mejor os las arregláis para escapar.

Ya me he hartado. Combino mis dos poderes y me cuelo en su mente. La obligaré a tirar el arma y...

Ni se te ocurra, piensa antes de echarme de su mente de un manotazo.

Jadeo al notar que la conexión se rompe.

–No vuelvas a hurgar en mi mente –me advierte Maertisa en voz alta–. A la próxima, la que perderá una oreja serás tú.

–No la toques –dice Raphael apretando los dientes.

–Estoy empezando a cansarme –replica Maertisa–. Si seguimos así, no habrá esperanza ni para vosotros ni para mi hermano. Es un zoquete, pero le tengo cariño, así que no pienso permitir que eso pase. Como es evidente, tampoco voy a dejaros marchar a los dos. Sería una estupidez, porque Auberon nos despellejaría vivos. Sin embargo, tengo una oferta razonable que hacerte si te rindes.

–No pienso marcharme sin ella –gruñe Raphael.

–Creo que no me estás entendiendo. No te estoy dejando marchar a ti, Launcelot, sino a ella. Entrégate y dejaré que se vaya.

–¡No! –grita Vidal–. Puedes de sobra con los dos...

Raphael le aprieta el cuello y el fey pierde el conocimiento.

–Bueno –dice con tono inflexible–, ¿por dónde ibas?

Maertisa no parece inmutarse ante la forma en que Raphael está tratando a su hermano.

–Como iba diciendo, a mí solo me interesas tú, así que estoy dispuesta a dejar marchar a la chica.

Raphael ahoga una risa con un resoplido.

–Enviarás a una serpiente marina tras ella tan pronto como suelte a tu hermano.

–Te prometo que no. Dejaré que mantengas la espada pegada al cuello gordo de Vidal hasta que la joven telépata esté bien lejos.

–¡No, no lo hagas! –grito–. Está mintiendo. Solo quiere mantenerte con vida para torturarte y sacarte toda la información que pueda. No podemos permitir que nos cojan vivos.

Raphael aprieta los dientes.

–¿Por qué me quieres a mí?

Ella se encoge de hombros.

–A mí me das igual, pero los videntes de Auberon llevan un tiempo insistiendo en que puede que haya alguien capaz de detenerlo. Hablan de la persona que guarda el lago, y aseguran que eres tú. Auberon quiere hablar contigo para entender cómo es posible que un solo hombre vaya a desbaratar todos sus planes.

Ahogo una exclamación de sorpresa. La Dama del Lago. Las visiones no se refieren a Raphael, sino a mí. Los videntes de Auberon andan bien encaminados, pero se han confundido de persona.

–Auberon me quiere a mí –suelto abruptamente–. Tana me ha dicho que soy la Dama del Lago. La Guardiana del Lago. Lleva meses repitiéndomelo. No puedes dejar que te capturen. Súbete al barco con Vidal. Maertisa no enviará a la serpiente marina tras de ti si te llevas a su hermano como rehén. Así podrás escapar y...

Raphael levanta un dedo para callarme.

–¿Cómo sé que no me estás mintiendo? –le pregunta a Maertisa.

Ella suspira.

–Pregúntaselo a tu amiguita la telépata. Dejaré que eche un vistazo en mi mente y ella te confirmará si digo la verdad o no.

–Hazlo –me pide Raphael mirándome.

Asiento, pero no porque tenga intención de seguirle el juego a la fey. En cuanto entre en su mente, la obligaré a soltarme. Vuelvo a conectarme a ella utilizando mi poder y enseguida corroboro que está siendo sincera. Me dejará marchar y permitirá que Raphael retenga a su hermano hasta que me aleje lo suficiente. Maertisa sabe que será un riesgo, pero sospecha que Raphael no matará a su hermano hasta que yo esté fuera del alcance de la serpiente marina. Para entonces, la fey cree que habrá bastantes soldados en el muelle como para desarmarlo incluso si decide cortarle el cuello a su hermano.

Pero yo no pienso darle esa oportunidad. Me lanzo contra su mente y canalizo todo mi poder hacia ella, avivándolo con la llama ardiente que despierta en mí la necesidad de proteger a Raphael. Me adueñaré de su cuerpo y haré que tire el arma...

Esta vez, Maertisa me saca con un empujón todavía más violento de su mente.

–Se me está agotando la paciencia, telépata –dice la fey–. Te he dicho que no hagas eso. Ahora cuéntale a tu caballero al mando lo que has visto. Dile que te dejaré marchar y que podrás alejarte navegando hasta donde te dicte tu corazón.

Miro a Raphael con expresión suplicante.

–¿Dice la verdad? –pregunta.

El viento se levanta y las olas crecen y crecen. Tengo que convencerlo de que se marche.

–Pues... –Parpadeo mientras mi mente trabaja a toda velocidad–. No. No, está mintiendo. Su hermano no le importa. Lo único que quiere es apresarte con vida. A mí me va a matar igual, pero no te matará porque tienes a su hermano y porque Auberon te quiere vivo. Si me dejas atrás, podrás huir en el barco.

La mirada de Raphael se suaviza.

–Oh, Nia. Para ser alguien que pasa tanto tiempo diciéndoles a los demás lo que necesitan oír, no eres nada convincente. Pensaba que

te había entrenado mejor. ¿Qué clase de espía miente tan mal?

Se me llenan los ojos de lágrimas.

–Miento perfectamente –digo con voz rota–, pero no me sale cuando la persona a la que le oculto la verdad me importa. En cualquier caso, no puedes dejar que te coja con vida. No puedes.

–Qué enternecedor –interviene Maertisa–. Admito que se me ha saltado una lagrimita, pero ya va siendo hora de ponernos manos a la obra. –Para mi sorpresa, me suelta y retrocede–. Adelante, telépata, vete antes de que cambie de idea y decida que prefiero ser hija única.

Corro hasta Raphael.

–Por favor, no lo hagas –le suplico desesperada–. Vayámonos juntos. Nos llevaremos a su hermano como rehén y así no nos hará daño.

–Sí que lo hará –dice él–. Lo que ha dicho es verdad. Auberon la despellejará viva si descubre que ha tenido a un agente de Camelot a tiro y lo ha dejado marchar. Y más si hablamos del presunto Guardián del Lago.

–No, no, escúchame. –Me acerco a su oreja para susurrar–. Ellos no lo saben, pero me quieren a mí, no a ti. Yo soy la Dama del Lago. Me entregaré para que puedas escapar y...

–No seas tonta –dice negando con la cabeza.

–Te lo juro, Raphael, me quieren a...

–Ya lo sé. –Cuando me lo quedo mirando estupefacta, añade–: Por supuesto que sé que te buscan a ti. Solo tú podrías detener a Auberon, mi querida Dama del Lago.

–¿Ya lo sabías? –susurro sin poder creérmelo.

–Sí, pero ellos no, así que sube a ese barco. Sobrevive. Mata a Auberon. Por favor, por mí. Acaba con el legado de Morgana y mantén la torre a salvo. Hazlo por mí.

Está claro que no voy a conseguir que cambie de idea. No va a marcharse de este muelle. Intento encontrar una manera de volver las tornas, pero, en todos los escenarios que se me pasan por la cabeza, Raphael acaba muerto o capturado.

Considero la posibilidad de tomar el control de la mente de Raphael, de obligarlo a dejarme atrás y llevarse al hermano de

Maertisa consigo.

Pero me lo pienso mejor. No puedo hacerle algo así.

Le doy la espalda. Conteniendo las lágrimas con un nudo en la garganta, me subo al barco y enciendo el motor. Nunca he manejado un barco sola y apenas soy capaz de permanecer a bordo de uno sin vomitar, pero los mandos parecen sencillos y consigo alejarme del muelle sin mayor problema.

Cuando echo la vista atrás, Raphael me está mirando sin apartar la espada del cuello de Vidal. Maertisa espera pacientemente a unos pasos de ellos, con la capa roja ondeando al viento.

Se me nubla la vista y las siluetas del puerto se desdibujan cuando se me llenan los ojos de lágrimas.

Capítulo 48



Huyo en el pequeño barco siguiendo la costa hasta encontrar unos navíos de la marina británica. En cuanto me recogen y verifican mi identidad, me prestan un transporte para reunirme con los agentes del MI-13 que han evacuado Dover.

La guerra continúa en el sureste de Inglaterra, pero nosotras regresamos a Camelot para ver cómo podemos ayudar a luchar contra los fey.

Ya hemos frenado la invasión de Auberon y hemos salvado a decenas de miles de civiles, pero no puedo dejar de pensar en Raphael y en lo que debe de estar viviendo en estos momentos.

El atardecer cubre el cielo con su manto anaranjado mientras el sol se esconde tras el mar. Nos encontramos en la desembocadura del

río que conduce hasta Camelot. El agua refleja la luz cobriza y la vieja horca se mece bajo la brisa marina.

Navegamos río arriba mientras la niebla se retuerce a nuestro alrededor hasta que Camelot aparece ante nosotras. Raphael debería estar aquí, contemplando los robles engalanados con los ardientes colores del otoño y dejándose llevar por el canto seductor del hogar. Porque en eso se ha convertido Camelot ya, ¿no? En nuestro hogar.

Cuando llegué aquí, todo me resultaba extraño y ajeno, como salido de un sueño. No, de un sueño no, sino de un cuento de hadas que no parecía real, un mundo para el que no estaba en absoluto preparada. Ahora, las viejas casas de estilo Tudor y los imponentes muros de piedra de la Torre Ávalon envueltos en la niebla que nunca se disipa me resultan familiares y reconfortantes.

El problema es que ahora a mi hogar le falta algo muy importante. Una punzada de dolor me atraviesa.

Tengo que traerlo de vuelta. Rescataré a Raphael, sea como sea.

Me aferro a la barandilla del barco e intento mantener a raya el mareo mientras nos aproximamos a la torre. Creo que lo único que no ha cambiado en mí en los últimos seis meses es mi tendencia a marearme cada vez que me subo a un barco. Por si fuera poco, al pensar en Raphael, se me revuelve todavía más el estómago. Me inclino sobre la barandilla, presa de las náuseas.

Los chapiteles de la Torre Ávalon se alzan sobre la niebla en la lejanía. Imagino que Raphael ya está ahí, esperándonos en el muelle.

Pero no es más que una fantasía.

–Recuerdo la primera vez que nos acompañaste hasta aquí. –Tana aparece a mi lado y me ofrece una infusión–. Parecías tan perdida...

Acepto la taza, agradecida. Me basta con dar un sorbito para empezar a sentirme algo mejor.

–Estaba pensando en lo mismo.

–Animaos, Dama del Lago. –Me apoya una mano en el hombro–. Dentro de lo que cabe, hoy ha sido un buen día.

La miro boquiabierta.

–¿Cómo puedes decir que ha sido un buen día? Ha muerto gente. Se han llevado a Raphael...

–Pero hemos frenado el avance de la oscuridad y todavía hay esperanza.

–No para Raphael.

–¿Estás segura? –pregunta.

Hay algo en su voz que alivia el peso que me oprime el pecho. En una de las comisuras de su boca baila una sonrisa juguetona.

–¿Qué significa eso? ¿Has visto algo? Joder, ¿quieres hacer el favor de explicarte?

–Tranquilízate. –Me pasa su mazo de cartas–. Baraja. –Obedezco con manos temblorosas–. Ahora, elige una carta. Solo una.

–Esto parece más un truco de magia que otra cosa.

–Es un tipo de tirada.

Cojo una carta y le doy la vuelta. La estrella.

–Lo he comprobado una y otra vez –explica Tana–. Da igual que consulte tu pasado o tu futuro, ya que siempre sale la estrella. Y estoy segura de que representa a Raphael. Esta carta simboliza la sanación, un vínculo con el universo, a alguien que está en sintonía con la fuerza creadora. Si no hubiera esperanza para él, no vería eso. Su luz estaría atenuada. Han capturado a Raphael, eso es innegable, pero puedes salvarlo. Puedes traerlo de vuelta. Y su luz regresará a nosotros.

Aunque sé que no es lo más prudente, no puedo evitar sentir una chispa de esperanza en el corazón.

–¿Estás segura? –pregunto con un nudo en la garganta.

–Eres la Dama del Lago –dice tocándome la mejilla.

–Ese título suena demasiado formal –refunfuño mordiéndome el labio.

–¿Y qué tal Acuazorra? –Serana se une a nosotras con una sonrisa traviesa–. Está mucho mejor, ¿no te parece?

–¿Acuazorra? –pregunta Tana, escandalizada–. ¿Qué clase de motes me has puesto a mí a mis espaldas?

–Ay, Tana, de verdad, te juro que eres el alma de la fiesta.

Ella se la queda mirando.

–¿En serio?

–No, corazón, estaba siendo sarcástica. Podríamos estar corriéndonos la mayor juerga del mundo, bebiendo y bailando con

tíos despampanantes, y a ti se te pondría la mirada vidriosa y nos dirías que algún pobre diablo fue asesinado cien años antes justo en aquel mismo lugar. Ah, bueno, y, además, vaticinarías que moriríamos una semana más tarde.

Tana arquea una ceja.

–¿Preferirías que lo mantuviera en secreto?

–Sorprendentemente, hoy Tana tiene buenas noticias –le digo a Serana con una sonrisa–. Según parece, voy a rescatar a Raphael.

Ella asiente.

–Cómo no. Nadie podría detener a mi Acuazorra.

Cuando llegamos al muelle, hay una pequeña multitud esperándonos. Al primero que veo es a Amon con su barba larga, pero entonces reconozco otros rostros familiares: agentes que fueron cadetes conmigo y unos cuantos caballeros con los que he acabado entablando cierta relación. Darius sonríe de oreja a oreja y nos saluda efusivamente con la mano.

De los Pendragon no hay ni rastro.

Tan pronto como echamos amarras, me bajo del barco, agradecida por pisar tierra firme. Todavía tengo el estómago algo revuelto cuando Amon se acerca a mí.

–¿Hay noticias de la guerra? –pregunto.

–Bastantes –dice asintiendo en actitud seria–, pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora hay algo que quiero hacer.

Abre el pequeño estuche que sostiene. Dentro hay un torques plateado con un brillo rosado. Trago saliva.

–Nia Melisende, te doy la bienvenida de nuevo a las filas de los Agentes de Camelot. Ya eres oficialmente una caballera de acero avalino.

Saca el torques del estuche y me lo pone en el cuello. Las personas que nos rodean, un mar de rostros sonrientes, de amigos, de compañeros de armas, vitorean.

Ojalá estuviera Raphael aquí para verlo.

Pero Tana dice que voy a rescatarlo, y ya he aprendido a no dudar de sus visiones.

La fría brisa otoñal me sopla en el cuello. Me subo la capucha de la capa de lana mientras camino junto a la orilla del lago. Por la hora que es, debería estar dormida. Igual que el resto. Pero Raphael no está y no soy capaz de pegar ojo. ¿Cuándo fue la última vez que dormí como es debido? Supongo que hace días. Antes de que Auberon capturara a Raphael.

La lluvia estaba golpeteando contra la ventana mientras intentaba quedarme dormida, y ese sonido ahora siempre me recuerda a él. Me hace pensar en la noche que pasé en su habitación de la torre, envuelta en sus brazos, o en los besos que deposité sobre su piel empapada en la Francia fey.

Ya solo llovizna y el aroma terroso del petricor inunda la noche.

No sé muy bien por qué estoy dirigiéndome hacia el puente de la Torre de Nimue, pero algo tira de mí hacia allí. A lo mejor es porque fue donde Raphael y yo nos besamos aquella sofocante noche de verano.

O puede que haya perdido la cabeza por culpa del insomnio crónico.

La niebla cubre la superficie vítrea del lago, además de unas cuantas hojas de roble anaranjadas, cuyo intenso color contrasta con la oscuridad de las aguas.

Por fin llego al puente y subo los viejos escalones de piedra. Resbalan por culpa de la lluvia, así que tengo que agarrarme a la barandilla. La torre se alza sobre el lago, envuelta en niebla. Paso por delante del punto donde Raphael y yo saltamos al agua y se me rompe el corazón al evocar aquel recuerdo. Dioses, ojalá pudiera volver atrás en el tiempo.

Algunos de los antiguos grabados de la Torre de Nimue están brillando suavemente. Son los símbolos compuestos por tres espirales. Al cruzar el arco de entrada, noto el zumbido de la magia en la piel. A un lado hay una escalera de caracol que baja hasta el lago y, al otro, una estancia redonda que recuerda a un templo. La luz plateada de la luna se cuela por los ventanales puntiagudos. Como ya no tienen cristales (si es que los tuvieron alguna vez), la brisa fresca sopla a través de ellas. En el centro de la sala hay un altar circular enterrado bajo una capa de polvo, cuya superficie está

decorada con un grabado de tres mujeres de melena larga que sostienen una urna cada una. El altar es demasiado antiguo, así que no debería tocarlo. Se me pone la piel de gallina. ¿Para qué utilizarían este sitio?

Me acerco a uno de los ventanales y me asomo al lago. El cuerpo me hormiguea de emoción. Hay una barca esperando junto a la base de la torre. Ya he estado aquí unas cuantas veces y nunca lo había visto antes. Saco un poco más el cuerpo por el ventanal para estudiar la pequeña embarcación que brilla bajo la luz de la luna con atención. Parece una canoa de madera con los extremos de proa y popa en forma de espiral, decorados con intrincados diseños de nudos. Dos remos descansan cruzados sobre ella.

El corazón me late con fuerza. Hay quien dice que la Dama del Lago es la guardiana de Camelot, pero eso no era lo que Nimue hacía. Esa no es la razón por la que atrapó a Merlín en aquel roble. Ella era la guardiana de ambos mundos y un puente entre ellos. Por eso, cuando los humanos empezaron a hacerse con un mayor control del que deberían, intentó restaurar el equilibrio.

¿Qué significa para mí ser la nueva Dama del Lago?

Siento un tirón en el centro del pecho, como si un hilo invisible me conectara a la barca.

Salgo corriendo de la torre y bajo por la escalera, que acaba en una puerta con arco y un camino de piedra que conduce hasta la embarcación. Subo a bordo, cojo los remos húmedos y me pongo a remar ignorando la persistente llovizna. Mi aliento se condensa en el aire de la noche.

Remo más deprisa. Estoy segura de que este barco estaba ahí esperándome por una razón. Una parte desesperada de mí se pregunta si tendrá algo que ver con Raphael. Tana ha dicho que lo rescataría y, en los últimos dos días, me ha quedado más que claro que ninguno de los caballeros de la Mesa Redonda tiene la menor idea de cómo liberarlo de las garras de Auberon.

El aire frío me zurce la piel cada vez que tomo impulso.

Nimue sacrificó a su amado por su causa.

Pero ¿Raphael? Raphael ha hecho justo lo contrario. Ha puesto Camelot en peligro para salvarme a mí. Se me parte el alma. Cuanto

antes lo libere, menor será la probabilidad de que lo torturen hasta obligarlo a hablar.

Y entonces lo oigo. El zumbido del velo. La niebla es tan espesa que cuesta ver nada, pero su resplandor irisado está ahí. Sin embargo, no transmite la misma sensación que el velo de la frontera. Emite una resonancia grave, casi como una melodía. Su magia es distinta, hermosa y antigua. Tal vez sea magia primordial.

¿Ávalon ha estado aquí todo el tiempo? Se me acelera la respiración mientras me concentro en la mancha roja que albergo en mi interior para invocar mi magia de centinela. Tan pronto como el zumbido se apaga, vuelvo a ponerme a remar, aunque más rápido esta vez. ¿Y si es aquí donde tienen a Raphael? ¿Y si lo han escondido en el mismísimo Ávalon?

Los remos se hunden en el agua y la niebla se dispersa. Sigo adelante.

Echo un vistazo por encima del hombro para ver hacia dónde estoy yendo y mi mundo se pone patas arriba.

Lo que me encuentro es una isla rocosa cubierta de musgo. Ávalon. Un amplio y laberíntico castillo de piedra se alza en lo alto de una elevación escarpada. Las torres de piedra clara sobresalen en mitad del cielo nocturno y casi parecen brillar. A nivel del lago, hay manzanos y robles repartidos por toda la isla.

Me ha dejado prácticamente sin aliento.

Bajo de un salto en cuanto la barca toca la orilla, pero me tomo un momento para respirar hondo. Recorro a toda prisa el viejo camino de piedra que serpentea por la colina en dirección al castillo jadeando en busca de aire al subir los escalones irregulares. La luna pende del cielo como una gema y me baña de plata. El aire está impregnado del aroma de las manzanas y una alfombra de hojas rojas y anaranjadas cubre los escalones de piedra.

Pero la decepción se abre paso por mi pecho a medida que me acerco al castillo. El edificio parece abandonado; no hay ni una sola luz o antorcha encendida. Las torres están medio derruidas y los jardines, totalmente descuidados. De los muros cubiertos de musgo salen puentes que no conducen a ninguna parte. Es evidente que aquí no tienen a Raphael.

Al examinarlo más de cerca, me fijo en la hermosa manufactura de la piedra, en los símbolos compuestos por tres espirales, las fases de la luna y los rostros compuestos de hojas tallados en el material.

–Nia Melisende. –Una voz grave me hace detenerme en seco.

Un hombre sale de entre las sombras de las ruinas de un arco, vestido con una capa negra y una pálida corona de pinchos. El miedo se enrosca en torno a mi corazón. Reconozco esa corona y esos rizos oscuros. También sus pómulos marcados. Esa misma corona aparece en varios cuadros repartidos por toda la Torre Ávalon, porque no quieren que nos olvidemos de él.

El linaje de Morgana...

–Mordred. –Me tiembla la voz–. Estás vivo.

–Así es.

–¿Has sido tú quien me ha enviado la barca?

Da un paso hacia mí.

–Al principio no me llamaste la atención, pero ahora que he oído hablar de los dolores de cabeza que le has causado a Auberon, has conseguido despertar mi curiosidad.

Va a matarme. Por eso ha ido a buscarme. Quiere proteger a su hijo. Los anillos que engalanan sus dedos resplandecen. No lleva una espada, pero tampoco la necesita. Mordred Matarreyes acabó con Arturo, el legendario caballero y rey. Podría aplastarme solo con sus manos.

Retrocedo un paso.

–Pensaba que estabas muerto.

Raphael tiene intención de acabar con todos sus descendientes, pero no creo que sea consciente de que también tendrá que encargarse del propio Mordred.

Tiene los ojos del azul más claro que he visto nunca.

–He estado aquí todo el tiempo –dice encogiéndose de hombros–. Puedo liberarme una vez cada cien años, pero solo durante un breve periodo de tiempo. Luego regreso al castillo de mi madre. Esta es mi condena.

–¿Y tu hijo no puede ayudarte? –pregunto tragando saliva con fuerza.

–Yo no tengo ningún hijo.

La sangre me arde en las venas y ya ni siquiera siento frío.

–Me refiero a Auberon. Al rey Auberon.

Retuerce la boca en una sonrisa.

–¿Es eso lo que la gente piensa? ¿Que ese bastardo es mi hijo? No, Auberon es el descendiente de Nimue y Merlín. Merlín, esa víbora traicionera y retorcida, fue quien me maldijo.

–Mataste al rey Arturo –le recuerdo tras carraspear– y a todos aquellos habitantes de Ávalon...

–¡He aquí su plan! –ruge señalando el castillo–. Querían dejar el reino de los fey así, en ruinas. Ese fue siempre su objetivo. Arturo y la ramera de su esposa fueron el verdadero enemigo desde el principio. Cualquier idiota lo habría visto. Cualquiera menos Merlín. Dicen que hechizamos a los humanos, pero, en su caso, fue al revés.

–El linaje de Morgana está destinado a destruir Camelot –digo con voz remota.

Mordred me ofrece otra sonrisa retorcida.

–Sí, lo sé. Y tú vas a ayudarme, Nia. –Levanta la vista al cielo, como si se hubiera quedado sumido en sus pensamientos–. Mis sueños me muestran cosas, y tú has aparecido en ellos alguna vez. Quieres rescatar al hombre de ojos plateados que Auberon tiene preso. –Posa su mirada astuta en mí–. Y yo soy el único que puede ayudarte, hija mía.

Agradecimientos

Gracias al aquelarre de C.N. Crawford, a mi fantástico grupo de lectores de Facebook y a todas las personas que nos han apoyado a lo largo de estos años. ¡Compartir nuestras historias con vosotros es un auténtico privilegio, porque habéis hecho nuestros sueños realidad!

Gracias a Liora, nuestra brillante lectora beta y esposa de Alex Rivers.

A nuestras tres fantásticas editoras, Noah Skye, Rachel Cass y Lauren Simpson, que nos han ayudado a pulir el texto y dejarlo limpio y reluciente.

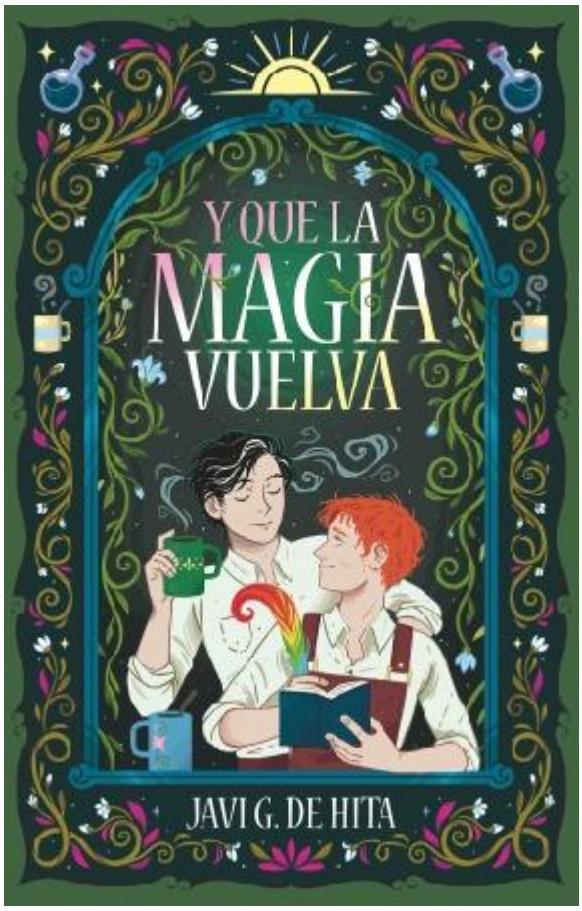
A Rachel, de Nerd Fam, que ha hecho correr la voz sobre nuestro libro organizando campañas de *marketing* y manteniéndose en contacto con nosotros en todo momento.

Las maravillosas personas encargadas del diseño de la cubierta son Merrybookround, que hizo un trabajo fantástico con la edición en *ebook*, la tapa blanda y la sobrecubierta de la tapa dura, y Coverdungeonrabbit, que se encargó de las preciosas cubiertas de la misma.

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Si te ha gustado esta historia y no puedes esperar para seguir leyendo, visita nuestra web y redes sociales para estar al tanto de todas las novedades TBR:

Nos vemos en tu próxima lectura



Y que la magia vuelva

G. de Hita, Javi
9788410116276
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el taller de los primos Vondel, la magia late entre piques, risas y maravillas impredecibles. Todo sería

perfecto si no fuera por el bloqueo de Rog, que no logra forjar hechizos. Es entonces cuando la llegada de un desconocido hará que se tambaleen las rutinas, se abran puertas que estaban cerradas y se prendan chispas apagadas durante años. Porque, a veces, el cambio llega disfrazado de problema# y transforma más de lo que nadie esperaba.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El despertar del Fuegoeterno

Cole, Penn
9788419621627
512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A pesar de su juventud, Diem Bellator ya es una reputada sanadora. Su camino en la vida está marcado, y es envidiable para cualquier mortal. Pero a Diem no se le da bien seguir los caminos marcados. Su peculiar aspecto y su temperamento ardiente hacen que destaque. Y, como saben todos los mortales de su entorno, es mejor no llamar la atención de los Descendientes, los seres semidivinos que dominan todo el mundo conocido. Cuando la madre de Diem desaparece, tras hablar con un oscuro Descendiente marcado por una cicatriz, el futuro de Diem salta por los aires.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La llama del Fuegoeterno (ePub)

Cole, Penn
9788419621894
1056

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tras su desastrosa coronación, Diem se encuentra en el centro del conflicto entre los Descendientes y los Guardianes. Con sus nuevos compañeros en un bando y los mortales a los que debe proteger en el otro, Diem debe caminar con cuidado para salvar a las personas que ama... e incluso para evitar que se maten entre sí. Mientras el misterio de su inusual herencia comienza a desvelarse, Diem y Luther

emprenden un viaje vertiginoso a través de los reinos, en busca de unas respuestas que resultan ser tan sorprendentes como dolorosas. Pero una poderosa figura procedente del norte tiene planes que podrían cambiarlo todo...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El resplandor del Fuegoeterno

Cole, Penn
9788419621658
800

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El destino de Diem acaba de dar un giro inesperado. Ha recibido un don. O una maldición, según se mire.

Un don que la obliga a ver la luz y las tinieblas en todo lo que la rodea: la sociedad Descendiente, donde no todo es maldad; los rebeldes mortales y su actitud despiadada; sus propios padres, que le han ocultado secretos terribles sobre ella misma; Luther, cuyo exterior oscuro esconde un resplandor que la atrae peligrosamente; Henri, su querido amigo de infancia y quizá algo más... Diem no es la persona que creía ser.

Ahora, tiene que encontrarse a sí misma... si es que no la matan antes.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un destino de ira y fuego

Tucker, K.A.
9788419621221
640

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este hombre me ha condenado a muerte. Después de besarme.Una ladrona criada en las calles de Nueva York. Un mundo desconocido gobernado por

la magia. Un príncipe traicionado. Una misión peligrosa. Un destino cruel.Ella tendrá que fingir para salvarse. Él deberá confiar en su peor enemiga. Pero el destino tiene sus propios planes...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)